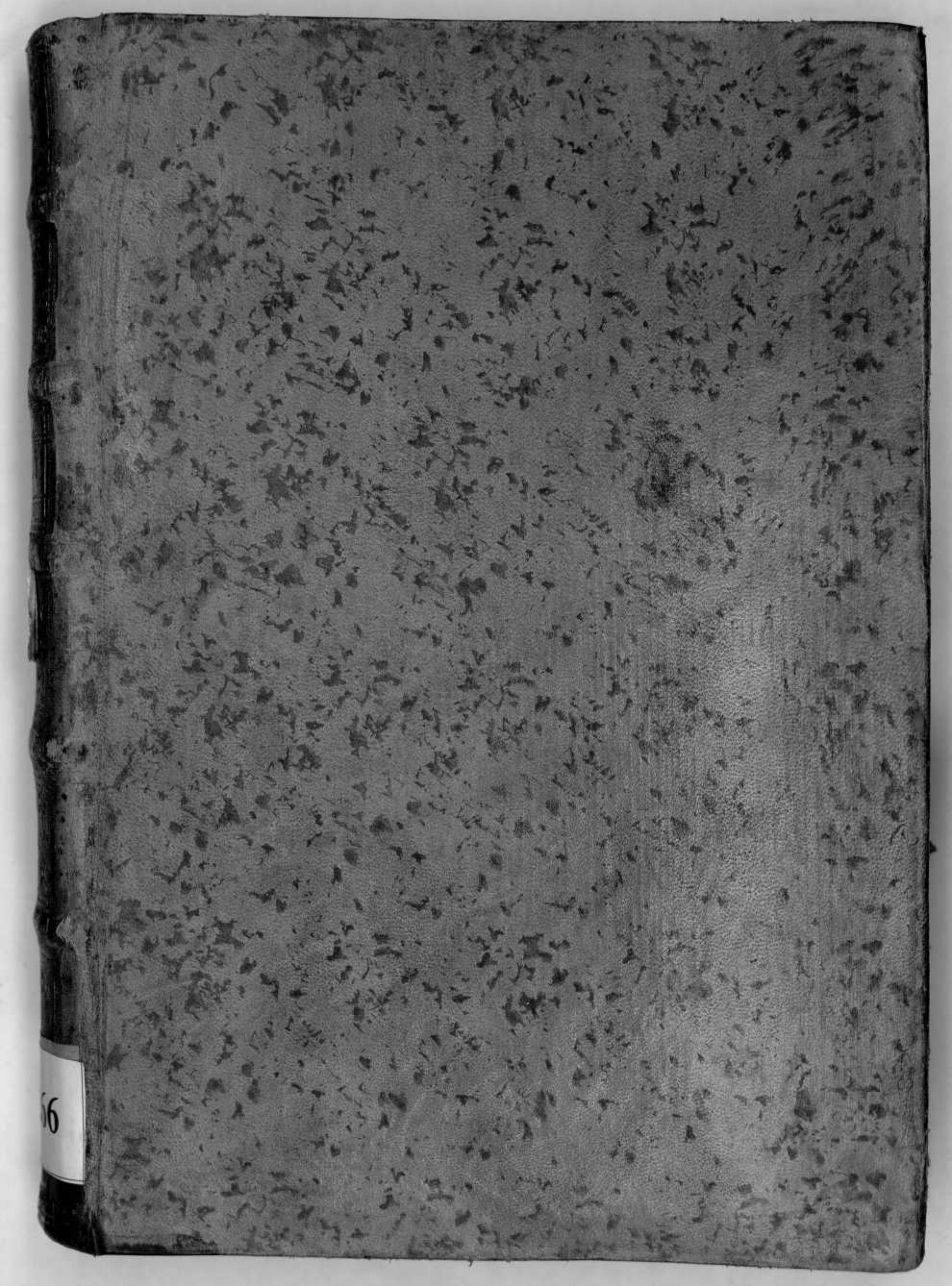
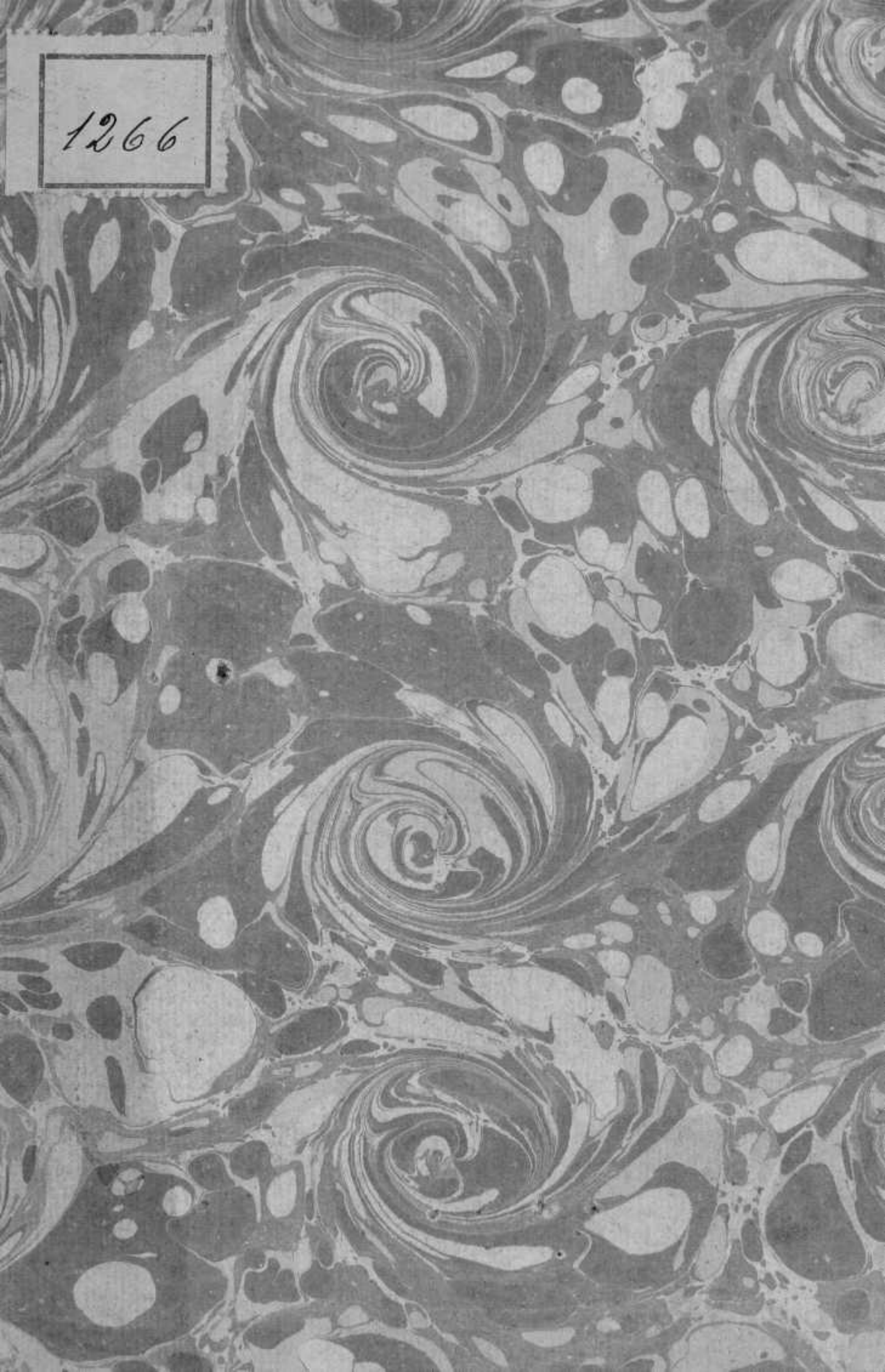
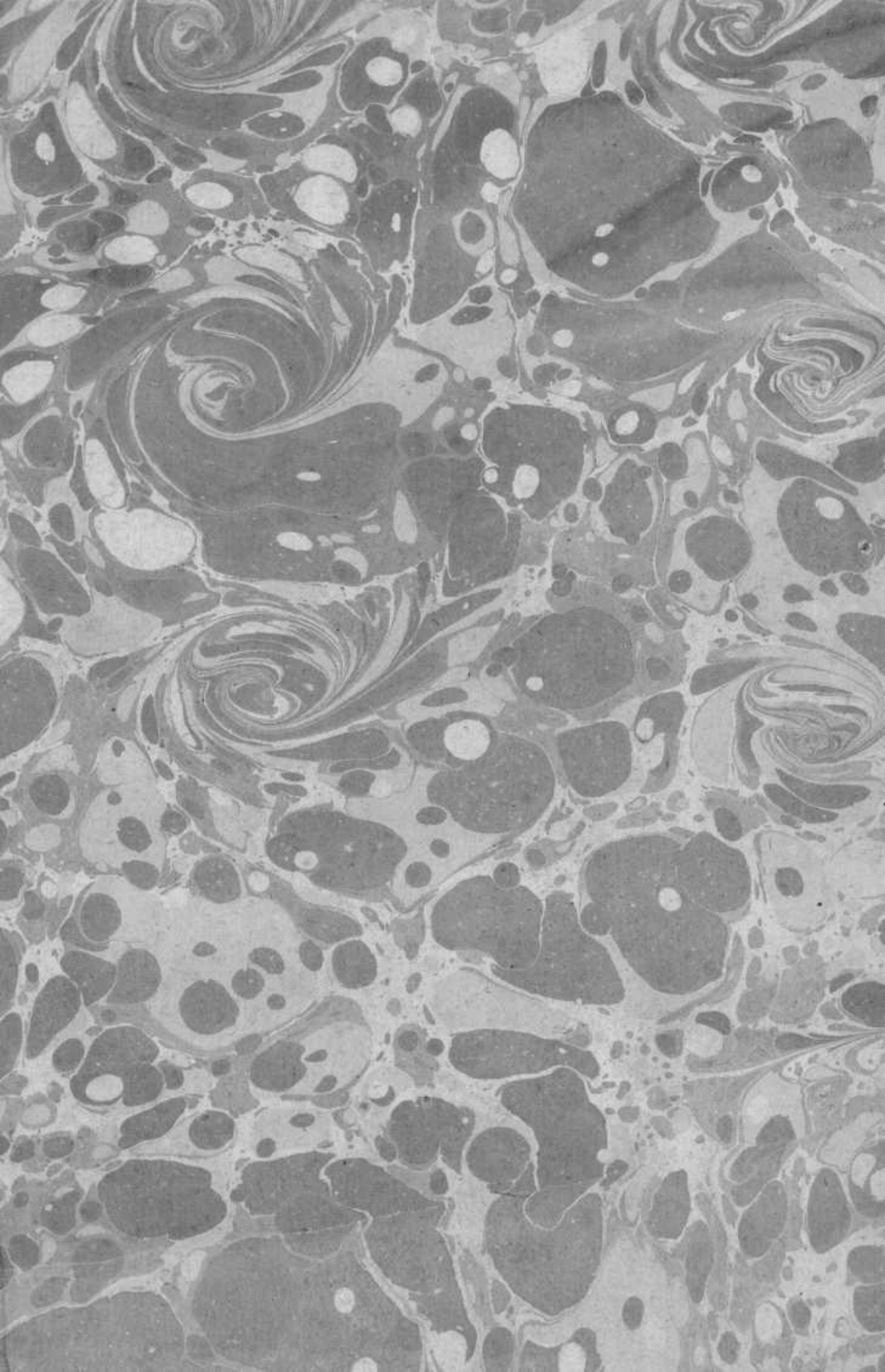

66


1266





LAS VERDADERAS ACTAS
DE LOS MARTIRES.
TOMO SEGUNDO.

LAS VERDADERAS ACTAS
DE LOS MARTIRES.

SACADAS, REVISTAS, Y CORREGIDAS

SOBRE MUCHOS ANTIGUOS MANUSCRITOS

con el título de

ACTA PRIMORUM MARTYRUM
SINCERA ET SELECTA.

POR EL R. P. D. TEODORICO RUINART,
Benedictino de la Congregacion de S. Mauro.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO.

TOMO SEGUNDO.





MADRID. MDCCLXXVI.

Por D. JOACHIN IBARRA, Impresor de Cámara de S.M.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.



TABLA

DE LAS ACTAS DE LOS MARTIRES,

Y DE LAS NOTAS SOBRE ELLAS

CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

NO-

NOTAS.

VERDADERAS ACTAS
DE LOS MARTIRES.

SEGUNDA PARTE.

MARTIRIO
DE S. MAURICIO,
Y DE SUS COMPAÑEROS. (1)

Escrito por S. Euquerio, Obispo de Leon, y sacado de diversas ediciones, cotejadas con los Manuscritos. (2)

CARTA DEL OBISPO EUQUERIO AL OBISPO SALVIO.

A mi bienaventurado Señor, y Padre en Jesu-Christo, Salvio Obispo, Euquerio saluda.

Año de Jesu-Christo 286. en el imperio de Diocleciano, y de Maxîmiano.



ENvio á V. B. una relacion fiel de la muerte de nuestros ilustres Mártires. Si he tomado la pluma para escribir las circunstancias de un combate tan glorioso á Jesu-Christo, ha sido por el temor de que el tiempo venga á borrar insensi-

(1) La Iglesia Latina hace memoria de él el dia 22 de Septiembre. (2) Véanse las Notas.

blemente su memoria. La he tomado de los Autores fidedignos, de aquellos mismos que me han asegurado haberla aprendido del santo hombre Isac, Obispo de Ginebra, á quien el bienaventurado Obispo de Sion Teodoro (1) habia hecho la relacion. Así como se vé á los fieles venir en tropas desde las mas distantes Provincias á los sepulcros de estos Santos, y ofrecer el oro, la plata, y otras cosas preciosas; así tambien nosotros llevamos esta historia, que ponemos á sus pies, y tomamos la libertad de presentársela baxo vuestra proteccion, suplicándoles se dignen concedérnosla. Y vos, nuestro muy amado hermano en Jesu-Christo, no nos olvideis: especialmente os lo pedimos en este dia solemne, que celebrais todos los años á honor de estos ilustres Soldados de Jesu-Christo, y todas las veces que oráreis delante de sus santas reliquias.

MARTIRIO

DE LOS SANTOS DE AGAUNA. (2)

QUeremos dexar á la posteridad la historia del martirio de aquellos generosos soldados, que en los campos de Agauna dieron su vida por Jesu-Christo. Convídanos á ello la grandeza del asunto, y

(1) Este Teodoro asistió al Concilio de Aquilea, y suscribió en el año de 381. (2) Agauna está situada en la Diócesis de Sion.

y nos reconocemos poseídos del deseo de contribuir á la gloria de tantos Santos, por la qual trabajarémos con tanta mas solidez, quanto estamos ciertos de que la relacion que hacemos es sacada de memorias muy auténticas. En efecto, la tradicion aun no ha podido menoscabarse por la distancia de los tiempos; puesto que nosotros casi hemos alcanzado á los que fueron testigos. En fin, nosotros sentimos un placer sensible en publicar la dicha de Agauna, y en gratificar al pueblo fiel que le habita: porque si las Ciudades que han tenido el honor de ser las depositarias de los sagrados despojos de un Martir, son miradas con una especie de veneracion religiosa, ¿qué respeto no se debe tener por un lugar consagrado con la sangre de mas de seis mil Mártires?

Quando el mundo gemía baxo la tiranía de Diocleciano, y de Maxîmiano, el Cielo se poblaba de Mártires. Todas las Provincias del Imperio enviaban á él tropas de ellos; y no se pasaba dia que no cayesen muchos á el filo de la espada. Señalóse Maxîmiano en esta ocasion; y así como excedía mucho á su colége en avaricia, en crueldad, y en disolucion, le excedió tambien en la inclinacion que tenia al exêcrable culto de sus Dioses, y en el odio que habia concebido contra el verdadero Dios: de suerte, que armó, digamoslo así, toda su impiedad para la ruina, y la destruccion del nombre Christiano. Luego que alguno se atrevía á profesar abiertamente el Christianismo, al punto se veía rodeada

su casa de soldados, que le arrancaban de entre los brazos de su familia, y le arrastraban al suplicio. En fin, el Tirano estaba de tal modo empeñado en destruir la Religion de Jesu-Christo, que hizo una tregua vergonzosa con los Bárbaros por aplicarse enteramente á perseguir á los Fieles.

Habia por entonces en el Exército una Legion llamada Tébana. Componíase esta de 6600 hombres efectivos. Maxîmiano mandó viniese de una de las Provincias del Oriente, en donde tenia sus quarteles; y con este nuevo refuerzo hubiera podido marchar contra el cuerpo del enemigo, si la injusta pasion que le animaba contra los Christianos, no le hiciese preferir el cruel placer de derramar su sangre, á la gloria de vencer los enemigos del imperio. Esta Legion se componia de gente animosa, de un valor experimentado, intrépidos en el peligro, y que habian envejecido la mayor parte en el arte de la guerra: pero en lo demas fieles á Jesu-Christo, inalterables en su fé; y que sabian dar á Dios lo que es de Dios, al mismo tiempo que al Cesar lo que es del Cesar (1). Habiéndolos comandado el Emperador con otras tropas contra los Christianos, que hacia prender por todas partes, y conducirlos á la muerte, declararon ellos con resolucion que no podian obedecer á unas órdenes tan injustas, y que no habian venido para ser los Ministros

(1) Véase á Mr. de Tillemont en sus Notas sobre la persecucion de Diocleciano.

tros de la crueldad del Príncipe, sino para ayudarle á alcanzar victorias. No estaba Maxîmiano lexos del campo, porque se habia retirado á Martigni (1), en donde descansaba de un largo viage. Pero á la primera noticia que recibió de esta generosa resistencia de la Legion Tébana, corrió lleno de rabia, respirando una sangrienta venganza. Pero antes de pasar mas adelante, es necesario formar aquí el plan del lugar en que esta Legion estaba acampada.

Dista Agauna de Ginebra como cerca de 60 millas, y 14 de Lago Leman (2). Este lugar está situado en un valle en medio de los Alpes, cuyas cimas la coronan por todas partes. El Rona, que corre por en medio, dexa en sus dos riberas solamente un camino estrecho, y dificil; levantándose de una, y otra parte de su playa unos peñascos que llegan hasta las orillas. Pero despues que se ha pasado este largo desfiladero, comenzando á ensancharse el pie de las montañas á la derecha, y á la izquierda, forman un círculo, que comprehende un campo bastante dilatado, en medio del qual está la poblacion de Agauna. Allí era donde la Legion Tébana se habia retirado despues de haber hecho su declaracion, no pudiendo acceder á las crueles órdenes del Emperador. El furor que excitó en el ánimo de este Príncipe, fue tan violento, que al punto

(1) O Martinach, Ciudad de la Suiza. (2) El Lago de Ginebra.

mandó se degollase la décima parte de la Legion (1), con el fin de que aquellos á que la suerte hubiese perdonado, aterrados del peligro de que acababan de libertarse, y de la vista de sus compañeros degollados á su presencia, se resolviesen á obedecer: pero ni este triste espectáculo, ni el temor de semejante destino los pudieron alterar. Gritaron todos, que jamás se verían sus manos manchadas con la muerte de sus hermanos, ni humeando con su sangre inocente. Que detestaban el impío culto de los Idolos; que adoraban solo al verdadero Dios; y que padecerían los últimos castigos, y hasta la misma muerte antes que hacer la menor cosa contra la Religion que profesaban. Habiéndosele contado esto á Maximiano, mandó, que se diezmase la Legion segunda vez, y que no se dexase despues de obligar á los que quedáran á executar sus primeros órdenes. Fue, pues, diezmada la Legion: pero el resto, sin asustarse, perseveró siempre en la misma resistencia; exhortándose mutuamente los Oficiales, y los Soldados unos á otros á permanecer firmes en tan bella resolucion.

El que mas les inspiraba esta admirable firmeza, era S. Mauricio su Coronel, á el qual se juntaron Exûpero, Mariscal de Campo, y Cándido, Preboste de la Legion. Estos tres Oficiales no cesaban de representarles la santidad del juramento, que habian hecho á Jesu-Christo, la fide-

(1) Esto es, que se matase uno de diez.

delidad que le debian como á su verdadero Emperador: que les era mas honroso el morir por la defensa de la Ley de Dios: que el exemplo de sus compañeros, que veían tendidos sobre la arena, como otras tantas víctimas sacrificadas á la gloria de este gran Dios, los debia maravillosamente animar á esto: que desde lo alto del Cielo adonde acababan de subir, les alargaban la mano, y les mostraban unas coronas en todo semejantes á las que veían brillar sobre sus cabezas. Estos tres grandes hombres no dificultaron el encender en el corazon de sus soldados aquel fuego divino en que se abrasaban ellos mismos. Suspiraban todos por el martirio. Y así animados de aquel divino incendio, presentaron á Maxîmiano un memorial, concebido á corta diferencia en estos términos.

SEÑOR.

"Nosotros somos vuestros soldados, es verdad; pero tambien somos siervos del verdadero Dios, y nos gloriamos de confesarle. Nos habeis honrado con la Milicia; pero á Dios le debemos la inestimable gracia de la inocencia. De vos recibimos el sueldo como una recompensa debida á nuestros trabajos; pero de Dios tenemos la vida como un don puramente gratuito, y que jamás podemos merecerlo. ¿Luego no nos es permitido obedecer mas á nuestro Emperador desde que nuestro Dios nos lo prohibe? Sí por cierto. Nos lo prohibe nuestro Dios, y Señor

» vuestro. Mandadnos cosas justas, y nos hallareis
» sumisos, obedientes, prontos á emprenderlo to-
» do por vuestro servicio, y por vuestra gloria.
» Mostradnos al enemigo, y lo vereis derrotado:
» nuestras manos no aguardan mas que vuestras
» órdenes para su mas sangriento destrozo; pero
» jamás nos conspiraremos contra los fieles que
» son vuestros vasallos. ¿Hemos por ventura to-
» mado las armas para acabar con los Romanos,
» ó para defenderlos? ¿No es por la justicia, por
» la conservacion del imperio, y por mantener
» en él la tranquilidad para lo que hasta ahora
» hemos militado? ¿No ha sido siempre este el
» precio, como tambien el motivo de tantos pe-
» ligros á que nos hemos expuesto cada dia? En
» fin, Señor, si faltamos á la fidelidad que he-
» mos prometido á Dios, ¿qué seguridad ten-
» dreis, de que os guardarémos la que os hemos
» jurado? Dos juramentos nos unen con Dios, y
» con vuestra persona sagrada: si violamos el pri-
» mero, el segundo poco nos costará el quebran-
» tarle. Nos mandais degollar por ser Christianos.
» ¿Es posible que habeis de emplear solo en esto
» el restante cuerpo de vuestros soldados? Bien os
» han servido, quando les habeis mandado dego-
» llar á nuestros compañeros. ¿Qué aguardais en
» hacer otro tanto con nosotros? Qué os detiene?
» Nosotros confesamos á un Dios criador de to-
» das las cosas, y á Jesu-Christo su Hijo, y Dios
» como su Padre. Acabamos de ver á estos espi-
» rar, á impulsos del homicida hierro de vues-

„ tros verdugos , y estamos todos cubiertos de san-
„ gre. ¿Nos habeis visto derramar la menor lá-
„ grima ? ¿Hemos dado el menor suspiro? ¿Os han
„ dicho acaso que llorábamos su muerte inopina-
„ da ? Al contrario, los hemos acompañado con
„ nuestras oraciones , y demas señales de alegria.
„ Los tenemos envidia , los juzgamos felices de
„ haberse hallado dignos de padecer por su Dios.
„ Finalmente , no tienen que temer nada de nues-
„ tra desesperacion : el temor de la muerte no ar-
„ mará nuestras manos para rechazar la que se
„ nos quisiese dar : y nuestro Emperador, aunque
„ encarnizado en nuestras vidas , no nos será me-
„ nos respetable. No nos opondrémos á los gol-
„ pes que nos hiciere dar, ni nos servirémos de
„ nuestras armas para impedir la execucion de sus
„ órdenes, por injustas que sean. Y así , mas que-
„ remos nosotros mismos morir, que hacer el me-
„ nor mal á nuestros hermanos ; y entre morir
„ inocentes , y vivir culpables , no hay que du-
„ dar en la eleccion. En fin , somos Christianos,
„ y no podemos resolvernos á derramar la sangre
„ de los Christianos. "

Habiéndosele leído á Maxîmiano este escrito igualmente fuerte , y respetuoso , y no esperando mas poder vencer la constancia de estos generosos Christianos, se resolvió á hacerlos pasar todos á cuchillo. Nuestros Santos , viendo acercarse los soldados con la espada desnuda , baxaron las armas ; y presentando la garganta á sus verdugos , recibian el golpe mortal sin dar el me-

nor

nor suspiro. Pudieran haber vendido bien cara su vida : y fuertes con su número, y su valor, hacer sentir á los soldados que los mataban, que no era tan facil el quitársela. Pero acordándose, que aquel á quien adoraban, y por cuyo amor morian, semejante á un manso cordero, no habia ni aun abierto la boca para quexarse de la injusticia de sus enemigos; se dexaron despedazar como inocentes ovejas á quienes una manada de hambrientos lobos han asaltado en un desierto lugar. La tierra fue en un instante cubierta de cuerpos ó muertos, ó moribundos, y largos arroyos de sangre corrian por todas partes. ¿Qué Tirano, por sediento que estuviese, ha hecho jamás correr de este modo torrentes de sangre sobre la arena? ¿Por ventura un solo decreto ha castigado jamás á tantos reos de una vez? Con todo eso, aunque un delito cometido por una multitud de delinqüentes, casi siempre quede sin castigo, aquí la multitud no puede salvarse, aunque sea de inocentes. De este modo fue como un solo hombre, abusando de su poder, hizo perecer con una sola palabra á todo un pueblo entero de Santos. Así es como fue extinguida en su sangre esta Legion de Angeles mortales: pero es preciso creer que en el momento se fue á juntar á las Legiones de los Espíritus Celestiales para alabar, y bendecir para siempre al Dios de los Exércitos.

El Martir Victor no estaba en esta Legion, porque se habia retirado de la milicia, y consegui-

guido sus inválidos. Viajando, la casualidad le conduxo al campo de Maxîmiano el dia de esta horrible expedicion, de que acabamos de hablar. En él halló á los que habian tenido parte en ella, que estaban muy alegres. Se les dió por recompensa de su infame crueldad los despojos de los Mártires; y despues de haberlos dividido entre sí, se regocijaban de botin tan caudaloso. Apenas vieron á Victor, quando le convidaron á comer con ellos. Llenos de vino, y aun mucho mas embriagados de una loca alegria, le refirieron lo que acababa de pasar. Pero él, estremeciéndose de horror, y detestando en sí mismo aquellos homicidas, no se pudo resolver á tocar unas viandas regadas con sangre humana. Levántase prontamente; y huyendo de una comida tan funesta, meditaba ya su retiro, quando los soldados echándolo de ver, le preguntaron con aspereza si era Christiano. Sí lo soy, les respondió, y lo seré con la gracia de Dios mientras viviere. Acabada de pronunciar esta palabra, se echaron sobre él, y lo mataron.

De este gran número de Mártires no hemos podido saber el nombre sino de tres, que son: el de los Santos Mauricio, Exûpero, y Cándido, por mas diligencias que hemos hecho. A la verdad, la Ciudad de Soleura (1) conserva aún el dia de hoy la memoria de Victor, y de Os-

(1) Soleura, ó Solothurn, Capital del Canton del mismo nombre, y uno de los cinco Cantones Católicos.

Osso (1), que comunmente se cree ser dos soldados de esta dichosa Legion, y que padecieron el martirio en esta Ciudad.

Ahora es preciso para satisfaccion de los lectores, que yo refiera quál fue el fin trágico, y funesto del Tirano (2). Parecióle por su desgracia muy conveniente formar el designio de quitar la vida á Constantino su yerno, que despues de la muerte de su padre Constancio, acababa de subir al trono. Pero este nuevo Emperador, habiendo descubierto la mala intencion de su suegro, y librádose felizmente de las asechanzas que este le habia puesto, le sorprendió él mismo en Marsella, y asegurado de su persona, lo hizo degollar. Así acabó Maxîmiano su vida por una muerte tan merecida de uno de los hombres mas indignos que han subido á el trono de los Césares Romanos.

De los bienaventurados Mártires de Agauna nos ha quedado la tradicion de que muchos años despues de su tránsito el Santo Teodoro, Obispo de Sion, tuvo revelacion del lugar en que estaban sus cuerpos sagrados, en el qual les hizo erigir un Templo suntuoso.

Mientras este se fabricaba, acaeció un suceso prodigioso, que no podemos pasar en silencio. Entre los obreros que trabajaban en este edificio, habia uno Pagano. Un Domingo, al tiempo que los Christianos asistían á los Divinos Oficios,

(1) Osso, ó Ursus. (2) Maxîmiano.

cios, él solo, sin respeto al dia, se obstinó en continuar su trabajo. Pero apareciéndosele una tropa de estos Santos Mártires rodeados de una gran luz, fue cogido por manos invisibles, y atormentado por largo tiempo. Entretanto, los Mártires que estaban presentes á su suplicio, le reprehendian su impiedad, y el atrevimiento que habia tenido de poner sus manos profanas, é idólatras en una obra destinada á servir de Templo al Dios vivo. Este pobre hombre asustado de esta vision, é intimidado con aquella reprehension, pero aun mucho mas vivamente conmovido del dolor de los golpes que habia recibido, corrió á la asamblea de los Fieles, y se hizo Christiano.

Aún añadiré otro milagro conocido, y atestiguado de toda la Provincia. Hallábase la muger de Quiricio, personage considerable por su calidad, tan fuertemente paralítica, que absolutamente no se podia tener en las piernas. Deseó ella que la conduxesen á Agauna, esperando recobrar allí la salud por la intercesion de los Santos Mártires. En efecto, habiendo obtenido el permiso de su marido, apenas la llevaron á la Iglesia, quando sus miembros medio muertos volvieron á tomar su antigua robustez: fue por su pie á la Hospedería, y llevando desde entonces por donde quiera que iba un testimonio innegable, y auténtico del poder que estos ilustres Legionarios tienen para con Dios. Nada dirémos de otros muchos milagros, que todos los dias se están advirtiendo en sus invocaciones.

MAR-

MARTIRIO

DE S. ROGACIANO, Y DE S. DONACIANO.

Sacado de Bolando, y cotejado con siete Manuscritos; á saber, de la Abadía de S. German de los Prados; de S. Cornelio de Compiegne; de Long-Pont; de Orcamp; de S. Benito sobre el Loira; de S. German de Auxerre, y de los PP. Carmelitas Descalzos de París.

Cerca del año de Jesu-Christo 28. en el imperio de Diocleciano.

MUY util es el presentar á los Christianos los gloriosos combates de los Mártires, y apaciguar, digamoslo así, con esta sangre preciosa la piadosa sed de su alma. Los Pastores se sirven de estos grandes exemplos en las instrucciones que hacen á sus pueblos en medio de los santos misterios; y comprehendiendo los Fieles la ventaja, y la ganancia sólida que se halla en morir por Jesu-Christo, llegan hasta desear la misma muerte.

Continuando en Roma los Emperadores Diocleciano, y Maxîmiano su brutal persecucion contra los Christianos, y queriendo abatir la verdadera Religion baxo de su idolatría, enviaron al Pretor de las Galias un orden riguroso de hacer adorar en toda la extension de su departamento las estatuas de Júpiter, y de Apolo: empeñando su palabra, que los que consintiesen en el culto profano de estos falsos Dioses, ó por me-

mejor decir, de estos verdaderos demonios, serían atendidos en el Estado; procurando conmover de este modo la codicia natural del corazon humano, y creyendo seducir por los beneficios á los que hallaban invencibles los discursos. El mismo Edicto contenia sentencia de muerte contra los que insistiesen en la confesion del nombre de Jesu-Christo.

Se hallaba entonces en la Ciudad de Nantes un joven llamado Donaciano, ilustre por su nacimiento, y mucho mas por su fé, que habia refrenado las pasiones desde su juventud con la madurez de su espíritu, y que sostenido, y guiado por el temor del Señor, rebatía con un valor, y una maravillosa fidelidad las tentaciones del enemigo. Pasó de la Idolatría al Christianismo: y así purificado por el agua del Bautismo, dexóse penetrar tanto de nuestros sagrados misterios, que armado de la fé, hacia resonar altamente por todas partes el triunfo de Jesu-Christo en su persona; y temiendo no sepultar los talentos con que Dios le habia enriquecido su alma, sembraba sin cesar en los corazones de los Gentiles dichosas semillas de nuestra Religion. La fama de su santidad, y las gracias de su eloqüencia atraxeron bien presto á Rogaciano su hermano; que aunque mayor, segun el orden de la naturaleza, lo prefirió siempre por la dignidad de su fé, y religion. Instó tambien á este querido hermano recibiera el Bautismo antes que se declarase la persecucion, temiendo que esta

tem-

tempestad le cogiese aún Pagano, ó Catecúmeno: deseando, decia él, combatir, y ser coronado con él. La ausencia, y la huida de los Sacerdotes impidieron este deseo: pero bautizado en su misma sangre, suplió gloriosamente la falta de aquel bautismo.

Luego que entró el Tirano en la Ciudad de Nantes con todo el aparato de su ministerio, los vecinos que le rodeaban formaron su espíritu sangriento. Justo Juez, le dixeron, llegais dichosamente para atraer al culto de los Dioses esa secta que se ha desunido de los mismos Judios por seguir al Crucificado. Ponemos en vuestra noticia, como Donaciano es aquí el primero sobre quien debeis exercer el rigor de vuestra justicia; porque no contento con haberse apartado de nuestra religion, sus conversaciones han pervertido tambien á su hermano; y despreciando uno, y otro impunemente á los Dioses Júpiter, y Apolo, á quienes adoran nuestros invencibles Emperadores, hacen casi siempre ceder la creencia antigua, y pública á sus nuevos, y singulares errores. Ya os convencereis de la verdad de esta relacion, quando les tomeis vos mismo las confesiones. El Pretor, ciego de cólera, citó al punto al acusado ante su tribunal, y le habló de esta manera: Donaciano, nos han dicho de tí, que no solamente no reconoces á Jupiter, ni á Apolo, Dioses que te han dado la vida, y que te la conservan; sino que tambien vas contra ellos, hasta insultarlos, y blasfemarlos; y que predi-

dicando al pueblo religion desconocida, arrastras muchos á la secta de aquel que fue Crucificado. Respondióle Donaciano: Decís mas verdad de lo que pensais, quando me reprehendeis el querer sacar á muchos de su ceguedad por hacerles pasar al conocimiento de Dios solo, que merece nuestras adoraciones. Dexa esas exhortaciones, ó pronto te se quitará la vida. D. Vos mismo caereis tambien en la desgracia con que me amenazais: vos mismo, que sepultado en la supersticion, preferís las tinieblas de vuestras opiniones á la luz de Jesu-Christo, que ni aun siquiera veis. Furioso de cólera el Prefecto, le hizo poner con grillos en un calabozo, para que la severidad de este tratamiento asustase su fé, ó á lo menos fuese un exemplo que apartase á los demas de imitarle.

Entonces, habiendo sido llevado su hermano, comenzó el Prefecto á emplear con él una dulzura, y unas caricias envenenadas, sabiendo bien, que los tratamientos lisonjeros, y alhagüeños ablandan muchas veces lo que la violencia hace exâsperar. Rogaciano le dixo: Sé que te has retirado inconsideradamente del servicio de los Dioses, que te han hecho nacer con tanto espíritu, y sabiduría; siéntolo mucho, que despues de tantas pruebas como has dado en otro tiempo de tu juicio, te hayas dexado engañar de las imaginaciones de algunos fanáticos. ¿No consideras que por ese Dios solo á quien confiesas, caes en la indignacion de todos los otros? Pero en fin, puesto que todavía no te has manchado con el Bau-

tismo de los Christianos, si no te obstinas en tu primer atentado, aún podrás esperar de tu fortuna pasar en el Palacio de los Emperadores, y en los templos de los Dioses una vida feliz, y mucho mas honorífica que la que hasta ahora has vivido. Replicó Rogaciano: Iniquas son tus promesas, Juez malvado, que antepones el nombre de los Emperadores hasta á el de tus mismos Dioses. Pero ¿qué lugar tienen en vuestros mismos templos esas divinidades, que son en efecto inferiores á los hombres, aunque interiormente participais mucho de su miseria: puesto que si ellas son sordas por la materia que las compone, vosotros lo sois tambien, respecto de la verdad; y si ellas no tienen alma, teneis acaso vosotros discernimiento? Despues de esto, ¿no será justo que todos los que adoran las piedras se lleguen á hacer semejantes á ellas?

El Juez al punto dixo á los Alguaciles: Llevad á ese discípulo insensato á la misma prision que á su Maestro, para que desde mañana vengue públicamente la espada de la justicia la injuria hecha á nuestros Príncipes. De este modo fue como estas dos lumbreras de la fé, puestas en un lugar oscuro, y tenebroso, lo ilustraron con su presencia, mas que sufrieron de incomodidad. Solo el bienaventurado Rogaciano se entristecia de hallarse aún sin Bautismo: pareciale con todo eso, que las lágrimas de su hermano le servian de este baño saludable. Donaciano por su parte, penetrado de su dolor, se deshacia en lágrimas

pidiendo por su hermano, y decia: Señor, que correspondiendo á la rectitud de vuestra justicia, condescendeis á los deseos, y súplicas debidas, haced que la fé pura de Rogaciano le sirva de Bautismo; y si el Pretor nos hiciere morir mañana, como lo ha resuelto, la sangre de vuestro siervo, que por vos derrama, supla por este sacramento. Acabada esta oracion, que salía de lo mas interior de su espíritu, velaron toda la noche; y habiendo amanecido el dia, aguardaban la hora de su muerte, y de su recompensa.

Sentado el Prefecto en su tribunal como el dia precedente, quiso juzgar estos Santos Confesores en presencia de todo el pueblo. Viéronse salir de una prision lúgubre á estos objetos de la alegría de los Angeles. La tierra seca, y árida de un calabozo habia producido estos dichosos frutos de la Iglesia. Las espinas de la tribulacion cercaban estas sagradas rosas. Estaban en fin en unos cuerpos cargados de cadenas las almas mas libres, y fuertes para resistir al Tirano. No espereis, les dixo, que ahora comience con vosotros por la dulzura, en lo que se interesaría desde luego la benignidad de mi empleo; de esta os habeis hecho indignos, rehusando el reconocer la magestad de los Dioses, ó lo que es mucho mas abominable, atropellándola, despues de haberla reconocido. Respondiéronle los dos Mártires: Vuestra sabiduría, que es superior á toda ignorancia, y á toda estupidez, se iguala hoy á la de esas estatuas insensibles de piedra, y de me-

tal que adorais. La nuestra consiste en resolvernos á todos los tormentos que inventare la rabia de vuestros verdugos: nada perdemos dándole nuestra vida á aquel de quien la tenemos, y recibiendo en trueque el tesoro, y el precio inmenso de la gloria que nos aguarda.

El Pretor rabiando de cólera, les hizo estender sobre el potro (1), queriendo á lo menos mandar sobre sus cuerpos, ya que nada pudiese sobre sus almas; y satisfaciendo tanto mas su furor, quanto mas tardase el verdugo en atormentarlos sin quitarles la vida. No obstante, mandó, que despues de estas largas, y crueles pruebas, se les cortase la cabeza. El verdugo, por lisonjear indignamente á el Prefecto, lo que aumentó el mérito de estos Santos Mártires, les atravesó con una lanza las gargantas antes de acabarlos de matar con la espada.

De este modo subieron al Cielo. Donaciano, glorioso por haber ganado á su hermano; y este, dichoso por haber llegado como él á la corona del Martirio; habiendo sido el uno la causa de la salvacion del otro, y siendo la conversion de este la recompensa del primero. Sostenidos por una abundante gracia, y fortificados por la esperanza del premio que se les acercaba, consumaron felizmente su vida por medio de una muerte gloriosa, que los hace felices con aquel á quien sea el honor, y la gloria por todos los siglos de los siglos. Amen.

(1) Véase la persecucion de Diocleciano, n. 12.

MAR-

MARTIRIO DE LOS SANTOS VICTOR, ALEXANDRO, FELICIANO, Y LONGINOS.

Sacado de quatro Manuscritos: á saber, de la Biblioteca de S. German de los Prados: de los Celestinos de Paris: de Long-Pont; y de M. el Presidente Boubier.

Cerca del año de Jesu-Christo 290, en el imperio de Diocleciano, y de Maximiano. El dia 21 de Julio.

MArsella, á quien la magnificencia, y la solidez de sus edificios hicieron en otro tiempo muy famosa, es una grande Ciudad. Está situada en un hermoso país á la entrada de las Galias, desde donde estiende su comercio de mar, y tierra, hasta los mas distantes pueblos. Sus riquezas, el puerto, y el concurso de todas las naciones que acuden, y arriban á él, el ánimo mismo, y el valor natural de sus habitantes, la habian hecho elegir á los Romanos para ser en el Occidente una de sus Capitales; y así estendió mas que ninguna otra el culto supersticioso, y sacrílego de las divinidades Romanas. Habiéndose hecho orgullosa, y feroz por sus ventajas, parecia haber perdido toda sombra de humanidad en la persecucion que declaraba á los Fieles. Sus Ciudadanos, especialmente á vista de los Emperadores, hacian alarde de arrojarse como lobos hambrientos sobre los rebaños de los Santos, que congregaban cuidadosamente de todas partes. No per-

perdonaba ni á sus propios hijos ; y sin diferencia de edad, ni de sexô, todos los que se hallaban en ella alistados en el Christianismo, eran llevados como en triunfo á los Altares de aquellos demonios, en donde despues de todas suertes de insultos, y de tormentos, eran degollados con menos compasion que los animales.

Entre estas preciosas víctimas, particularmente resplandeció el santísimo Martir Victor, como una estrella mas brillante que todas las otras, ya por la nobleza de su origen, ya por sus luces, y su fervor en nuestra Religion, ó ya en fin, por aquel orden de la Providencia, que habiéndole presentado al Emperador Maxîmiano, el mas brutal, y el mas detestable de los Paganos, quiso que su constancia verificase el nombre de Vencedor, que en el de Victor habia recibido al nacer.

Vino este Emperador por sí mismo á Marsella. Tiempo habia que se reconocia terrible para los Christianos, por tanta sangre derramada, especialmente en las Galias, con mas abundancia que todos sus predecesores ; pero particularmente por aquel estrago memorable contra la Legion Tébana, que habia hecho morir en Agauna (1). Este malvado, siguiendo su impiedad, segun la expresion de la Escritura, y para colmar la medida de sus delitos antes del fin de su vida, se declaró luego perseguidor infatigable de la virtud: y como si no hubiese hecho hasta entonces

mas

(1) S. Mauritz, ó S. Mauricio.

mas que comenzar, dirigió toda su rabia contra los Christianos que rehusaron rendirse, haciéndolos padecer una muerte cruel por los tormentos mas escogitados. En medio de esta tempestad de males, que asustaba, y trastornaba la mayor parte de los nuestros, Victor siempre se mostró intrépido. Todas las noches visitaba los Christianos, yendo de casa en casa á inspirar á estos siervos de Dios el desprecio de una muerte transitoria, y á encender en ellos el amor de la vida eterna.

Bien presto fue sorprendido en este peligroso exercicio, y conducido á los Tribunales. Atrahíanle los Jueces al principio con dulzura á no abandonar de este modo el favor del Emperador por seguir las leyes de un hombre muerto despues de tan largo tiempo. Pero Victor animado del espíritu de Dios, les prueba luego que sus divinidades eran solamente demonios impuros. Declárales despues, que siendo soldado de Jesu-Christo, renunciaba todo puesto en el exército, y en la Corte del Emperador, si el honor de su primero, y verdadero Maestro se interesaba en ello. En fin, enseñóles en alta voz con una fuerza, y una libertad maravillosa, que Jesus Hijo del Altísimo, se hizo verdaderamente hombre mortal por amor á la naturaleza humana: se expuso tambien á la muerte por los impíos, del mismo modo que lo deseó; y que por su virtud, del todo divina, habia resucitado al tercero dia, y despues subido á los Cielos, en donde recibió de

su Padre un Reyno eterno, é inalterable. Al oir estas palabras los Asistentes dieron furiosos gritos. Llenan de injurias al Santo Confesor. No obstante, como era hombre considerable, hallaron los Jueces por conveniente el remitir su causa al Cesar; que habiéndola sabido, mandó furioso, y lleno de rabia que se llevase sin dilacion á este Santo á su presencia.

Presentado el bienaventurado Victor al cruel Emperador, se vé abrumado de acusaciones violentas, y reiteradas. Instanle tambien con todas suertes de promesas, y de amenazas á dar adoracion á los Idolos. Pero fortificado mas por estas pruebas, con las quales se habia familiarizado, y cansado de habitar sobre la tierra con la esperanza, y el derecho que tenia ya al Cielo: en una palabra, como fortificado, y embriagado de una bebida celestial, confundió por su sabiduría, y por su firmeza al bárbaro Emperador, y á todos los principales que le asistian, haciendo ver claramente la vanidad de los Idolos, y probando invenciblemente la Divinidad de Jesu-Christo.

Entonces el impío Tirano, mas furioso que un leon, y mas maligno que una serpiente, se dexó llevar de los extremos furores que el diablo le inspiraba, y condenó al Santo Martir á ser arrastrado por el lodo, con cuerdas, por todas las calles de la Ciudad, á fin de vengar por esta ignominia sus ofendidos Dioses, y ponernos miedo con este exemplo. La noticia de esta sentencia atraxo una terrible multitud de pueblo á este espec-

pectáculo, que viendo arrastrar así á este defensor generoso del Evangelio con los pies, y las manos atadas, aumentaban sus tormentos con los golpes que le daban, ó á lo menos con sus injurias, ya que mas no podian, juzgándose por felices de contribuir en algun modo á su suplicio.

Habiendo saciado de este modo el generoso Victor la bárbara curiosidad de un populacho desenfrenado, fue vuelto á llevar, todo molido, y todo ensangrentado, al tribunal de sus Jueces, en donde le hicieron nuevas instancias porque negase á Jesu-Christo, y adorase á los falsos Dioses: imaginándose estos impíos, que cansado de los tormentos, injurias, y gritería popular, que habia sufrido, pensaría en salvar la poca vida que le restaba sin defender mas su religion; representáronle nuevamente la ofensa que hacía al Cesar, y á la República. Exâgeraban la locura que hallaban en él de sacrificar el favor, y la amistad de los Dioses, y de los Príncipes, los placeres, y los honores del mundo, su cuerpo, y su vida á la esperanza de un bien que nadie habia jamas visto, ni conocido: el atraher sobre sí con alegría del corazon todo quanto la venganza, y la cólera humana pueden inventar de castigos, y de suplicios; el exponerse á ellos, y el padecerlos á vista de sus amigos, y de sus desesperados sequaces. Añadian que el funesto castigo que acababa de experimentar, debia ayudarle mucho á reformar su dictamen; y que en fin cesase de despreciar á los Dioses, cuya ma-

ges-

gestad brillaba en los templos, cuyos beneficios se derramaban sobre todos: que la venerable antigüedad reconocia, y que aun eran adorados en el dia por los mayores hombres; cuya benevolencia hacía prosperarlo todo, y cuya ira era capaz de aniquilar el mundo entero. Que se negase á un Dios que habia vivido pobre, y miserable, y cuya infame muerte descubria bastante su poco poder. Que con estas condiciones, no solamente se libraría del último suplicio que le aguardaba, sino que tambien se hallaría bien presto en estado de ser recompensado por estos mismos con las riquezas, y las dignidades de que el Cesar le iba á colmar. Pero que al contrario, si rehusaba semejantes ofertas, se iban á apurar sobre él los oprobios, y los tormentos, de los quales habia visto ya algun diseño, para hacerle pasar á la pretendida, y quimérica gloria de su Maestro por el mismo camino que él.

A estas palabras sostenido el Martir con la victoria que acababa de alcanzar, lleno de la gracia, y de la fuerza del mismo Dios, siendo el oráculo del Espíritu Santo, pronunció este discurso en medio de la Asamblea.

" Si no se tratase aquí mas que del interes del
» Cesar, y de la República, que se mezclan en
» la acusacion que intentan contra mí, mi defen-
» sa consistiría en protestar, que yo jamás he
» ofendido al Emperador, ni faltado al respeto
„ que le debo, ni tampoco he dexado de servir-
„ le en mi profesion, y segun mi ministerio. To-

„ dos

„ dos los dias ofrezco con los demas fieles un
„ precioso sacrificio por su salud, y la del Im-
„ perio; yo ofrezco una Hostia, no sangrienta,
„ sino incruenta, y espiritual por la conservacion
„ de la República. Pero en fin, ¿hay alguno que
„ no atribuya á el último exceso de locura, y de
„ ilusion el apegarse de tal modo á un bien que
„ no se le prefiera á otro cien veces mayor? ¿Y
„ qué sería aún, si este primer bien que voso-
„ tros teneis, jamas fuese tal como lo deseaseis, que
„ no le pudieseis retener sin temor; y que en fin
„ todos vuestros temores no os lo pudiesen asegu-
„ rar? ¿Y que al contrario, el bien que excede
„ cien veces al primero, estuviese en vuestra dis-
„ posicion todas las veces que quisieseis: que lo
„ pudieseis gozar tranquilamente, y sin sobresal-
„ to; y que en fin no hubiese ni disminucion de
„ su parte, ni disgusto de la vuestra, ni estraña
„ violencia que pudiese jamás hacerle perder? Pues
„ no hay hombre prudente, y de reflexîon que igno-
„ re que el favor del Príncipe, los placeres del mun-
„ do, la gloria, los honores, los amigos, la salud,
„ y la misma vida, son bienes que no se adquieren
„ quando se quiere: que no se poseen seguramen-
„ te: que no se conservan largo tiempo; y que
„ así es necesario preferirles las alegrías inefables,
„ y sólidas, que nacen de la fruicion de Dios,
„ autor de todas las cosas, que se le posee al
„ punto que se le ama, y con el qual se posee
„ todo: que recompensa con un tesoro inmenso,
„ y eterno las frívolas, y cortas ventajas del mun-

„ do presente, que se abandona por él. Y así, „ no es una muerte, sino un pasage delicioso el „ camino que nos lleva á tal vida. Y como los su- „ frimientos que apagan los fuegos del infierno, „ no son suplicios, sino verdaderos refrigerios, „ nada hay tampoco por otra parte, ni mas insen- „ sato, ni mas baxo que obstinarse en mirar á sus „ enemigos como á su Dios, y atraherse por este „ medio despues de esta vida, una muerte eter- „ na, y unos tormentos que no tienen medida en „ su rigor, ni ven su duracion. ¿Y quál es este „ enemigo de que estoy hablando, sino aquel „ que enseña, y que convida por su exemplo á „ hacer cosas vergonzosas, y que se castigan aún „ con mucha razon entre los hombres con la „ muerte? No me negareis, que los versos que „ haceis recitar, y cantar públicamente, no sean „ un modo de enseñar á los hombres. Pues todo „ lo que acabo de decir se refiere á vuestros Dio- „ ses, cuyos horribles delitos no solamente re- „ suenan en vuestros teatros, sino tambien son „ celebrados por vuestros cánticos, y colmados „ de alabanzas en vuestros templos.

„ ¿Quién de vosotros ignora los latrocinios „ públicos de vuestro Júpiter, y los parricidios „ que ha cometido mientras vivió? ¿A quién se „ le ocultan sus adulterios, ya secretos, ya pú- „ blicos, frutos de sus engaños, y violencias? „ ¿No se vé la crueldad maligna del incesto per- „ petuo de la Reyna de los Dioses, hermana, y „ muger de Júpiter? ¿La implacable ferocidad de

„ Mar-

„ Marte ; las infamias del sucio Priapo, y de la
„ deshonesta Venus ? ¿Qué diré yo de la calen-
„ tura, y de la palidez de aquella multitud de
„ Dioses, y Diosas que vosotros mismos llamais
„ funestos, y que reconoceis por enemigos de la
„ naturaleza humana ? Casi me avergüenzo echa-
„ ros en cara vuestras divinidades de las Cloacas,
„ monstruos que reducen sus viles adoradores á
„ prosternarse en unos lugares, cuya vista, y
„ proxîmidad no se puede sufrir. Y así bien se vé
„ á qué punto han llegado vuestros enemigos ; esos
„ grandes Dioses, cuya magestad de madera, de
„ piedra, ó de cobre, obra de vuestras propias
„ manos, está manchada en los templos por los
„ pájaros, y por los animales mas inmundos, de
„ quienes acaso habreis recibido males, pero cier-
„ tamente no habeis recibido bien alguno : que
„ han abandonado vuestros antepasados á pesar de
„ todo su zelo, y toda su devocion, á las in-
„ felicidades que les han acometido ; y que vues-
„ tros Príncipes debieran en fin abatir por su pro-
„ pia gloria, puesto que los que siguen su exem-
„ plo son conducidos por vosotros mismos al ca-
„ dalso ; y que no puede ser sino detestando su
„ vida, y sus acciones, el que la inocencia, la
„ hombría de bien, y la justicia sean exercitadas
„ sobre la tierra. No obstante esos Dioses no cui-
„ darán de favorecer á los que de este modo se
„ opusieren á ellos ; pues al fin regularmente no
„ se ama, sino á sus semejantes : y si es que se
„ atreven á imitarlos, no solamente se expo-

„ nen

„ nen al rigor de vuestros juicios, como acabo
„ de decir, sino tambien se aseguran despues de
„ esta vida unos tormentos infinitos. Porque no hay
„ nadie que se atreva á prometer la bienaventuran-
„ za á los malvados. Pues se sabe, que no hay
„ sino dos estados que aguardar despues de nues-
„ tra muerte, una felicidad, ó una infelicidad
„ eterna: de donde concluyo, que vuestros Dio-
„ ses, debiendo ser siempre contrarios á los que
„ aborrecen sus desórdenes, y perjudiciales á los
„ que se conforman con ellos: que no pudien-
„ do conducir su imitacion sino á la vergüenza
„ en esta vida, y á los infiernos en la otra, na-
„ die debe honrarlos; y que aun quando tuvie-
„ ren algun poder, su favor sería infinitamente
„ mas temible que su indignacion.

„ Pero al contrario, ¿qué veneracion, qué
„ ardiente amor no debemos tener por aquel, que
„ quando éramos sus enemigos, nos ha buscado,
„ nos ha amado primero: que nos ha descubierto
„ el abuso de la idolatría, y que para retirarnos
„ de este culto profano, se ha revestido de nues-
„ tra humanidad, sin perder nada de su divini-
„ dad: que en medio de ser Dios, como era,
„ ha habitado como hombre entre nosotros: que
„ para enriquecernos de los tesoros que poseía, se
„ ha hecho pobre por conformarse con nuestra
„ indigencia; cuya vida humana ha sido un
„ exemplar, y un modelo de toda honestidad, y
„ de toda virtud; y cuya muerte injusta nos ha
„ rescatado de la muerte eterna, que merecía-

„ mos nosotros: mientras que vuestros Dioses, ó „ vuestros demonios, que tan cruelmente lo han „ perseguido por oculto que estuviese baxo el velo „ de nuestra enfermedad, han perdido á los hom- „ bres despues de haberlos engañado? ¡O qué „ abundante era esta pobreza, que vosotros le „ echais en cara, quando por solo su mandato „ llenó barcas enteras de peces, y que con cinco „ panes hartó á siete mil hombres! ¡Qué podero- „ sa era su flaqueza, quando curaba toda enfer- „ medad! ¡Qué fuente tan dichosa de vida era „ su naturaleza mortal, quando resucitaba tantos „ muertos! ¿Y os atreveríais vosotros á dudar de „ la verdad de estos milagros, confirmados por „ el testimonio de todas las criaturas, vosotros „ que aun el dia de hoy veis componer un nú- „ mero tan grande por sus Discípulos, segun sus „ promesas, y sus predicciones? ¡O quán gran- „ de es preciso que sea aquel que manda á toda „ la naturaleza! ¡Quán deseable es aquel en quien „ todo se halla sin defecto, todo es loable; cuya „ misericordia está abierta á todos, y que hace „ justicia á todo el mundo! ¿Qué cosa hay mas „ santa que su vida, mas pura que su doctrina, „ mas ventajosa que sus promesas, mas terrible „ que sus amenazas, mas segura que su protec- „ cion, mas honorífica que su amistad, y mas „ gozosa, y encantadora que su gloria? ¿Qué „ Dios hay semejante á él, y le puede ser com- „ parable? Todos los Dioses de las naciones son „ demonios; pero nuestro Dios ha hecho al universo.

„ Es-

„ Este es el motivo por que ellos, y los que „ le adoran son condenados á las llamas eternas, „ segun el oráculo de un Santo Profeta; que los „ Dioses que no han hecho el Cielo, y la tierra „ sean exterminados. Y en otra parte: que los que „ adoran los Idolos sean confundidos. Y en otro „ lugar: Vos los echareis al fuego, y los hareis „ perecer en la miseria. Pero al contrario, el mis„ mo Profeta dice de nuestro Dios, que está ele„ vado sobre todos los Cielos: que ha hecho „ todo lo que ha agradado en el Cielo, en la „ tierra, en el mar, y en los abismos. Y aún „ exclama todavía: Dichosos aquellos que temen „ al Señor, y que andan en sus caminos! En „ efecto, los vasallos fieles tienen parte en la glo„ ria de su Príncipe. Esto es tambien lo que nos „ ha animado á sufrir por su nombre; y voso„ tros podeis inferir de nuestra constancia en los „ tormentos, qual es la altura, y la certeza de „ nuestra esperanza. Vosotros, pues, ó hombres „ ilustres, hombres sabios, hombres sensatos, dig„ naos suspender por un momento vuestro odio, y „ vuestra preocupacion, y exâminad con equidad „ las razones de los dos partidos. No os entregueis „ mas á esos implacables demonios, que han re„ cibido ya su sentencia. No envilezcais la ima„ gen de la divinidad que está en vosotros, su„ jetándoos á su infame culto, que os arrastra con „ ellos á la misma condenacion. Reconoced á „ vuestro Criador, á vuestro bienechor, tan San„ to, tan hermoso, tan justo, tan clemente, cu-

„ ya

„ ya humildad os elevará, cuya pobreza os en-
„ riquecerá, cuya muerte os resucitará, cuyas sa-
„ ludables advertencias os llaman, y cuyas re-
„ compensas os convidan: adquirid desde ahora
„ su amistad, y poneos en fin en estado de go-
„ zar de su gloria."

Habiendo acabado el Martir este discurso, cansados los Jueces de sus razones, le dixeron: Y qué! aún pretendes enseñarnos la ley? Elige prontamente, ó apaciguar á los Dioses, ó morir. Pues que ello es así, respondió Victor, yo debo apoyar con mi exemplo lo que he asegurado con mis palabras. Yo desprecio á los Dioses, y confieso á Jesu-Christo: pronto estoy á todos los tormentos que quisiereis hacerme sufrir.

Furiosos los dos Pretores con sus respuestas, y deseando excederse el uno al otro en la crueldad, que á competencia querian executar en él, disputaron al principio quién le debia juzgar. Cediendo en fin Eutiquio, Asterio su compañero se complacía quedar él solo árbitro de este juicio. Usando de su facultad, hizo poner en una cruz á este Soldado de Jesu-Christo. Sacando los últimos esfuerzos de su tolerancia, y levantando los ojos al Cielo, pedia paciencia al Dios de misericordia, de quien esperaba firme no se la denegase. No queriendo el Señor dexarle desfallecer por mas largo tiempo, se le apareció para consolarle, llevando en sus manos la bandera del combate, y la señal de la victoria, que es su Cruz, y le dixo: " Yo soy Jesus, que sostengo por mí

„ mismo en mis Santos los males que padecen; „ sed valeroso, y constante. Yo vengo á ser tu „ firme apoyo en el combate, así como debo ser „ tu gloriosa recompensa despues de tu victoria." Al decir esto el Salvador, cesaron todos los dolores del Martir; y transformándose su rostro en alegre, y sereno, daba gracias con una satisfaccion admirable de su espíritu á Dios, que acababa de visitarle, y consolarle de este modo.

En este tiempo los verdugos cansados ya inutilmente de tanto martirio, le desataron de la cruz, y lo pusieron por orden del Pretor en lo mas profundo de una carcel, donde se le puso guardia de Soldados. No olvidándose el Señor de su promesa, le envió unos Angeles á la media noche; y habiéndose abierto las puertas de repente, al punto llenó este lugar una luz mas brillante que la del Sol. El Santo cantaba con estos espíritus celestiales las alabanzas del Señor; y viendo los soldados esta claridad milagrosa, se postraron delante de Victor suplicándole que los perdonase, y le pidieron el bautismo. Habiéndolos instruido brevemente, segun el poco tiempo que habia, y hecho venir á unos Presbíteros, los llevó al mar en aquella misma noche, donde los bautizó. Habiéndose divulgado á la mañana la conversion de estos soldados, que se llamaban Alexandro, Longinos, y Feliciano, monta en cólera el bárbaro Maxîmiano, y manda prontamente se le haga cargo á Victor de todo este suceso, del qual era el autor; y por lo tocante á los tres

sol-

soldados, que se les hiciese seguir la religion idólatra, ó perder la vida.

El bienaventurado Victor, que estaba encargado en la salvacion de estos nuevos Christianos, los animó con este discurso: " Valerosos compa-
„ ñeros, les dixo, vosotros que vais á comen-
„ zar el combate, es necesario que os valgais de
„ toda vuestra constancia, y de todas vuestras
„ fuerzas para guardar á nuestro Dios la fe que
„ acabais de prometerle. El enemigo quiere sor-
„ prender los primeros pasos que dais en la ver-
„ dadera religion, esperando que vuestra poca
„ experiencia le dexará alcanzar una facil victo-
„ ria. Pero en fin, amigos mios, Jesu-Christo está
„ ya mas arraigado en vuestros corazones, que á
„ él le parece. Vosotros no sois tan visoños co-
„ mo él piensa; y que en fin, criados largo tiem-
„ po ha en la guerra, no mudais mas que el ob-
„ jeto de vuestra adoracion. Resistid de suerte
„ que merezca la aceptacion de Dios el haberos
„ recibido á el honor de su Religion, y elegido
„ para abrir el combate que se prepara. Sepan
„ vuestros enemigos, que no sois menos valientes
„ por haber tomado otro mejor partido. Que estos
„ terrores momentaneos no os quiten un bien eter-
„ no, que está ya tan cercano. Vamos á acabar este
„ temor dando eficazmente el último aliento, arro-
„ jándonos á las espadas desenvainadas que nos
„ amenazan. El mismo camino que os parece di-
„ ficil, lo anduvo el que nos redimió antes que
„ vosotros. Escuchad lo que dice él mismo: El

„ mundo exercitará vuestra tolerancia ; pero tened „ confianza, yo he vencido á el mundo. Invocad- „ le de corazon, y de boca contra todas las ad- „ versidades. El que ha dicho : Yo estoy con „ vosotros hasta la consumacion de los siglos, no „ desechará vuestras oraciones. Yo me atreveré á „ citarme aquí á mí mismo por exemplo. Quando „ estaba ayer atado á la cruz, y quando en lo „ fuerte de mis dolores imploraba su misericor- „ dia, se me apareció, llevando el glorioso ins- „ trumento de nuestra redencion, y me dixo : Vic- „ tor, la paz sea contigo ; yo soy Jesus, que „ tomo á mi cargo las injurias, y los tormentos „ que hacen padecer á mis Santos. Y esta palabra „ divina infundió en mi alma un esfuerzo tan gran- „ de, que todo mi padecer, como que se desva- „ neció de repente. Y así, hermanos mios muy „ amados, esforzad vuestro valor, y poniendo „ vuestro espíritu en Jesu-Christo, Autor de nues- „ tra salvacion, siguiéndolo en los caminos que „ nos enseñó con su pasion, despreciad las vanas „ amenazas de los hombres, pues estais ya para „ ser admitidos en la compañía de los Angeles. „ Resolveos á sufrir unos tormentos de un mo- „ mento por triunfar de penas eternas ; y pues que „ en otro tiempo hubiérais preferido la muerte á „ la vergüenza de una derrota, quando de uno, ó „ de otro no alcanzaríais mas que una muerte eter- „ na, dignaos aceptar hoy dia una victoria, que „ vá á daros una vida inmortal."

De este modo los exhortaba el Santo quando vi-

vinieron los Ministros de la Justicia á prenderlos á todos juntos para conducirlos á el tribunal, en donde toda la Ciudad concurrió como el primer dia. Unos iban á él por el odio que tenian á nuestra religion, y otros por el piadoso deseo de ver al demonio combatido, y vencido de los Christianos. Entretanto un tumultuoso populacho llena el Palacio de sus griterías, y persigue al Santo con injurias, y baldones; pero él permaneció insensible á todos estos acometimientos; y quando los impíos le instaban á que hiciese que aquellos soldados á quienes él habia hecho abjurar la idolatría, volviesen á ella; respondió: Yo no puedo destruir lo que he edificado. Y hécholes cargo á Alexandro, Longinos, y Feliciano de su religion, perseveraron confesando á Jesu-Christo; por lo que se les mandó degollar de orden del Emperador, poniendo cobro á la vida eterna con pérdida de la temporal.

El muy ilustre Victor, testigo de esta execucion, pedia al Señor con ardientes lágrimas, que se dignase bien presto asociarle al martirio, y á la corona de aquellos, que despues de Dios le debian su conversion, y su fe. Todo el pueblo pide al punto su muerte con gritos terribles. Colgáronle, y molieron cruelmente su cuerpo con palos, y nervios de animales. Despues de lo qual cansados los verdugos, le volvieron á conducir á la carcel, en la qual, durante tres dias que pasó en oraciones, pedia su martirio á Dios con una grande compuncion de corazon, y con lágrimas que no se agotaban.

Sabida la constancia del Martir por el Emperador, le hizo llevar á su presencia, reservando como por honor el ser su último verdugo. Preguntado Victor por este, no le desmintió la firmeza que habia mostrado ante los demas Jueces. Renuévase el furor, y la rabia por todas partes contra el Santo. Repítense las amenazas, y las injurias. A este tiempo Maxîmiano hace llevar un altar de Júpiter: pónenle delante del Santo, y un Sacerdote idólatra se dispone á las ceremonias sacrílegas. El Emperador dixo á Victor: Toma incienso, quémalo en honor de Júpiter, y sed nuestro amigo. A estas palabras, el generoso soldado lleno del fuego del Espíritu Santo, y no pudiendo contener mas su zelo, se acerca al altar como para idolatrar, y lo echa á tierra de un puntapie á vista de todos. El detestable Emperador le hizo al punto cortar el pie (1), y el Santo Martir lo ofreció á Dios, como las primicias de todo su cuerpo, que bien presto iban á sacrificarle.

En fin, para hacerle consumar su sacrificio, lo llevaron á un molino. Fué allá con tanta ligereza, y alegría, como si nada hubiese sufrido. Tienden allí los sangrientos executores de las órdenes del Emperador al Santo Martir baxo de una piedra, en donde al punto fueron molidos sus huesos. No obstante, habiéndose deshecho la máquina por milagro, y respirando aún el Santo, para aca-

(1) Está en S. Victor de París.

acabar su victoria, que habia sido precedida de tantos combates, y de la confesion del nombre de Jesu-Christo tantas veces reiterada, se le cortó la cabeza; y al punto se oyó una voz del Cielo, que dixo: Venciste, Victor, venciste.

Pero el impío Maxîmiano siempre poseído de una endemoniada idolatría, y esperando vencer á lo menos despues de su muerte á los que le habian vencido á él mismo durante su vida, por un último rasgo de inhumanidad, que se convirtió en gloria de los Mártires, prohibió el sepultarlos, y mandó que sus cuerpos fuesen precipitados en aquel brazo de mar que rodea á Marsella por la parte del Mediodia. Pero Dios, que por una providencia de su amor, miraba por el honor de sus Santos, y atendía las necesidades de la Iglesia, hizo sacar al punto estos cuerpos por manos de Angeles sobre la orilla opuesta, donde los Christianos los enterraron en una caverna abierta á propósito, y con mucho cuidado en la piedra viva. Hácense allí aún el dia de hoy muchos milagros á favor de los que vienen con devocion á pedir sus gracias por la intercesion de estos Santos Mártires á nuestro Dios, y Señor Jesu-Christo; al qual sea la eterna alabanza, el poder, el honor, y el imperio, con el Padre, y el Espíritu Santo por todos los siglos. Amen.

ACTAS
DE S. MAXIMILIANO MARTIR.

Sacadas de un Manuscrito de la Abadía del Monte S. Miguel, y del quarto tomo de las Analectas de D. Juan de Mabillon.

Año de Jesu-Christo 295, en el imperio de Diocleciano, y de Maxîmiano.

A Doce de Marzo, en el Consulado de Fusco, y de Anulino, en Tebeste de Numidia, habiendo sido presentado Maxîmiliano al Proconsul Dion por Favio Victor, Comisario de las Guerras en Africa, Pompeyano, Procurador del Emperador, dixo: El Comisario Favio, y Valeriano su coléga, propuestos por Cesar para el alistamiento de los nuevos soldados, han traído aquí á Maxîmiliano, hijo de Victor, y le presentan para ser alistado. Y por quanto me parece que tiene las condiciones que requieren las Ordenanzas, pido que al presente sea marcado. El Proconsul, mirando á Maxîmiliano, le dixo: ¿Cómo te llamas? Respondió Maxîmiliano: ¿Para qué quereis saber mi nombre? Sabed claramente que yo no pretendo alistarme, porque soy Christiano. P. No importa: por eso no se ha de dexar de ver si es de la talla requisita. Y mientras que se le medía, continuaba en protestar contra la violencia que se le hacia. ¿De qué sirve todo eso, si

si os digo, que no he de tomar partido en las tropas de vuestros Césares; y la razon es, porque soy Christiano? P. Que se le mida. Y despues que se le hubo medido, dixo un Oficial: Tiene cinco pies, y diez pulgadas (1). P. Que lo marquen. Y Maxîmiliano, no queriéndolo sufrir: No, dixo él, eso no lo permitiré yo jamás. Yo ni quiero, ni puedo hacer lo que quereis. P. Creeme, amigo mio, resuélvete á irte á incorporar con el Exército, si quieres conservar tu vida. M. No marcharé yo, aun quando me hiciéreis moler. Yo jamás seré soldado del Emperador, siéndolo ya de mi Dios. P. ¿Quién te mete eso en la cabeza? M. Mi razon, y el que me ha llamado á la fé. P. Dirigiéndose á Victor, su padre: Dad un buen consejo á vuestro hijo. El padre le respondió: Ya sabe lo que debe hacer, y lo que mas cuenta le tiene; ya no necesita de consejo. P. á M. Pues alístate, y recibe las insignias de la milicia del Príncipe (2). M. Yo no me alistaré, ni recibiré la marca del Príncipe; yo ya llevo la de Jesu-Christo mi Dios, y mi Maestro. P. Yo te quitaré la vida para que vayas con tu Jesu-Christo. M. Ojalá que fuese ahora al punto: esa es la mayor dicha que me puede suceder. P. Dixo á un Oficial: Que lo marquen, y que le pongan el collar. M. Eso no lo sufriré; no puedo resolverme á lle-

(1) *Pedes quinque, uncias decem.* (2) Imprimíase sobre la mano del soldado el nombre del Emperador, y se le ponia un collar de plomo, ó un bracelete, sobre los quales estaban grabados el nombre, y la divisa del Príncipe.

llevar las señales de la milicia del siglo; y si me las ponen por fuerza, al punto las romperé. Yo soy Christiano; no me es permitido el recibir un collar con las cifras del Emperador, despues de haber tomado la honrosa insignia, y señal saludable de Jesu-Christo mi Señor, y el Hijo de Dios vivo. Pero vos no le conoceis, no obstante que ha sufrido la muerte por vos, y por mí. A él es á quien servimos nosotros todos los Christianos; á él es á quien nos consagramos, como al autor de nuestra salvacion, y de nuestra eterna felicidad. P. Por no exponerte antes á alguna desgracia, alístate. M. Ninguna me sucederá, y yo no me alistaré. Ya os he dicho, que el Dios á quien sirvo ha tomado mi nombre, y no puedo obligarme mas á ninguno otro. P. Considera, amigo mio, que estás en la flor de tu juventud, y que ninguna cosa le conviene mas á un joven, que llevar las armas por su Príncipe, y por su patria. M. Yo las llevo por mi Dios: y os lo repito otra vez, soy Christiano, y soldado de Jesu-Christo, y no puedo serlo del Emperador. P. Pero tambien hay Christianos en las tropas: los hay en las Compañías de Guardias; y se hacen distinguir por su valor, su amor, y su fidelidad. M. Ellos saben lo que les conviene; por lo que á mí toca, yo no puedo deciros otra cosa sino que soy Christiano como ellos, y con todo eso no quiero ser de una profesion en que pueda ofender á Dios. P. ¿Pero qué mal hacen los que van á la guerra? M. Demasiado lo sabeis vos.

P.

P. Todo esto es perder el tiempo en discursos superfluos : es necesario, ó que marches, ó que mueras. M. Ni marcharé, ni moriré; porque aunque dexe la tierra, mi alma vivirá en el Cielo con Jesu-Christo, mi buen Maestro.

Viendo el Proconsul que nada podia ganar en él la obediencia de Maxîmiliano, pronunció contra él la sentencia de muerte; y el Escribano la leyó en estos términos: "Condenamos á Maxîmi-„ liano á perder la cabeza por haber rehusado „ con desprecio, y terquedad, el prestar el ju-„ ramento de soldado." Este generoso Martir no tenia mas que veinte y un años, tres meses, y diez y ocho dias de edad.

Quando se le conducía al suplicio, decia á los Christianos que encontraba por casualidad: Hermanos mios muy amados, haced que el mas ardiente de vuestros deseos sea llegar prontamente al término en que me hallo : suspirad de todo vuestro corazon por aquel momento bienaventurado que os debe hacer gozar de la vista de nuestro Dios; y no ceseis de orar hasta que hayais obtenido de su bondad una corona semejante á la que voy á recibir. Y volviéndose hácia su padre, le dixo con un rostro alegre : Suplícoos, padre mio, le deis mi vestido nuevo á este buen hombre que me vá á cortar la cabeza : ese vestido que me habíais hecho hacer para ir al Exército. Y así plegue á Dios que despues de haber recibido por esta buena obra el ciento por uno sobre la tierra, seais bien presto reunido en el cielo á vuestro hijo para

ala-

alabar juntamente con él, y bendecir eternamente al Dios de la gloria, que reyna en él. Al acabar estas palabras, recibe el golpe que puso fin á su vida. Una muger de distincion, llamada Pompeyana, obtuvo con dificultad del Proconsul el cuerpo del Martir: y despues de haberle guardado por algun tiempo en su casa, le hizo conducir á Cartago, en donde le erigió un pequeño sepulcro cerca del de S. Cipriano, todo inmediato al Palacio: y allí fue enterrada ella misma, habiendo muerto al cabo de trece dias. Entretanto Victor, padre de Maxîmiliano, despues de haber visto morir á su hijo, se volvió á su casa, dando á Dios mil gracias de que se hubiese dignado recibir de su mano aquella amada, y preciosa víctima, aguardando que pudiese ofrecerse él mismo: lo que sucedió pocos dias despues.

ACTAS

DE S. MARCELO CENTURION, Y MARTIR.

Sacadas de diversas ediciones, revistas, y cotejadas con dos Manuscritos: uno de la Biblioteca de M. Colbert; y el otro de la Abadía de la Seauve-Majoure.

Año de Jesu-Christo 298, en el imperio de Diocleciano, y de sus colégas. El dia 30. de Octubre.

EN una Ciudad de Mauritania, en donde la Legion de Trajano tenia su quartel, queriendo los soldados celebrar el dia del nacimiento del Emperador, lo hicieron á su modo; esto es, comenzaron desde la mañana á divertirse, á beber á la salud del Príncipe, y á ofrecer por él sacrificios. Solo Marcelo, uno de los Centuriones, ó Capitanes de la Legion, fue quien rehusó tener parte en aquella fiesta, que trataba de profana, y de supersticiosa. Estimulado tambien de un repentino movimiento, de un zelo ardiente, é impetuoso, arrojó su tahalí, ó bericú al pie del estandarte, exclamando: Yo soy soldado de Jesu-Christo, Rey eterno. Despues despojándose de su casaca, y de sus armas, y arrancando de su cuello la medalla de plomo, sobre la qual estaba grabada una vid, y que era la señal de Capitan, la pisó; y añadió: Desde ahora renuncio el servicio de vuestros Emperadores, y el culto de vuestros Dioses de piedra, y de made-

dera, que no son sino Idolos sordos, y mudos. Si no es permitido exercer el arte de la guerra sino es con esta infeliz condicion de sacrificar á unos hombres mortales, y á unos Dioses inanimados; vé ahí mi tahalí, y mi medalla, mi espada, y mis armas: yo lo renuncio todo, dexo el servicio, y no quiero militar mas baxo las banderas de Roma.

Una accion hecha con tanto garbo, sorprendió igualmente á todos los que fueron testigos de ella. Apoderáronse de Marcelo, y lo llevaron á Anastasio Fortunato, su Comandante, que inmediatamente lo envió á la carcel. Despues que se acabó la fiesta, y que este Oficial General se levantó de la mesa, juntó Consejo de Guerra, y mandó que se llevase á él á Marcelo. Entonces le dixo el Coronel: ¿Cómo es, que contra el orden, y las leyes de la disciplina, te hayas atrevido á echar por tierra tu tahalí, y tus armas? Respondióle Marcelo: Desde el mes de Julio último, quando se celebró en el campo la fiesta del Emperador, declaré en alta voz que era Christiano, y soldado de Jesu-Christo, Hijo del Padre Todopoderoso, y que así no podia ya servir mas en el Exército de los Césares. Tu atentado, dixo Fortunato, ha hecho bastante ruido para que yo pueda disimularlo: y así no puedo dexar de dar aviso á la Corte. Entretanto, yo te haré conducir baxo de buena, y segura guarda á Aurelio Agricolano, que como sabes, es Teniente de Prefecto del Pretorio en esta Provin-

cia,

cia, y que manda en ella como en Gefe.

El dia 30 de Octubre se le conduxo á Marcelo á Tanger (1), en donde Agricolano hacía ordinariamente su residencia. El Oficial á quien se le habia encomendado, presentándole á este Gobernador, le dixo: Señor, ved aquí el Centurion Marcelo, á quien Fortunato remite á V. Grandeza. El os escribe; y si gustais, se leerá la carta. Agricolano respondió: Que lo hagan. Leyóse lo que se sigue: A mi Señor Agricolano, Fortunato; y lo demas..... "Este Oficial, despues „ de haber arrojado su tahalí, se declaró en alta „ voz por Christiano, en presencia de todos los „ soldados, acompañando esta declaracion impía „ con mil blasfemias contra los Dioses inmorta- „ les, y contra nuestros muy Augustos Empera- „ dores. Yo os lo envío, á fin de que lo que „ vuestra prudencia ordenare tocante á este nego- „ cio, sea prontamente executado." Habiéndose leído esta carta, dixo Agricolano á Marcelo: ¿Es verdad lo que tu Coronel me escribe de tí? ¿has hablado de esta suerte? M. Sí Señor, yo he hablado de ese modo, y no me retrato de ello. A. ¿Eres Capitan de Infantería, y estás sirviendo actualmente en la Legion de Trajano? M. Sí Señor. A. ¿Qué furor, ó qué locura os ha movido á cometer una accion tan criminal, y á proferir unas palabras tan injuriosas á la magestad de los Dio-

(1) Capital de la Mauritania. Hoy dia es de una Provincia del Reyno de Fez, llamada Babata.

Dioses, y de los Césares? M. No es el furor quien hace hablar á los que temen al Dios Todopoderoso. A. ¿Persistís, pues, en haber dicho todo lo que se contiene en el proceso, que vuestro Coronel me ha enviado? M. Sí Señor, insisto en ello, ya lo he dicho. A. ¿Y has arrojado tus armas? M. Las he arrojado, porque no he creído que fuese de la dignidad de un Christiano, que tiene el honor de servir á Jesu-Christo, el permanecer en el servicio de un hombre mortal. A. Las leyes de la disciplina militar, que han sido violadas por este Centurion, piden un exemplo de severidad en su persona; y no puedo dexar de castigarlo. Y así pronuncio contra él esta sentencia: "Condenamos á Marcelo, Centurion en la » Legion de Trajano, á ser cortada la cabeza, » por haber renunciado pública, y voluntaria» mente el juramento de soldado, y haber profe» rido palabras poco respetuosas contra los Dio» ses, y el Emperador, segun consta por las in» formaciones hechas contra él por Anastasio » Fortunato, su Coronel, las quales se han leído » á nuestra presencia."

Yendo Marcelo al suplicio, dixo á Agricolano: El Dios Todopoderoso, á quien adoro, os colme, Señor, de sus bendiciones. En estos afectos de caridad, y de dulzura fue en los que murió este Martir de Jesu-Christo, á el qual sea el honor, y la gloria en todos los siglos.

MAR-

MARTIRIO
DE S. CASIANO,
DE LA CIUDAD DE TANGER.

Sacado de un Manuscrito de la Biblioteca de M. Colbert.

Año de Jesu-Christo 298, en el imperio de Diocleciano, y de sus colégas.

EL bienaventurado Casiano exercía el empleo de Grefier, ó Notario, baxo de Aurelio Agricolano, Teniente del Prefecto del Pretorio en Africa. El era quien estaba con la pluma en la mano, y escribía la respuesta de Marcelo, en el interrogatorio á que este generoso soldado satisfizo delante de este Magistrado el dia 30 de Octubre. Agricolano le instaba vivamente; y sirviéndose para intimidarle de amenazas con palabras terribles, parecía que iba á conseguir de él una cobarde, y vergonzosa negacion de su fé. Pero el Santo Martir mostró en esta ocasion una firmeza inalterable: protestó siempre, que siendo soldado de Jesu-Christo, no podia ya llevar las armas por otro amo; y subsistió en esta declaracion con una constancia tan heroica, que mostró en aquel instante ser él mismo el Juez del que le juzgaba. Ya comenzaba Agricolano á entrar en furor; y entregando su cólera á la pluma, dictaba á su Notario, todo quanto ésta le inspiraba. Escribió Casiano por algun tiempo; pe-

ro en fin , viendo que el Gobernador , aunque vencido por las sabias , y acertadas réplicas de Marcelo , no dexaba de pronunciar contra él la sentencia de muerte , se le apuró la paciencia. No pudo reprimir mas su indignacion : levantóse con enfado del bufete sobre que escribía ; y quexándose fuertemente contra una tan horrible injusticia , le arrojó á la cara del Tirano pluma, tinta , y papel. Una accion de este atrevimiento puso en turbacion , y confusion á toda la asamblea , y la dividió en diversos pareceres. Unos estaban admirados , otros llenos de temor , y todos sorprendidos , y aguardando la resolucion. Sonreíase Marcelo , pero Agricolano bramaba de rabia : baja furioso de su tribunal ; y no pudiéndose contener mas , preguntó á Casiano , por qué habia arrojado de aquel modo los registros á tierra. El Notario le respondió : Porque acabais de dar una injusta sentencia. Agricolano , por no verse expuesto mas á nuevas reprehensiones de su injusta crueldad , lo envió á la carcel.

La alegría que S. Marcelo habia mostrado con su sonrisa , provenía de un secreto presentimiento que el Espíritu Santo le habia dado , de que Casiano sería el compañero de su martirio. En efecto , S. Marcelo , habiendo recibido en aquel mismo dia la corona , por la qual suspiraba ya largo tiempo , pocos dias despues , esto es , el tres de Diciembre la recibió tambien el bienaventurado Casiano en el mismo lugar , y casi con las mismas circunstancias.

HIS-

HISTORIA
DE LA PERSECUCION DE DIOCLECIANO, Y DE MAXIMIANO, ESCRITA POR EUSEBIO.

Sacada del lib. 8 de su Historia Eclesiástica.

1 EL año de Jesu-Christo 303, y el 19 del reynado de Diocleciano, en el mes de Marzo, y algunos dias antes del Domingo de Pasion, se publicó en todo el Imperio un Edicto, el qual contenía, que las Iglesias de los Christianos serían abatidas, y arrasadas hasta los cimientos: que se haría una exácta pesquisa de los libros sagrados; y que por lo tocante á los Christianos que rehusasen el renunciar el Christianismo, las personas de distincion serían notadas de infamia, y el pueblo hecho esclavo. Nosotros fuimos los primeros contra quienes el Edicto fue executado. Pero poco tiempo despues llegaron nuevas órdenes, que contenían, como todos los Obispos serían presos, y despues se les obligaría por todos medios á dar culto á los Dioses.

2 Entonces se vió un gran número de santos Prelados sufrir con alegría los suplicios mas terribles, combatir valientemente á vista de los hombres, y de los Angeles, y dar ilustres señales de su constancia, y de su fidelidad para con Dios.

Verdad es, que hubo tambien muchos, que vencidos por el temor, y medio arruinados por su propia flaqueza, se rindieron cobardemente al primer acometimiento de la crueldad; pero en fin, la mayor parte sostuvo con una firmeza maravillosa los tormentos que exercieron sobre ellos de diversas maneras. Desgarrábaseles á unos á fuertes azotes: descubríanseles á otros las entrañas con uñas de hierro; y muchos perdieron la vida por estas especies de suplicios. Otros padecieron de distintos modos: aprisionaban á uno, y lo hacian entrar contra su voluntad en el lugar en que se daban veneraciones á los Idolos; y aunque siempre hubiese rehusado el sacrificio, se publicaba que habia idolatrado. Aunque otro tampoco se hubiese acercado al altar, era acusado por gentes ganadas, para que dixesen haber dado incienso á los Dioses; y sufriendo en silencio esta calumnia, se retiraba contento de tener á Dios por testigo de su inocencia. Habia tambien á quienes se les sacaba de los tormentos medio muertos, para llevarlos al pie del altar, donde se les arrojaba cruelmente en el suelo. Otros habia que se tendian en la tierra, y resistiendo con todas sus fuerzas, se dexaban arrastrar por los pies un largo espacio de camino hasta el templo. El uno protestaba altamente, que jamás habia sacrificado, ni jamás sacrificaría. Yo soy Christiano, exclamaba el otro, y me glorío de llevar el nombre, y de confesar la santa fé. Pero estos generosos Confesores al punto se veían rodeados por

una

una tropa de Ministros, que los golpeaban en la boca, les quebraban los dientes, y los amagullaban el rostro con el puño, que sacaban todo ensangrentado. Otras veces estos enemigos de nuestra religion creían haber alcanzado una gran ventaja, si les parecia que los Christianos executaban lo que con tanto ardor deseaban que hiciesen. Pero todos estos artificios les sirvieron de poco, y no fue sino para mayor vergüenza suya el emplearlos contra estos Santos Mártires, cuyas gloriosas hazañas son en tan gran número, que sería necesario muchos volúmenes para poderlas contar todas con una exâcta menudencia.

3 Pero no solamente fue despues que la guerra se declaró á la Iglesia, quando estos hombres admirables mostraron aquel ardiente zelo que los encendia por la gloria de Dios; habíanlo ya manifestado durante la paz. Porque desde aquel tiempo, el demonio, á quien el mundo reconoce por su Príncipe, saliendo como de un largo sueño, y viendo que la Iglesia, despues de la persecucion de Decio, y de Valeriano, gozaba de una gran calma, emprendió el turbarla. Para este efecto se puso secretamente á armar lazos á algunos Christianos, no atreviéndose á acometerlos á todos de una vez, y abiertamente. Comenzó, pues, por los que servían en los Exércitos, experimentando en ellos su fuerza, y descargando en ellos sus primeros golpes: no dudando, en quanto á los demas, que facilmente lo conseguiría, si podia hacerse dueño de estos. En efecto, veíase en-

tonces un gran número de soldados Christianos, dexar el servicio, y abrazar una vida retirada, por no verse precisados á renunciar su religion. Porque uno de los Generales del Exército Romano (1), habiéndose encaprichado en perseguir á los Christianos que servían baxo de sus banderas, comenzó á hacer una exâcta pesquisa de ellos. A la verdad, dexóles la eleccion en su mano, ú obedecer á las órdenes del Emperador, esto es, renunciar el Christianismo, ó ser degradados. Este fue el partido que tomaron casi todos estos siervos de Jesu-Christo. No dudaron ellos un momento en preferir el honor de confesar su nombre á el que habian adquirido, llevando las armas, y las recompensas que sus bellas acciones les podian hacer esperar en lo succesivo. Pocos hubo que por una tan buena causa, no estuviesen prontos no solamente á dexar su dignidad, y á renunciar todas las esperanzas del siglo, sino tambien á perder la vida, y á derramar hasta la última gota de su sangre. Con todo eso, no se derramó mucha en los principios, porque aquel que habia jurado la ruina de la Iglesia, espantado de la multitud de los Fieles, y no atreviéndose, digamoslo así, á violentar gentes tan valerosas, cuyo número, y espíritu temia, los perdonaba; pero en fin, luego que no guardó mas medidas, y que les hubo declarado una guerra manifiesta, no se puede decir perfectamente quántos

(1) Vetturio.

tos Mártires sacrificó á su odio, y quántos arroyos de sangre se vieron correr en todas las Ciudades del Imperio.

4 Aún no se habia publicado el Edicto contra las Iglesias en Nicomedia, quando un hombre distinguido por su nacimiento, y por un empleo considerable que tenia en la Provincia (1), animado de un gran zelo, y movido de un ardiente deseo de señalar, y mostrar su fé, fue en medio del dia, y arrancó aquel Edicto que se habia fixado en la parte mas pública de la Ciudad, y le hizo pedazos, como que era impío, é injurioso á la Soberana Magestad de Dios, aunque por entonces hubiese en Nicomedia dos Emperadores, á saber, Diocleciano, y Galerio. Esta accion, que se trató de delito de lesa Magestad, y de sacrilegio, habiendo hecho gran ruido en la Ciudad, al punto fue preso aquel que habia sido el autor, y sufrió todos los tormentos, á los quales sin duda se preparaba, despues de un arresto como este; y los padeció con una alegría, y una tranquilidad, que conservó hasta el último aliento.

D4 Pe-

(1) Adon, Usuardo, y los demas Autores de Martirologios, hacen memoria de este Martir el dia siete de Septiembre, con el nombre de Juan. Henschenio cree, que este es el célebre Martir S. Jorge; pero el sabio Balucio en sus Notas sobre Lactancio, impugna una, y otra opinion. Lo cierto es, que el Autor de la Crónica Pascal, pone á S. Jorge en el Imperio de Caro, y de Numeriano. En lo demas, Lactancio alaba, no la accion de este generoso Christiano, sino su zelo, y aquel noble ardor que se la hizo emprender.

5 Pero de tantos Mártires como entre los Griegos, y entre los Bárbaros dieron ilustres señales de un valor invencible, y de una firmeza inalterable, si hubo jamás algunos que mereciesen toda nuestra admiracion, fueron sin duda aquellos que la persecucion que describo quitó á la Iglesia. Un Doroteo, y sus generosos compañeros, Oficiales todos de la Cámara de los Emperadores, y hombres incomparables, á pesar de las continuas gracias con que los Emperadores los colmaban de las prerrogativas que el favor en que estaban para con ellos, habia vinculado á sus empleos; y de la benevolencia que les mostraban estos Señores del mundo, hasta tratarlos como si hubiesen tenido el honor de ser de su sangre: distincion tan gloriosa, y tan propia á deslumbrar los vasallos; se atrevieron á resistir á quatro Emperadores; y pisando gloria, placer, y favor, prefirieron con alegría á todas estas ventajas de la fortuna, las afrentas, los oprobrios, la estrema miseria, las diversas suertes de tormentos que el furor de los tiranos inventó contra ellos, y la muerte misma, y ésta la mas cruel de todas; siendo todo esto por la defensa de la religion que profesaban. Pero yo no referiré aquí mas que el Martirio de uno solo de estos excelentes hombres, para que el lector pueda juzgar por la relacion de los tormentos que padeció éste, quáles fueron los que se hicieron sufrir á los demas. En Nicomedia, pues, fue donde llevaron á este Christiano ante de los Emperadores, y de un tropel de pueblo

que

que habia acudido á este espectáculo. Mandósele dar incienso á los Dioses; y al punto que lo resistió, le despojaron de sus vestidos, levantáronle muy alto, y despues le dexaron caer en el suelo, en donde, aunque ya todo molido de este golpe, no dexaron de descargarle una infinidad de palos, que le amagullaron la carne en innumerables partes de su cuerpo. Pero permaneciendo siempre firme, y constante en su primera resistencia, se le echó sal, y vinagre en aquel prodigioso número de llagas que dexaban ver los huesos desnudos. Los terribles dolores que esto le causó, no le alteraron siquiera; lo que hizo que se llevase fuego, y unas parrillas, sobre las quales pusieron lo restante de sus carnes como si fuera á asarse: teniendo cuidado de no poner de una vez sino una parte del cuerpo, que quitaban, y despues volvian á poner otra para hacer que durase mas largo tiempo este terrible suplicio, y por el temor de que una muerte demasiado pronta le hiciese acabar bien presto. Pero todo esto fue inutil, el Martir espiró triunfante del fuego, del dolor, y de los tiranos, en esta dura cama que le preparó el rigor, sin haber mostrado la menor flaqueza. Así acabó su vida el ilustre Pedro, Oficial de la Cámara de los Emperadores, digno ciertamente del nombre que llevaba (1). Nosotros nada dirémos de los tormentos

(1) La Iglesia Latina celebra la fiesta de este Martir el dia 12 de Marzo; y la de S. Doroteo, y de S. Gorgonio el dia 9 de Septiembre.

tos que hicieron padecer á los otros, aunque en ninguna manera sean inferiores á los que acabamos de referir. Contentarémonos con añadir, que Doroteo, y Gorgonio, y los demás Oficiales de Palacio, despues de haber resistido generosamente, fueron degollados; y terminaron de este modo su carrera.

6 A Antimo, Obispo de Nicomedia, le fue cortada la cabeza por este mismo tiempo en medio de su Ciudad Episcopal, por haber confesado á Jesu-Christo (1). Casi todo su rebaño padeció la muerte con él. Porque habiéndose prendido fuego al Palacio imperial por no sé qué accidente (2), se divulgó la noticia en un instante, de que los Christianos eran los autores de este incendio; y aunque el odio solo que se les tenia hubiese hecho nacer una sospecha tan injusta, quisieron los Emperadores, que todos quantos Católicos se hallasen en la Ciudad, muriesen á sangre, y fuego. Y este Decreto comprehendía en la misma pena á las familias enteras, sin distincion de sexò, ni edad. No se puede explicar con qué ale-

(1) El dia 23 de Abril en la Iglesia Latina; y el tres de Septiembre entre los Griegos. (2) Lactancio dice, que el fuego se puso al Palacio por orden expresa de Maxîmiano: que al mismo tiempo hizo divulgar la noticia de que los Christianos eran los autores de este incendio, á fin de irritar contra ellos á Diocleciano, que parecía entibiaba mucho el enojo contra ellos: lo qual, de ninguna manera agradaba al cruel Maxîmiano. Este mismo Príncipe, quince dias despues de este primer incendio, dispuso aún otro segundo, del qual hizo igualmente sospechosos á los Christianos; y despues se salió de Nicomedia.

alegría, con qué ansia iban tropas enteras de hombres, y de mugeres á presentar su cabeza á la espada de los verdugos, y sus cuerpos á las llamas. Vióseles agitados de un santo furor, si es permitido hablar así, el qual tenia alguna cosa de divino, precipitarse en hogueras ardiendo, que se habian encendido en todas las calles de Nicomedia. Ademas de estos, hubo tambien un grandísimo número que se encadenaron de dos en dos, y de que se cargaron barcas enteras, á quienes se les dió barreno (1) despues de estar en alta mar.

7 Poco tiempo despues de esta furiosa tempestad, que despobló la Iglesia de Nicomedia, se rebelaron dos Oficiales del Exército, y quisieron apoderarse del Imperio, uno en Melitene en Armenia, y otro en Seleucia, Ciudad de Siria. Esto motivó la publicacion de un nuevo Edicto, por el qual se mandaba á los Magistrados apoderarse de los Obispos, y de los demas Ministros de la Iglesia, por donde quiera que se pudiesen descubrir, y llevarlos presos. Y como se arrestase todos los dias un grandísimo número, las cárceles, que hasta entonces no eran sino para los homicidas, y los sacrílegos, se hallaron en poco tiempo llenas de Obispos, de Presbíteros, de Diáconos, de Lectores, y de Acólytos; de suerte, que ya no habia lugar para los verdaderos delinqüentes. No obstante, habiendo baxado

otra

(1) *Transivimus per ignem, & aquam.* Ps. 65.

otra providencia, por la que se mandaba que los presos fuesen puestos en libertad, en el caso que quisiesen idolatrar; pero que si hiciesen la menor resistencia, fuesen al mismo punto aplicados al tormento; no se puede decir quántos Santos padecieron el martirio en todas las Provincias; pero particularmente en el Africa, en la Mauritania, en la Tebaida, y en el Egipto. Y aun hubo tambien muchos de esta última Provincia, que habiendo salido de ella, fueron á otros países á señalar su constancia, y su fé, y recibir la corona del martirio.

8 Nosotros mismos hemos sido bastante felices por tener algunos en la Palestina, y en la Ciudad de Tiro, que causaban al mismo tiempo admiracion, y compasion, quando se les veía en sus cuerpos, cárdenos, y amagullados, aquel prodigioso número de cardenales, y de contusiones, que los azotes habian impreso en ellos: quando se les veía entrar en el anfiteatro con leones, y tigres, acostumbrados á beber la sangre humana, con osos, y leopardos, javalíes, y toros, que se hacían aun mas furiosos, y mas crueles, picándolos con lanzas, ó dardos caldeados al fuego. Nosotros hemos sido testigos de sus combates, y de sus victorias; pero nos ha sido facil reconocer el poder divino de nuestro Salvador Jesu-Christo, que brillaba visiblemente en la constancia extraordinaria, y el valor mas que humano de estos defensores del Christianismo. Porque muchas veces sucedia, que las bestias que soltaban

ban contra ellos, se detenian de repente, y parecian respetar sus sagrados cuerpos. Otras veces se arrojaban tambien sobre los verdugos, y acometían contra los paganos, que sabian muy bien distinguirlos de los Christianos. Mas por lo que toca á los Santos Mártires, aunque ellos estuviesen desnudos, desarmados, y que las provocasen segun se les incitaba, se retiraban sin tocarlos; huían como si una mano invisible las hubiese echado, ó que una virtud secreta, y divina las hubiese impedido el acercarse. Lo que duraba algunas veces tanto tiempo, que el concurso estaba en una admiracion, que apenas podia explicarla; de suerte, que viendo que la primera fiera no habia embestido, se soltaba la segunda, y la tercera. Entonces era el gusto contemplar la intrepidez de un Martir, su firmeza, y su indiferencia por la vida. Así sucedió con un cierto joven que fue llevado al anfiteatro, y que se señaló en él entre los demas. Apenas tenia veinte años: veíasele en medio de la plaza de pie, sin estar amarrado, con los brazos estendidos en forma de cruz, atento únicamente á su oracion, sin pensar en retirarse ni un solo paso del lugar en que oraba, aunque un leopardo, y un oso, que parecían no respirar sino la carnicería, y la muerte, viniesen á él, no haciendo mas que tocarle. Verdad es, que á este mismo tiempo estos furiosos animales, baxando la cabeza, y volviendo á cerrar su boca grande, y sedienta de sangre, se retiraban muy pronto al

otro

otro extremo. Este joven Martir tenia quatro compañeros, á favor de los quales se declaró tambien la Providencia de un modo, que no pareció ni menos comprehensible, ni menos estupendo; porque habiendo sido expuestos á un toro salvage, y feróz, no recibieron el menor golpe. Este animal, que echaba fuego por los ojos, y por las narices, habiendo tomado su carrera hácia algunos paganos, que no pudieron ponerse inmediatamente en la barrera, los cogió entre sus hastas, y habiéndolos levantado en el aire, cayeron medio muertos sobre la arena. Despues volviéndose de parte de los Santos Mártires, se le vió ir á ellos con un semblante furioso, que atemorizaba aun hasta el mismo concurso; pero viósele al mismo tiempo detenerse, y volver hácia atrás; y aunque le aguijoneaban por los costados con puntas hechas fuego, jamás se le pudo hacer embestir; sino dando horribles bramidos, escarbando la tierra con los pies, y haciendo volar la arena á la derecha, y á la izquierda, inspirando terror á los mas atrevidos, se detenia de repente á una cierta distancia, sin que le fuese posible á el que le gobernaba el hacerle acometer. En fin, habiendo quedado este joven Martir, y sus quatro compañeros dueños del campo de batalla, y vencedores de todas las bestias que habian echado contra ellos, se vieron precisados á degollarlos á todos cinco, y se les dió á sus cuerpos el mar por sepultura.

9 Tales fueron los combates que sostuvieron

á

á un mismo tiempo estos fieles, y generosos Egipcios en la Ciudad de Tiro, que despreciando una vida temporal, y perecedera, sufrieron, con sus mugeres, é hijos diversos géneros de muerte, por la defensa del Evangelio. Unos fueron consumidos por las llamas, despues de haber sido sus cuerpos desgarrados con uñas de hierro: sus miembros despedazados en el potro, y su pellejo desollado con los azotes: otros fueron precipitados en el mar: algunos corrian con una ansiosa alegría á dar su cuello á los verdugos; no pocos espiraban en los tormentos. Hubo varios que perecieron de hambre: muchos fueron puestos en cruces; ya de la manera ordinaria con que se ponia á los reos; ya con la cabeza abaxo, y los pies, y las manos clavadas con clavos, morían allí, padeciendo por espacio de dos, ó tres dias entre dolores increíbles.

10 No hay palabras para explicar lo que sufrieron los Mártires en la Tebaida. Usaban de pedazos de cascotes, con los que penetrados sus cuerpos los destrozaban miserablemente. Colgábase á las mugeres desnudas por un pie atado á un poste muy alto, despues de haberlas levantado con garruchas: espectáculo vergonzoso, é inhumano. Doblábanse dos ramas de árboles sumamente fuertes, y de una corpulencia considerable, y se las hacia acercar una á la otra á fuerza de brazo, y por medio de una máquina: despues se ataban los dos muslos, ó piernas del Martir á una, y otra rama, para que afloxadas estas, vol-

vie-

viesen á su situacion propia, y natural, á fin de que por el esfuerzo que hacian, dividiesen con una horrible violencia el cuerpo que á ellas se habia atado.

11 No debe creerse que estos sangrientos estragos han sido repetidos con retardaciones, sino con la mayor freqüencia. Unas veces eran diez los Mártires, algunas veces veinte, otras treinta, y aun sesenta, ochenta otras: hubo dia que quitaron la vida hasta ciento entre hombres, mugeres, y niños; recibiendo estos la muerte con los tormentos. Yo mismo, en el tiempo en que habitaba en aquellos quarteles, ví en un solo dia morir á sangre, y fuego un tan gran número, que se llegaron á formar como montes con el conjunto de los cadáveres. Embotados los filos de los sables con tanto degüello, como que se resistían á continuar este sangriento estrago, y cansados los verdugos para volver á tomar fuerzas, se veían precisados á alternar. ¿Con qué ardor, no obstante, estos fervorosos Christianos corrian al martirio? Apenas habia pronunciado el Juez la sentencia de muerte contra algunos, quando al instante se reemplazaba con otros el tribunal, gritando: Nosotros somos tambien Christianos. Todo este aparato de suplicios no los espantaba: miraban sin alteracion aquellas terribles máquinas que la rabia de los tiranos habia inventado para atormentar á los que confesasen á Jesu Christo. Nada les era mas dulce á sus oídos, que una sentencia que los condenaba á morir por su Sal-

va-

vador: mostrábase entonces la alegría en su rostro; y su boca se abría para los Himnos, y los Cánticos de acciones de gracias, que no cesaban de oírse hasta su último fin.

12 ¿Pero qué profusion de alabanzas, qué tropel de elogios no merecen aquellos que pudiendo hacer en el mundo una figura considerable, ya por su nacimiento, ó por sus riquezas, ya por la hermosura de su espíritu, por la belleza de su ingenio, ó por los encantos de su eloqüencia, ó ya en fin por su vasta, y profunda erudicion, abandonaron todas estas ventajas de la naturaleza, por unirse únicamente á Jesu-Christo, y guardarle una fidelidad inviolable? De este número fue Filoromo, Recaudador de Rentas en Egipto: de este número fue Fileas, Obispo de Thmuis, excelente Filósofo, y que habia pasado por todos los empleos honoríficos de su Provincia con una general estimacion de los Pueblos; aunque los amigos, y los parientes del uno, y del otro, todas gentes de distincion, les suplicasen con la mayor eficacia, salvasen su vida: aunque el mismo Juez les exhortase á tener compasion de sí mismos, sus hijos, y sus mugeres: que por su muerte iban á quedar sin padre, y sin esposo, expuestos acaso á perder tambien la vida. Pero ni las súplicas de sus parientes, ni las amenazas del Juez, ni sus exhortaciones, ni en fin la vista de lo mas amado que ellos tenian, nada de todo esto les pudo hacer jamás titubear, ni tentarles la mas mínima cosa del mundo á conser-

var su vida, sus empleos, y su familia, á vista de lo que debian á Jesu-Christo; sino perseverando hasta el fin en su generosa resolucion, sostenida por la fuerza, y el vigor de su espíritu, ó por mejor decir, fortificados por la gracia, resistieron á todos los acometimientos que pudieron hacer contra ellos el mundo, la naturaleza, y el honor: finalmente, entregaron felizmente la vida á los golpes sangrientos de la cuchilla con que un verdugo cercenó sus gargantas.

13 Oigamos al mismo Fileas en una carta que escribió á su Pueblo de Thmuis, en que hace la relacion de la muerte de muchos Mártires; cuyo testigo fue durante el tiempo que vivió en Alexandría. Ved aquí como habla este Santo Obispo, y este Martir glorioso::: " Estos exemplos tan » persuasivos, estos milagros tan ciertos, estas » máxîmas tan santas, que á cada paso se hallan » en la Escritura, y de que nuestros bienaventu- » rados Mártires habian llenado el espíritu, y el » corazon en la continua leƈtura que hacian de » los sagrados libros, facilmente los habian de- » terminado abrazar con alegría la muerte que » se les presentaba. Sabian que nuestro Señor » Jesu-Christo no se había hecho hombre sino » para exterminar el pecado, y para facilitar » á los hombres los medios de llegar al Cielo, » siendo el primero que con su exemplo nos en- » señó este camino estrecho, y áspero. En efec- » to, Jesu-Christo (1) conociendo que por su di- » vi-

(1) Philip. 2.

„ vino sér era igual al Eterno Padre, quiso no „ obstante, como anonadarse uniendo su divinidad á una forma, y naturaleza servil, humanándose por los hombres; humillóse á una obediencia grande que conservó hasta la muerte, „ que recibió en la cruz.

„ Esta consideracion es la que ha hecho que „ estos Santos Mártires, remontando sus deseos „ hasta la mas alta idea del Christianismo, abrazaban valerosamente los tormentos mas crueles „ que pudo inventar la tiranía. Y aunque los soldados, propios ministros de hombres tan bárbaros, se hayan esforzado á intimidarlos con „ amenazas, y toda especie de ultrages, con todo eso no se mostraban, ni menos firmes, ni „ menos valerosos; porque la perfecta caridad „ animaba sus espíritus. ¿Qué palabras fueron tan „ poderosas que alcanzasen en sus expresiones ofrecer á la comprehension de los hombres aquella valentía, resolucion, y constancia con que „ se mostraron estos generosos soldados de Jesu-Christo? Porque como le era permitido á cada „ uno de los verdugos el insultarlos, y como los „ paganos, ó por una cobarde complacencia para „ con el Gobernador, ó por un falso zelo para „ con sus Dioses, ó por satisfacer el odio implacable que nos tienen, se formaban una especie de mérito en maltratarlos: habia quien los „ azotaba, ya con varas, con cuerdas, y anchas correas, ó tambien con palos gruesos, y „ nudosos, con que les rompian las costillas. Era

„ una escena, que aunque siempre llena de san-
„ gre, y de horror, se mudaba, no obstante,
„ segun los diferentes semblantes que tomaba el
„ furor de los tiranos. Porque tan presto se veía
„ á un Martir atado á viga, ó poste, teniendo
„ sujetos sus pies, y manos á unas cuerdas, que
„ asidas á unas ruedas, movidas estas con rapi-
„ dez, y violencia, los desquartizaban misera-
„ blemente: tan presto se le desgarraban á otro
„ el vientre, las costillas, los brazos, y las pier-
„ nas con peines de hierro: colgábasele á aquel
„ por un brazo solo á una puerta. Este es uno de
„ los mas crueles suplicios que se pueden pade-
„ cer; porque cayendo todo el peso del cuerpo
„ hácia abaxo, descoyunta todas las junturas de
„ la espalda, de los brazos, y de los dedos, y
„ hace estirar los nervios, alarga los músculos,
„ rompe las venas, y quiebra los tendones. Ata-
„ ban en fin á otros á un pilar, pero de suerte
„ que sus pies no tocasen en tierra, con el fin de
„ que las apretadas cuerdas, con la pesadez del
„ cuerpo entrasen bien en la carne. En fin, estos
„ tormentos duraban algunas veces todo un dia.
„ Porque mientras que el Juez estaba ocupado en
„ hacer á unos el interrogatorio, los verdugos
„ tenian orden de continuar atormentando á los
„ otros, hasta que se viese que ya estaban pron-
„ tos á espirar; que entonces se les desataba, y
„ se les arrojaba á un rincon, en donde acaba-
„ ban. Decíase ordinariamente que no se debia te-
„ ner compasion alguna de nosotros, y que no
„ con-

„ convenia mirarnos como hombres. Poníanse á
„ muchos en cepos con los pies apartados hasta
„ el quarto agugero ; pero la mayor parte se veían
„ precisados á estar echados de espaldas, á causa
„ de una infinidad de contusiones, y de cardena-
„ les negros, y cárdenos de que estaba cubierto
„ todo su cuerpo. Era un espectáculo bien triste,
„ y bien lastimoso el que forma este gran número
„ de Mártires, tendidos sobre el suelo, casi ago-
„ nizando, padeciendo no obstante inmensos do-
„ lores, y haciendo ver por la diversidad de sus
„ llagas de quántas especies de instrumentos se
„ habia valido la crueldad de los tiranos para
„ atormentarlos. Muchos espiraban entre las ma-
„ nos de los verdugos : otros habiendo sido vuel-
„ tos á la prision, moribundos acababan en ella
„ sus vidas pocos dias despues entre dolores in-
„ creibles. No obstante, ha habido algunos, que
„ habiéndose libertado de la muerte por haber
„ acudido con tiempo á su curacion, se han ido
„ ellos mismos á los cadahalsos, y huyen las mo-
„ lestas instancias de la idolatría."

14 Ved aquí lo que un Santo Obispo, Mártir, y Filósofo escribe á los fieles de su Iglesia de los diversos suplicios que padecian los Christianos, y de los quales habia sido testigo antes de experimentarlos él mismo, habiendo escrito esta carta en la prision, donde permaneció algun tiempo antes de ser martirizado. Pero sin detenernos mas en referir por menor esta serie de sangrientas execuciones, que se hicieron en las

Provincias, vamos á contar una que comprehendió en un dia á todos los habitantes de una Ciudad, á quien los Paganos sitiaron del mismo modo que á una Ciudad enemiga, la qual arruinaron despues enteramente, sin dexar en ella otra cosa que unas débiles reliquias.

15 Era esta una Ciudad de la Frigia habitada por los Católicos. Un cuerpo de tropa enviado por el Emperador la bloqueó: púsole fuego á esta poblacion con mechones encendidos, y otros artificios, con tanta actividad, que en menos de nada la reduxeron á cenizas, con todos sus habitantes, hombres, mugeres, y niños; los quales perecieron todos invocando el nombre de Jesu-Christo, y publicando altamente la divinidad en medio de las llamas.

16 ¿Pero cómo podré yo ahora contar aquel prodigioso número de Mártires, que derramaron su sangre en las otras Provincias? ¿Cómo se han de señalar todos en particular, y por su nombre? ¿Y cómo, en fin, se ha de exponer á los ojos de mis lectores, las diferentes suertes de tormentos que les hicieron perecer? Por exemplo, hubo muchos á quienes se les cortó la cabeza, como en la Arabia: otros que fueron enrodados vivos, como sucedió en la Capadocia: otros que habiendo sido colgados con la cabeza hácia abaxo sobre un fuego lento, y hecho de una leña verde, y húmeda, fueron ahogados con el humo; esto es lo que se vió en la Mesopotamia: y otros en fin, á quienes se les cortaron los pies, las manos,

las

las narices, y las orejas, abandonando las heridas, para que muriesen acancerados: de este modo cruel fue como consumaron su carrera muchos Mártires de Alexandría.

17 ¿Y podrémos hablar de lo que pasó entonces en Antioquía, sin temor de llenar el espíritu de los lectores de imágenes funestas, y de afligir sus ánimos con la relacion de tantas crueldades? Tendíanse á unos sobre parrillas de hierro con fuego lento, y se les dexaba espirar poco á poco, retardando su muerte lo mas que podian, para hacer que su suplicio durase por mas largo tiempo. Viéronse otros que metian sus manos en los braseros ardiendo por no mancharlas con el contacto sacrílego de las víctimas ofrecidas á los Idolos. Y en fin, hubo quienes viendo acercarse los soldados, enviados para prenderlos, se precipitaron de lo alto de sus casas, queriendo mas arrojarse en los brazos de la muerte, que caer entre las manos de estos ministros de la impiedad (1).

18 ¿Quién podrá, sin estremecerse de horror, oír contar los terribles tormentos que executaban sobre los Christianos en la Provincia del Ponto? Metíaseles á los unos espinas de rosales secos por entre las uñas: regábase de plomo derretido los cuerpos de los otros: abríaseles el vien-

(1) Aquí toca Eusebio como de paso la Historia de Santa Domnina, y de sus hijas. Pero como se halla referida un poco mas abaxo con todas sus circunstancias por S. Juan Crisóstomo, nos ha parecido el omitirla en este lugar por evitar las repeticiones.

tre, y los costados á algunos, metiéndoseles instrumentos, é introduciéndoseles fuego hasta las entrañas. Habia entre aquellos tiranos, é inhumanos una ardiente emulacion, y competencia sobre quien inventaría suplicios mas exquisitos, y mas raros; y como si hubiera premio para el que excediese en sus invenciones, se esforzaban todos, así como hacen los Atletas en el combate de la lucha, ó de la carrera, en darle mas ventajas á su inhumanidad. Finalmente, estas horribles crueldades no tuvieron fin hasta que desesperados los tiranos de hallar martirios mas dolorosos, y como cansados de tantas muertes; viendo anegada su ferocidad en sangre de los Mártires, quisieron como descansar dando martirios menores: lo qual tuvieron gran cuidado de publicar como un exceso de su benignidad. Bastante sangre de Ciudadanos, decian ellos, se habia derramado ya: querian detener su curso, y no manchar mas las Ciudades con estas sangrientas atrocidades: que era necesario mirar por el honor, y la reputacion de los Emperadores; los quales, aunque los mas dulces, y los mas clementes de todos los Príncipes, pasarían por tiranos en los siglos venideros: que era justo que cada uno mostrase, y participase de la dulzura, y de la moderacion de su reynado; y que así no volvería á martirizarse mas á ningun Christiano, estando enteramente abolida, y anulada la pena ordinaria de muerte por la suma bondad de los clementísimos Emperadores.

Co-

19 Comenzóse, pues, á tratar á los fieles con menos inhumanidad. No se les daba mas martirio que sacarles el ojo derecho, y desjarretarles la corba izquierda. Verdad es, que esta gracia se estendió á tantos Christianos, que es imposible saber el número de los que, despues de estas dos operaciones, fueron enviados á las minas, no tanto para trabajar en ellas, como para ser expuestos á vista de las gentes, como modelos de un valor invencible, de una paciencia inalterable, de una fé viva, y de un amor purísimo; las quales virtudes no podian ser sino efectos admirables de la poderosa proteccion del Salvador sobre sus fieles siervos.

20 Entre los Obispos, y los Presbíteros que padecieron por Jesu-Christo en las Ciudades mas considerables del Imperio, ademas de Antimo, Obispo de Nicomedia, del qual hemos hablado ya (1), se halla Luciano, Presbítero de Antioquía. Este santo, y sabio hombre, despues de haber anunciado el Reyno de Jesu-Christo por sus palabras, y de haberle defendido por una eloqüente apología que presentó al Emperador, aun confirmó la verdad por su muerte. Cuéntanse despues entre los Mártires de Fenicia Tirannion, Obispo de Tiro: Zenobio, Presbítero de Sidon; y Silvano, Obispo de Emesa (2). Este último fue expuesto á las bestias en su Ciudad Episcopal; y los dos primeros dieron un ilustre testimonio á la

Fé

(1) Al núm. 6. (2) El 20 de Febrero.

Fé Christiana en Antioquía. Habiendo sido arrojado Tirannion al mar, y Zenobio, el qual á la ciencia de la Religion añadía la de la medicina, espiró en medio de los tormentos. En la Palestina, otro Silvano (1), Obispo de Gaza, acompañado de otros treinta y nueve, los degollaron en odio de la Fe de Jesu-Christo. La misma Provincia fue tambien honrada con el martirio de Peleo, y de Nilo (2), Presbíteros Egipcios, y de algunos otros del mismo país, que fueron quemados en Cesaréa. El Egipto tuvo tambien sus Mártires: á Pedro Obispo de Alexandría, personage eminente en santidad, y doctrina: Fausto, Dio, y Ammonio, Presbíteros de la misma Iglesia: Fileas, Esquio, Pacumio, y Teodoro, que ocupaban diversas Sillas; y una casi innumerable multitud de otros fieles, digna de una eterna memoria, que derramaron su sangre en todas las Ciudades del Egipto, y de la Tebaida. Nosotros dexamos á los que han sido testigos de los combates, y de las victorias de tantos generosos Atletas, el cuidado de describirlos, y dexar de ellos una fiel pintura á la posteridad.

(1) El 6 de Febrero. (2) El 20 de Febrero.

HIS-

HISTORIA
DE LOS MARTIRES DE LA PALESTINA.

Escrita por Eusebio Obispo de Cesaréa.

Desde el año de Jesu-Christo 303, hasta el año 310, en el imperio de Diocleciano, y de Maxîmiano Herculeo.

1 EL año 19 (1) del reynado de Diocleciano, en el mes Xántico, que los Romanos llaman Abril, y algunos dias antes de la fiesta de Pasqua, se publicó en toda la Palestina por orden de Flaviano, que era Gobernador, el mismo Edicto contra los Christianos, que se habia publicado en Nicomedia el mes precedente.

2 En virtud de este, se arrestó á Procopio, que fue como las primicias de los Mártires de la Palestina. Llevósele en derechura al Gobernador, que le mandó dar culto á los Dioses; pero él le respondió, que no conocia mas que á uno, á el qual ofrecia sacrificios en la manera, y con las ceremonias que él mismo habia prescrito. Y quando se le instaba á dar incienso á los quatro Emperadores (2), replicó por un verso de Homero, haciendo alusion á este gran número de Señores que tenia entonces el Imperio: No es prove-

(1) El año de Jesu-Christo 303. (2) Diocleciano, Maxîmiano, Constancio, y Galerio.

vechoso á los pueblos el tener tantos Señores; uno solo basta. Esta respuesta le costó la vida, que dió por Jesu-Christo el Miércoles ocho del mes Desio, ó segun el Calendario de los Romanos, el seis de Junio.

3 La muerte de Procopio fue como la señal de la guerra, que se declaró á los Obispos, y á todos los otros Ministros de los altares, á quienes se queria prender particularmente, y á quienes se atormentó de mil maneras. Empleáronse en ellos los azotes, las uñas de hierro, el fuego, las planchas ardiendo: dislocábanseles los huesos, quemábanseles los nervios, sacábaseles un ojo, y se les cortaba una pierna, y en este estado se les enviaba á trabajar á las minas.

4 Pero como los tiranos les envidiasen la corona del martirio, por la qual suspiraban estos Santos Confesores, solo hubo al principio dos que lo obtuvieron; á saber, Alfeo, y Zaqueo, los quales despues de haber experimentado todas las incomodidades de una áspera prision, cargados de cadenas, desgarrados á azotes, y medio desollados por la violencia de los peynes de hierro: despues de haber pasado veinte y quatro horas en aquella horrible máquina, ó cepo, en que las piernas estaban como destroncadas, y hacian sufrir á todo el cuerpo dolores inexplicables; pero perseverando en confesar por Dios á Jesu Christo, Rey, y Señor del mundo; al fin les degollaron el dia 17 del mes Dio: esto es, segun el Calendario Romano, el dia 17 de Noviembre.

Lo

5 Lo que pasó en Antioquía el mismo dia en el martirio de Romano, merece que le hagamos lugar entre tantos ilustres sucesos como vamos á referir. Era Romano de Palestina, Diácono, y Exôrcista de la Iglesia de Cesarea (1). Condúxole la casualidad á esta Ciudad en el tiempo, en que en virtud del Edicto, se arruinaban las Iglesias de los Christianos. Alcanzó á ver por otra parte al pueblo correr en tropas á los templos de los Idolos, para ofrecerles sacrificios: hombres, mugeres, y niños, todos se apresuraban por dar señales de su sumision á las órdenes de los Emperadores. Este motivo excitó el zelo de nuestro Santo Diácono: levanta su voz, y se pone á reprehender á todo este pueblo impío. Echanle al punto la mano, y sin mas formalidad, es condenado al fuego. Brilló la alegría en su rostro: no aguarda que le conduzcan á la hoguera: él mismo corre, y vuela á ella. Atanle á un madero, rodéanle de una pila de haces de leña, y todo está ya dispuesto para quemarle vivo. Entretanto, dilatando los verdugos el pegar fuego, porque aguardaban las últimas órdenes de Galerio (2), que estaba presente á esta execucion, preguntó este generoso Diácono: ¿Pues dónde está el fuego? ¿De qué proviene esta tardanza? Ofendido el Emperador de esta pregunta,

(1) En los primeros tiempos de la Iglesia, el corto número de Clérigos hacía que uno solo exerciese muchas veces dos, y algunas veces tres funciones diferentes. (2) Esto es, Cesar Galerio.

ta (1), que la tenia por atrevimiento, le hizo desatar para hacerle cortar la lengua. Sácala Romano de su boca, y la da á cortar á los verdugos. Pónenle despues en un calabozo, en donde sufrió mil incomodidades, inseparables de esta habitacion; y publicado despues un perdon general en el año veinte del reynado de Diocleciano á favor de todos los delinqüentes, solo Romano fue exceptuado de él: y quando los ladrones, los homicidas, los incendiarios se ven libres de prisiones, y de castigos, entonces se cargan todos sobre este hombre, que no tiene otro delito que profesar la Religion verdadera. Exercitóse largo tiempo su paciencia entre duros tormentos; y á vista de su constancia se le quitó la vida al golpe de una tirana cuchilla. Así pasó el primer año de la persecucion, en la qual murieron Obispos, y Presbíteros en mayor número que otros de inferior caracter.

6 Al principio del segundo año (2), mandando Urbano en la Palestina, recibió cartas del Emperador, dirigidas á los Gobernadores de la Provincia; por las quales se mandaba á todos los vasallos del Imperio se diese veneracion á los Dioses. Los primeros Christianos que hicieron famosas en esta ocasion su fé, y su constancia, fueron Timoteo, Agapio, y una vírgen llamada Tecla, no menos ilustre por su valor, y su fidelidad, que aquella antigua, y memorable, de

(1) Cesar asociado al Imperio. (2) El año de Jesu-Christo 304.

de quien tomó nombre tan célebre en las obras de los PP. Griegos, y Latinos, y que tuvo entre las mugeres la misma excelencia que S. Esteban tuvo entre los hombres. Estos tres sufrieron el martirio en Gaza, Ciudad de Palestina: el primero fue quemado vivo á fuego lento; y los otros fueron expuestos á las fieras.

7 Poco tiempo despues hubo en Cesaréa una gran solemnidad, en que se vieron las carreras circulares de las carrozas, combates, y toda especie de espectáculos, que la antigua supersticion habia consagrado á las Deidades Paganas. Corrió la noticia de que despues del choque de los Gladiadores, se haría que los Christianos que habian sido condenados á muerte, formasen combate contra las fieras. Habiendo llegado esta noticia, verdadera, ó falsa, á oídos de seis jóvenes Christianos que se hallaban por entonces en Cesaréa, se fueron prontamente al anfiteatro, al punto que el Gobernador Urbano entraba en él para tomar su asiento. Y mostrándoles sus manos cargadas de cadenas (porque para denotarle que estaban prontos á sufrirlo todo por la fé, se habian hecho ellos mismos encadenar), le declararon que eran Christianos, y que en calidad de tales, pedian se les expusiese á las ferocidades del anfiteatro, de cuyas fieras no temian, ni el número, ni el furor; entregados estos verdaderos Católicos á combatir baxo los auxîlios, y por la gloria de un tan poderoso Protector. Razon es, antes de pasar adelante, el dexar á la posteridad los

los nombres de estos seis ilustres sostenedores de nuestra fé. El primero era del antiguo Reyno del Ponto, reducido á Provincias por los Romanos: llamábase Timolao. El segundo era natural de Trípoli, en Fenicia, y se llamaba Dionisio. El tercero, que era Subdiácono de la Iglesia de Dióspolis, se llamaba Rómulo. El quarto, y el quinto eran Egipcios, llamados Pausis, y Alexandro. Y en fin, el sexto, y último era otro llamado Alexandro, de la Ciudad de Gaza. No sorprendió poco una resolucion tan christiana al Gobernador, y á algunos del concurso, que pudieron oirla; pero enfureció á Urbano tanto, que al punto los hizo poner en una obscura prision encadenados como estaban. Algunos dias despues, se prendieron otros dos llamados Agapio, y Dionisio: el primero habia padecido ya algunos trabajos por la fé; y el último fue preso porque llevaba algunas asistencias á los Mártires. Todos ocho fueron degollados en un mismo dia, que fue el veinte y quatro del mes Dister, ó el veinte y quatro de Marzo.

8 Por entonces fue quando de los quatro Emperadores que gobernaban el mundo, los dos primeros (1) dexaron la púrpura, y se reduxeron á una vida privada. Este retiro causó grandes turbaciones en el Imperio, que dividido miserablemente por una guerra civil, é intestina, se vió á pique de ser arruinado, y expuesto á ser trastornado

(1) Diocleciano, y Maximiano.

do por las mismas manos que debian sostenerle. En fin, no cesaron estas divisiones entre los Césares hasta que consiguió su tranquilidad la Iglesia. Porque así como el rayo de sol viene á herir una nube espesa, que manda la esfera entre lobregueces, y horrores, parece transforma este melancólico aspecto á la tierra en una brillante alegría; así tambien esta paz, que se mostró despues de los estragos que habia causado la guerra entre los Romanos, hizo á la República volver á tomar su primer esplendor: esta tranquilidad desterró de ella las inquietudes, y disensiones; y agitado el Imperio con tan furiosas revoluciones, volvió á buscar el centro de su antigua tranquilidad. Pero hablarémos de estos sucesos adonde le corresponde mas por extenso, siguiendo el hilo de nuestra historia.

9 Habiendo subido al trono del Imperio Maxîmiano Cesar (1), turbó bien presto aquella paz que habia tenido la Iglesia. Se creía en este tiempo, que semejante Príncipe buscaba al verdadero Dios; pero se encarnizó tanto en perseguir á los Fieles, con una crueldad tan no experimentada, y un furor tan carnicero, que los Emperadores que le habian precedido, parecian respecto de él llenos de moderacion, y de dulzura. Esto llenó de pasmo al principio á los Fieles: hállase todo en la turbacion, y en el temor: espárcese el rebaño: huyen las ovejas por todas partes; y van

 bus-

(1) Galerio. El año de Jesu-Christo 305.

buscando algun retiro que las ponga al abrigo de esta tempestad. Hubo algunos á la verdad, en quienes el miedo no hizo efecto alguno. El inocente Afiano fue de este número: apenas tenia veinte y dos años, y con todo eso en una tan corta edad, que no se proporciona por lo comun para las grandes virtudes, dió señales de una fé fuerte, y vigorosa, y de una piedad tierna, y afectuosa para con Dios. Era de una casa rica, y opulenta: sus padres le enviaron á Berite (1) para aprender allí las bellas Letras, y demas humanidades. Estuvo en ella largo tiempo; pero se portó con tanta prudencia, y circunspeccion, que despreciando aquellas vanas diversiones, y aquellos peligrosos placeres, en que se precipita inconsideradamente una ciega juventud, jamás se dexó corromper por los malos exemplos de sus condiscípulos, ni vencer por los deseos impetuosos de la carne, ni seducir por los alhagüeños atractivos del deleite: sino conservó siempre baxo un exterior modesto, un cuerpo casto, baxo de unas costumbres puras, un corazon sumiso á la razon, y á las reglas del Evangelio. Será bien facil saber de dónde era originario este admirable joven; y no es justo quitar á el lugar de su nacimiento la gloria de haber sido su patria. Fue la Ciudad de Pagas, una de las mas considerables de Licia (2), la que tuvo este honor.

Ha-

(1) Célebre por su Escuela de Derecho. (2) O Arpagas, ó Arapagas, ó Aragas: nombres todos desconocidos de los Sabios. Puede ser que sea Araxâs, que era una Ciudad Episcopal de Licia.

Habiendo vuelto á ella Afiano, despues de haberse consumado en las ciencias, y en la virtud, no pudo resolverse á vivir en casa de su padre, aunque era uno de los primeros de la Ciudad, ni con alguno de sus parientes; porque no querian dexar los locos errores del paganismo, por seguir las santas máxîmas de nuestra Religion. Obedeciendo al espíritu de Dios, que le movía á abrazar una vida perfecta, segun los preceptos de la verdadera Filosofia, esto es, de la sabiduría Christiana, abandonó la casa de su padre, despreciando la gloria del siglo, y renunciando las envenenadas delicias que el mundo, y su nacimiento le ofrecian. En fin, el mismo espíritu le conduxo á Cesaréa para recibir allí la corona del martirio. Vivió algun tiempo con nosotros, durante el qual, fortificando su cuerpo cada dia por una abstinencia muy austéra, y disponiéndole á sufrir por diversos exercicios de una rigurosa penitencia, y aplicándose ademas de esto con una maravillosa continuacion á la lectura de los santos libros; acabó felizmente su carrera dando gloriosas señales de una constancia inalterable, de una fidelidad á toda prueba, de una libertad del todo christiana, y especialmente de una santa animosidad, y de un zelo verdaderamente heroico.

10 Habiéndose vuelto á encender la guerra contra los Christianos el tercer año de la persecucion de Diocleciano, por los sangrientos Edictos que Maxîmiano hizo publicar en todas las

Provincias, en que se les mandaba á todos los Gobernadores, Procónsules, Presidentes, y otros Magistrados, obligar á todos los habitantes de las Ciudades, Villas, y Lugares, y generalmente á todos los vasallos del Imperio Romano, á venerar públicamente á los falsos Dioses; el Gobernador de la Palestina fue de los primeros, y de los mas ardientes en hacer executar estos Edictos por toda la extension de su gobierno. Cesaréa, pues, fue en un instante llena de pregoneros, que los iban publicando de plaza en plaza, y de calle en calle, haciéndolos saber particularmente á las cabezas de familia. Por otra parte se veían Oficiales de guerra hacer oficios de Sargentos, y de Alguaciles, y teniendo la lista del vecindario en la mano, citarlos á comparecer incesantemente, y en persona á los templos de los Idolos, para ofrecer en ellos sacrificios. En esta general consternacion, impelido Afiano de un movimiento repentino, que no podia venir sino de lo alto, sin haber comunicado su designio á nadie, ni aun á nosotros mismos, que víamos juntos en un mismo aposento, entra osadamente en uno de los templos de la Ciudad, en donde hacia sus sacrificios el Proconsul Urbano: métese por entre sus guardias, acércase á él, tómale la mano con que hacia las libaciones, deténela al punto, y de este modo interrumpe el sacrificio. Despues, tomando un ayre magestuoso, que al principio asustó al Proconsul, le dixo con un tono grave, que no habia menos locura que im-

impiedad en dar á los Idolos mudos, é insensibles un culto que solo á Dios era debido.

11 Habiendo vuelto en sí Urbano un momento despues de su sorpresa, hizo señal á sus guardias para prender á este intrépido joven. Echáronse sobre él con un ímpetu de bestias feroces, diéronle cien golpes con el cabo de sus partesanas, ó alabardas, y le ponen todo cubierto de sangre, y heridas en una terrible prision, en donde habiendo pasado en los cepos un dia, y una noche, al dia siguiente compareció ante el Proconsul, que instándole á dar adoraciones á los Dioses, no pudo jamás hacerle consentir en ello, ni vencer su invencible firmeza, aunque para esto emplease las uñas de hierro, y las plomadas, que pusieron al Martir en un estado tan lastimoso, que no se reconocía en él ya la mas leve configuracion de forma humana: tanto le habian desfigurado estos horribles instrumentos, habiéndole pasado toda la carne las uñas de hierro en largos sulcos; y las plomadas con sus repetidos golpes, y con una infinidad de contusiones le habian hecho hinchar la cabeza, de suerte que parecía un monstruo. No obstante, como viese el Gobernador que no se rendía, á pesar de los excesivos dolores que sentía, le hizo envolver los pies en un lienzo mojado en aceyte, en donde le puso fuego. ¿Quién puede explicar lo que este terrible tormento hacia padecer al Santo joven? Pero á lo menos se puede conjeturar por lo que voy á decir: Veíanse destilar sus pies gota á gota,

y el ardor del fuego los hacia derretirse como cera. El Tirano, vencido por esta prodigiosa constancia, le hizo volver á la prision, de donde habiéndole vuelto á sacar tres dias despues, y hallándole siempre tan inalterable, é inflexîble, mandó que se le arrojase al mar, aunque ya no tuviese mas que un soplo de vida.

12 Sin duda que á la posteridad le parecerá increíble un suceso milagroso que se siguió inmediatamente á la muerte de Afiano; pero con todo eso yo no puedo dexar de referirlo. Todos los habitantes de Cesaréa, que fueron testigos de este prodigio, afianzarán mi verdad en los siglos venideros. Despues que el cuerpo del Martir fue arrojado al mar, se levantó de repente de su centro un ruido tan horrible, y formaron las olas un tan furioso choque, que en medio de este tempestuoso fracaso parecía oírse bramar el ayre, y sentirse que la tierra se estremecía. Dió vaivenes la Ciudad de Cesaréa desde sus cimientos. Entonces, entre aquellos relámpagos, aquel ruido, y aquellas terribles conmociones de los tres elementos, se vé arribar el cuerpo de Afiano: las apacibles olas formadas al rededor de él lo sostienen, lo llevan, y lo echan dulcemente hasta el pie de los muros de la Ciudad. Esto sucedió un Viernes, el segundo dia del mes Xántico, ó el tercero de Abril.

13 Casi al mismo tiempo, habiendo sido preso en Tiro otro joven llamado Ulpiano, y convencido del Christianismo, fue cosido en un saco de

de cuero con un perro, y un aspid, y despues precipitado en la mar (1).

14 No se pasó mucho tiempo sin que Edesio, hermano de Afiano, recibiese una corona semejante á la que este acababa de alcanzar. Pero fue despues de haber confesado muchas veces á Jesu-Christo en los tormentos: vivido muchos años cargado de cadenas en los horrores de una obscura prision, y en las minas: pasado casi toda su vida con el manto de Filósofo; y en los continuos exercicios de una Filosofia del todo christiana, y del todo santa. Habiendo venido á Alexandría, fue testigo del furor del Gobernador, á quien el odio que habia concebido contra los Christianos, le hacia caer en excesos indignos, no solamente de un Juez, sino tambien de un hombre de bien. Pues se le veía á este furioso unas veces hacer mil ultrages, y mil afrentas sangrientas á unos hombres de una gravedad, y de una virtud, que les atraían el respeto de todos los que no estaban como él cegados de la pasion: otras veces entregar unas mugeres de distincion á la brutalidad de los mas famosos perdidos de la ciudad, y abandonar las vírgenes consagradas á Dios, á la avaricia de aquellos hombres infames, que ponen en precio la hermosura, la juventud, y el pudor, y que hacen un vergonzoso tráfico de la deshonestidad pública.

 Vió

(1) La Jurisprudencia de los Tiranos castigaba con un mismo suplicio á los Christianos, y á los parricidas.

Vió Edesio todo esto; y teniendo horror á ello, reprehende con valor al Prococsul su extravagancia, y su furor. Dexáronse ver luego en el rostro de este Juez el sonrojo, y la cólera; pero pudiendo mas ésta, le hizo al punto pronunciar una sentencia de muerte contra aquel que acababa de llenarle de confusion.

15 El quarto año (1) de la persecucion, un Viernes, veinte del mes Dio, esto es, segun el estilo de los Romanos, el veinte de Noviembre, se quitó la vida en la misma Ciudad de Cesaréa á un Martir, cuya muerte tiene circunstancias bastantemente notables para merecer la atencion de los lectores. Hallándose el tirano Maxîmino en Cesaréa, quiso gratificar al pueblo con una fiesta soberbia, y digna del que la daba. Para este efecto, tuvieron orden los diputados de los juegos que extendiesen todo su cuidado para hacerla completa. Viéronse combates de todas especies de animales, que habian traído á mucha costa de las Indias, y del Africa. Muchas tropas de excelentes gladiadores mostraron en ellos todo lo mas admirable, y lo mas divertido que tiene su arte. Pero el espectáculo mas magnífico, el que dió mas gusto al pueblo, sin el qual todos los otros nada hubieran tenido de atractivo; en una palabra, el que de ordinario se reservaba para el Emperador quando honraba al anfiteatro con su presencia, fue la muerte de un Christiano, que se llamaba Agapio.

(1) El año de Jesu-Christo 306.

Es-

16 Este, pues, habiendo sido ya sacado por tres veces de la carcel, y llevado en público otras tantas veces, con malhechores condenados por sus delitos, siempre habia sido vuelto á enviar á ella; ya porque los Jueces se movian de compasion, ya porque esperasen que el tiempo, y las incomodidades de la prision podría hacerle mudar de parecer. En fin, fue llevado al anfiteatro, estando en él el Emperador: como si la Providencia lo hubiese reservado para cumplir aquella palabra de Jesu-Christo á sus Discípulos (1): Vosotros sereis llevados delante de los Reyes, y de los Príncipes de la tierra para confesar mi nombre en su presencia. Apareció, pues, atado con un reo, que se decia haber asesinado á su amo. Este homicida, habiendo sido expuesto á las bestias, obtuvo al punto el indulto del Emperador casi del mismo modo que Barrabás le recibió de Pilatos. Este acto de clemencia atraxo al Emperador, de todo el amfiteatro, aclamaciones, y aplausos: esforzándose á porfia los del concurso á ensalzarlo hasta lo sumo. Dar de este modo con tanta facilidad la vida á un facineroso todo cubierto de sangre de su amo, darle la libertad, colmarle de honores; esto, decian ellos, nada hay mas digno de un gran Príncipe: ninguna accion mereció jamás de suyo mayor aprobacion, mayores aplausos, ni mayores elogios. Pero Agapio habiendo com-

(1) Matth. 10.

comparecido delante de Maxîmino, quien le prometió perdonarle, con tal que quisiese abandonar su religion; este generoso Christiano exclamó, que él no estaba allí por haber cometido algun delito, sino solamente porque adoraba á un solo Dios, y que padecería con alegría por una causa tan buena, todos los suplicios imaginables. Juntó los efectos á las palabras; y habiendo alcanzado á ver una osa, que acababan de soltar contra él, vá alegremente á encontrarse con ella; y habiéndose arrojado voluntariamente al furor de la fiera, fue despedazado con gran contento del Emperador, y del Pueblo. No obstante, como se percibiese que todavía respiraba, se le ataron dos gruesas piedras á los pies, y se le precipitó en la mar.

17 Habia ya cinco años (1) que duraba la persecucion, y cada dia quitaba á Cesaréa muchos Christianos, quando el propio dia de Pasqua, que aquel año caía el dia dos del mes Xántico, esto es, el dos de Abril, una joven virgen de la Ciudad de Tiro, llamada Teodosia, que apenas habia llegado á la edad de diez y ocho años, pero de un espíritu maduro, y sólido, de un ayre grave, y modesto, y sobre todo fiel á Jesu-Christo, fue presa de las guardias del Gobernador por haberse acercado á algunos Santos Mártires, que alcanzó á ver con cadenas á la puerta de Palacio, ya que ella no quisiese mas

que

(1) El año de Jesu-Christo 307.

que saludarlos, ya fuese, lo qual es mas verosimil, que tuviese ánimo de encomendarse en sus oraciones. Como quiera que sea, como si ella hubiese cometido el mayor de todos los delitos, este Juez insensato, arrebatado de un furor ciego, y que la naturaleza no permite aun á las bestias mas feroces, habiéndola desgarrado los costados, y los pechos con uñas de hierro, lo qual sufrió con una alegría que aumentaba la rabia del tirano; viendo este furioso hombre, que aun no habia acabado la vida, la hizo arrojar á la mar. Despues de lo qual, lleno de una victoria tan vergonzosa, y tan cruel, se volvió contra los demas Confesores, á los quales condenó á las minas de cobre, que están en Feno en la Palestina.

18 El quinto dia del mes Dio, que es segun el modo de contar de los Romanos, el cinco de Noviembre, en la misma Ciudad de Cesaréa, Silvano, que era Presbítero, y que poco tiempo despues fue honrado con la dignidad de Obispo, y con la Corona de Martir: Silvano, digo, y algunos otros con él, fueron tambien condenados á las mismas minas de cobre por este mismo Gobernador, quien antes de enviarlos á ellas, quiso baldarles los pies aplicando un hierro ardiendo á las coyunturas de ellos.

19 Por el mismo tiempo hizo quemar vivo este bárbaro Gobernador á un personage de un mérito singular, llamado Domnino, conocido, y estimado en toda la Palestina por la suma faci-

li-

lidad que tenía en explicarse, y hablar en términos propios sobre todas materias; pero mucho mas apreciable por haber confesado generosamente muchas veces á Jesu-Christo.

20 El mismo Juez, que ponia todo su estudio en maldades, y que tenia un genio muy particular para inventarlas, aún añadió á este raro talento, el de emplear la astucia, el artificio, y el fraude, para procurar por estos dos medios destruir, en quanto le fuese posible, la religion de Jesu-Christo. Habíase aplicado con tanta obstinacion á inventar nuevos suplicios, que los consiguió en efecto superiores, desconocidos á los de los anteriores siglos, y aun á los de la mas bárbara atrocidad. Quiso, pues, obligar á tres Christianos que luchasen con puñales: expuso á las fieras á un venerable viejo, llamado Auxencio: envió á las minas una tropa de jóvenes despues de haberlos castrado; y á otros puso en horrorosos calabozos despues de haber sufrido todos los tormentos imaginables. De estos últimos fue el ilustre Martir Panfilio, el mas querido, y el mas íntimo de mis amigos (1), y que se adquirió entonces una gloria inmortal, habiéndose señalado con una constancia, un valor, y una generosidad, que le han dado sin contradiccion, el primer lugar entre los Mártires de nuestro tiempo. El Proconsul (2), que ha-

(1) Eusebio habia añadido á su nombre el de Panfilio: *Eusebius Pamphilii*. (2) O el Gobernador.

habia oído hablar de su eloqüencia, y de su profunda erudicion, quiso oírlo; y convencido por la experiencia de su grande habilidad, deseaba atraerlo á la idolatría. Propúsole, pues, que les diese incienso; pero el Santo hombre, despues de haber rehusado claramente el mancharse con esta abominacion, mostró tanto desprecio de los Idolos, que mudando el Proconsul de repente su estimacion en furor, le hizo atormentar del modo mas horrible del mundo. En fin, despues que fueron desgarrados sus costados con peines de hierro, no satisfecho con la sangre que acababa de derramar del cuerpo de este grande hombre, mandó le volviesen arrastrando, sangriento como estaba, á la carcel con otros muchos Confesores.

21 Ya se puede conjeturar por los intentos depravados, y trágicos de este detestable Juez (1), lo que debia esperar de un Dios justamente irritado de tantos excesos, y que nunca faltaría á vengar en este hombre malvado la sangre de sus fieles siervos, derramada por sus crueles órdenes. Apenas habia acabado de condenar á muerte á Panfilio, quando Dios le entregó á los executores de su justicia sobre la tierra. Este hombre, que ayer se veía sentado en un Tribunal, rodeado de guardias, haciendo desde él temblar á toda la Palestina: que tenia el primer lugar entre los favoritos del Emperador: que era su he-

(1) El Proconsul Urbano.

hechura, su hombre de confianza: que era partícipe de todos sus secretos, y placeres: este hombre se vé en una noche despojado de todo: una sola noche le quita riquezas, grandezas, poder, honor, y vida. Es precipitado en un abismo de desgracias: muere cubierto de ignominia, y de oprobios á presencia de los que habia visto abatidos delante de él, solicitar su justicia, é implorar su proteccion. Este miserable, dando gritos con una cobardía mugeril, se vió vilmente á los pies de un pueblo, que antes tuvo humillado á los suyos. En fin, este mismo Maxîmino, á cuyo favor estaba la fortuna, que creía haber merecido tanto por el demasiado ardor contra los Christianos, llega á ser para sí mismo un juez inexôrable, un implacable enemigo, y en fin su mismo verdugo. Porque despues que este Emperador, á cuya presencia fue convencido de delitos enormes, le llenó de mil injurias, le condenó á muerte. Pero yo no he de tocar sino como de paso este suceso. En adelante podrémos dar una relacion mas extensa del desgraciado fin de los que han perseguido á los Christianos, y particularmente de Maxîmino, y de algunos otros Ministros de su crueldad.

22 Aunque ya hubiese cerca de seis años (1), que la persecucion estaba puesta en movimiento, sostenía rigurosamente su teson. Aun los mas retirados desiertos no pudieron librar á los Fieles de

(5) El año de Jesu-Christo 308.

de su furor. Penetraron sus exploradores hasta el de la Tebaida, adonde una multitud innumerable de Confesores se habia retirado como á un asilo; y sacaron de un lugar llamado Porfirita, á causa de las muchas minas de marmol que allí se han abierto, noventa y siete de estos Santos, con crecido número de mugeres, y de niños, que conduxeron al nuevo Gobernador de la Palestina. Y habiendo toda esta santa tropa confesado con una generosa firmeza un Dios, y un Jesu-Christo, Firmiliano (este era aquel nuevo Gobernador, que succedió en la crueldad á Urbano, y en el empleo) les hizo á todos cortar con una navaja hecha asqua los nervios de la corba izquierda; y sacándoles el ojo derecho con un punzon, les hizo arrancar á raiz los párpados, aplicando á estas llagas vivas la piedra infernal para mayor martirio: desterrólos despues á las minas de la Provincia para hacerlos perecer en ellas de hambre, y de miseria. Envió igualmente á aquellos jóvenes que habian sido condenados á la lucha en el anfiteatro con los puñales (1), y que no querian ni recibir lo que el Emperador hacia distribuir cada dia á los luchadores para su alimento, ni exercitarse en estos inhumanos exercicios.

23 Entretanto se apoderaron en la Ciudad de Gaza de muchos fieles, estando juntos para oír la leccion de la santa Escritura. Cortóseles á los unos

(1) El combate de puñales.

unos la corba izquierda, sacóseles el ojo derecho, y se les desgarró á otros los costados con peines de hierro. Entre estos últimos, se señaló una muger con una accion, que hubiera causado honor aun al hombre mas valiente. Prendieron tambien á una joven doncella, que sintiéndose ultrajada de que el tirano Maxîmino la amenazaba con que la haría llevar á un lugar de prostitucion, le reprehendía ésta su extrema crueldad, por la que entregaba las Provincias de su Imperio á Gobernadores inhumanos, derramando de este modo en muchas partes, y á un propio tiempo, por manos de estos Ministros, la sangre que no podia él por sí solo. Ofendido el Tirano de esta reprehension, hizo poner sobre el potro á esta generosa doncella, en donde los verdugos la desgarrasen las espaldas, y los brazos. Aplicábanse con un ardor maravilloso á obedecer á las órdenes de este bárbaro Juez; quando otra doncella, que como la primera, habia consagrado su virginidad á Dios, y que baxo de un exterior vil, y despreciable, llevaba un corazon grande, intrépido, y mil veces mas digno de la estimacion, y de las alabanzas de los hombres, que aquellos famosos Griegos, cuya generosa libertad tanto nos intima la Historia antigua: esta virgen, considerando los horribles tormentos que daban á su compañera, se puso á gritar en medio del tropel en que se hallaba metida, y recurriendo al Juez, le dixo: ¿Hasta quándo, verdugo inhumano, harás sufrir á mi hermana? Habien-

biendo enfurecido esta palabra al Gobernador, la hizo prender al punto ; y habiéndola hecho venir delante de sí, se esforzó al principio á atraherla por palabras dulces, y alhagüeñas, queriendo persuadirla á que diese culto á los Dioses ; pero ella armándose del augusto nombre de Jesu-Christo, que pronunció luego, respondió animosamente, que ella no abjuraba su religion verdadera. Lleváronla arrastrando al pie del altar. Permaneciendo en su constancia misma, y no desmintiendo de su generosa resolucion, derribó de un puntapie el altar, y el fuego idólatra que estaba encima, y trastornó el sacrificio. Entonces el Gobernador, no pudiendo contenerse ya mas, y dexándose poseer de su violenta cólera, la hizo desgarrar por mucho tiempo con uñas de hierro, y se las hizo meter en la carne tan adentro, que este Juez sediento de la sangre de los Mártires, pudo á su gusto saciarse de la de esta inocente doncella. Despues de lo qual mandó que se atasen á estas dos vírgenes juntas, y que se las pusiese en un brasero ardiendo. La primera era de la Ciudad de Gaza (1) ; la segunda, llamada Valentina, era de Cesaréa (2).

24 ¿Pero dónde se han de hallar términos para expresar de una manera correspondiente á la dignidad del asunto, el martirio del bienaventurado Pablo, que se siguió inmediatamente al de es-

(1) Los Griegos la llaman Tea. (2) Los Latinos hacen la fiesta de estas dos Vírgenes el dia 25 de Julio, y los Griegos el dia 18.

estas dos Vírgenes? Habia sido condenado á muerte al mismo tiempo que ellas, y con el mismo martirio: ya se habia puesto de rodillas para recibirla, quando suplicó al verdugo suspendiese por un momento la execucion. Lo que habiendo obtenido, levantó su voz, y oró primeramente por los Christianos, pidiendo á Dios que se dignase dar la paz, y la seguridad á su Iglesia: oró despues por los Judíos, y pidió para ellos el conocimiento de Jesu-Christo. Hizo la misma oracion por los Samaritanos, y despues por los Gentiles, pidiendo á Dios que disipase las tinieblas en que estaban envueltos: que les hiciese conocer la verdad esencial, que no es otra cosa que él mismo, para que renunciando sus antiguos errores, caminasen en adelante á la luz de la verdadera Religion. Despues levantó las manos al Cielo por todos los circunstantes, nombrándolos á todos por su orden. En fin, oró por el Juez que le sentenció, por el verdugo que le habia de dar la muerte, y por los Emperadores que perseguian á los Fieles con un furor tan terco; suplicando á la Divina bondad perdonase á aquellos que executaban su martirio. Discurso tan convincente, que denotaba un fondo tan grande de dulzura, y de caridad en el que lo pronunciaba; hizo brotar las lágrimas del concurso, que por otra parte estaba persuadido á que moría inocente. Pero habiendo presentado el cuello al verdugo, fue honrado con el martirio el dia 25 del mes Panemo, esto es, el 25 de Julio.

Po-

25 Pocos dias despues de la muerte de este admirable Pablo, se vieron arribar á Cesaréa 130 Confesores, que habiendo sido mutilados de las piernas, y sacado uno de los ojos en Egipto, de donde venian, fueron enviados por orden del Emperador Maxîmino, parte á las minas de la Palestina, y parte á las de Cilicia.

26 En fin, quando la persecucion comenzaba á apagarse poco á poco con tanta sangre derramada: quando tantas bellas, y esclarecidas acciones de estos ilustres Mártires de Jesu-Christo volaban por todo el mundo, y causaban aun en el alma de los infieles la admiracion, y el respeto: quando parecía que nosotros debíamos respirar despues de tantos contratiempos, y gozar de un ayre mas puro, y mas sereno: despues de tan grandes tempestades, particularmente despues que los Confesores de la Tebaida, que habian sido condenados á las minas, habiendo sido llamados por dos veces: quando aquel fuego que el infierno habia arrojado sobre la tierra, parecía estar ya casi amortiguado, se volvió á encender de repente con mayor violencia. Aparecieron inopinadamente en todas las Provincias nuevos Ediꝃos del Emperador. Escribió el Prefeꝃo del Pretorio al mismo tiempo á los Gobernadores, y á los Intendentes, á los Síndicos de las Ciudades, y generalmente á todos los Magistrados, pusiesen en execucion aquel Ediꝃo; que entre otras cosas contenia: Que los Templos de los Dioses, que por su antigüedad se habian arrui-

ruinado, fuesen al punto restablecidos, y puestos en estado de freqüentarse: que todos los vasallos del Imperio, hombres, mugeres, niños, y esclavos, sin excepcion alguna, fuesen precisados por todos medios á la observancia de su religion: que se les obligaría á comer las viandas, ó carnes sacrificadas: que la que se vendiese en la carnicería, y los otros géneros que se exponian en los mercados, serían consagradas á los Dioses con las aspersiones, y libaciones ordinarias; y que habría Sacerdotes ocultos, y disfrazados en los baños públicos, que tendrían cuidado de purificar sin que lo sintiesen, á todos los que entrasen en ellos para lavarse. Entretanto causaron bastante turbacion estas nuevas órdenes. Estaban los nuestros llenos de dolor, y los Paganos no podian aprobar un rigor tan fuerte, sin venir al caso, y que no era menos molesto para ellos, que injusto para los Christianos; no siendo todas estas prácticas, y estas ceremonias sino muy propias para turbar el comercio de la vida civil, y para incomodar á los hombres de bien. Pero como esta tempestad especialmente amenazaba solo á los Fieles, mirándola como que se dirigía principalmente contra ellos, recurrieron á la omnipotente proteccion de Jesu-Christo, que de tal suerte animó el valor á los que tuvieron confianza en su bondad, y en su poder, que no aguardaron á que sus enemigos viniesen á prenderlos, sino que saliéndoles al encuentro ellos mismos; ¿qué digo yo? yendo como á comba-

tir con ellos en sus mismas estancias, los incitaron, y tuvieron valor á reprehenderles su impiedad, y sus sacrílegas supersticiones.

27 Porque tres de estos generosos hombres, animados de un mismo zelo, acudieron al templo en que el Gobernador celebraba sus sacrificios, y allí reprehendiéndole públicamente su idolatría, sostuvieron delante de él, que no habia otro Dios que el que ha hecho el Cielo, y la tierra: aturdido el Gobernador de este atrevimiento, y no acostumbrado á recibir semejantes reprehensiones, quiso saber quiénes eran. Pero ellos, sin aguardar que los obligasen, ni que otros respondiesen en su lugar, habiendo confesado altamente que eran Christianos; el Gobernador con esta confesion se puso encolerizado con tanta furia, que sin otra formalidad, los condenó al instante á muerte. El primero de estos tres valerosos jóvenes era Presbítero, y se llamaba Antonino: el segundo era Zebinas, de la Ciudad de Eleuterópolis (1); y el tercero se llamaba Germañ. Esto sucedió el dia trece de Noviembre.

28 Dióseles en el mismo dia por compañera en su martirio, y en su triunfo, una doncella de la Ciudad de Escitopla (2), llamada Ennatas, que llevaba la insignia de virgen (3). Un hombre llamado Maxys, Oficial de una Legion, persona de valor, y fuerzas, pero el mas faci-

(1) Ciudad Episcopal en la primera Palestina. (2) Metrópoli de la segunda Palestina, cuya Silla fue trasladada despues á Nazaret. (3) Véanse las Notas.

neroso, y malo de todos los hombres, violento, colérico, y generalmente aborrecido de todos los que le conocian, que vivia en la misma Ciudad, tuvo la audacia de hurtar á esta Santa Virgen de casa de sus padres sin permiso del Magistrado; y despues de haberla despojado de todos sus vestidos, la llevó por todas las calles de Cesaréa, habiéndola atado al cuello una soga con que la arrastraba, golpeándola sin cesar con puntillones, y teniendo el brutal placer de ser él mismo su verdugo. En este estado fue como la llevó al Gobernador, que aplaudiendo esta inhumanidad, la justificó altamente, condenando aún al fuego á la bienaventurada Ennatas.

29 Este hombre sanguinolento, llevando la crueldad hasta en sumo grado, y dando á la rabia que habia concebido contra los que adoraban al verdadero Dios, toda la extension que podia tener, no temió para satisfacerla, el violar todas las leyes de la naturaleza, rehusando la sepultura á los cuerpos de los Santos Mártires. Hízolos guardar de dia, y de noche despues de haberlos arrojado al muladar, para que los animales pudiesen hartarse de ellos á su satisfaccion. Hubiérais visto á una multitud de pueblo complacerse en este horrible espectáculo, y velar continuamente junto á estos tristes despojos, para impedir que los Christianos los hurtasen, como si esto hubiese sido cosa de la última importancia para la salud de cada Ciudadano, y la conservacion de la patria. Entretanto

los

los perros, las aves de rapiña, y las otras bestias carniceras esparcian por todas partes aquellos sagrados miembros, despues de haberse hartado de ellos. No se veía otra cosa por las calles, y al rededor de Cesaréa, que entrañas, huesos, y pedazos de cuerpo humano. Esto causaba horror á todo el mundo, y aun á nuestros mayores enemigos: compadeciéndose cada uno, no de la miseria de estos cuerpos, privados de sentimiento; sino de la injuria que se hacia á la naturaleza humana, y á cada hombre en particular.

30 No obstante, quiso Dios hacer ver por medio de un milagro quánto le desagradaba este exceso. Porque aunque el Cielo estuviese por entonces enteramente sereno: aunque no pareciese ni la menor nube, ni el menor vapor en el aire: aunque no hubiese ni rocío, ni nieblas, se percibió que la mayor parte de las columnas que sostenían los edificios públicos, sudaban, y arrojaban como gruesas lágrimas, y que las calles, y las plazas públicas estaban mojadas. De suerte, que se decia en alta voz, que la tierra por un prodigio inaudito lloraba el ultrage hecho á los cuerpos santos, cuyos miembros indignamente esparcidos, quedaban sin sepultura; y que las piedras, y el bronce, llegando á ser sensibles, reprehendían á los hombres su bárbara dureza por estas mudas señales de su dolor. Puede ser que la posteridad, poco crédula, tenga alguna dificultad por una falsa delicadeza en dar crédito á

este milagro, y que los espíritus fuertes de los siglos venideros traten á mi relacion de cuento forjado á mi antojo, ó á lo menos de una piadosa ficcion; pero yo no creo que suceda lo mismo con los que ahora viven, y que habiendo sido, ó testigos de esta misma cosa, no pueden desmentir á sus ojos, ó que habiéndolo sabido de personas de providad, no puedan sin hacerles injuria, desmentir á semejantes testigos.

31 El dia catorce del mes siguiente, que nosotros llamamos Appelleo, esto es, el dia catorce de Diciembre, los guardas puestos á las puertas para exâminar á todos los que entrasen, ó saliesen, prendieron algunos Christianos de Egipto, que habian salido expresamente de su país para ir á asistir á los Confesores desterrados á las minas de Cilicia. Envióseles libres á la verdad; pero fue despues de haberles sacado un ojo, y desjarretado una pierna, que fue la recompensa de su caridad. Pero hubo tambien tres entre otros, que habiendo sido puestos en las cárceles de Ascalon, mostraron un heroico valor. El primero llamado Arés, fue quemado vivo; y á los otros dos Promo, y Elías les cortaron la cabeza.

32 El dia once del mes Audineo (1), esto es, segun los Romanos, el once de Enero, Pedro el Solitario (2), por sobrenombre Abselamo, origi-

(1) El año de Jesu-Christo 309. (2) Por otro nombre Asceta. Llamábase por entonces con este nombre á los que renunciándolo todo, vivian una vida solitaria, y evangélica, aun en me-

ginario de Aneas, pequeña poblacion en el territorio de Eleuteropłe, fue probado por el fuego, y hecho un oro muy puro, despues de haber dado á Jesu-Christo un ilustre testimonio de la pureza de la fé, y haber confesado su nombre á vista de toda la Ciudad de Cesaréa. El Gobernador, que le habia hecho venir á su presencia, y todos los que asistían al juicio, tuvieron el gusto de representarle, que estando en la flor de su edad, no debia por un loco capricho privarse de aquel tiempo florido que en su edad le prometían los Dioses, y la naturaleza. Pero en vano le suplicaban tuviese compasion de sí mismo: porque no oyó ni á exhortaciones, ni consejos, ni súplicas; sino poniendo en Dios toda su confianza, prefirió sabiamente la esperanza de los bienes futuros, pero verdaderos, á la posesion de los falsos, aunque presentes; y aun la prefirió á su propia vida. Fue finalmente puesto en una hoguera hecha para él, y para otro llamado Asclepio, que se decia Obispo de la secta de los Marcionitas, y que se habia venido á presentar de su propia voluntad por un zelo inmoderado, y por el impulso de una devocion poco ilustrada, y de aquella, que no siendo segun la ciencia, es reprobada por el Apostol. Y así las cenizas del Católico fueron confundidas con las del herege; pero los Angeles sabrán bien hacer la di-

medio mismo de las Ciudades. Este nombre pasó despues á los Monges.

diferencia en el dia en que separarán á los escogidos de los réprobos.

33 Ahora es necesario, que yo exponga á la posteridad un espectáculo digno de su atencion. Este es el del triúnfo de once Mártires que sufrieron la muerte con el ilustre Pánfilo, aquel amigo, cuya memoria me es infinitamente amable. Su número correspondió al de los Profetas (1), ó por mejor decir á el de los Apóstoles; pero las gracias de que sus almas estaban adornadas, eran ciertamente gracias de Apóstoles, y de Profetas. Era Pánfilo la cabeza de ellos, y todos le cedian sin envidia el primer lugar; tanto por la dignidad de Presbítero, de que estaba revestido, como por el relevante mérito que adornaba su persona. En efecto, era un hombre en quien todas las virtudes se hallaban dichosamente unidas. El amor del retiro, la huída del mundo, una oposicion como natural á todas sus máximas: el desprecio de los honores, á los quales hubiera podido aspirar legítimamente: una caridad que le despojaba de todo en favor de los pobres: una vida frugal, laboriosa, y que pasaba en los exercicios de la mas austéra filosofia: sobre todo, una loable, é inocente inclinacion al estudio de las santas Escrituras: una continuacion al trabajo, que jamás se cansaba: una perseverancia en las cosas que emprendía, que no sabía lo que era afloxar en ellas: una aplicacion in-

(1) Los doce Profetas menores.

infatigable á la lectura: una diligencia sin precipitacion, ni apresuramiento: un humor alegre, accesible, y siempre pronto á hacer bien. Nada dirémos de las demas virtudes suyas, ni de una infinidad de acciones, dignas juntamente de imitacion, y de alabanza, que hizo, y piden un discurso mas dilatado. Si alguno quiere tener la curiosidad de saberlas, las hallará en una obra separada que hemos compuesto de su vida en tres libros.

34 El segundo despues de Pánfilo, que se señaló en este combate, fue Valente, Diácono de la Iglesia de Elia (1). Era este un aciano respetable por sus canas, y cuyo aspecto solamente imprimia veneracion. Poseía perfectamente la sagrada Escritura: sabíala toda de memoria; de suerte, que era para él una misma cosa, ó leerla con el libro en la mano, ó recitar de memoria páginas enteras. El tercero que entró en el campo de batalla, se llamaba Pablo, persona de un espíritu vivo, todo de fuego, lleno de zelo, y de fervor; y que antes que hubiese alcanzado la corona de Martir, habia merecido la de Confesor.

35 Ya habia dos años que estaban presos; pero la llegada de los Christianos de Egipto adelantó el tiempo de su martirio, y estos últimos partieron con ellos la gloria, habiendo derrama-

(1) Jerusalen: pero no era conocida baxo este nombre; lo tomó baxo los primeros Emperadores Christianos.

do todos juntos su sangre en el mismo lugar, y por la misma mano. Estos caritativos Egipcios habian acompañado por honor hasta Cilicia á los Confesores, desterrados á ella para trabajar en las minas; y como se volviesen á su país, teniendo que pasar precisamente por Cesaréa, fueron presos por los guardas de las puertas, que como hemos dicho, tenian orden de exâminar con cuidado á todos los estrangeros que se presentaban para entrar por ellas. Estos habiendo sido preguntados por los guardas quiénes eran, y de dónde venian, respondieron sin andar por rodeos, y sin buscar escusas, que eran Christianos, y que venian de acompañar sus hermanos á las minas de Cilicia. No fue necesario mas para hacerlos reos. Apodéranse de ellos como de una vandada de ladrones cogidos en fragante delito. Eran estos cinco. Condúxoseles sobre la marcha al Gobernador, que no pudiendo sufrir la generosa libertad con que le hablaban, los envió á la carcel. Al dia siguiente diez y seis del mes Pericio, ó segun los Romanos, el diez y seis de Febrero, vino una orden al Gobernador para formarles su causa, como tambien á Pánfilo, y á sus tres compañeros. Comenzó este por los Egipcios, y procuró como rendir su constancia con todas especies de tormentos, habiendo inventado tambien nuevas máquinas para esto; pero prevaleció ella sobre todos los tormentos. Despues de haber trabajado inutilmente en vencer la firmeza inalterable de estos admirables Christianos, se le ocurrió

rió el preguntarles su nombre : y habló con aquel que era el mas visible de la tropa. Este dixo un nombre de Profeta, porque habian tomado todos uno de ellos, habiendo dexado los que se les habia dado en el nacimiento, que regularmente eran nombres de Idolos. Y así vosotros os hubiérais creído hallaros todavía entre aquellos grandes hombres, con los quales comunicaba Dios tan familiarmente. Había uno que se llamaba Elías, otro Jeremías, el tercero Isaías, los dos últimos Ezequiel, y Daniel. Pero los nombres de estos famosos Israelitas nada habian perdido de su esplendor, y de su santidad en la persona de nuestros ilustres Egipcios, que los honraban así por la pureza de sus costumbres, como por la firmeza de su fé.

36 Habiendo, pues, dicho el Santo Martir el nombre del Profeta, que habia elegido (era el de Elías); Firmiliano le preguntó por su país, y respondiendo siempre Elías en analogía, nombró á Jerusalen (1), entendiendo la Jerusalen Celestial, aquella santa Ciudad de que habla el Apostol á los Gálatas en estos términos (2) : La Jerusalen de lo alto es verdaderamente libre, y ella es nuestra Metrópoli: Y á los Hebreos (3): Vo-

(1) El nombre de Jerusalen era incógnito á Firmiliano, porque desde el Emperador Adriano, que se llamaba Ælio Adriano, y que habia reedificado á Jerusalen destruída por Tito, esta Ciudad se llamaba Elia, del nombre de aquel que la habia restaurado. Esto es lo que causa aquí la equivocacion. (2) Gálatas 4. (3) Hebreos 12.

Vosotros os habeis acercado al monte de Sion, á la Ciudad de Dios vivo, á la Jerusalen Celestial. Pero el Gobernador, que no tenia pensamientos tan elevados, preguntaba baxo de qué clima estaba situada esta Ciudad, en qué Provincia, y qué número de vecinos tenia. No agradándole la respuesta del Martir, se valió de los tormentos, como de un medio que creyó mas eficaz para obligar á el Santo á decirle la verdad. Volviéronle los brazos detrás de las espaldas, descoyuntáronle los pies con una de aquellas nuevas máquinas de la invencion de Firmiliano. Pero todo esto no le hizo jamás decir otra cosa; y siempre aseguraba que no profería nada que no fuese verdad: que Jerusalen era su patria: que no habia otros que los que veneraban el verdadero Dios, que tuviesen el privilegio de habitar esta Ciudad, y de obtener el derecho de Ciudadanos de ella: que por lo demas, estaba situada al Oriente, y en un país, que tenia la dicha de ser ilustrada, y bañada de los primeros rayos del Sol. Todas estas expresiones eran verdaderas, segun el sentido místico que el Martir les daba. El Gobernador, que estaba bien distante de comprehenderlas, y que lo tomaba todo á la letra, se imaginaba buenamente que los Christianos construían una Ciudad en algun rincon de la tierra para servirles de plaza de seguridad de las persecuciones que se hacian contra ellos: que este sería un lugar de retiro para todos los malcontentos del Imperio, que concurrirían de todas

par-

partes para formar en ella algun partido, y quizá para fortificarse contra la autoridad del Soberano. Esto le ponía en una extrema afliccion, persuadiéndose que era de su obligacion el descubrir esta pretendida fortaleza de los Christianos. Instábale, pues, vivamente al Martir le declarase el lugar del Oriente, en que ésta Jerusalen estaba situada: hasta que en fin, no pudiendo sacar de él otra cosa, le condenó á muerte. Y esta fue la solucion, y fin que el Tirano dió á esta escena. Por lo que toca á los quatro, despues de haber executado con ellos mil crueldades, los conduxo como por otras tantas diferentes sangrientas escenas, á una semejante ruina.

37 Cansado en fin de ver siempre tanta sangre, cuerpos desgarrados, ó quemados, miembros dislocados, ó rotos, y comenzando su furor harto de tormentos, y de suplicios á resfriarse, se volvió hácia Pánfilo, y sus compañeros; y reconociendo en cierta alegría que brillaba en su rostro, que en vano emplearía la violencia para hacerles mudar de parecer, contentóse con preguntarles simplemente si no querían tampoco obedecer á las órdenes del Emperador. Pero ellos respondieron, como generosos Confesores de Jesu-Christo, que creen que lo que van á decir debe ser la última señal que le han de dar de su afecto, y de su fidelidad, diciendo que eran Christianos; y los condenó al mismo suplicio que á los cinco Egipcios antecedentes.

38 Entonces, un joven, criado de Pánfilo, ins-

instruído á presencia de este gran personage, y formado por él en las ciencias, y en la virtud, habiendo oido pronunciar la sentencia de muerte contra su amo, gritó de en medio del tropel: Pues á lo menos, que no se les niegue la sepultura á los muertos. Pero el Gobernador, que merecia mucho menos el título de hombre, que el de bestia feroz, ó si hay todavía alguna cosa en la tierra menos humana que una fiera, no teniendo respeto alguno, ni á la edad de este joven, ni al generoso afecto que mostraba por su señor, sobre la declaracion que hizo de que era Christiano, lo entregó al punto á toda la crueldad de sus verdugos, á los quales encargó mucho que no le tuviesen compasion. Fueron fieles, como acostumbraban, en executar sus órdenes: y mientras que volvian á tomar aliento, Firmiliano le mandó idolatrar; pero rehusándolo hacer el fiel joven, este iniquo Juez mandó comenzar á descargar sobre él, como si su cuerpo hubiese sido un peñasco, ó un ayunque. Y como el Martir, aunque estuviese todo molido, conservase en medio de los tormentos una tranquilidad, la qual desesperaba á este bárbaro, que no podia comprender cómo era posible que no se le oyese ni quexa, ni el menor suspiro, le condenó á ser echado en un gran fuego, que no estaba muy distante de allí. Y así, el que no habia entrado en la carrera sino el último, alcanzó el primero el premio. Vosotros, pues, hubiérais visto á Porfiro, porque así es como se lla-

llamaba este admirable joven, como un ilustre Atleta, que sale victorioso del combate; el cuerpo á la verdad, cubierto de sangre, y de polvo, pero con un aire de Conquistador, y aquella noble alegría que da la victoria, pintada sobre el rostro, marchar hácia la hoguera, como hácia un carro triunfal. Vosotros le hubiérais visto conversando con sus amigos, y explicándoles sus últimas voluntades, y sus últimos sentimientos con una perfecta libertad, y una presencia de espíritu maravillosa, que le daba la del espíritu Divino, de que estaba lleno. Aun al mismo tiempo que fue atado al madero, no perdió aquella amable serenidad que brillaba en sus ojos. Y porque la hoguera, en medio de la qual estaba puesto, parecía retirar de él sus llamas, él las atraía con su aliento. En fin, despues de haber llamado en su socorro á Jesus Hijo de Dios, y despues de haber pronunciado por la última vez este adorable nombre, no quiso decir nada mas, guardando por respeto el silencio hasta que espiró.

39 De este modo, pues, fue como combatió, y triunfó Porfiro: y como uno llamado Seleuco, que en otro tiempo habia llevado las armas, hubiese ido prontamente á llevarle la noticia á Pánfilo, se le formó causa de ello. Prendiéronle sobre la marcha al mismo punto que se despedia de uno de los Mártires, lo qual le hizo aun mas delinqüente, y fue conducido al Gobernador. Este le condenó á muerte, como no queriendo dexar á Porfiro ir solo por el camino de la eternidad. Se-

 leu-

leuco era Capadocio: habia adquirido mucha reputacion en el servicio, en donde habia entrado desde muy joven: aventajaba á todos sus camaradas en fuerza, y en gallardía, y hacia con una gracia maravillosa todos los exercicios militares: de suerte, que pasaba por el hombre mas bien plantado del mundo, el mas robusto, y el mas habil de todo el Exército; teniendo ademas de esto, una talla, y estatura soberbia, cierta hermosura varonil, que atraía los ojos, y la admiracion de todo el mundo. Desde el principio de la persecucion se habia señalado con la generosa confesion del nombre de Jesu-Christo, la qual le traxo á ser cruelmente azotado. Habiendo renunciado despues la Milicia, se dió á una alta piedad, teniendo cuidado de las viudas, y de los huérfanos, declarándose su protector, y haciéndose padre de ellos, asistiendo á los pobres, y á los enfermos. Esta excelente virtud de la compasion de los miserables, fue la que le adquirió la corona del Martirio; la que le dió á aquel que se complace mucho mas en las obras de misericordia que se le ofrece, que en la sangre, y en el loor de las víctimas que se le sacrifica. Este fue el décimo que padeció la muerte el mismo dia que el bienaventurado Pánfilo entró en la gloria con sus once compañeros.

40 El undécimo fue Teodalo, un anciano venerable de la casa del Gobernador, amado, y querido de su amo, ya por sus canas, y una numerosa posteridad de hijos, nietos, y bisnietos;

ó

ó ya fuese por su fidelidad, y la inclinacion que siempre habia tenido á su persona. No obstante, habiendo mostrado este generoso, y santo varon alguna ansia por Pánfilo, y derramado acaso algunas lágrimas por el estado en que le veía, fue tambien como Seleuco delatado al Gobernador; quien olvidando los servicios que este fiel criado le habia hecho, y la benevolencia con que él mismo le honraba, le hizo crucificar: procurándole, no obstante, con este género de suplicio, el mayor honor que podia esperar, haciéndole morir como el Salvador del mundo.

41 Ya no faltaba mas que uno para acabar el número de doce: Juliano se presentó á propósito para esto. No hacia sino llegar del campo; y como fuese á entrar en su casa, supo que acababan de dar la muerte á once Christianos, y que sus cuerpos estaban aún tendidos en el suelo. Corre allá; y lleno de un santo respeto los besa, los abraza, y no puede retirar de ellos ni sus ojos, ni su boca. Esto era mas que suficiente para hacerle culpable del mayor de todos los delitos. No dexó, pues, de asegurársele, y de conducirle á Firmiliano, que no desmintiéndose, y sosteniendo hasta el fin el terrible caracter del mas cruel de todos los hombres, le condenó á ser quemado. Juliano saltando de alegría, y dando á Dios mil acciones de gracias por el honor que le hacia de asociarle á esta santa tropa de Mártires, entra alegremente en el fuego, que en poco tiempo hizo de él un holocausto. Era originario

de Capadocia, hombre sincero, intrépido en el peligro, valiente en la ocasion; pero sobre todo animoso, y lleno de espíritu de Dios, de cuya bondad habia recibido una fé pura, unas costumbres arregladas, y unas altísimas ideas, y muy sublímes de nuestra Religion.

42 Al fin, los cuerpos de estos doce Mártires quedaron expuestos á los perros por quatro dias, y quatro noches, habiendo apostado guardas á los alrededores para impedir que los hurtasen los Christianos. Pero como se viese que estos sagrados despojos habian llegado á ser respetables aun á los animales mas carniceros, se hizo retirar á las guardas, y se les permitió á los Fieles el levantarlos, y darles sepultura: lo que executaron con toda la pompa, y del modo mas honorífico que les fue posible en el estado en que se hallaban.

43 En este intermedio llegaron á Cesaréa Eubulo, y Adriano. Venian de Mangana, de donde habian salido con el único fin de venir á rendir sus respetos á los Santos Confesores. Estos fueron como los otros, presos á las puertas de la Ciudad: y habiendo confesado ingenuamente el motivo de su viage, fueron conducidos á Firmiliano, que no los dexó desear por largo tiempo su dicha; porque habiéndolos hecho al principio, segun su costumbre, desgarrar con uñas de hierro, los condenó á las bestias. De este modo dos dias despues, esto es, el dia cinco del mes Dister, ó el dia cinco de Marzo, en que to-

toda la Ciudad de Cesaréa celebraba con grandes regocijos en honor del Genio público, Adriano fue echado á un leon, y despues degollado. Por lo que toca á Eubulo, la gana que tenía el Gobernador de librarle, le hizo diferir su muerte por dos dias, durante los quales le suplicó repetidas veces quisiese ayudarle él mismo, dando adoracion á los Dioses, prometiéndole en este caso la libertad, y la vida. Pero Eubulo, que hacia poca estimacion de estas dos cosas, rehusó el dón que se le quería hacer, y le prefirió una muerte gloriosa, que halló, como su amigo Adriano, en el anfiteatro, donde fue despedazado por las fieras (1), sin que hubiese necesidad de consumarla por medio de la espada.

44 No será fuera de propósito el advertir como de paso á los lectores, de qué manera vengó la Justicia Divina la sangre de tantos Mártires, sobre estos impíos, que con tanta crueldad la habian derramado. Perecieron todos con los tiranos de una muerte funesta, y trágica: el bárbaro Firmiliano acabó miserablemente sus dias por mano de un verdugo.

45 Ya se concluía el séptimo año de la persecucion, y los negocios de la Religion se iban restableciendo poco á poco; tanto, que se toleraba que los Christianos desterrados á las minas de la Palestina, á los quales se dexaba una entera libertad, reedificasen sus Iglesias arruinadas,

(1) El dia 7 de Marzo.

y edificasen otras nuevas: quando un nuevo Gobernador, habiendo pasado por estos países visitando las plazas de su gobierno, y habiéndose hecho informar del modo de vivir de estos Santos Confesores, ya fuese que se lo hubiesen contado en términos odiosos, ó ya que él tuviese en efecto el alma llena de malicia, lo escribió al Emperador, y se sirvió de unas expresiones tan perniciosas á los Christianos, mezclando en esta infiel relacion tantas denigrativas calumnias, que pocos dias despues llegó allí el Intendente de las minas con una orden verdadera, ó supuesta de este Príncipe, la qual contenía que se separasen en diversas tropas los Christianos que trabajaban en ellas: que se enviase una parte de ellos á la Isla de Chipre, y otra al Monte Líbano; y que los que estaban dispersos en los diferentes Cantones de la Provincia, se encargase á los Inspectores de las obras públicas el abrumarlos con trabajos, y malos tratamientos. Despues este Intendente eligió quatro de los mas principales, y los envió al Oficial General, que mandaba las tropas Romanas en la Palestina.

46 De estos quatro, dos eran Obispos; á saber, Nilo, y Peleo (1): el tercero, llamado Elías, era Presbítero; y Patermutio el quarto, personage amado, y honrado de todos por sus buenos modales, y su cortesanía. Luego que estuvieron delante de este Oficial, les preguntó, si no querían

(1) El 19 de Septiembre.

rían abandonar su Religion; pero no habiéndole satisfecho de ninguna manera á su respuesta, los hizo quemar vivos á todos.

47 Entre los Fieles que el Intendente de las minas habia distribuído en diversos quarteles, se hallaban muchos á quienes la vejez, ó las enfermedades hacian incapaces de trabajar: púsoseles á estos en un Canton separado, que se les dió para que lo cultivasen. Tenían á su frente al Santo anciano Silvano (1), originario, y Obispo de Gaza. Era este un modelo perfecto de todas las virtudes: todos los Fieles le respetaban con una especie de veneracion religiosa. Desde los primeros años de la persecucion comenzó á dar señales ilustres de la firmeza de su fé; habíalas renovado muchas veces en los diversos reencuentros de la persecucion, y mereció ser como el sello de ella, puesto que cesó enteramente poco tiempo despues de su muerte.

48 Habia tambien allí muchos Egipcios, entre los quales se veía aquel admirable Juan, tan célebre por su memoria. Aunque él fuese ciego, no por eso dexaron en la persecucion de sacarle los ojos como á los demas, y de cauterizarle la parte, despues de haberle cortado el nervio del pie izquierdo con un hierro ardiendo: tanto habia subido la crueldad de los verdugos, que llegó al último grado de ferocidad, que excedía aun á la de los tigres, y de las panteras. Nada

(1) El año de Jesu-Christo 310.

diré de la pureza de sus costumbres, de su modo de vivir arreglado por las máximas de una filosofia muy austera: aunque su virtud le hiciese muy recomendable, no obstante causaba ella menos admiracion, que aquella prodigiosa memoria que habia recibido de la naturaleza. Porque en fin, poseía todas las santas Escrituras: no porque la hubiese grabado sobre tablas de piedra, como dice el divino Apostol, ni pintado sobre vitela, ó pergamino, ni trazada sobre papel que roen los gusanos, y que consume el tiempo; sino escrito sobre tablas de carne en su corazon, en su espíritu ilustrado de las luces mas puras, en su alma mas blanca que la nieve; y en una palabra, aprendido toda de memoria. De suerte, que siempre que quería, recitaba con una facilidad admirable los libros enteros de Moysés, los de los Profetas, grandes pedazos de historia sagrada, una parte del Evangelio, y las Cartas de los Apóstoles; y todo esto lo sacaba de su memoria, como de un tesoro de literatura. Por lo que á mí toca, confieso que la primera vez que le ví en medio de la asamblea de los Fieles referir seguidamente muchas páginas de los sagrados libros, con aquella maravillosa facilidad, quedé sorprendido de un modo que yo no puedo explicar: porque siempre habia creído quando le oía sin verle, que leía en el mismo libro, como lo acostumbra hacer el lector. Pero en fin, habiéndome cerciorado de ello acercándome á él, y viéndole sin ojos dar oráculos al mo-

modo de los Profetas, yo alababa, y bendecía á Dios de esta maravilla: y concluía de aquí, que lo que hace verdaderamente al hombre, no es ni el cuerpo, ni la figura exterior, ni todo lo que aparece por defuera; sino el conocimiento, el pensamiento, y la inteligencia, que está comprehendido interiormente.

49 Pero mientras que estos Santos, de quienes se acaba de hablar, retirados en aquel Canton que se les habia señalado para cultivarle, pasaban los dias, y las noches en los ayunos, en la oracion, y en los demas exercicios laboriosos de la penitencia; les preparaba Dios en el momento mismo unas coronas, que ellos no aguardaban. Porque Maxîmino, aquel declarado enemigo de los buenos, no pudiendo sufrir que estos estuviesen siempre prontos á combatir, y siempre puestos, digamoslo así, sobre las armas con aquellas continuas oraciones que ofrecían á Dios, se resolvió á quitarlos del mundo como si le fuesen gravosos. Permitióle Dios hacer lo que quiso, para que sus siervos alcanzasen el premio de tantos trabajos como habian padecido por su gloria. Y así se les cortó la cabeza á treinta y nueve por mandado de este Príncipe impío (1).

50 Ved aquí quales fueron los Mártires de la Palestina en todos los ocho años que la persecucion duró en ella: primero comenzó por demoler las Iglesias; despues, pasando á los Obispos, y al

(1) El dia quatro de Mayo.

al Clero, se estendió por fin á todos los Fieles. En fin, no fue solo en la Palestina en donde hizo tan grandes progresos; llenó tambien de sangre, y de muertes á la Libia, el Egipto, la Siria, y todas las Provincias del Oriente hasta la Iliria. Porque por lo que toca á las que están á la otra parte de allá, como son la Italia, la Sicilia, las Galias, la España, la Mauritania, y el Africa; estas no sintieron el fuego de la persecucion sino los dos años primeros: habiéndola apagado Dios bien presto por su bondad, en aquellas Provincias Occidentales, movido acaso de la grandeza de la Fé, y de la simplicidad de aquellos pueblos.

Sucedió por entonces una cosa, que aun no se habia visto desde el establecimiento del Imperio Romano; porque durante esta persecucion, fue quando este se dividió en dos. El primero contenía las Provincias del Oriente; y el segundo las del Occidente. En aquel los Christianos tuvieron una infinidad de persecuciones que sufrir contra los tiranos; y en este casi siempre gozaron de una profunda paz. Pero en fin el Cielo ya no hizo mas que enviar hermosos, y claros dias, dias de calma, y de serenidad: mudados de repente los Señores de la tierra, revocaron los antiguos edictos; y por nuevas ordenanzas, en que su clemencia no se ostenta menos que su piedad, volvieron la tranquilidad al uno, y al otro Imperio: la libertad á la Iglesia; y los honores divinos á Jesu-Christo.

MAR-

MARTIRIO
DE S. TEODOTO
DE LA CIUDAD DE ANCIRA, Y DE SIETE VIRGENES.

ESCRITO POR NILO, TESTIGO DE VISTA.

Sacado de Bolando (1).

Año de Jesu-Christo 303, el dia 18 de Mayo.

QUiero dexar á la posteridad eternas señales de mi reconocimiento para con el Santo Martir Teodoto, escribiendo la fiel historia de los gloriosos triunfos de este generoso soldado de Jesu-Christo. Los buenos oficios que he recibido de este amigo, cuya memoria me será siempre infinitamente amable, esperarían de mí, no unas palabras simples, sino aun otra cosa mucho mas real, y efectiva; pero si he de decir verdad, ni los efectos, por grandes que parezcan, pueden honrarle tanto como él merece, ni las palabras brillantes alabarle como es digno. Pero en fin, si yo no quemo en su sepulcro mas que un poco de incienso, le ofrezco á lo menos todo quanto ten-

(1) Estando en Roma el P. Papebrochio, Jesuíta, traduxo del Griego al Latin estas Actas, de que Monseñor Leon Allassi, Bibliotecario segundo de la Vaticana, le habia confiado un exemplar manuscrito.

tengo, á exemplo de la viuda del Evangelio, que echó solamente dos monedas en el tesoro, ó depósito del Templo. Y así daré á conocer quál ha sido la inocencia de su vida, y la gloria de su muerte: yo describiré de qué manera decoró la de su religion por un medio tan lleno de honor, como de peligros (1): en una palabra, hablaré de él desde su juventud hasta que recibió la corona del Martirio. Confieso no obstante, que esta empresa comienza á aterrarme por mirarla superior á mis fuerzas. Yo bien conozco que no tengo ni bastante aliento, ni bastante vigor para andar esta larga carrera: un genio poco ilustrado, ninguna cultura en la expresion, nada felíz en el ingenio, y en la eleccion de las palabras, unos conocimientos muy limitados, y una mediana erudicion con tan pocos talentos; ¿cómo me he de atrever yo á tratar un asunto tan elevado, y cómo no he de temer yo el obscurecer la victoria de mi amigo, exponiéndola á los ojos de los lectores con unas expresiones tan desmayadas? Un artesano que ignora la delicadeza de su arte, no hace sino gastar, y afear la materia que tiene entre las manos, bien lexos de hermosearla. Por otra parte se me podrá decir, que habiendo vivido Teodoto una vida comun en el matrimonio, y en un exercicio poco noble, y que parece excluir la piedad, y la práctica de las virtudes; nada hay en su persona, que pueda

(1) Era tabernero.

da atraer la curiosidad á la veneracion. Pero á esto respondo, que el fin de la vida de este Santo hombre ha ennoblecido la baxeza de su condicion. Sin dar lugar á escrúpulos, ni á timideces por mi incapacidad, ni atender á los sordos murmullos de la envidia, ni á las falsas razones del mundo, referiré desnudamente, y con simplicidad, todo lo que sé de la vida, y de la muerte del ilustre Teodoto. Pero al mismo tiempo protesto, que nada diré de que no haya sido testigo ocular.

Preparóse largo tiempo por diversos actos de virtud al combate que debia sostener al fin de su vida; y como un Atleta prudente, y que quiere asegurarse de la victoria, se exercitó muchos años en otros que emprendió contra sí mismo. Comenzó por declarar la guerra á todas sus pasiones, y se aplicó con tanto cuidado, y perseverancia á domarlas, que se hizo enteramente dueño de ellas. Entre las virtudes que tomó por sus protectores en estos combates, la templanza fue la que le hizo mayores servicios. Tenía por máxîma de que el hombre Christiano debe poner toda su complacencia en afligir su cuerpo: que toda su gloria consiste en el abatimiento; y que sus riquezas no son otra cosa que la pobreza sufrida con una grandeza de alma, y una generosa tranquilidad. En efecto, viósele muchas veces á un heroe arrojarse sin temor en medio de los peligros, y dexarse vencer por el falso resplandor de una gloria vana, é imaginaria: al Filósofo ceder

cobardemente á un movimiento de temor; y al hombre moderado sentir en un instante debilitarse su virtud solo con ver un placer sensual. No hay sino el hombre Christiano á quien todas las pasiones estén sujetas. Y así Teodoto empleó el ayuno para combatir el deleite: la templanza para defenderse de los movimientos de la carne; y la limosna para quitar á las riquezas el poder de ofuscarlo. Pero nos estenderémos un poco mas en adelante sobre todas estas cosas, y harémos ver claramente, que llegó á la verdadera gloria por el camino de la ignominia: á una alta fortuna por la pobreza; y á la inmortalidad bienaventurada por los sufrimientos, y la muerte. Retiró á muchos pecadores de sus desórdenes, dándoles saludables instrucciones para vivir mas christianamente. Curó á otros por sola su oracion, que en un cuerpo sano llevaban una alma llena de peligrosas enfermedades. En fin, por sus poderosas exhortaciones atraxo á la Iglesia un gran número de Judíos, y de Gentiles. Su oficio de tabernero, contra lo ordinario de esta profesion, le proveía los medios de exercer unas funciones del todo episcopales: porque defendía con todas sus fuerzas á los que se les hacia alguna injusticia: cuidaba de los enfermos: mostraba á las personas afligidas una compasion que suavizaba sus penas: en una palabra, lleno de una caridad abundante, sentía los males de todos los que los padecían; y las desgracias de otros, venian á ser sus propias miserias. El mismo Dios autori-

za-

zaba con milagros una conducta tan caritativa, que mas era de un Obispo, que de un simple tabernero. Porque por incurable que fuese un mal, por profunda que fuese una llaga, luego que Teodoto habia llegado á ella la mano, la llaga se cerraba, el mal se curaba: no sirviéndose este Santo hombre sino de la oracion para hacer estas admirables curas. Pero particularmente se aplicaba á manejar las enfermedades del alma: los mas perdidos llegaban á ser castos, oyéndole hablar de la castidad: las gentes alegres, y dados á la embriaguez, llegaban á amar la sobriedad, quando él hacia su elogio; y los avaros corrían á derramar su oro, y su plata en el seno de los pobres, quando hablaba de las grandes ventajas de la pobreza voluntaria ¡Quántos Santos han salido de esta excelente escuela!

Mientras que Teodoto formaba en la virtud tantos buenos vasallos, el Gobierno de Ancira fue dado á un tal Teotegno. Era este un hombre sin costumbres, sin humanidad, sin religion: de un natural inquieto, colérico, violento, maligno, y sediento por la sangre de los Christianos, que derramaba con una extrema facilidad: en fin, no podría dar una idea mas justa de todas sus malas prendas, sino diciendo, que solo su mérito le habia alcanzado este puesto. Porque viendo que el Emperador (1) se disponía á hacer una guerra sangrienta á la Iglesia, le prome-

(1) Maxîmiano.

metió destruir enteramente el Christianismo en Ancira, si se le quería confiar su gobierno. Esta promesa, que tan agradablemente lisonjeaba la inclinacion de Maxîmiano, le hizo conseguir al punto á Teotegno lo que deseaba con tanta pasion. Luego que se supo en aquella Ciudad que se acercaba, fue general la consternacion entre los Fieles: todos desertaron, retirándose á las montañas: las cuevas, y las quiebras de los peñascos llegaron á ser habitadas; y las soledades se poblaron de Christianos. A este mismo tiempo cuidaba atemorizar, y oprimir el espíritu de los Fieles; y así enviaba á Ancira freqüentemente funestos mensageros, que declarasen los designios impíos que tenía formado contra la Religion: de suerte, que como que se atropellaban para anunciar prevenciones tan sangrientas. Y en fin, llegando los últimos con Edictos, y Ordenanzas mas graves, y mas rigurosas que las primeras, publicaban que fuesen demolidas al punto todas las Iglesias: que los Sacerdotes Christianos fuesen conducidos á los templos de los falsos Dioses para negar allí á Jesu-Christo; y que en caso de resistencia, y de oposicion, los bienes de los culpables fuesen tomados, y confiscados en utilidad del Príncipe; y que ellos, y sus hijos fuesen puestos en prision, aguardando á la llegada del Gobernador; con el fin sin duda, de que las incomodidades de la prision, y la pesadez de sus cadenas, los hiciesen mas sumisos á la voluntad del Emperador, y los dispusiesen á respon-

ponder conforme al deseo que el Gobernador tenía de engañarlos, para cumplir con lo que habia prometido á Maxîmiano.

Llenaron estas órdenes del Tirano á toda la Iglesia de confusion, y de pavor. Parecía á una nave asaltada en alta mar de una tempestad repentina: ya no aguardaba mas que verse abismada en las olas de una cruel, y sangrienta persecucion. Entretanto triunfaban sus enemigos, pasaban los dias, y las noches en los festines, y en regocijos, en que causándoles el odio, que nos tienen, una especie de embriaguez mas fuerte, y mas peligrosa que la del vino, de que estaban llenas sus copas: se abandonaban á todos los crueles excesos, que estas dos furiosas pasiones pueden inspirar. En efecto, saliendo de estos convites, se esparcían por las habitaciones de los Christianos, en donde cometían mil insolencias, derribando, rompiendo, y quebrando todo quanto se presentaba á sus ojos, enardecidos de este doble furor, sin que nadie se atreviese á oponerse á ellos, por no pasar por sediciosos, y por rebeldes. Los Magistrados, bien lexos de apaciguar el tumulto, ellos mismos daban lugar á él, y parecían autorizarle con su exemplo. Luego que los Edictos se publicaron, fueron presos los hombres de mas reputacion entre los Christianos; y tomando el insolente populacho este tiránico procedimiento por una tácita permision de insultar á todos los que hacian profesion del Christianismo, ninguno de los Fieles se atrevía mas á mostrarse

en público: la libertad demasiada aumentaba el desorden: forzábanse las casas: saqueábanse las habitaciones: los hombres perdidos, y facinerosos arrancaban á las mugeres de distincion de entre los brazos de sus maridos: las doncellas, y jóvenes se robaban de entre el cuidado de sus mismas madres; y las vírgenes consagradas á Dios eran sacadas de su retiro para ser expuestas á una deshonestidad pública. Los amigos vendían á sus amigos, y los entregaban al odio de un furioso pueblo: la Religion era ultrajada, violada, y atropellada, cargada de calumnias, y de afrentas: en una palabra, sufría la Iglesia unos males, que apenas se pueden imaginar, y aun mucho menos escribir. Los que creían por medio de la huida librarse de esta horrible tempestad, no hallaban lugar alguno de seguridad: todos los asilos estaban cerrados para ellos: los altares estaban abandonados: los Sacerdotes dispersos; y los bienes de los Fieles expuestos á la avaricia, á la injusticia, y á la violencia. Veíaseles errantes, y esparcidos en las soledades: los unos se introducían en las grutas: otros se escondian en los bosques espesos, y llenos de matorrales: algunos trepaban sobre las cimas de los montes; y otros se ocultaban entre las espesuras, y las malezas. Pero bien presto los obligaba el hambre á abandonar estos funestos retiros. Muchos voluntariamente se entregaron en las manos de los infieles con una esperanza bastante incierta de hallar en ellos algo de humanidad. Otros se

quedaron en los bosques, y en las cuevas; de donde saliendo favorecidos de la obscuridad de la noche, buscaban algunas raíces para sostener su vida moribunda. Los que mas sufriéron fueron las personas de consideracion, que criadas delicadamente con la abundancia de todas las cosas, estaban obligadas á vivir de hierbas silvestres, y á dormir sobre la desnuda tierra, ó sobre unas ojas secas.

Entretanto el bienaventurado Martir Teodoto, se exponía él solo á diferentes peligros por socorrer á sus hermanos. Porque de ninguna manera tenia él la taberna con el fin de hacerse rico; jamás tuvo poder alguno sobre su alma la esperanza de una ganancia usurera. Tenía otras miras mucho mas elevadas, y pensaba en hacer de su casa un lugar de seguridad para todos los hombres de bien, un puerto siempre abierto á los infelices, un asilo en donde la virtud perseguida pudiese estar á cubierto contra los esfuerzos de un injusto poder. Pero no se limitaban á solo esto sus cuidados. La extension de su caridad se los hacia llevar por donde quiera que habia miserables. Visitaba los presos, los consolaba, y los socorría en sus necesidades: recibía en su casa á los que una huida saludable habia libertado del furor de los tiranos; y no contento con asistir á los vivos con velar en su conservacion, procurarles el reposo, la consolacion, y la alegría; su caridad infatigable se estendía hasta con los muertos. Recogía sus cenizas, enterraba sus cuerpos, juntaba sus miembros separa-

dos

dos por la violencia de los tormentos; y muchas veces los libraba de aquel triste destino que les daba la presa de los cuervos, ó la hambre de los perros. Las rigurosas penas con que se castigaba á los que se cogian haciendo este piadoso oficio, no los podia retirar de executarla con aquellos Mártires, que su piadosa compasion habia descubierto. ¿Quién hubiera creído jamás encontrar tanta virtud, tanta religion, tanta grandeza de alma en un tabernero? ¿Tabernero ilustre, consagrado á la oracion, y no al exceso? Lugar digno de la veneracion de los Fieles, santuario de la piedad; ¡oh, y cómo aquel que os ha hecho tan felizmente mudar de naturaleza, y que tan santo, de profano que erais antes, oh, y quán digno es de nuestras alabanzas, y de la gloria que ocupa al presente! Este hombre admirable se habia hecho todo para todos, segun el consejo del Apostol. Tan presto era médico, y daba á los pobres enfermos toda especie de medicamentos; tan presto tenía cuidado de los convalecientes, procurándoles algun alimento agradable, que les hiciese abrir las ganas del comer, dulcificando el mal gusto de los remedios: daba pan, y vino á aquellos que obligados de la hambre se acogian á él: asistía con sus consejos, siempre seguros, siempre saludables, á las personas que tenian necesidad de ellos para su conducta: animaba al martirio con vehementes exhortaciones á aquellos que eran llevados á los suplicios: los daba ánimo, los sostenía, y los alentaba de

tal

tal suerte á morir por Jesu-Christo, que se le podria llamar padre, director, y maestro de todos los Mártires de aquel tiempo.

Habia expedido el impío Teotegno un Edicto, por el qual, todo lo que se exponia á pública venta, como pan, vino, frutas: en una palabra, todo lo que sirve de alimento al hombre, debia ser ofrecido á los Idolos antes que nadie los pudiese comprar; con el fin de que los Christianos no pudiesen hacer á Dios las oblaciones ordinarias, estando manchados todos los géneros de comestibles por esta abominable ceremonia. Para observar este Decreto habia encargado el Gobernador á los Sacerdotes de los falsos Dioses, que tuviesen gran cuidado de que se executase. ¿Quál debia ser la pena en que se hallaban los Christianos, que no podian hacer mas ofrendas? Sacóles de ella el Santo Martir Teodoto. El zelo que tenia por su Religion, y por la gloria del Señor, le hizo hallar luego un remedio á este mal. Revendía él á los Christianos lo que él mismo habia antes comprado de ellos, y de lo qual estaba seguro que no estaba contaminado. Y así se vió en aquellos desgraciados tiempos ser una taberna para los Christianos, lo que el Arca de Noé fue en tiempo del diluvio á los que Dios quiso salvar: porque así como entonces, cubriendo las aguas toda la faz de la tierra, perecieron todos los hombres, excepto los que estaban encerrados en el Arca; del mismo modo, mientras que este diluvio de males inundaba

la Iglesia de Ancira, ningun Fiel se escapó de la rabia del tirano, sino los que se refugiaron en la casa de Teodoto. Por entonces fue quando una taberna llegó á ser una Iglesia, un Hospicio, una casa de Oracion, la habitacion de la caridad, y la depositaria de la Religion.

Prendióse por aquel mismo tiempo á uno llamado Victor, á quien Teodoto tenia una grande veneracion. Acusáronle dos Sacerdotes de Diana haber hablado con poco respeto del grande Apolo: de haber dicho entre otras cosas, que este Dios habia violado á su hermana Diana delante del altar del templo de Delos; y que los Griegos debian avergonzarse de adorar á semejante divinidad, que habia cometido un delito, que los hombres no se atreverían á cometer. Esta acusacion asustó á los amigos de Victor, que por la mayor parte eran Paganos. Representáronle el peligro en que se habia precipitado por su imprudencia: que no hallaban sino un medio para salir de este mal paso: este era el de obedecer sin reserva al Gobernador, quien no dexaría para asegurarse de la sinceridad de su expresion, exîgir de él una entera sumision á los Edictos. Bien podeis, le decian, obtener en un momento la gracia, y favor de los quatro Emperadores, y sin que os cueste otra cosa, que una simple negacion de vuestras supersticiones. La fortuna os alarga el brazo, amigo Victor: ella os presenta los honores, las riquezas, el favor de los señores del mundo; ¿y sereis tan enemigo de vos

vos mismo, que desaireis ofertas tan ventajosas? Pero al contrario, si persistís en vuestro capricho, contad con que sois perdido sin remedio: os será preciso espirar en los tormentos: vuestra familia será deshonrada, arruinada, y abatida por vuestro delito; ¿y qué pesar para tí el haber sido la causa? Tus bienes serán confiscados, tu nombre llegará á ser infame: tú mismo no tendrás otro sepulcro que el vientre de los perros. ¿Tienes una alma capaz de sostener en ella el pensamiento de tantas desgracias solamente?

Advertido Teodoto del peligro que corría su amigo por estos perniciosos consejos, hizo las diligencias de poderle hablar, habiendo ganado para esto al carcelero, quien le introduxo por la noche en la sala en que se le guardaba. Trabajó Teodoto al principio en destruir todos estos falsos razonamientos, de que se habian servido para asustarle. Suplícote, le decia, amigo mio Victor, cierres el oído á esos envenenados discursos, que esos hombres entregados al demonio han procurado introducir en tu corazon. Qué, ¿quieres tú abandonarnos por seguirlos? ¿Qué encantos tienen tan grandes para atraerte á su partido? ¿Qué te ofrecen ellos, que tanto te obliga? Pues qué, ¿habias de preferir una vida pecaminosa, y del todo carnal, á una vida del todo espiritual, y del todo celestial, que has vivido hasta aquí? ¿La religion que te proponen, es acaso mas santa que la nuestra? ¿Y pien-

sas tú hallar mas pureza en su moral, que en la que nosotros seguimos? No, Victor, no, y tú tienes demasiado entendimiento para percibir la ventaja que la Ley Christiana tiene sobre esta monstruosa supersticion, que te quieren hacer abrazar. Desconfia de las promesas que te hacen los impíos: quanto alhagüeñas, y agradables son ellas, mas vanas son, y mas frívolas, y mas sutil, y mortal es el veneno que ocultan. De este modo fue como el miserable Judas se dexó engañar por los Judíos. ¿Qué le sirvió el haber recibido las treinta piezas de plata, que le dieron por entregarles á su Maestro? El no se aprovechó de ellas, y ya sabes tú que este dinero se empleó en comprar un campo para la sepultura de los peregrinos. ¿Qué le quedó, pues, del premio de su infame traicion? El cordel con que se ahorcó. Creeme, los verdaderos bienes no están á la disposicion de los malos: ellos bien pueden prometerlos, pero no está en su poder el darlos. Solo Dios se ha reservado el dominio de ellos, y no concede su posesion sino á los que le adoran, y le aman. Con estas sabias, y urgentes exhortaciones fue con las que Teodoto procuró reforzar el espíritu de Victor, y volverle á afirmar contra los peligrosos vaivenes en que le tenian puesto sus amigos. Mostróse convencido; y en efecto sufrió luego con mucha constancia los tormentos que le hicieron padecer, y se atraxo la admiracion de los que fueron testigos: pero como tocase ya casi al fin de la carrera, en don-

donde Jesu-Christo le aguardaba para coronarle, se dexó cobardemente vencer; pidió audiencia, y la obtuvo: suspendiéronse los verdugos, y le volvieron á la carcel, en donde murió pocos dias despues de las llagas, y heridas que le ocasionó el tormento, dexándonos inciertos de su salvacion.

Volvamos á tomar el hilo de la vida de nuestro Santo Martir; y hablemos de una aventura bastante asombrosa, que le sucedió por aquel tiempo. Hay un lugar á cinco leguas de Ancira llamado Malus. Fue, pues, Teodoto allí cerca por una particular disposicion de la Providencia, al mismo punto que se habia arrojado en el rio de Halis (1) una parte del cuerpo de S. Valente Martir, quien despues de haber sido atormentado por muy largo tiempo, le pusieron todo ensangrentado en una hoguera, en donde consumó su martirio. Tuvo Teodoto la felicidad de recoger este precioso depósito, que arrojó el rio á sus orillas, y que Dios le confiaba. Cargado este Santo hombre de estos ricos despojos, en lugar de entrar en la Aldea, se detuvo un poco mas abaxo, y se retiró á una caberna, de donde sale uno de los brazos del Halis, y que está distante del lugarcillo como doscientos cincuenta pasos. Encontró en ella algunas personas conocidas

(1) Rio del Asia menor, que despues de haber pasado por muchas Ciudades de la Galacia, y de la Paflagonia, entra el Golfo del Amisa. Valer. Flac. *l.* 5. Argon, y Ovid. *lib.* 4. *del Ponto Eleg.* 10.

das suyas, que la misma Providencia habia conducido allí. Eran estos unos Christianos, que hacia poco habian salido de la carcel por su medio, y á fuerza de dinero, y de recomendacion; habiendo puesto este caritativo hombre una suma considerable de su propio caudal para rescatarlos. Luego que lo alcanzaron á ver, fueron á él llenos de alegría por haberle encontrado. No podian dexar de mostrarle su reconocimiento, pues le miraban como á su libertador. Y en efecto, mientras que los parientes mas cercanos de estas personas, trabajaban en perderlos, entregándolos á los tiranos, y acusándolos de haber derribado un altar de Diana, trabajaba Teodoto en librarlos, habiendo empleado para esto su crédito, su hacienda, sus afanes, y expuesto su vida. El Santo de su parte, no sintió menos alegría de hallar allí esta tropa de Confesores: detúvolos á comer consigo, con el fin de que pudiesen despues continuar mas alegremente su viage.

Hízolos sentar á todos sobre la hierba: y es preciso confesar que el parage era del todo propio para hacerles olvidar sus pasados trabajos. Un cesped fresco, y blando les presentaba una cama deliciosa, para descansar de la fatiga del camino; y una fuente que salía de allí algunos pasos del pie de un peñasco, y que por una reguera coronada de flores venia á pasar por junto á ellos, les ofrecía una agua clara, y pura para refrescarlos: unos árboles frutales mezcla-

dos

dos de árboles silvestres, les proveían de sombra, y de frutas; y una vandada de diestros ruiseñores, que con las cigarras alternaban de quando en quando, formaban un concepto, que no inspiraban al alma sino pensamientos de amor, y de reconocimiento por el Criador de tantas cosas agradables, y no suscitaban sino movimientos inocentes, y permitidos. Suplicó Teodoto á algunos de la compañía fuesen hasta el Lugar á pedir de su parte al Sacerdote, que cuidaba de él, viniese á verle, y convidarle al mismo tiempo á aquella comida de campo, que iban á hacer. Tenía él esta costumbre de no sentarse jamás á la mesa sin que un Sacerdote hubiese echado la bendicion á la comida. Deseaba ademas de esto, recibirla de su mano antes que prosseguir su ruta. Los que fueron á el Lugar encontraron al Sacerdote, que salía de la Iglesia despues del Oficio de Sexta. Vino, pues, á ellos, y los halló muy empeñados en defenderse de los perros que los habian acometido. Despues de haber echado á estos animales, que en alguna manera violaban las obligaciones de la hospitalidad para con estos estrangeros; los saludó: y habiendo sabido de ellos que eran Christianos, les pidió con cortesia fuesen á descansar á su casa. Despues mirándolos atentamente, y pasando muchas veces los ojos por ellos, exclamó de repente: ¡Oh! Fronton (porque así es como se llamaba), Fronton, ved aquí cumplido tu sueño. Sí, continuó él, dirigiéndose á estos estrangeros:

ros: yo he visto esta noche en sueños á dos hombres como los que ahora veo: ellos tenian vuestro aire, vuestra talla, y vuestras facciones. Hanme dicho, que habian hallado un tesoro, y que me lo traían; y pues que ya no puedo dudar mas de que seais vosotros los que me ha hecho ver mi sueño, tened á bien que os pida este tesoro, que debeis poner en mis manos.

Echáronse á reir los dos diputados de Teodoto, y dixeron al Sacerdote: Verdad es, que nosotros hemos hallado un tesoro, que es el admirable Teodoto: si le quereis ver, no aguarda otra cosa que hablaros; pero, Padre mio, hacednos el favor de enseñarnos al Cura de este Lugar. Ya le estais viendo, les dixo, queridos hermanos mios: yo lo soy. Pero ya estoy impaciente por ver á ese excelente hombre de que me acabais de hablar: vamos allá, conducidme adonde está. Es preciso que me honre esta noche con ser mi huesped: ya me parece que soy reprehensible en dexar tan largo tiempo baxo de unos árboles en el campo á un hombre de este mérito. Púsose al punto en camino, y baxo la direccion de estos dos que le guiaban, llegó al lugar en que estaba Teodoto con los demas compañeros. Fronton, y él se abrazaron con grandes demostraciones de estimacion, y de dulzura: el Sacerdote le hacia al Santo todas las instancias posibles por obligarle á que fuese á su casa con todos los que estaban allí; pero el Santo se escusaba diciendo, que sus negocios le obliga-

ban

ban á volver prontamente á Ancira. Allí es, Padre mio, le decia él, donde está abierta una gloriosa carrera para los Christianos: pero yo, que no me atrevo á poner en la clase de estos generosos Atletas, que combaten por Jesu-Christo hasta el último aliento, debo á lo menos estar en la barrera para aplaudir su victoria. Entretanto, habiendo tomado esta piadosa tropa un ligero refrigerio, que Teodoto habia hecho servir sobre la hierba, cuyo natural verde era realzado por los diferentes matices que formaba el diverso colorido de las flores: el Santo hombre dixo sonriéndose á Fronton: ¡Oh, y qué propio me parece este lugar solitario para edificar una Capilla, y poner en ella reliquias de Mártires! ¿Qué os parece de esto, Padre mio? Del mismo parecer soy yo, respondió el Sacerdote: haced de modo que se puedan recobrar, y dexadme á mí el cuidado de edificar la Capilla; pero es necesario comenzar á tener reliquias antes de emprender la obra. Eso es asunto mio, replicó Teodoto, ó por mejor decir, de Dios: esté pronta la Capilla, que no nos faltarán reliquias: cierta inspiracion mueve mi espíritu, y así no perdais tiempo, disponed el lugar, haced trabajar continuamente en el edificio, porque antes de poco tiempo tendreis reliquias para poner en ella. Diciendo esto, sacó de su dedo un anillo, y dándoselo al Sacerdote; pongo á Dios por testigo, le dixo, de la promesa que hoy dia os hago, de proveeros de reliquias dentro de poco tiempo, y ese ani-

anillo os servirá de una prenda segura de mi palabra. Despues de haberse despedido del Sacerdote, volvió á tomar el camino de Ancira, adonde llegó por la noche, pero halló en ella todas las cosas en una terrible confusion.

Habia en aquella Ciudad siete vírgenes, que habiéndose consagrado á Dios desde sus primeros años, hicieron un gran progreso en todas las virtudes, guardando inviolablemente la fidelidad que juraron á su Divino Esposo, y conservando con un extremo cuidado sus cuerpos en una pureza que las hacia en algun modo dignas de ser las esposas de un Dios. Prendiólas el Tirano; y empleando inutilmente los tormentos para obligarlas á renunciar el Christianismo, con la cólera en que le puso la generosa resistencia de estas doncellas, las entregó al furor de una perdida juventud. Su avanzada edad, y su rostro, que no era mas que el sepulcro de su belleza pasada, parecian defenderlas de la brutalidad de estos jóvenes; pero, ó fuese que sintiesen cierta arrogante complacencia de violar siete vírgenes Christianas; sea que creyesen por este medio deshonrar á la Iglesia, é insultar al mismo Jesu-Christo; ó sea en fin, que quisiesen hacer su corte al Gobernador: como quiera que fuese, ellos se disponian á hacerlas violencia, quando una de las siete llamada Tecusa, á quien el mas atrevido de la tropa habia conducido á un retrete, se arrojó toda bañada en lágrimas á los pies de este deshonesto, y abrazada á ellos,

ellos, se esforzaba á hacerle mudar de resolucion. Hijo mio, le decia, ¿qué es lo que vas á hacer, y qué cruel arrepentimiento no te preparas? ¿Qué satisfaccion esperas sacar de la vergonzosa accion á que te expones con tanto furor? Abre los ojos, y detenlos un poco, si puedes, sobre estos descarnados cuerpos, que la vejez ha marchitado, que las austeridades han enflaquecido, que las enfermedades consumen, y empiezan á reducir en polvo; ¿los crees tú propios aun para el uso del deleite? Estos apagados ojos, esta carne medio muerta, estas arrugas llenas de roña, que setenta años han hecho sobre mi frente, este rostro, que vuelve á tomar la naturaleza, y el color de la tierra de que ha sido formado; todo esto, ¿puede excitar en tí algun deseo? ¿Habías de querer tú ensuciarte con un cuerpo destinado dentro de poco á ser alimento de los perros, y de los buitres? Ah, dexa esos pensamientos tan indignos de tu persona: Jesu-Christo lo suplica por mi boca, te lo pide como una gracia, que espera de tí: si se la concedes, puedes igualmente aguardarlo todo de su reconocimiento. Despues desgarrando el velo que la cubría la cabeza, y mostrándole sus canas: Hijo mio, continuó ella, ten compasion de mi vejéz: bastante sería el pedirte esto, y acaso demasiado, el pedirte que la tuvieses algun respeto; pero si tienes una madre á quien la edad haya encanecido sus cabellos, haz que llegue á ser contigo nuestra abogada, y que defienda nuestra

tra causa en tu corazon. Quiera el justo Cielo colmarte de sus bendiciones, y oir favorablemente los fervorosos votos que mis compañeras, y yo le dirigimos todas juntas por tí, y por todos esos amables jóvenes que están contigo. Un discurso tan tierno no pudo dexar de hacer su efecto; pues apagó todo el fuego impuro, y grosero, que aquella loca juventud habia mostrado al principio. Y habiendo llegado á ser de repente estos jóvenes libertinos unos hombres racionales, y capaces de sentimientos de compasion, mezclaron sus lágrimas con las de estas siete vírgenes, y se retiraron detestando la inhumanidad de Teotegno.

Supo este hombre con mucho dolor, que estas santas doncellas habian sido preservadas de la vergüenza á que brutalmente las habia expuesto, y que no hallaban sino respeto, y mucha razon en donde antes solo reynaba el instinto, y el furor. No obstante, no quiso que se las remitiese á segunda prueba, contentándose con mandar, que fuesen instruídas en los misterios de Diana, y de Minerva, y que fuesen hechas sus Sacerdotisas. La principal funcion de esta dignidad consistía en ir todos los años en cierto dia á lavar en ceremonia en el lago próxîmo las imágenes de estas Diosas. Habiendo llegado este dia tan solemne, se pusieron sobre unos carros las imágenes de la gran Diana, y de la sábia Minerva, para conducirlas á la orilla del lago; pero tambien se hizo subir en él al mismo tiempo

á

á las nuevas Sacerdotisas para purificarlas igualmente. Dexáronse ver, pues, las siete vírgenes puestas en pie todas junto á los Idolos: estaban desnudas, y expuestas en este estado á la vista, y á las risas del insolente pueblo. Precedían á los carros dos hombres tocando flautas dulces, y obues, y dos coros de Menades (1) marchaban á los dos lados: sus cabellos estaban esparcidos, todos puestos en desorden, medio erizados, y tenian el tirso (2) en la mano; y llenas del Dios (3) que las poseía, hacian mil gestos extravagantes, cantaban, gritaban, y ahullaban á la manera de los Sacerdotes de Baco. Imagínese el efecto que produciría esta confusion de voces, de instrumentos, de aclamaciones, y de gritos: el ahullido de las Menades, el áspero sonido de algunos instrumentos, el ruido de los tambores, las palmadas, el choque de tantas personas como se empujaban, los gritos de los que caían, y que se atropellaban: en una palabra, aquella terrible multitud que se aumentaba á cada instante por la ridícula, y bárbara curiosidad de ver las vírgenes Christianas, que en el deplorable estado en que se hallaban, eran mas propias para excitar la compasion, y el horror, que una vana, y necia alegría, de que no es capaz sino un vil populacho. Y así los hombres de bien, que se hallaban en el concurso, no

(1) Mugeres que celebraban los orgios, ó fiestas de Baco.
(2) Un báculo rodeado de pámpanos. (3) Baco, ó por mejor decir, del demonio.

podian, aunque Paganos, aprobar una cosa tan contraria á las buenas costumbres, y á la honestidad pública. Unos se compadecian de la desgraciada vejéz de estas vírgenes: otros admiraban su constancia, muchos alababan su modestia; y todos viéndolas cubiertas de llagas, derramaban lágrimas á presencia del detestable Teotegne, que seguia los carros, y cerraba con sus guardias esta procesion impía.

Este terrible espectáculo fue el que se presentó á los ojos de Teodoto quando volvió á entrar en Ancira. Estaba sobresaltado viendo el peligro en que se hallaban estas Santas doncellas; temia la fragilidad del sexô; rezelábase de que alguna viniese á perder el valor en aquel abismo de miserias, y de confusion que les amenazaban; pero recurrió á Dios, y le suplicó con lágrimas fortificase á sus siervas en un combate tan peligroso. Habíase retirado para esto á una pequeña casa cerca de una Capilla de Mártires: pertenecía esta vivienda á un pobre hombre llamado Teocarés. Permanecía Teodoto humillado en presencia de Dios con el joven Teodoto su pariente, con Polícrono, sobrino de Tecusa, y algunos otros Christianos que le acompañaban. Habian estado en oracion desde el salir el sol, hasta á medio dia, quando la muger de Teocarés les vino á decir, que las vírgenes fueron arrojadas á el lago. A esta noticia, incorporándose el Santo de la tierra, puesto de rodillas, volvió sus ojos bañados de lágrimas hácia el Cielo: y entre los di-

diversos movimientos de alegría, de amor, y de reconocimiento que sentia, dixo: Gracias os doy, Señor, de que no habeis desechado la súplica de vuestro siervo, y ni habeis despreciado sus lágrimas, y sus suspiros. Despues informándose mas particularmente de la muger de Teocarés cómo habia pasado el caso, supo de ella, que Teotegne habiendo hecho nuevos esfuerzos por ganar á Tecusa, y sus compañeras, nada pudo alcanzar de ellas: que las antiguas Sacerdotisas de Diana, y de Minerva, habiéndose adelantado para ponerlas la túnica blanca, y la corona, que son las insignias de su dignidad, habian sido rechazadas con injurias: y que en fin, confuso, y lleno de rabia el Gobernador, mandó que se las atase á cada una de ellas una piedra al cuello, conduciéndolas en un esquife hácia donde el lago estaba mas profundo, para que allí se ahogasen; que este parage á lo mas podia estar distante de la orilla como dos yugadas de tierra.

Teodoto, despues de haber oido esta relacion, permaneció allí hasta la noche, deliberando con Polícrono, y los demas Christianos, sobre los medios de sacar los cuerpos del agua. Al poner del sol, un joven que se habia enviado como espia, traxo la noticia de que el Gobernador puso guardias á los contornos del lago para impedir que los Christianos viniesen, segun su costumbre, á recoger estos cuerpos validos de la noche. Esto afligió mucho á este Santo hombre: parecíale casi imposible el conseguir su in-

tento, tanto á causa de aquellos soldados que estaban de centinelas en las riberas del lago, como á causa de la suma dificultad que costaría el sacar aquellas piedras de aquella profundidad. Habiendo llegado la noche, antes de tomar alguna resolucion, salió él solo; y queriendo entrar en una Capilla cercana, con el título de los Patriarcas, halló que los infieles tenian tapiada la puerta; y así no pudo hacer otra cosa que ponerse de rodillas sobre la fuente de piedra que hay á la entrada, en donde permaneció por algun tiempo en oracion. Desde allí se fue á otra Capilla llamada de los Padres; y hallándola cerrada lo mismo que la primera, se contentó con hacer tambien su oracion en el pórtico. Estando allí, oyó detrás de sí un gran ruido, lo que le obligó á retirarse prontamente á casa de Teocarés. Hallábase fatigado con tanta agitacion, y con tan largo camino; recostóse sobre una cama, donde se quedó dormido. En su sueño se le apareció la bienaventurada Tecusa: ¿Y qué, hijo mio Teodoto, le dixo, te duermes sin pensar en nosotras, y sin cuidar de que estamos privadas de sepultura? ¿Tan presto has olvidado el cuidado que he tenido de educar tu juventud, y de instruirte en el camino de la virtud? Cuidabas tanto de mí quando estaba en el mundo, me respetabas, y me amabas como á tu madre; pero la muerte, bien lo estoy experimentando, quitándome de tu presencia, me ha borrado tambien de tu memoria: ¿y no sabes que un hijo debe hacer

 á

á su madre las últimas exêquias? No permitas, querido mio Teodoto, que nuestros cuerpos sean comidos de los peces: no tienes que perder tiempo, porque es necesario que te dispongas tambien para el combate dentro de dos dias. Levántate, pues: vé al lago; pero guárdate de un traidor. Diciendo esto desapareció.

Entonces dispertando Teodoto refirió á los que estaban presentes el sueño que habia tenido, y todos le ofrecieron el seguirle. Lo restante de la noche se pasó en implorar el socorro del Cielo para obtener un feliz éxîto. Luego que amaneció, se envió al mismo joven para reconocer el estado de las cosas: se pensaba que las guardias podrían ya haberse retirado, á causa que aquel dia se celebraba la fiesta de Diana. Glierio, este era el nombre del joven, partió con Teocarés; y tres horas despues volvieron diciendo, que los soldados estaban aún apostados. Y así fue necesario dexar pasar aquel dia sin hacer nada. Luego que empezó á anochecer, salieron todos en ayunas, y guardando un profundo silencio, tomaron el camino del lago. Se habian prevenido de hoces muy afilados para cortar aquellos cabos con que las piedras tenian en el fondo del agua los cuerpos que deseaban sacar, y recoger. Estaba la noche obscura, y nublada. Quando llegaron al lugar en donde se llevan los cuerpos de los delinqüentes castigados, se sintieron de repente apoderados de cierto horror, que les hizo erizar los cabellos. Nadie despues de puesto el sol se atreve-

ría á entrar en aquel funesto lugar en donde muchos cadáveres penden todo al rededor atados á vigas: mas abaxo están clavadas en la tierra estacas en donde se han fixado otras tantas cabezas: otras mezcladas confusamente con brazos, y piernas ennegrecidas por el fuego, están esparcidas por todas partes: nada es capaz de causar mayor espanto. Teodoto, y su tropa, estaban bastantemente atemorizados, principalmente con una voz que á este tiempo oyeron, diciéndoles: Teodoto, no tengas miedo; pero mas se le aumentaba. Hicieron la señal de la cruz (1), armándose de ella contra los demonios. Pero al mismo tiempo se mostró en el Cielo hácia el Oriente una cruz luminosa, y quitó con esta agradable, y repentina aparicion, el temor que se habia apoderado de su corazon. Se echaron prontamente en tierra, y adoraron hácia el lado por donde se les mostraba esta cruz milagrosa.

Animados con esta vision, continuaron su camino con una firme esperanza de que su empresa tendría feliz éxîto. No obstante, la obscuridad era tan grande, que no se veían el uno al otro: la lluvia hacía tan resvaladizo al terreno, que á cada paso se caían: crecían el trabajo, y el cansancio, y apenas se podian sostener. Acudieron

(1) Costumbre antigua de los Christianos de hacer la señal de la cruz, quando se hallaban en algun peligro. Lactancio observa, que esta habia puesto muchas veces en huida á los demonios, y arruinado las ceremonias profanas de los Paganos. *Lib. 4. de los Instit. cap. 27.*

ron otra vez á la oracion, y fueron oidos. Apareció una hacha, mostrándoles el camino: llevábala delante de ellos una mano invisible. En el mismo instante se presentaron á ellos dos venerables, cuyos cabellos, barba, y vestido eran blancos como la nieve; y volviéndose á Teodoto le dixeron: Hermano mio, nuestro Señor Jesus ha hecho escribir tu nombre entre los de los Mártires; este es el premio que da á tu fé, y sobre todo á ese cuidado caritativo que tomas de sus reliquias. El nos envia expresamente para darte aviso, y nosotros somos aquellos mismos que vosotros llamais los Padres. Quando hubiéreis llegado á la orilla del lago, hallareis á S. Sosiandro armado de todos los instrumentos: allí está para favorecer vuestra empresa; pero no debiais haber traido un traidor con vosotros.

Llegaron en fin al lago con el auxîlio de esta luz, que siempre estuvo encendida mientras la necesitaron. Entretanto el aire parecia todo de fuego: mil repetidos relámpagos seguidos de otros tantos truenos infunden el terror entre los soldados: rómpense las nubes por todas partes, y hacen caer sobre ellos torrentes de una lluvia fria mezclada de granizo, á quien un impetuoso viento azota contra su rostro con tanta violencia, que se quedan como ciegos. Pero no solamente tienen que combatir con los elementos; hé aquí un combate mucho mas terrible para ellos. Preséntaseles un hombre, si es que aquel era un hombre mortal: su estatura es de una talla superior

á la mas alta: su escudo, su coraza, y su casco despiden rayos semejantes á los del sol; los guardias no podian sufrir su resplandor: echan á huir; pero le sienten á sus espaldas, que los vá siguiendo: avívalos, aplícales una larga, y fuerte lanza, y se la quiere meter por los riñones. Los soldados doblan el paso, y se refugian todos desordenados, y medio muertos de miedo en algunas cabañas vecinas. Era este valiente guerrero el glorioso Martir Sosiandro, que habia recibido de Dios la orden de apartar las guardias mientras que Teodoto, y sus compañeros trabajaban en sacar del agua los cuerpos de las siete Vírgenes. Este mismo viento, que puso en huida á los soldados, retiró al mismo tiempo las aguas del lago, y las habia hecho subir hasta la orilla opuesta; de suerte que el hondo, ó suelo de él parecia estar seco, y dexaba ver claramente los cuerpos de las Santas Mártires. Entonces Teodoto lleno de alegría, habiéndose acercado á ellos, y cortado las cuerdas, que las tenian atadas á los pedazos de piedra que servian de contrapeso para tenerlas hundidas en el agua; púsolas sobre un carro, y continuando siempre en favorecerlos la noche, los fue á enterrar secretamente cerca de la Iglesia de los Patriarcas. Ved aquí los nombres de las siete Vírgenes. Tecusa, Alexandra, y Fainea: estas tres seguian la regla de las Renunciantes, ó Apotactitas (1); las

(1) Véanse las Notas.

las otras quatro eran Claudia, Eufrasia, Matrona, y Julita.

Luego que amaneció se divulgó la noticia en un instante de que las reliquias de las siete Vírgenes habian sido hurtadas la noche antecedente. Esta novedad encendió á toda la Ciudad en ira; de suerte que luego que se veía á un Christiano, al punto era preso, y puesto al tormento. Habíasele dado ya á muchos quando el Santo súpo esta nueva persecucion. Queria ir al punto á entregarse él mismo, pero los hermanos se lo estorvaron. No obstante, Polícrono, habiéndose disfrazado de paisano, se mezcló entre el pueblo, y algunas gentes del campo, que llevaban sus comestibles al mercado, para procurar informarse mas particularmente de lo que pasaba, de los diversos juicios que se formaban sobre este hurto. Pero fue bien presto conocido, y llevado ante el Gobernador. Aplicáronle al tormento como á los otros, y lo sufrió al principio con bastante constancia sin confesar nada; pero amenazándole el Tirano con la muerte, y poniéndole ya el verdugo el alfange sobre el cuello, perdió el valor; y cediendo cobardemente al temor de la muerte, declaró todas las particularidades del caso, de qué modo habia sacado Teodoto estas reliquias, y el lugar donde las tenia. Corrieron á él los Paganos, sacáronlas del sepulcro, y las quemaron. Entonces reconocimos que el infeliz Polícrono era aquel traidor de quien la bienaventurada Tecusa, y los dos ancianos habian advertido á Teo-

do-

doto, que se guardase de él. No tardó mucho tiempo este Santo hombre en saber la traicion de Polícrono, y la desgraciada suerte de las reliquias.

Desde este momento comenzó á no pensar mas que en la muerte, que comprehendió muy bien no estar muy lexos. Dispúsose á ella por la oracion, y quiso que los hermanos pidiesen por él á Dios la corona del Martirio. Oró por largo tiempo en silencio; y levantando despues de repente su voz, dixo: Señor, Jesus, única esperanza de los que no tienen otra cosa, hacedme la gracia de acabar valerosamente esta sangrienta carrera que me está preparada: hacedme combatir, Señor, para que podais vencer por mí. Yo os ofrezco mi sangre, y me abraso por derramarla por vuestra gloria, y por la conservacion de mis hermanos: haced que el tirano se contente de derramar la mia, y que perdone la de los demas fieles. Libradlos de la opresion, calmad esta tempestad, dad la paz á vuestra Iglesia; haced que los que creen en vos puedan en fin respirar despues de tantos reveses, y cantar apaciblemente vuestras alabanzas baxo la proteccion de vuestro adorable nombre. Interrumpieron esta oracion los gritos, y gemidos de los que le acompañaban. Arrojábanse sobre su cuello, y estrechándole entre sus brazos, lo anegaban de lágrimas. Decíanle: ¡Oh luz dulce, y bienhechora, que ilustrabas á la Iglesia, tú te vas pues á apagar por ella, por ir á lucir en el Cielo entre aquellas luces inmortales que brillan en él con tanto

res-

resplandor: tú vas á ser colocado entre los Angeles, y los Arcángeles! Quiera la gracia del Espíritu Santo hacerte una de las mas brillantes luces de aquella mansion bienaventurada. Quiera nuestro Señor Jesu-Christo, que está sentado á la diestra del Padre, y que es el sol de Justicia, derramar sobre tí los mas vivos rayos de su gloria; pero mientras que llevas la alegría al Cielo, nos dexas acá abaxo el luto, el dolor, y las mortales inquietudes por herencia. Abrazólos á todos el Santo, y mezcló sus lágrimas con las suyas. Despues les advirtió, que el Presbítero Fronton vendría dentro de poco á Ancira, que les mostraría su anillo, que era conocido de muchos de ellos, y que no tuviesen dificultad de ponerle en sus manos lo que pudiesen salvar de su cuerpo. Dicho esto, hizo la señal de la cruz, y salió para ir al combate.

A pocos pasos del aposento encontró á dos principales Ciudadanos, que le hicieron grandes instancias á que se ocultase: Líbrate, le dixeron, y no te expongas al furor de todo un pueblo estrañamente colérico contra tí. Sábete, que al tiempo en que te estamos diciendo esto, las Sacerdotisas de Minerva, y de Diana incitan mucho al Gobernador, te acusan de apartar al pueblo de adorar á sus Diosas, y que publicas no ser sino piedras, ó madera. El mismo Polícrono te ha delatado al Presidente, y te hace cargo del hurto de las reliquias. Y puesto que aún hay tiempo, retírate: la prudencia no quiere que te expongas

de

de ese modo; y parece mal á un hombre tan prudente como tú, el ir sin necesidad á desafiar á los tormentos, y la muerte. Habiéndolos escuchado el Martir apaciblemente, les respondió: Si vosotros sois siempre mis amigos, no hagais inútiles esfuerzos por apartarme de mi intento; antes bien, id al Gobernador, y decidle: Teodoto, á quien las Sacerdotisas acusan de impiedad, está ahí, y pide audiencia. Diciendo esto, tomó él mismo la delantera, y apareció de improviso delante de sus acusadores.

Ni todo aquel aparato de suplicios, que llenaba la sala, ni aquel terrible tribunal, ni la presencia del Gobernador, uno de los mas malos hombres que hubo por entonces sobre la tierra, hicieron mudar de rostro á Teodoto. Miraba él todo esto con unos ciertos ademanes de desprecio. Pero si este espectáculo de horror no le pudo intimidar, las promesas lisonjeras del Tirano tampoco fueron capaces de moverle. Empleó este para ganarle todo quanto el arte de persuadir tiene de artificio, y cautela. El Tirano le dixo: Esos instrumentos de suplicios, que ves aquí, no se han hecho para tí: ú á lo menos en tí consistirá el no experimentar su rigor: déxate solamente persuadir, que es de mucha conseqüencia para tí el ser sabio, y el dar culto á los Dioses. Doite por libre de todos los delitos que te imputan: no escucharé, ni las reconvenciones de toda una Ciudad, ni las acusaciones de las venerables Sacerdotisas de Diana, y de Minerva: yo te prome-

meto el favor de nuestros invencibles Príncipes; ellos te honrarán con sus cartas, y recibirán las tuyas agradablemente: en fin, si es que aprecias en algo mi amistad, yo te la ofrezco, yo te la doy; y desde este momento puedes contar entre el número de tus amigos al Gobernador de Galacia. Y por todo esto solo te pido una cosa: esta es, la de renunciar á Jesu-Christo; sí, á ese hombre, que Pilatos hizo poner en una cruz en el tiempo en que fue Gobernador de la Judea. Haz reflexîon á lo que te propongo, compara lo que te pido con lo que te ofrezco. Parecesme un hombre cuerdo, y avisado: pero la sabiduría, como tú sabes, consiste en exâminar las cosas, en preveer las conseqüencias, en desprenderse prontamente de un mal paso, en aprovecharse oportunamente de las ocasiones; en una palabra, en hacerse feliz. Tú lo puedes ser, Teodoto: si quieres abandonar esa loca, y ridícula superstición de los Christianos, yo te empeño mi palabra de hacerte gran Sacerdote de Apolo. No ignoras tú, que despues de Júpiter es el mas grande, y el mas respetado de todos los Dioses, sea á causa de su qualidad de Profeta (1), lo que lisonjea la curiosidad; sea porque tiene un perfecto conocimiento de la medicina, lo qual se acomoda al amor que se tiene por la vida. Tú solo conferirás los empleos, y las dignidades; tú solo harás los Sacerdotes, los Sacrificadores, los Ofi-

(1) De Adivino.

Oficiales que sirven en los templos, y todos los Ministros de la religion. Tú siempre serás diputado con preferencia á qualquier otro, quando la Ciudad tuviere algun negocio de importancia que solicitar en la Corte; todas las gracias pasarán por tu mano. ¿Quieres tierras, palacio, y ricos muebles? Yo tengo orden de darte todo esto: en una palabra, tú verás los honores, las riquezas, el poder, y el crédito disputarse los unos á los otros la gloria de hacerte el mas feliz de todos los hombres. Estas magníficas promesas atraxeron al Gobernador las aclamaciones de toda la asamblea, y mil congratulaciones á Teodoto. No podia dexarse de alabar la generosidad del uno, y admirar la buena fortuna del otro.

Esperábase, pues, con impaciencia, que respondiese Teodoto, y no se dudaba que aceptase á dos manos unas ofertas tan ventajosas; pero habló en estos términos: Pido á Jesu-Christo, mi Señor, á quien acabais de llamar por desprecio un hombre ordinario: pídole me haga la gracia de poderos convencer de la vanidad, de la ridiculez, de la torpeza, y de la falsedad de vuestra religion; y á un mismo tiempo de la solidez, de la grandeza, de la santidad, y de la verdad de la que yo profeso, que es la de Jesu-Christo. Por lo que toca á vuestra religion, casi no se podria hablar de ella sin avergonzarse; y y así no diré sino pocas cosas, y solamente para daros horror de ella. Ese vuestro Dios, á quien llamais Júpiter, y á quien reconoceis por Señor de

de los otros, no es en efecto sino el mas infame de todos. Orfeo, el mas antiguo de vuestros Poetas, que son tambien vuestros Teólogos, escribe, que Júpiter mató á su padre (1), que fue marido de su madre (2), de su hija (3), y de su hermana (4). Apolo, otro de vuestros Dioses, aquel mismo de quien me ofreceis el soberano Sacerdocio, violó á su hermana (5) hasta los pies de los altares. Marte, y Vulcano ambos á dos se abrasaron de un amor detestable por sus propias hermanas Venus, y Minerva. Ved aquí quáles son los Dioses que adorais: ¡pero qué Dioses! Unos adúlteros, unos asesinos, y unos incestuosos.

Apartad los ojos, Señor, de esas abominables divinidades, y ponedlos un poco en el Dios de los Christianos, en Jesu-Christo. Todo él es puro, todo es casto, todo es Divino en sus Misterios, en su Encarnacion, y en su Nacimiento: el pudor no se ofende quando se habla de él; todo él es grande, todo es verdadero en sus milagros. Los Profetas lo habian anunciado al mundo muchos siglos antes que apareciese. Ellos han dado un testimonio uniforme de su Divinidad. Profetizaron todos que naceria, y viviría entre los hombres, que sanaria sus enfermedades, y que los haria dignos de poder reynar ellos mismos algun dia en el Cielo. Tambien concuerdan todos en las predicciones que han hecho de las circunstancias de

(1) Saturno. (2) Rea. (3) Persefono. (4) Júpiter. (5) Diana.

de su Pasion, de su Muerte, y de su Resurreccion. Los astros mismos le dieron á conocer; y sobre la buena fe de una estrella, los Magos, aquellos sabios Filósofos de Persia, vinieron á adorarle como á Dios del universo, y en qualidad de tal, le ofrecieron sus dones. No os hablaré yo de aquel gran número de milagros que han señalado el curso de su vida. Convirtió el agua en vino: hartó á cinco mil personas con cinco panes, y dos peces; vióseles caminar sobre las aguas que se habian consolidado al tocarlas sus pies. La naturaleza le ha reconocido por su Autor: con sola una palabra suya dió la vista á un ciego de nacimiento; y en fin, la muerte, por fiera, y por inexôrable que sea, se ha mostrado muchas veces sujeta á sus órdenes, y la ha obligado á volver la vida á un hombre, que el sepulcro encerraba quatro dias habia. ¿Si no hubiera sido Dios, pudiera haber hecho tan grandes prodigios? ¿O puede la naturaleza obedecer á otro que á su Criador?

El bramido que el mar hace resonar en los oídos quando los vientos alborotan sus olas, y las azotan contra los peñascos en donde se quebrantan con un gran estruendo, no son tan terribles como lo fue el murmullo que se levantó de repente entre estos idólatras al oir este discurso de Teodoto. Desgreñándose las Sacerdotisas sus cabellos, y arrancándoselos de rabia, parecian unas furias infernales: desgarraban sus vestidos, y hacian pedazos las coronas que llevaban sobre su

ca-

cabeza. El pueblo daba grandes gritos, como si se hallase en una calamidad pública: encarábanse tambien con el Gobernador, y parecian acusarle de una cobarde prevaricacion para con los Dioses. ¿Por qué, decia el pueblo, no se imponia silencio á este hombre, que los trataba con tanta indignidad; un hombre que merecia la muerte, y cuya retórica impía no tenia otro fin, que apagar en los corazones el respeto, y la veneracion que se les debe? Añadía, que estos mismos Dioses tratados con un modo de tanto ultraje, pedian que se les vengase, y que no convenia diferir mas su satisfaccion, por no hacerse cómplice de un sacrilegio tan horrible. El Gobernador, naturalmente inclinado á la crueldad, no necesitaba para ella de los estímulos de esta gente enfurecida; y así se mostró él con tanta furia, que sin tener respeto á su dignidad, y degradándose de alguna suerte él mismo, baxó de su tribunal con precipitacion para ser el verdugo del Santo. Pero mientras que se prepara el potro, y las uñas de hierro: mientras que el pueblo sediento de sangre, aguarda con impaciencia que se derrame la del Martir: mientras que los pregoneros hacen oír su voz por todas las calles hasta ponerse roncos, tranquilo el Martir mira sin alterarse todos estos preparativos, como si fuesen para otro, y no para él para quien se hiciesen.

Subiéronle, pues, sobre el potro; y entonces se pusieron en uso todos aquellos instrumentos, cuya vista sola hace temblar. Empleáronse

el hierro, y el fuego: las uñas, y los peynes de acero: las plomadas, y las correas de cuero crudo; y queriendo formarse todos los que se hallaban allí como una especie de mérito para con sus Dioses, se quitaron sus ropas, y dividiéndose en dos filas, se pusieron á los dos lados del potro. Cada uno se esforzaba por señalarse en este terrible combate de ciento contra uno: cada uno ponia su gloria en ser mas inhumano que su compañero. Echaba el Santo sus miradas tan presto hácia un lado, como al otro, como para animarlos á portarse. Mirábalos con un rostro risueño, sin quexarse ni del tirano, ni de los dolores que padecia. Ni hay que imaginarse tampoco que halló él en su propio fondo esta apacible situacion en que se veía; debíala á Jesu-Christo, que le fortificaba en un combate tan desigual, y en el qual, lexos de ceder al número, puso muchas veces á sus enemigos en estado de no poderle continuar. Quedaban todos sin aliento; lo qual obligó al Gobernador para dexarlos tomar nuevas fuerzas, enviar á buscar un excelente, y fuerte vinagre, que hizo derramar á lo largo de los costados del Martir, despues que las hachas encendidas hubieron hecho grandes ampollas, ó escaras. Entonces habiéndole causado al Santo esta carne medio asada, y este vinagre un ligero movimiento de cabeza, que denotaba que su olfato se habia ofendido de él; el Gobernador, que lo conoció, baxó de su tribunal, y como insultando al Martir, le dixo: Ola,

Teodoto, parece que ya te rindes, y como que ya te muestras medio vencido: no ha un momento que nos desafiabas: ¿qué se ha hecho de esa noble fiereza, que hacias ostentar á nuestra presencia? ¿Qué no eres tú mas valiente, que en palabras? ¿En qué te fundabas para murmurar tan bien de los Dioses? ¿Por qué te burlabas tú de su poder? Ahora lo sientes á pesar tuyo; ¿quieres creerme? Pues sé en adelante mas sabio, y no siendo sino un desdichado tabernero, aprende á conocer que te está mal el hacerte Doctor, y que no se debe hablar jamás de los Soberanos en términos que se puedan ofender estas altas Magestades. Sábete tú tambien, dixo el Martir, que tú, y tus Emperadores no sois á mi vista sino los últimos de los hombres, y unos viles esclavos para con quienes no tengo yo sino el desprecio. No temas que mi valor se acobarde; solamente te advierto, que tus verdugos se cansan, y que no descargan ya con el mismo vigor: ¿y es este el descuido con que executan tus órdenes? Me quieres tú tambien creer á mí: pues inventa nuevos suplicios, que sean dignos de ser empleados contra mí, estos ya han perdido su fuerza; pero reconoced antes que Jesu-Christo mi Señor es quien les quita todo lo que tienen de cruel, y de mortal: que es él quien dá este valor invencible en el dolor, y quien enciende en mi alma este vivo ardor que siento de sufrir por su gloria. El tirano le hizo romper las quixadas, y quebrarle los dientes con gruesas piedras. Pero

Teodoto apenas pudiendo articular bien sus palabras, le dixo: Aun quando me hicieres cortar la lengua, sábete que Dios entiende el silencio de los Christianos.

Entretanto, no pudiendo ya mas los verdugos, mandó el Gobernador, que se le quitase de encima del potro, y que se lo llevase á la carcel para ser puesto segunda vez á tormento. Y como atravesase la plaza pública en un estado que causaba horror, teniendo molido todo el cuerpo, y ensangrentado, decia á un tropel de pueblo que concurria de todas partes para verle, mostrándole sus llagas: Tal es el poder de Jesu-Christo; ¿pero creeis vosotros que sin su socorro hubiera yo podido resistir á la violencia de los tormentos que se me han hecho padecer? No, no, señores; él es solo: este Dios Poderoso es quien ha dado á mi cuerpo toda esta impasibilidad: él es quien me ha hecho vencer el fuego que todo lo destruye: él es quien me ha dado el valor de despreciar las amenazas de vuestro Gobernador, y los impíos edictos de vuestros Emperadores: y así no os admireis de ver en mí unos sentimientos tan elevados, y un corazon tan alto, y tan admirable en un hombre de una condicion tan despreciable; pero es porque en Dios no hay acepcion de personas, y porque siendo el Señor de todos, dá indiferentemente su gracia á todos, así á esclavos, como á Príncipes, á Bárbaros, como á Romanos. Un momento despues, tomando la palabra, y haciendo observar, y mirar á los que es-

estaban mas cercanos de él las sangrientas señales que los verdugos habian dexado en su cuerpo: Ved aquí, les dixo, es sacrificio que se debe hacer á Jesu-Christo quando se cree en él; y en esto no hacemos mas que volverle lo que él primero ha dado por nosotros.

Al cabo de cinco dias, habiendo hecho Teotegno erigir su Tribunal en la plaza mayor, mandó que le llevasen á Teodoto. Luego que le alcanzó á ver: Acércate, le dixo, Teodoto, acércate, y no temas. Ya he sabido, con harto placer mio, como instruído de lo que has pasado, aunque contra mi voluntad, habias tomado mejores, y mas justos sentimientos, y que ya no eres tan fiero, y tan intratable como eras. A la verdad pudieras haber escusado tan grandes males condescendiendo un poco menos con tu gusto, y creyendo un poco mas á los consejos de tus amigos. Te protesto que no he llegado á tanto extremo, sino con una suma repugnancia: pero olvidemos lo pasado; estoy dispuesto á repararlo por todos los buenos tratamientos que podré imaginar, y que pudieres desear. Te cumpliré fielmente todas las promesas que te hice el otro dia, y añadiré, si es necesario, nuevos presentes, y nuevas gratificaciones. Reconoce solamente el poder soberano de los Dioses adorándoles. La terquedad no sienta bien á nadie; pero menos á un sabio que á otro. No me pongas en la necesidad de tratarte aun mas mal que la vez primera: porque en fin no te lo debo disimular. Los

tormentos que has experimentado, no son sino tormentos en pintura, para aquellos que se te harán sufrir si no los evitas por una perfecta sumision á la voluntad de los Emperadores. ¿Y qué, Teotegno, respondió el Martir, me harás creer que está en tu poder inventar algun suplicio, que mi Señor Jesu-Christo no pueda hacer vano, y sin efecto? Aunque hayas reducido mi cuerpo al estado en que le vés: aunque ya no me pueda sostener sobre mis mismos miembros, puedes no obstante hacer una segunda prueba; experimenta por un poco si puedes vencerme.

No dilató por mucho tiempo el Gobernador satisfacerle: hízole poner de nuevo sobre el potro, y colocar á la derecha, y á la izquierda verdugos, que volviesen á renovar las mismas heridas que le habian hecho cinco dias antes. El Santo no hacía mas que levantar en alto su voz para confesar á Jesu-Christo: lo qual oído por el Presidente, le hizo baxar de la máquina, y estenderle sobre pedazos de tejas encendidas. Tiene este tormento tal eficacia, y causa un dolor tan vivo, y tan penetrante, que lo hace llegar hasta las entrañas. Y así sintiéndolo el Martir en todo su vigor, recurrió á Jesu-Christo, y le pidió se lo mitigase un poco; lo que le fue concedido. Teotegno le hizo poner tercera vez sobre el potro, y otras tantas le hizo renovar sus llagas; pero Jesu-Christo templó aun de tal suerte este tormento, que el Santo parecia que no sufria nada: podria mas bien decirse que aque-

aquello mas parecia apariencia de tormento que no realidad de él, y que los verdugos no eran otra cosa que actores de una pieza trágica. No obstante, de todas las partes de su cuerpo, sola la lengua tenia entera. Dexábasela el tirano con la esperanza de que se serviría de ella para negar á Jesu-Christo; y veía que el Santo se valía de ella, por el contrario, para confesarle por mas largo tiempo.

Fue preciso en fin, que el Gobernador llegase al último acto de esta tragedia; esto es, á una sentencia de muerte, no hallando otro medio á causa de la firmeza extraordinaria del Santo, y del cansancio de sus verdugos. Pronuncióla pues en estos términos: "Segun el poder que hemos » recibido de los Emperadores, condenamos á » Teodoto á ser degollado, por haberse declara- » do protector de los Galileos, y enemigo de los » Dioses, y rehusado obedecer á las órdenes de » nuestros invencibles Príncipes, y á las nuestras. » Item: Mandamos que su cuerpo sea quemado, » para que los Christianos no le tomen, y lo » sepulten." Acompañóle una multitud innumerable de pueblo hasta el lugar del suplicio. Luego que llegó á él se puso de rodillas, é hizo esta oracion á Jesu-Christo: Señor, Jesus, Criador de Cielo, y tierra, que jamás abandonais á los que esperan en Vos; yo os doy gracias por haberme elegido para ser uno de los Ciudadanos de la Jerusalen Celestial, y uno de aquellos con quienes Vos dividís los honores de la dignidad

 Real.

Real. Gracias os doy de que os habeis servido de mí para vencer al dragon, y quebrantarle la cabeza. Acordaos en fin, Señor, de vuestros siervos, y concededles un poco de descanso: haced que los enemigos de vuestro nombre acaben en mí sus últimos martirios; y que su furor contra vuestra Iglesia se apague en mi sangre. Y habiendo dicho Amen, se volvió hácia los Fieles que le habian acompañado; y viéndolos á todos llorosos, les dixo: ¿Por qué llorais, hermanos mios? Bendecid antes á nuestro Señor Jesu-Christo, que me ha hecho la gracia de terminar gloriosamente mi carrera con victoria. Yo voy al Cielo, en donde os serviré en adelante de intercesor para con Dios. Y diciendo esto, recibió el golpe, que puso fin á su vida.

Levantóse despues una grandísima hoguera para quemar el cuerpo del Santo; y estando ya para ponerle fuego, apareció de repente una luz por encima de la pila de leña, que lanzando por todas partes relámpagos, apartaba á todos los que querían acercarse á ella. Llevósele al instante á Teotegno la noticia de este prodigio, quien dió orden que los soldados se quedasen allí para guardar el cuerpo, y para impedir que lo hurtasen los Christianos. Sucedió que en aquel mismo dia el Sacerdote Fronton habia salido de su casa (1) para irse á Ancira, segun habia quedado de acuerdo con Teodoto: llevando consigo el ani-

(1) Del Lugar llamado Malo, donde él era Cura.

anillo que este Santo le dió quando se separaron, para que por esta señal se le diesen las reliquias que pidiera. Llevaba tambien una asna cargada de dos pellejos de excelente vino añejo, que era de su cosecha. Al llegar á la Ciudad, permitió Dios que la pollina se cayese muy cerca del lugar en que estaba el cuerpo del Santo. Acudieron luego los soldados, y viendo á este buen viejo muy afanado por levantar su béstia, ayudáronle, y despues le dixeron: ¿Y adónde vais tan tarde, buen viejo? Quedaos con nosotros: vuestra pollina hallará aquí de comer hasta hartarse; y si la quereis dexar ir á los trigos, no temais que nadie os diga nada, mientras esteis en nuestra compañía. ¿No vale mas que paseis aquí la noche, que iros á gastar el dinero en alguna mala posada?

Creyólos el Sacerdote, y dexando el camino real, los siguió á una barraca que habian hecho de ramas de sauces, entretexidas de juncos, para defenderse del mal tiempo. En ella halló Fronton lumbre, y de cenar, todo dispuesto. Despues que los soldados se bañaron en un pequeño rio, que no está muy distante de este lugar, tendieron sus ropas sobre la hierba, y se sentaron sobre ellas para comer á su gusto. Comenzaron por algunas jarras de vino, que en un instante las bebian, exhortando á su huesped á hacer lo mismo. Fronton creyó que no podia negarse á darles del suyo. Pidió pues una taza, y llenándola hasta los bordes, la dió á aquel que estaba mas cerca de sí. Probad un poco de este vino, que

que creeré no sepa mal; y al decir esto se sonreía modestamente. Los soldados, viendo el color rojo del vino, y penetrado el olfato de su maravilloso olor, exclamaron todos: ¡Ah! excelente vino! ¿De quántos años es? De cinco, respondió Fronton. Bebamos pues, replicaron los soldados, que nos morimos de sed. En hora buena, hijos, replicó el Sacerdote, y no lo dexeis por eso. Un soldado de los mas jóvenes llamado Metrodoro, se puso á decir, despues de haber bebido una taza entera: Por Júpiter que este licor comienza á hacerme olvidar la mala noche que pasamos á la orilla del lago, quando fuimos comandados para guardar los cuerpos de aquellas mugeres Christianas. Yo creí que toda el agua del rio Leteo (1) no pudiera jamás borrarla de mi memoria, tan larga, y tan molesta me pareció, y aun mucho mas por sus efectos; pero ya conozco que el vino de nuestro huesped tiene mas virtud que el agua del rio Leteo, y que no desagradaría á los Poetas. Echadme otra taza, padre mio, para que acabe de olvidar aquella desgraciada noche. ¿De qué mugeres hablas, replicó Fronton? Guárdate tambien Metrodoro, interrumpió otro de sus camaradas, llamado Apolonio, que ese licor que hallas tan agradable, te haga olvidar de que estamos puestos hoy para guardar el cuerpo de ese hombre de bronce; porque él fue quien hurtó los cuer-

(1) Rio del infierno, que fingen los Poetas tener una agua cuya virtud hace perder á los que la beben la memoria de todo lo que han hecho, ó sabido en su vida.

cuerpos de esas mugeres, y fue causa de que nosotros fuésemos azotados tan cruelmente por orden del Gobernador: cuidado no nos suceda otro tanto esta noche.

Esos son para mí otros tantos enigmas, replicó Fronton, y ya me pesa no haber traido conmigo un intérprete. ¿Qué mugeres, pues, fueron hurtadas del lago, y qué hombre de bronce es ese de que estais hablando? Es alguna estatua de bronce, que se ha hecho venir de lexos, que se os ha dado á guardar; ¿ó quereis divertiros á costa de un pobre estrangero, que no es de los mas avisados del mundo? Iba á responderle Metrodoro; pero otro llamado Glaucencio tomó la palabra, y le dixo á Fronton: Es la misma verdad la que te están diciendo mis camaradas; por cierto que ese cuyo cuerpo guardamos, era un hombre de bronce, ó de hierro, y aun mas duro que el hierro, y el bronce, y aun mas duro que todo lo mas duro que hay en el mundo, aunque sea el diamante. Porque en fin estos metales se ablandan al fuego, el diamante se parte, se corta, se pule con el auxîlio del arte, y se muele tambien algunas veces, segun dicen: pero á este hombre, ni el fuego, ni el hierro, ni los guijarros, ni todos quantos instrumentos ha podido inventar el arte de atormentar á los hombres, le han podido hacer titubear; todo esto no ha tenido mas efecto que purificarlo. Aun no te comprehendo, dixo Fronton: ¿Es de algun hombre de quien hablais, ó de alguna otra cosa?

Bas-

Bastante me costaría, respondió al punto Glaucencio, el responderte justamente sobre ello, y explicarte la naturaleza del que te estoy hablando; no es tan facil el definirlo. Porque en fin, si le llamo hombre, jamás ha habido otro que combata como él. Ya se sabe muy bien que es uno de nuestros Ciudadanos; toda la Ciudad conoce su nombre, y su familia, que no es de las mas ilustres; que tampoco fue mas que un hombre sencillo, lo que no se podrá creer jamás, si se le juzga por las cosas que ha hecho. Imaginaos, huesped nuestro, que aunque se le azotó, aunque se le desgarró, aunque se le aplicó fuego, siempre parecia insensible á todo, ni una palabra de impaciencia, ni la menor quexa, ni el menor movimiento se le vió, que pudiese dar á conocer que sufria su cuerpo; sino á la manera que un peñasco azotado de las olas, siempre permaneció firme, é inmovil en medio de los que le atormentaban, sin haber querido jamás desistir de su intento. Si quereis saber su nombre, llamábase Teodoto, era de la secta de los Christianos. Este era aquel que por no sé qué astucia habia hurtado del lago, que está cerca de aquí, los cuerpos de las siete mugeres, que se habian echado en él, y que guardábamos nosotros, los quales enterró cerca de una de sus Iglesias. Pero como hubiese sabido, que todos los dias se prendian, y se enviaban al suplicio á muchos Christianos, porque se sospechaba de ellos este hurto, el temor que tuvo de que abandonasen su Religion

le

le obligó á entregarse él mismo al Magistrado, y acaso tambien por no ser causa que los inocentes fuesen castigados, siendo él el culpado. El Gobernador tuvo la bondad de prometerle empleos honoríficos, riquezas, y en fin, hasta la dignidad de Sumo Pontífice, si quería renunciar á Jesu-Christo. Pero él despreció todas estas bellas ofertas; y burlándose, así del Juez, como de los edictos de los Emperadores, y de los mismos Dioses, apenas pudo resolverse á honrar á nuestro Gobernador con una respuesta. No se puede decir los tormentos que le hicieron padecer; con todo eso, el decia que no sentía nada: insultaba aun á los que le atormentaban: echábales en cara su flaqueza: despues se ponia á cantar Hymnos, y Cánticos, hasta que en fin se vió obligado el Gobernador á hacerle cortar la cabeza. Habia mandado tambien que su cuerpo fuese quemado; pero..... bien podrá sucedernos aún alguna desgracia por causa de él, y tener aquí otra cosa semejante á la del lago. Porque has de saber, que como estuviesen ya para ponerle sobre la hoguera, se apareció una luz grande, que hizo huir á los que debian ponerle fuego. Y así, para que los Christianos no vengan á hurtar el cuerpo, tenemos orden de guardarlo: andad vedle, ahí está sobre esas ramas.

Habiendo comprehendido Fronton por esta relacion que aquel era el Santo hombre Teodoto, dió gracias á Dios de haberle conducido á aquel lugar, y le pidió su auxîlio para poderlo recoger.

Apa-

Aparentando pues alegría, y haciendo de hombre de buen humor, les contaba á los soldados algunos cuentecillos alegres, incitándolos de quando en quando á llenar sus tazas de aquel excelente vino añejo, que se lo repartía abundantemente. Llenáronlas tantas veces, que se embriagaron, y se durmieron. Entonces levantándose el Sacerdote, fue á tomar el cuerpo del Martir, y poniéndole sobre su pollina, le dixo, como si aún estuviese vivo: Animo, gran Santo, ved aquí cumplido el momento de estar á tu promesa: reconoce este anillo, yá te le vuelvo; y diciendo esto, se lo puso en el dedo: ahora te toca á tí el acabar lo que falta. Despues volvió á poner las ramas, y las hojas, que cubrían el cuerpo, conforme estaban antes, para que los soldados no conociesen nada. Vino el dia, y fingiendo dispertarse el Sacerdote, y no parecer su pollina, se levantó con aceleracion como para buscarla. Hace que no la halla, grita, y llora, parece que se quiere arrancar los cabellos. Los soldados que ignoraban lo que habia pasado mientras estuvieron durmiendo, y que creían que su afliccion era sincera, y verdadera su pérdida, le consolaban lo mejor que podian. Entretanto un Angel conducía la pollina cargada del precioso depósito, y la llevó por caminos extraviados hasta el Lugar de Malo. Habiendo encontrado algunos vecinos del Lugar al Sacerdote, le dixeron secretamente, que su borrica habia llevado allá unas reliquias, y parádose ella por sí misma en cierto lugar, cuya pintu-

tura le hicieron. Era este aquel mismo en que algunos dias antes habia dicho el Santo Martir á Fronton : Padre mio, y qué lugar tan propio sería este para poner en él algunas reliquias. Despidióse pues el Sacerdote de los soldados, mostrándose muy triste por la pérdida de su burra, y se aceleró por restituirse á su Lugar. Erigió luego una Capilla tal como se vé el dia de hoy, en donde colocó lo mas honoríficamente que pudo las reliquias del bienaventurado Martir Teodoto.

Esta relacion fue escrita por mí el humilde Nilo con toda la fidelidad, y la exâctitud de que soy capaz. Yo estuve en prision con el Santo Martir, y he sido testigo de los hechos que aquí refiero, y cuya relacion protesto ser muy verdadera. Ojalá que todos los que la leyeren puedan tener parte con el Santo Martir Teodoto, y con todos los demas Santos que han combatido por la Fe de Jesu-Christo nuestro Señor, al qual pertenecen el poder, y la gloria, con el Padre, y el Espíritu Santo. Amen.

AC-

ACTAS

DE S. FELIX, OBISPO, Y MARTIR. (1)

Sacadas de la edicion antigua de Surio, cotejada con las de Mombricio, de Baronio, de MM. Cotelier, y Balucio, y de D. Lucas de Acheri; y con cinco Manuscritos, á saber: primero, de Orcamp: segundo, de S. Cornelio de Compiegne: tercero, de S. Vitor de París: quarto, de los Celestinos de París; y el quinto, de S. Mariano de Auxerre.

Año de Jesu-Chrsto 303, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

EN el octavo Consulado de Diocleciano, y el séptimo de Maxîmiano, se publicó por todo el Imperio un Edicto dirigido á los Gobernadores de las Provincias, y á los Magistrados de las Ciudades, por el qual se les mandaba se apoderasen de todos los libros concernientes á la Religion Christiana, sacándolos de manos de los Obispos, y obligando por todos medios á los que eran sus guardas, ó simples depositarios, á ponerlos al punto en manos de los Oficiales, encargados por los Emperadores en esta pesquisa (2). Fixóse el Edicto en la Ciudad de Tibiura en Africa (3) el dia cinco de Junio. En el mismo dia Magniliano, Procurador del Fisco Imperial, é In-

(1) A 30 de Agosto. (2) Véanse las Notas. (3) Véanse las Notas.

Intendente de la Provincia, mandó llamar á los Sacerdotes de los Christianos. Felix, que era Obispo de esta Ciudad, habia salido de ella para Cartago; y así el Presbytero Apro, y los Lectores Giro, y Vital fueron los que comparecieron en nombre de su ausente Prelado. Díxoles Magniliano: ¿No teneis libros de vuestra Religion? Respondió Apro: Sí que los tenemos. M. Pues es preciso dármelos para que los quemen. A. Los tiene nuestro Obispo. M. ¿Dónde está? A. Yo no sé. M. Bien está, quedareis presos con un Lictor (1), hasta que llegue el Proconsul Anulino, que tome conocimiento de vuestra causa.

Al dia siguiente volvió el Obispo Felix de Cartago á Tibiura. Noticioso de ello Magniliano, le mandó que se presentase. Obedeció el Obispo, y fue á casa del Intendente. Díxole este: Entrégame todos los libros que teneis de vuestra Religion, y aun las hojas sueltas, si hay algunas. Respondióle el Obispo: Verdad es que los tengo, pero no os los daré. M. Tengo orden expresa de los Emperadores para pedirlos, y no estrañarás que haga mas caso de ellos que de tus palabras; y así dame esos libros para mandarlos quemar. F. Antes consentiré que me quemen á mí mismo: Dios me prohibe entregar sus Escrituras, y no estrañarás, que obedezca mas á sus órdenes que á las tuyas. M. Ya te digo otra vez, que

(1) Esto es, un Ministro, ó Alguacil.

que debo obedecer mas á lo que los Emperadores me mandan, que á lo que tú dices. F. Y yo te repito, que los órdenes de Dios se han de preferir á los de los hombres. M. Ya lo pensarás bien.

Al cabo de tres dias hizo el Intendente que le llevasen al Obispo Felix, y le dixo: Y bien, ¿has pensado en lo que te dixe el otro dia? F. Aunque pensase en ello toda mi vida, no te diría otra cosa que lo que ya te he dicho, lo que ahora repito, y estoy pronto á referir en presencia del mismo Proconsul. M. Pues bien, á él se lo dirás, á quien voy á remitirte. Y luego fue entregado á Vicente Celsino, Decurion de Tibiura.

Partió de esta Ciudad para la de Cartago, en donde estaba el Proconsul, el dia 24 de Junio. Fue presentado incontinenti á su Teniente, que le hizo poner en prision, despues de haberle hecho su interrogatorio. Al dia siguiente compareció ante el Proconsul (1) antes de amanecer. ¿Por qué, le dixo este Juez, no quieres dar unos libros que os son tan inútiles, y de tan poco valor? Yo no los puedo dar, respondió el Obispo. Mandó el Proconsul que se le pusiese en un calabozo con grillos, y esposas. Allí pasó diez y seis dias enteros; y el último de estos, por la noche, hizo Anulino que se lo llevasen cargado de cadenas, y le dixo otra vez: ¿Por qué no das esos

(1) Anulino.

esos libros que te se piden? Y respondió: Yo no los he de dar. Viendo esto Anulino, le envió el siete de Julio al Prefecto del Pretorio, que estaba entonces en Africa. Este Magistrado le hizo cargar de cadenas todavía mas pesadas; y despues de haberle tenido nueve dias en su carcel, lo remitió á los Emperadores á Roma. Embarcóse, pues, el Obispo atado á una gruesa cadena. Duró el viage quatro dias; cuyo tiempo estuvo sin comer, ni beber, echado en el suelo del navio entre los pies de los caballos, no teniendo mas cama que la paja que á estos les echaban. Arribó el navio á Sicilia, y dió fondo en el Puerto de Agrigento (1), en donde los hermanos le recibieron con todo el honor debido á su persona, á su virtud, y á su carácter. De Agrigento fue llevado á Catana, de Catana á Mesina, y de Mesina á Taormina, en donde se le volvió á embarcar; y despues de haber atravesado el navio el estrecho de Sicilia, y costeado la Lucania, le dexó en Rulo, desde donde fue conducido á Venuza (2). Allí un Comisario, enviado por los Emperadores, le hizo quitar las cadenas; y resistiéndose como siempre, á entregar los libros sagrados, fue condenado á muerte, lo que se executó el dia treinta de Agosto de aquel año.

Siendo llevado al suplicio, apareció la Luna toda ensangrentada; y el Santo levantando los

 ojos

(1) Gergentos ó Gergenti. (2) Ciudad de la Pulla.

ojos al Cielo, dixo: Señor, Jesus, gracias os doy de que poneis á mi alma en libertad. Cincuenta y seis años he vivido sobre la tierra, pero salgo de ella con mi primera inocencia: he vivido virgen, y muero virgen: yo he guardado los preceptos de vuestro Evangelio, y he enseñado á los demas á guardarlos; y como una víctima escogida en el rebaño, baxo la cabeza al cuchillo que me vá á quitar la vida.

MARTIRIO
DE S. ROMANO. (1)

Sacado de Eusebio, lib. 2. de la Resurreccion, y de la Ascension de nuestro Señor, de la Edicion del P. Sirmondo.

Año de Jesu-Christo 303, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

Estaba la Iglesia de Antioquía expuesta á una violenta persecucion, quando Romano, que viajaba por la Asia, llegó á ella. Halló que muchos Christianos habian dado ya tristes señales de la flaqueza humana; y no pudo sufrir que el demonio triunfase por mas tiempo de los siervos de Jesu-Christo. Llegóse intrépidamente al Juez, que se gloriaba de la victoria que acababa de alcanzar, y le dixo: Señor Asclepíades (este era el nombre del Magistrado), vuestra victoria no es

(1) A diez y siete de Noviembre.

es completa, aún tiene Dios valerosos soldados, que no os será tan facil el vencerlos. Este Magistrado, viendo que un recienvenido ahogaba su gozo, á su parecer seguro, se quedó un poco suspenso con aquel arranque de Romano; no obstante, juzgando por la poca resistencia que acababa de experimentar en algunos, que este no sería mas firme, le mandó que se acercase; y á la verdad no era justo que Jesu-Christo se retirase sin vencer á su enemigo: convenía pues, que se hallase alguno que combatiese por él, y que venciese en su nombre. Asclepíades meditaba ya hacer sufrir á este estrangero todos los tormentos que habia destinado para los otros, en castigo de haber venido á turbar su triunfo, faltándole á su autoridad. En efecto, hízole atormentar cruelmente. Al principio animaba á sus verdugos con la voz, y con el semblante; pero como no lo hiciesen á su satisfaccion, y le pareciese que se iban cansando, baxó de su trono, y sin mirar á la vergüenza que resultaba á su dignidad, se mezcló entre ellos, y procuró con su exemplo alentar su vigor. En fin, fue preciso que así él, como sus verdugos se retirasen confusos, y faltos de fuerzas, pero llenos de rabia, y que cediesen la victoria á Romano, viéndose obligados á cedérsela hasta los mismos instrumentos con que le atormentaban.

Despues de algunos nuevos esfuerzos, que hizo el tirano, aunque siempre inútiles, para vencer la constancia del Santo: Dexa, exclamó el Sol-

 da-

dado de Jesu-Christo, dexa ya de querer oponerte contra el Todopoderoso; ¿pretendes acaso resistir á Jesu-Christo, que es el verdadero, y único Rey de todo el Universo? Oyéndole hablar de esta suerte, y creyendo que se hacía injuria al Emperador en llamar á otro que á él, Rey, y Señor del mundo, condenó al punto al Santo á ser quemado: añadiendo por este medio otra tercer corona á las dos primeras, con que su crueldad acababa de coronarle. Lleno Romano de alegría, cubierto todo de sangre, que por todas partes brillaba sobre sus vestidos, y llevando sobre sus hombros, costados, y frente la insignia real de la cruz, es conducido fuera de la Ciudad. Allí halló prevenida la hoguera para servirle de altar. Aplicaron muchos sarmientos, y cañas secas, que mezclaron con la leña, para que el fuego mas facil, y prontamente se comunicase; y sobre este monton de materias combustibles, se puso la víctima que habia de ser sacrificada. No distaba mucho este parage de la Ciudad, y concurrieron á él muchos Judíos, como á un espectáculo, el qual no les era menos agradable, que á los Paganos. ¿Dónde está ahora su Jesu-Christo, decian ellos, que no viene? ¿Dónde está ese Dios de los Christianos, que no acude á librar á este del fuego? El nuestro ya se sabe que libró á los tres niños de nuestra Nacion del horno de Babilonia; pero el Dios de los Christianos los dexa quemar. Diciendo esto, Dios, cuyo poder no quieren reconocer, mandó á las nubes

bes que se juntasen : obscurecióse el Cielo, y abriéndose las nubes, descargaron una lluvia mezclada de granizo tan fuerte, y tan abundante sobre la hoguera, que de repente detuvo el progreso que habia hecho ya la llama. Asustado el pueblo echa á huir : van á decirle al Emperador, que por entonces se hallaba en Antioquía, como el Cielo se declara por Romano, y que ha mostrado su cólera con esta tan repentina tempestad. El Emperador envia á decir al Juez abandone esta causa, que no quiere nada con este Dios del Cielo, que le prohibe meterse mas con él, y que no le era mas acertado el querer acabar con un hombre, cuya defensa tomaba el Cielo tan por su mano. Y de este modo ved á nuestro Ananías librado del fuego, como el de los Judíos. Pero Asclepíades, hombre sin honor, ni humanidad, y que no conocia otro Dios que al Emperador, y á su fortuna, le aduló tanto, que imputando á Romano un nuevo delito, obtuvo de este Príncipe, se le cortase la lengua al Santo Martir. Luego que arrancó, como por fuerza, esta sentencia, la hizo executar al instante. Dió la casualidad que se hallase allí un Médico, que mas por flaqueza, que por su voluntad, acababa el infelíz de renunciar la Fe de Jesu-Christo negándole. Causó esta caída tanta alegría á Asclepíades, que al punto mandó á este Médico cortase él mismo la lengua á Romano. Llevaba este hombre consigo los instrumentos de su arte, necesarios para esta opera-

racion (1); y aunque tenía repugnancia, tuvo tambien la flaqueza de obedecerle por sus amenazas; queriendo él mismo ser testigo de esta sangrienta execucion. Y así este pobre Médico abatido ya de dolor por su primera falta, se vió expuesto á otra segunda tentacion, en la que cayó tambien por su desgracia. Parecióle, que lo que debia hacer en este lance para evitar la cólera de Dios, era guardar esta lengua, y llevarla á su casa, en donde envuelta con aseo en un lienzo la ocultó. Así suelen hacer algunas veces los que habiendo tenido la desgracia de renunciar á Jesu-Christo, aunque solamente de boca, y por flaqueza de la carne, mas que por un convencimiento interior del espíritu, conservan en su corazon la fe que por su flaqueza renunciaron. Procuran tener algunas reliquias de Mártires, que honran particularmente, con la esperanza de que les servirán de intercesores para con Dios, obteniéndoles el perdon de su pecado.

Enséñanos la anatomía, y lo confirma la experiencia, que un hombre á quien se le ha cortado la lengua no puede vivir (2); pero Jesu-Christo quiso librar otra vez á su Martir de la muerte. Y así, á los Judíos que nos proponen como un milagro la libertad de los tres niños de

(1) Antiguamente los Médicos ordenaban, y componian las medicinas, y hacian todas las operaciones de cirugía. Uno solo hacia lo que ahora hacen tres; y era á un mismo tiempo Médidico, Cirujano, y Boticario. (2) Quando se ha cortado hasta la raiz, como lo habia hecho el Médico con la de S. Romano.

de su religion, les oponemos nosotros tres milagros en un solo hombre de la nuestra. Ya tenemos dos, la hoguera apagada, y la vida conservada despues de la incision de la lengua: Ved el tercero ahora.

Despues de hecha esta incision, llevaron á Romano á la carcel. Hemos leído muchas veces que el Espíritu Santo baxó en lenguas de fuego sobre los Apóstoles, y que recibieron de él el dón de hablar la de todas las naciones. Creemos este milagro, porque la Escritura lo refiere. Pero el que voy á contar, aunque no tenga este grado de certidumbre, no dexa de tener toda aquella que cabe en la fe humana; pues tiene por testigos una infinidad de personas que aún viven. Dícese, pues, que quando el bienaventurado Romano no tenia mas lengua que la suya, y que se le habia cortado, era balbuciente; y que qual otro Moysés, apenas se podia explicar, articulando con mucho trabajo sus palabras, y al punto sin ella comenzó á hablar clara, y distintamente el que era tartamudo antes.

En efecto, habiendo entrado en la carcel, y preguntádole el carcelero por su nombre, respondió con esta lengua milagrosa, é invisible, que el Espíritu Santo substituyó en lugar de la suya, diciendo: Me llamo Romano. Corrió al punto á contar el milagro á el Magistrado, que se hallaba con el Emperador. E inmediatamente sospechó, que el Médico le habia engañado no cortando la lengua á Romano. Sin duda, dixo, este hom-

hombre es Christiano, y no ha podido resolverse á cortarla. Pero era todo lo contrario; porque el cobarde, y ciego Médico, creyendo hacer algun beneficio á el Martir, escusándole mayor pena, se la cortó mas á raiz de lo que se acostumbraba, y de un modo que no podia libertarse de la muerte sin milagro. Prenden pues al Médico, y llévanlo ante el Juez para que dé cuenta de su operacion. Pregúntanle de qué nace que aquel á quien se le ha cortado la lengua hable, porque el Santo no habia dexado de hablar desde que comenzó; antes bien publicaba las grandezas de Dios, los prodigios que habia obrado en su favor; conversaba con los presos acerca de la muerte, y de la Resurreccion de Christo, de sus victorias, de la santidad de su Religion; y esto duró por muchos meses continuados. Ved aquí un milagro de la Iglesia, que vale por tres de la Sinagoga.

Amenazó el Juez al Médico con la muerte, porque no executó lo que le habia mandado; pero sabía muy bien todo lo contrario, y así le era facil el justificarse; pues como ya hemos dicho, conservaba de intento la lengua; y así respondió al Juez, que estaba sumamente encolerizado: Señor, aún tengo en mi casa la lengua que corté á Romano. Mandad que se me entregue uno que no sea tan particularmente protegido de Dios, como lo está este: permitid que corte su lengua hasta donde esta fue cortada; y si no muriese, vengo en que se me quite á mí

la

la vida. Traen al punto un hombre condenado á muerte; y habiendo tomado el Médico la medida por la de Romano, corta á la misma distancia la del reo: y apenas retiró la navaja, quando al punto cae muerto este. Así se verificó el milagro para gloria de Dios, y consuelo de los Fieles.

La muerte de S. Romano se puede ver en la Historia de los Mártires de Palestina, *en este tom. pág.* 77. *n.* 5.

HISTORIA

DEL MARTIRIO DE UN NIÑO,

QUE PADECIÓ CON S. ROMANO.

Escrita en verso por Prudencio, Hymno décimo del libro de las Coronas.

Año de Jesu-Christo 303, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

BAsteos, decia S. Romano (1), lo poco que hemos descubierto acerca de los Misterios de nuestra salvacion, y de la esperanza que se nos ha dado de la eterna felicidad: sobre estas materias se debe guardar un silencio respetuoso; y Jesu-Christo nuestro Maestro nos prohibe echar las margaritas á los puercos para que no las pisen, y no empañen su blancura, y brillantez. Pe-
ro

(1) Hablaba S. Romano al Gobernador de la Palestina, llamado Asclepíades.

ro puesto que no nos es permitido daros un conocimiento mas claro de estos profundos, y divinos secretos de nuestra Religion, como por otra parte la razon sola sin el socorro de la fe, es inutil para penetrar su profundidad; contentémonos con consultar las cosas que nos rodean. ¿Quereis que hagamos hablar la naturaleza? ¿Que se explique con toda su pureza? Pues no quiero otro testigo de las verdades que he proferido, que aquel á quien esta naturaleza simple, y sin artificio hiciere hablar por sí misma; á este acepto por juez. Traed á un niño de siete años, y de menos, si quereis, con tal que nada sepa del arte de adular, que no tenga ni inclinacion, ni aversion; y que esta pequeña alma, hallándose aún en una perfecta indiferencia, obre por los movimientos enteramente puros de una naturaleza inocente. Hagamos la experiencia; y sea hoy la infancia maestra de la edad perfecta: sepamos de una lengua, que no sabe sino tartamudear, lo que debemos creer de la Divinidad: pronto estoy á obedecer al testimonio que diere de ella.

Acepta el partido el Gobernador: manda traer un niño, á quien le quitan del pecho de su madre. Ahora bien, pregúntale, le dice á Romano, y convengo en que nos sujetemos á lo que los Dioses nos anunciaren por su boca. Impaciente Romano por hacer la experiencia: Dinos algo, hijo mio, le dice al niño, y decláranos quál de las dos cosas te parece la mas puesta en razon, y mas conforme á la verdad, ¿ó adorar á un solo

Dios

Dios Jesu-Christo, ó adorar á muchos Dioses? Sonrióse el niño, y respondió sin detenerse: Lo que los hombres adoran, y á lo que llaman Dios quien quiera que sea, debe ser uno: porque, este Dios tiene un Hijo Unico, que no hace sino un Dios con su Padre; y este es Jesu-Christo. Pero el que haya muchos Dioses, añadió despues, ni aun los niños lo creen. Quedóse pasmado el Tirano á vista de una respuesta tan clara, y tan inesperada, sintiendo al mismo tiempo cierto furor en el alma, y mucha vergüenza, y confusion en la cara. Por una parte no le permitían las leyes violentar á una edad tan tierna; por otra, el loco encaprichamiento que tenia por sus Dioses, le obligaba á castigar unas palabras para ellos tan injuriosas. ¿Quién te ha imbuído tan bien, le dice, rapaz impío? Señor, le respondió el niño, mi madre es de quien he aprendido estas verdades; y Dios es quien se las ha enseñado. Este ha sido el primer sustento que me ha dado: con la leche de sus pechos he mamado el conocimiento de un solo Dios; y el nombre de Jesu-Christo es la primera palabra que me enseñó á pronunciar. Pues que traigan á su madre, exclamó el Gobernador lleno de rabia; que venga á ser testigo del felíz éxîto que ván á tener sus bellas instrucciones. Sea la muerte de tu hijo la recompensa de la doctrina, que le has inspirado, que razon es que llores la pérdida de aquel á quien tu impiedad ha perdido. Pero no permitan los Dioses, que una sangre tan vil, y tan

des-

despreciable manche la espada de nuestros verdugos : la muerte le serviría bien presto de suplicio : el de su hijo será para ella mas dilatado, y sensible; porque ya se sabe, que el tormento mas riguroso que se puede hacer sufrir á una madre, es hacer padecer á su hijo á su vista.

Manda, pues, que suspendan en el aire á este pequeño Martir, despues de haberlo desnudado, y que azoten cruel, y sangrientamente á este delicado cuerpo. Hacen mil pedazos las varas á su carne inocente; y de sus llagas sacan mas leche que sangre. Un peñasco se hubiera enternecido al ver semejante espectáculo; y hasta el mismo marmol, y el bronce perderían su insensibilidad natural. Quantas veces descargaba el golpe el cruel mimbre sobre esta tierna víctima, otras tantas salía cubierto de nueva sangre. Deshacíanse en lágrimas todos los asistentes: hasta los verdugos dieron señales de compasion : viéronse correr las lágrimas aun en aquellos rostros amenazadores : estos ojos enjutos siempre á vista de los mas horribles tormentos, no pudieron dexar de enternecerse por entonces. Lloran todos, excepto Asclepíades, y la madre. Muestra esta generosa muger una alegría tranquila : el amor de Jesu-Christo sostiene en ella el amor materno : quítala su flaqueza natural, y la hace mas fuerte que el mismo corazon de los verdugos, y el Tirano. Triunfa la gracia de la naturaleza en el corazon de una madre : endurécele; y ahogando en él todos los sentimientos de una piedad grande, la ase-

gu-

gura por una constancia que le inspira del todo christiana.

No obstante, abrasado este pobre niño de una ardiente sed causada del rigor del tormento, pide de beber. Tengo sed, exclama: que me den un poco de agua. Pero su madre, avanzándose á él, y tomando un aire severo, y un tono de voz mas animoso que lo regular: ¿En qué piensas, hijo mio? le dice. El temor acaso te turba el juicio; ¿y de este modo cedes al dolor? Mas firmeza esperaba yo de tí, y habia respondido yo á Dios de tu constancia. ¿Qué el fruto de mis entrañas se desalienta? ¿Te he dado yo la vida para tener el dolor de verte temer la muerte? Pides un poco de agua, y vas dentro de un momento á la fuente de las aguas vivas: de aquellas aguas, que corriendo sin interrumpir su curso en las almas santas, aplacan su sed, y apagan todo el ardor. Allí es, hijo mio, allí es adonde es necesario ir á beber una dichosa eternidad. Sufre un poco mas, y te hallarás en esos corrientes deliciosos: no obstante, si no sientes acá abaxo otra sed que la de ver á Jesu-Christo. Ay hijo mio! si tú pudieses llegar tus sedientos labios á esta divina fuente: si tu seca lengua llega solamente á tocarla, ya no hay mas sed que temer; y tu corazon enteramente satisfecho, se hallará en una eterna felicidad. Ahora es necesario que bebas las aguas amargas del caliz del Salvador: mil niños mucho mas tiernos que tú, lo bebieron antes que tú, hijo mio:

es-

esta tropa de Mártires prefirió en la cuna la amargura de estas aguas á la dulzura de la leche; pero apenas la gustaron, quando esta se les convirtió en una delicia, que no se puede explicar. Anímete este exemplo, ¡ó generoso niño, ó hijo mio, y mi único consuelo! La virtud se ha hecho para todas las edades; y el Padre comun de los hombres no excluyó á la infancia; quiere que tenga sus triunfos como la edad mas avanzada. Ya te dixe muchas veces, quando te enseñaba á expresar tus pequeños pensamientos, con palabras todavía balbucientes, y sin duda te acordarás, que Isaac era hijo único; pero estando para ser ofrecido al Señor, mirando á el altar en que debia consumar su sacrificio, subió á él con valor; y sin dar á entender repugnancia alguna, presentó su cabeza á su padre, que debia ser el sacrificante. Tambien te conté algunas veces el famoso combate de aquellos siete hermanos contra el tirano Antidio: todos siete habian salido de un mismo seno; y la que les dió la vida, viendo por una parte los suplicios que les preparaban, y por la otra las recompensas que les estaban ofrecidas, no dudó un momento: ya se sabe, que eligió los suplicios para los que eran parte de sus entrañas. No temais, hijos mios, les dice, derramar mi propia sangre, que corre en vuestras venas: derramadla generosamente por la gloria del Dios que adoramos, del Dios de nuestros Padres. Sus ojos fueron testigos de los tormentos que les hicieron padecer, sin que se la vie-

viese derramar una sola lágrima ; vió dar á todos siete una muerte cruel , sin que se la oyese dar el menor suspiro. Brillaba en su rostro la alegría , quando los verdugos metían á el uno en aceite hirbiendo , ó aplicaban á el otro planchas de cobre hechas asquas. Redoblábase su alegría quando arrancaban á este el pellejo de la cabeza , y por una burla inhumana se la cubrian despues con un cascote de una olla , en ademan de una corona real. Valor , hijo mio , le decia ella, ese cascote se convertirá bien presto sobre tu cabeza en una corona toda resplandeciente de piedras preciosas. Y quando por orden del Tirano se le cortaba á otro la lengua , decia esta admirable muger : En fin , ya hemos llegado al colmo de la gloria , puesto que Dios se digna aceptar en sacrificio la parte de nuestro cuerpo , que es mas digna. Sí , Señor , una lengua que ha tenido el honor de confesar vuestro santo nombre, es una víctima digna de vos. Justo es que esta fiel intérprete de los pensamientos ; que esta emisaria del corazon ; que esta sabia confidente del alma , de que se sirve uno tan felizmente , ó para aliviar sus penas , ó para confiar sus secretos: justo es , digo , que esta parte del cuerpo , que vos nos habeis dado para cantar vuestras alabanzas, sea puesta sobre vuestro altar , como las primicias del entero sacrificio , que estamos prontos á haceros de todo. Obtenga ella el mismo honor para todos los demas miembros , y presénteoslos , Señor , como la que es su cabeza , y su conductora.

De este modo, hijo mio, continúa la madre de nuestro pequeño Martir, animaba á sus hijos la madre de los Macabeos, por estas palabras llenas todas de un fuego noble, y generoso, á que muriesen por la ley de Dios; y por su muerte triunfó siete veces de aquel Tirano, y se vió colmada de una gloria inmortal. En tí consistirá, hijo mio, que yo no tenga que envidiarla; y tú puedes hacerme la madre mas, y mas dichosa. Suplícotelo por este seno en que fuiste concebido, y que por nueve meses te ha servido de retiro, y de habitacion. Si has hallado algun placer en mamar la leche que mis pechos tan liberalmente te han franqueado: si el sueño que tantas veces has tomado sobre mi regazo, y entre mis brazos, puede algo contigo, y ha sido para tí de tanto gusto: si yo nada he perdonado porque tuvieses todos los gustos, y juguetes que tanto agradan á la infancia; no te acobardes, y muere, hijo mio, por aquel que es el único autor de todos los bienes celestiales.

Mientras que esta madre, verdaderamente christiana, procuraba inspirar á su hijo una fuerza, y una constancia superior á la flaqueza de su edad, este generoso niño se reía de los tormentos, y parecía que insultaba al dolor. Viendo esto el Prefecto, le hizo desatar, y llevarlo á la carcel; y quiso que Romano, como que era quien habia dado ocasion á todo este desorden, fuese atormentado succesivamente con un extremo rigor. Tómanle, pues, los verdugos; vuélvese á en-

encender su furor, aun no aplacado, introduciendo el hierro en recientes, y sangrientas llagas. Excítalos el mismo Romano, llámalos cobardes: Ah, hombres de poco valor, les dice, si es que mereceis que se os llame hombres: vuestros débiles, y trémulos brazos aun no han podido trastornar este mal edificio, que ya amenaza ruina por sí mismo: ya casi no tiene apoyo; y con todo eso os faltan las fuerzas para abatirle; y siempre se resiste á que vuestros inútiles esfuerzos le acaben. ¿No habeis visto con qué ansia despedaza una trailla, ó porcion de perros á un ciervo, que les ha tocado en parte de la caza? ¡Qué furor no muestran los buitres, quando descubren algun cadaver! Se echan encima, y lo dividen en pedazos, sirviéndose para esto de su pico, y de sus uñas. Aprended, pues, de las bestias carniceras á ser mas furiosos con la presa que teneis entre manos. ¡Ah miserables! Os devora la hambre, y no haceis diligencia alguna por saciarla: yá que teneis la voracidad de los lobos, ¿por qué no teneis su furor? Estas palabras le llegaron hasta lo vivo á Asclepíades, y le determinaron á pronunciar sobre la marcha la sentencia de muerte contra aquel que las pronunciaba con este ánimo. Pues ya que tienes una ansia tan grande de morir, le dice, es necesario satisfacerla; ahora bien, tú serás quemado vivo, y en poco tiempo se verá reducido á cenizas tu cuerpo. Entonces el Santo Martir, como los verdugos le llevasen al lugar del suplicio, volvién-

dose hácia el Prefecto: Apelo, dixo, al Tribunal de Jesu-Christo mi Dios. Ah, esto ya es demasiado, dixo precipitadamente el Gobernador: ¿para qué se ha de diferir mas el castigar la impiedad? Que perezcan ambos á dos Maestro, y Discípulo; y puesto que el delito es uno mismo, que sea tambien la pena igual: Vengue la espada el delito del Discípulo, y expíe la llama el del Maestro; y en fin, mueran uno, y otro; pero sea diferente la muerte en ambos.

Mientras que se disponía la hoguera, preparaba el verdugo su alfange para quitar la vida á nuestro pequeño Martir. Quiso llevarle su madre por sí misma hasta ponerle sobre el cadahalso, á la manera que en el principio del mundo llevaba Abel un tierno corderillo, escogido entre mil, para irle á ofrecer á Dios sobre un altar de céspedes; y habiendo pedido el verdugo el niño, esta santa muger se lo puso al punto en sus manos. Ni se detuvo á derramar una lágrima, ni deshonró su sacrificio con señales de una tristeza poco religiosa; contentóse solamente con besar este querido hijo por la última vez, y le dixo estas breves palabras: A Dios, hijo mio, á Dios, vé donde te llama tu feliz destino; pero quando estuvieres con Jesu-Christo, acuérdate á lo menos de tu madre: hasta aquí te llamé mi hijo, de aquí en adelante te llamaré mi Señor, mi protector. Dicho esto, tomando el verdugo con una mano aquella inocente cabeza, la cortó de un golpe. Y la piadosa madre cantaba entretanto

este versículo de uno de los sagrados Cánticos de David: ¡Qué preciosa es la muerte de los Santos delante de Dios! Este, ó Dios mio, era vuestro siervo, y el hijo de vuestra esclava. Tendió su velo para recibir aquella cabeza, que tanto amaba, y para no perder nada de la sangre que salía á borbotones de las cortadas venas. Juntó despues la cabeza á su cuerpo, y cargada de estos preciosos despojos, se fue á depositarlos en el lugar mas honorífico de su casa.

HISTORIA
DEL MARTIRIO DE S. VICENTE,
DIÁCONO DE VALENCIA
EN ESPAÑA.

Escrita en verso por Aurelio Clemente Prudencio en el libro de las Coronas.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

SEA para nosotros, ó ilustre Vicente, este dia que ilustró vuestro triunfo, y que puso sobre vuestra victoriosa cabeza una corona de laureles regados con vuestra sangre, un dia sereno, y sin nubes. Testigo fue de vuestra gloria, quando despues de haber abatido á vuestros pies la crueldad de los tiranos, y de los verdugos, os ele-

elevasteis de en medio de las tinieblas de este mundo á el Cielo, en donde Jesu-Christo os aguardaba con una inmortal claridad. Allí fuisteis colocado entre los Angeles, revestido de una estola en donde estaban representadas vuestras victorias con vuestra propia sangre. Permitidme, generoso Martir, copiarlas en mis versos, y erigiros un trofeo con mi pluma para memoria de la posteridad. Veráse al Tirano tomar en vano el partido de sus Dioses; y armado de leyes, y de edictos sacrílegos, emplear sin fruto la prision, y los tormentos para obligaros á dar incienso á los demonios. Verdad es, que mostró al principio ser su ánimo el alhagaros; parecióle que debia comenzar por la dulce persuasion, y se jactaba de que no podriais resistir al encanto de sus palabras: semejante al cruel enemigo de las inocentes ovejas, que estando para hacer presa de un cordero simple y sin malicia, ó le divierte con un fingido juguete, ó le intimida con un terrible ahullido. Ved aquí pues como el tirano Daciano habló al Santo Martir.

Los Señores del mundo, le dice, nuestros Augustos Príncipes han expedido una ley, que manda á todos los hombres doblen la rodilla ante los antiguos Dioses de Roma. Con esto restablecen el culto en todos los lugares de su dominacion. No dudamos que vosotros los Nazarenos no os alegrareis de dar en esta ocasion señales de vuestra sumision. Dexad, pues, vuestra antigua supersticion, esa Religion informe, y venid á sa-

crificar á los Dioses. Entonces Vicente, animado de un zelo digno de la santidad de su ministerio (porque era del número de los Diáconos de la Tribu sagrada (1), y uno de las siete columnas de la Iglesia; y fuera de sí por el honor de su Maestro, respondió á Daciano de este modo: Nosotros os dexamos vuestros Dioses. Adorad, si quereis, la madera, y las piedras; sed enhorabuena soberano Pontífice de los muertos, no nos opondrémos á ello; nosotros no reconocemos por Dios sino al Criador de la luz, al Padre, y Jesu-Christo su Hijo, que es con el Padre un solo, y verdadero Dios. Alborotóse á estas palabras el Tirano. ¿Infelíz, exclamó, así te atreves á violar por un discurso impío, y sacrílego el respeto debido á la magestad de nuestros Príncipes, y de nuestros Dioses? ¿Y cómo tienes atrevimiento de quebrantar á un mismo tiempo las leyes, y la religion de todos los Pueblos de la tierra? ¿No temes el peligro á que te pueden acarrear las bufonadas de una juventud inconsiderada? Modera ese ardor, si me quieres creer: recibe el Edicto con sumision; y escoge en fin, ó quemar incienso sobre este altar, ó regarle con tu sangre.

Yá está hecha mi eleccion, replicó el Santo Diácono: mi mano jamás hará humear al incienso: emplead ahora todo vuestro poder para obligarla. Escuchad, y vereis lo que confieso alta-

 men-

(1) Esto es, Levita; el Poeta alude aquí á los siete primeros Diáconos que fueron elegidos en Jerusalen. *Actor.* 3.

mente: No hay sino un Dios, y un Jesu-Christo. Publícolo sin temor: arrancadme, si podeis, esta fe de mi corazon. Pero sabed, que los tormentos mas horribles, las uñas de hierro, las planchas ardiendo, y en fin la misma muerte: sabed, digo, que todo esto no es sino un juguete para los Christianos. ¡Oh, y qué poco cuerdo es ese Edicto que me presentais, y qué dignos son de risa vuestros Césares con sus vanos Decretos! Pero en fin, como son los Dioses, son los adoradores. ¡Qué lindos Dioses, que deben su divinidad al arte de un Platero, ó de un Escultor! ¡Graciosos Dioses, cuya substancia se prepara en un crisol, que se hace cocer en un horno, y que se forja sobre un yunque! ¡Qué Dioses tan preciosos, que ni tienen voz, ni movimiento, sin ojos, y sin lengua! Y con todo eso, brillan por todas partes en los templos que les levantais, el oro, y el marmol: caen bramando á su presencia mil toros heridos del sagrado cuchillo que los sacrifica. Puede ser que me digais que en estos templos habitan algunos espíritus, y llenan esos vanos simulacros. Pero esto mismo es lo que mas os debe confundir. Sabed que esos espíritus son los demonios; espíritus impuros, errantes, débiles, engañadores; instigadores de los delitos, y enemigos de vuestra salvacion. Ellos son los que os precipitan en mil desvaríos, que os inspiran la injusticia, que os hacen odiosos á los buenos, y que os hacen teñir vuestras manos en su sangre. En fin, no ignoran que Jesu-Christo vi-

vive, que reyna en el Cielo, y en su Iglesia, que no se tardará mucho en que los malos reconozcan, á pesar suyo, el poder que tiene sobre todos los hombres. Esto es lo que esos malos genios no pueden dexar de confesar, quando los Christianos les mandan en nombre de Jesu-Christo salir de los cuerpos en que se habian entrado.

Furioso el Juez, no pudo sufrir este discurso del Martir. Ciérrenle la boca, gritó inmediatamente, y no se escandalicen nuestros oídos de estas horribles blasfemias: vengan verdugos; pero de aquellos que no se manchan sino con la sangre de los reos, y que saben mejor el arte de atormentarlos: vengan aquí, y experimentará este impío que no se queda sin castigo la burla de los Dioses, y que la primera obligacion de un Juez es vengar sus injurias. Tú creiste sin duda, que te aguantaría que ajases los sagrados misterios del Capitolio, que te burlases de la piedad del Senado, de toda Roma; ¿qué digo yo, de los Emperadores mismos? Atenle los brazos atrás, y sea despues levantado muy alto, y déxenle caer de golpe hasta que todos sus huesos se descoyunten á la continua violencia de estos movimientos opuestos. Júntense á este tormento las uñas de hierro, que con sus encorvadas puntas lleguen por medio de los descarnados costados á dar con las palpitantes entrañas.

Con todo eso el intrépido Soldado de Jesu-Christo no hacía sino insultar al Tirano. Esas uñas de hierro, le decia, reprehendiéndole su cruel-

dad,

dad, no penetran aún bastante. Pero los verdugos ya no podian mas, cansábanseles sus fuerzas, y sus brazos se caían desmayados. Mas Vicente siempre se mostraba mas alegre. Vuestra vista, ó Jesus, que le fortificaba, derramaba sobre su frente una luz viva, semejante á la que un hermoso dia esparce en el aire despues de haber apartado todas las nubes. ¡Qué alegría tranquila brilla sobre su rostro! exclamaba el Tirano todo confuso. ¡Qué vergüenza para nosotros! Ríese el infeliz en medio de los tormentos; y por su resistencia llega á ser él mismo verdugo de sus propios verdugos. Nada puede vencer esta fiereza: el dolor, y la muerte quieren cercarle por mil partes; pero no pueden abatirlo, y triunfa de ellos. Pero vosotros, queridos ministros de mi furor, vosotros, que criados entre los horrores de una prision, no respirais sino sangre, y carnicería, conceded algun descanso á vuestros fatigados miembros, y dad tiempo á un nuevo vigor, que se introduzca en vuestros nervios. Tomad nuevas fuerzas, y procurad alentar ese generoso ardor, que tan bien me ha servido siempre en todos los tormentos que os mandé dar. Aguardad solamente á que las cicatrices comiencen á cerrarse un poco en las llagas que habeis hecho, y que la sangre se enfrie un poco: vuelva entonces vuestra mano á meter el hierro en las mismas heridas, y abra á la muerte, y al dolor cien puertas á un tiempo. Si os parece, dice el Santo Levita, que los fieles ministros de vuestro furor no tienen

alien-

alientos, ni fuerzas, venid, acabad por vos mismo lo que ellos tan felizmente han comenzado. No temais, que aún sois mas cruel que ellos. Enseñadles á manosear las entrañas, y mostradles con vuestro exemplo como deben beber la sangre de los Mártires, todavía humeando. Te engañas, Tirano, te engañas, si piensas que padezco, quando despedazas estos miembros: tú les das la muerte; ¿pero no están destinados para morir? Fuera de que has de saber, que interiormente hay otro hombre, otro Vicente, sobre el qual no tienes tú ningun poder. El es libre: á pesar de tus cadenas, goza de un perfecto reposo: tú no le has podido aún tocar con todos los instrumentos de que se sirve tu crueldad; y es insensible al dolor. Lo que tú te esfuerzas á destruir con tanto ahinco, no es nada mas que un vaso de tierra ya cascado, que tarde, ó temprano debe hacerse pedazos. Este es otro hombre, un hombre interior, é invisible, que merece toda la aplicacion de tu furor: prueba, si puedes, á hacerle sentir los efectos: aplícale tus uñas de hierro, y tus planchas ardiendo. Insensato, no ves que se rie de tu locura: anda creeme, que tus esfuerzos serán vanos: es impenetrable á tus golpes, no teme ni los verdugos, ni los Tiranos; y Dios solo es á quien él puede temer.

Apenas acabó de hablar, quando se comenzó de nuevo á atormentarle. Entretanto, mezclando Daciano el artificio con la crueldad, le dice estas palabras, que no podian serle inspiradas sino

por la antigua serpiente : Puesto que la dureza de tu corazon, y la desesperacion, en que veo tu ánimo, te hacen despreciar los alivios, que mi mano te presenta, y que mi compasion te habia preparado; soy de parecer que me entregues al punto esos libros, que vosotros llamais sagrados, y que con tanto respeto se conservan entre vosotros. Quiero decir, esos libros que contienen esa perniciosa doctrina, que las gentes de vuestra secta van sembrando por todas partes. Y es mi voluntad que el fuego borre hasta su memoria.

Apenas oyó el Martir esta peticion del Tirano, quando al punto le respondió de esta manera: Pretendes tú que yo te entregue el sagrado depósito de las santas Escrituras, y haces ya preparar el fuego para consumirlas; pero sábete que no será el fuego su destino, sino el tuyo. Sí por cierto, la Justicia divina vengará sobre tí la injuria que les querias hacer: y esa lengua, que se atrevió á pronunciar contra ellos esa iniqua sentencia, será abrasada de un rayo. Ojalá que esas chispas, que ves levantarse, te hagan acordar de los pecados de Gomorra, y que esa ceniza te traiga á la memoria aquella á que Sodoma fue reducida. Vé ahí tu suerte, ó engañosa serpiente! este es el suplicio que te aguarda. No se tardará mucho en que una nube espesa, ofuscándote con el negro vapor de que se forma, te precipite en lo profundo de un estanque de azufre, de pez, y de betun, que la cólera de Dios encendió en los infiernos para castigar á los Tiranos como

tú.

tú. A estas palabras se dexa ver la palidez sobre el rostro de Daciano: sucédele un color entre rojo obscuro, que se apodera de él, y desecha la palidez: respirando fuego, y amenazas sus ojos, miran al Santo con terrible enojo: trémulos, y medio abiertos sus labios, despiden de sí una espuma inflamada, sintiéndose todo su cuerpo bañado en sudor. En fin, despues de haber guardado por algun tiempo un triste silencio, el mismo movimiento de furor que le habia quitado la voz, se la vuelve para mandar que se aplique al tormento al Diácono de Valencia, y que se emplee en él el hierro, y el fuego. Lleno entonces Vicente de alegría, y olvidando la debilidad á que le reducian los primeros tormentos que habia sufrido, corre, vuela adonde se le preparaban otros nuevos. Apresúrase por llegar á ellos, y solo teme una cosa, que es, que los verdugos no lleguen antes. En fin, baxa este generoso Atleta intrépidamente sobre la arena, y con él la esperanza, y la crueldad; pero en este famoso combate la esperanza sostiene al Martir, y la crueldad anima á los verdugos. Plántase allí una cama de hierro, cuyas barras están erizadas de puntas, y guarnecidas de dientes, y un brasero ardiendo debaxo, que habiendo hecho perder al hierro su color, le da el de fuego. Entonces Vicente mostrando un rostro firme, y sereno, sube por sí mismo sobre este funesto lecho. No de otro modo, que en los juegos olímpicos sube un vencedor lleno de alegria al tablado de los Jueces,

que

que presiden en ellos, para recibir el premio que acaban de alcanzar. Arrojan luego sobre el Santo Martir la sal á puñados: salta esta, y se entra por mil llagas hechas en todas partes por las puas de hierro que se le clavan en la carne. Derraman despues por todo el cuerpo sebo derretido, que introduciéndose en esta infinidad de llagas, que han hecho el hierro, y el fuego, las penetra, y atrahe sobre ellas la llama que las aumenta, las cauteriza, y hace otras tantas úlceras. En medio de eso, el invencible Diácono no hace ni el menor movimiento: parece haber olvidado que es su cuerpo el que está expuesto á tan horribles tormentos. Levanta solo los ojos al Cielo, porque sus manos están atadas. Enderézase en fin, pero mas vigoroso, y mas fuerte: dexa esta terrible cama por otra que se le ha preparado en una cueva subterranea, é inaccesible á la luz, porque se teme que la vista del Cielo aumente aún esta grandeza de alma, que confunde al Tirano, y hace gemir al Infierno.

En lo mas profundo de la prision se hace un nicho, cuya bóveda, y paredes se unen, y estrechan tanto, que apenas dexan suficiente lugar para poner á un hombre. Una noche eterna prohibe constantemente la entrada al sol. En este sepulcro destinado para los vivos es donde meten á S. Vicente, y aun le ponen sus dos pies en cepos bastante separados. Siembran la tierra de cascotes, que con sus agudas puntas, y sus desigualdades, metiéndose por entre el gran número

ro

ro de heridas de que este Santo Martir está cubierto, conservan el dolor, le retienen, y si se puede decir así, le suscitan una nueva vivacidad. Son estos como otros tantos aguijones de que está armada esta triste cama, que no dexan tomar algun reposo al que está echado en ella, y que retiran de sus pesados párpados el dulce sueño. Este nuevo género de suplicio, ignorado de los Tiranos de los pasados siglos, é increíble á los venideros, fue el que el demonio inspiró á este sabio artífice de tormentos.

Pero en fin, Jesu-Christo trastornó en un instante todos estos feos atentados del enemigo. Porque de repente se disipa la obscuridad de este calabozo, llénase de una luz celestial, se abren los cepos, y se deshacen las cadenas. No os engañó, Vicente, vuestra esperanza: ved ahí el que aguardabais con tanta impaciencia: reconoced en medio de esos rayos, que os deslumbran, reconoced á Jesu-Christo, que viene por sí mismo á coronaros. Pasmado el Martir, tiende su ansiosa vista sobre este grande objeto. Siente ¡ó maravilla excesiva! siente que todos estos cascotes se convierten en flores, y que esta cama armada de dardos, y de puntas, se ha mudado en un lecho blando, y suave: exhala por todas partes un olor exquisito, y agradable al olfato: rodéale una tropa de Angeles, háblanle, y le dan la enhorabuena de su victoria. Uno de estos bienaventurados espíritus, cuyo aire magestuoso daba bien á conocer, que era uno de los de primer

or-

orden, le dixo estas palabras: Levántate, ilustre Vencedor, dexa este lugar tan indigno á tu presencia: no temas, ven; y de hoy en adelante asociado á los nueve Coros de Angeles, aumenta el número de los dichosos Ciudadanos del Cielo: bastante has dado á conocer tu valor, y tu constancia: demasiados trabajos has padecido: ya es tiempo que una muerte gloriosa ponga fin á tus penas. ¡Oh Soldado invencible, mas valiente que el valor mismo! los mas horribles tormentos tiemblan ahora á tu presencia; y despues que los has vencido no se atreven mas á acometerte.

Jesu-Christo, que veis aquí, y que no se ha desdeñado de ser expectador de vuestro combate, quiere que la eternidad bienaventurada sea el premio; y despues de haberte hecho el honor de darte parte en sus sufrimientos, te quiere hacer el de partir contigo su gloria. Abandona, pues, ese cuerpo mortal: dexa esa morada que amenaza ruina, esa casa de tierra abierta por todas partes, y despréndete de ese importuno peso: ven, y sigue al Señor en su Reyno. Entretanto, aquella luz que la presencia de Jesu-Christo derramaba en este lugar, entra por el postigo, que cierra la entrada, y hiere con su resplandor los ojos del soldado, que le guardaba. Oye este al mismo tiempo una voz harmoniosa, que recrea su oído; y es la del Santo Martir, que canta un himno en alabanza de su libertador. Haciéndose sensible la bóveda del calabozo, repite despues de él las mismas palabras. Trémulo el soldado, se acerca á

la

la puerta, busca con ansia una rendija, que pueda dar paso á la curiosidad de sus ojos. ¡Pero qué espectáculo tan maravilloso se presenta á su vista! Vé todas las flores de la primavera, que forman un matiz variado de mil colores, y al admirable Vicente en medio.

Llevan, pues, inmediatamente la noticia de un tan grande milagro al Palacio del Gobernador, brama de rabia, llora de despecho; la cólera, la confusion, y la vergüenza agitan succesivamente con contorsiones violentas su alma furiosa. Sáquenlo al instante de la prision, comienza á gritar, y que por dulces fomentos, y un buen tratamiento, se procure recobrarle las fuerzas: tómese en fin tanto cuidado de él, que restablecido á su primer estado, dé á mi justo furor materia en que saciarse, exerciendo en él nuevas crueldades.

Por otra parte, habiendo sabido los Fieles lo que pasaba en Palacio, corren en tropas á él. Unos se apresuran por mullir la pluma sobre que se habia acostado S. Vicente por órden de Daciano: otros enjugan sus llagas: estos besan con respeto los surcos que las uñas de hierro han hecho en su carne: aquellos aplican sus labios, y sus lenguas para coger algunas gotas de sangre, que todavía destilan sus heridas; y en fin, no falta quien las recoja en lienzos, para depositarlas despues en sus casas, como que debe ser la salvaguardia, ó carta de seguro, y dexarla á sus herederos, como uno de los mas ricos efectos de su

succesion. Sabemos tambien, por relaciones ciertas, que este afortunado carcelero, tocado de la vista de tantas maravillas, de que habia sido testigo, se convirtió al punto, y abrazó la Fé de Jesu-Christo.

No obstante, luego que el Santo comenzó á sentir la pluma, y la lana fina de la cama, que el Gobernador le habia hecho preparar, este reposo le sirve de molestia: ya no puede sufrir mas la vida, y suspira por aquella dichosa muerte, que debe acabar de poner en libertad á su alma, y hacerla gozar de la divina presencia. Esta alma, digo, purificada de todas sus manchas en su propia sangre, se consume con el deseo de inmolarse á Jesu-Christo. Cúmplese en fin este ardiente deseo; y esta grande alma, victoriosa del Tirano, le dexa su cuerpo, y se remonta de un vuelo rápido al seno de la Divinidad, siguiendo las mismas huellas que el inocente Abel imprimió en otro tiempo con su sangre, quando pereciendo por la mano impía de su hermano, fue á buscar al cielo un vengador, y justiciero. Preséntansele á Vicente tropas de Mártires vestidos todos de blanco, y le acompañan puestos en dos órdenes: Juan Bautista está á su frente, porque como él ha perdido la vida en una prision por el interés de las verdades eternas.

Pero entretanto un veneno mortal devora el corazon del furioso Daciano. Este enemigo del nombre de Jesu-Christo, siente sus entrañas conmovidas, y su espíritu agitado por las vanas con-

gojas de una rabia sin fuerzas. ¿No has visto algunas veces á una vívora, á quien se le han arrancado los dientes, abalanzarse á la mano del que así la ha desarmado, y hacer inútiles esfuerzos por darle bocados, que ya no son mortales? pues de este modo estaba Daciano, y decia: ¡Con que en fin se escapó de nuestra venganza ese insolente rebelde! Su sombra triunfa ahora, pero su victoria no es completa; todavía está en nuestras manos una parte de este mismo á quien harémos sufrir la pena que merece aquella otra que no está en nuestro poder. Es necesario que las bestias se harten de esos miserables despojos; y que el vientre de los perros sirva de sepulcro á un cadaver, que mancharía á la tierra. No quiero que quede ni el menor hueso, que pueda ser en lo venidero á un populacho supersticioso objeto de una necia veneracion. Y así manda al punto, ¡ó qué profanidad! que este sagrado cuerpo sea arrojado entre unos juncos marinos. ¡O delito! ¡ó impiedad digna del infierno! Pero, ó prodigio! ó providencia adorable! Salen de este cuerpo rayos de gloria, que infunden terror, ó por mejor decir, que imprimen respeto en el alma de los mas feroces animales. Vense buytres, que aunque acosados de la hambre, no se atreven á llegar á él. Un cuervo, como el mismo que se le dió al Profeta Elías para que le sirviese en el desierto, viene á ser guardia de estas preciosas reliquias. Si advierte que alguna ave de rapiña quiere acercarse, la

aparta con sus alas, y con su graznido; y despues volviendo á tomar su puesto, le guarda dia, y noche con una fidelidad permanente. Entonces fue quando saliendo un lobo de una prodigiosa corpulencia de un bosque poco distante de este lugar, y queriendo acometer á este sagrado depósito, esta fiel, y vigilante ave se planta sobre su cabeza, y no cesa de darle picotazos en los ojos, y azotarle con sus alas, hasta que le obligó á huir, y á volver á entrar en la selva. ¿Dónde están aquellos que hacen alarde de no creer nada? Dígannos, ¿por qué especie de encanto, desconocido á una bestia, acostumbrada á la carnicería: ¿qué digo yo? una bestia que se atreve á medir sus fuerzas con los mas furiosos toros, cede con todo eso á un páxaro, que no se sirve contra ella de mas armas que de sus plumas, y de su pico? No obstante, es necesario que este animal voráz abandone una presa, que le parecía no se la podia disputar ningun otro: gruña enhorabuena, y dé grandes ahullidos, que un solo cuervo le detiene, le espanta, y le hace que se ausente.

¿Qué pensamientos fueron entonces los tuyos, cruel Daciano, quando por una relacion fiel supistes sucesos tan poco comunes? ¿A quántas serpientes no se entregaría con la rabia tu soberbio corazon, quando te viste vencido por un cuerpo privado de vida, quando unos miembros muertos triunfaban de tí, y unos huesos insensibles, é inanimados parecían desafiarte hasta en tu solio?

¡Pe-

¡Pero qué! ¿Tantas maravillas no serán capaces de abatir tu ira? Reconoce á lo menos tu flaqueza. ¿Es posible que tu terco furor no ha de tener fin? No, dice él, jamás se verá á Daciano rendirse: y si la ferocidad de los lobos, y de los buytres se amansa á favor de un enemigo de los Dioses; si los cuervos, renunciando su natural inclinacion á los cadáveres, tan mal han servido á mi zelo; puede ser que la mar me sea mas favorable, y corresponda mejor á mis deseos; este descompasivo elemento jamás hizo gracia á nadie, ni nunca se le ha podido saciar de naufragios. Y si las ondas no quieren recibir en su seno ese miserable cadaver, llegue á ser á lo menos el juguete de las olas, y pasto en fin de los peces. O bien siendo llevado al pie de alguna montaña escarpada, no podrá resistir á la violencia de las olas, que estrellándole contra la punta de los escollos, lo harán pedazos; y esparcidos sus miembros, no tendrán mas sepultura, que el hueco de algun peñasco inaccesible. ¿Pero quién de vosotros, valientes soldados, será tan atrevido, ó tan obediente á su Comandante; quién de vosotros tendrá habilidad para conducir una barca en alta mar, manejar el remo, y hacer una maniobra á tiempo, para ir á dar á los peces ese cuerpo, que veis todavía entero entre esos juncos, y que las bestias carniceras han perdonado? Pero ante todas cosas, es necesario meterle en una cesta de mimbres, y atar á ella una piedra sumamente pesada, para que esta la eche á fondo.
 En-

Entonces se ofrece á Daciano uno llamado Eumorfion. Era este un hombre arrestado, brutal hasta el exceso, que no conocia ni peligro, ni honor: y ademas de eso de un natural inhumano, y de tigre. Abraza, pues, con ardor esta oportunidad para satisfacer su bárbaro humor. Toma el cuerpo del Santo Martir, pónelo en una larga cesta de retamas, y entrándose en un esquife, se echa mar afuera. Luego que perdió la tierra de vista, creyó que era tiempo de cumplir con su detestable comision: saca el cuerpo del esquife, y lo precipita en un abismo de aguas. Pero ¡ó poder soberano de un Dios, Autor del Universo! Aquel que consolidó en otro tiempo las líquidas llanuras del mar para los pies de un Apostol, y que muchos siglos antes habia mandado al Mar Rojo abrirse para dexar pasar á pie enjuto los hijos de Israel; este mismo Dios manda hoy dia al mismo elemento apacigue sus olas, y lleve respetuosamente este Santo cuerpo á su orilla. Sométese á las órdenes de su Criador: nada la piedra como un poco de espuma, y la cesta es llevada sobre las aguas como un navio que tiene viento á su favor.

En esto la orilla se llena de Pueblos, que acuden á ella en tropas; quedándose pasmados al ver esta obra de nueva fábrica corriendo ligeramente sobre las aguas, y llevando consigo á la rastra un pedazo de marmol sin sumergirse; y que el viento, y la marea lo echan allí á porfia. Parten veinte chalupas del puerto á voga

le-

levantada, dexando blanco el mar con sus remos: esfuérzanse por alcanzar á este milagro que nada; pero en vano se cansan, porque huye delante de las mas ligeras barcas con una inexplicable presteza: toca en fin en tierra, y dexa muy detrás de sí la pequeña flota de estos piadosos marineros.

Dichosa la tierra que recibió este ilustre Martir: felíz la playa que le sirvió de puerto: afortunada la arena que le cubrió, y dió sepulcro. Entonces se acercaron los Fieles, y con un religioso respeto arrojaron muchos puñados de flores, que regaron con sus lágrimas, y lo adornaron segun lo permitió el tiempo presente, y la triste cautividad en que gemía la Iglesia. Pero no permaneció mucho tiempo en un estado tan poco decente; porque habiendo sido vencidos poco tiempo despues los enemigos de Jesu-Christo (1), y dada la paz á sus siervos, se erigió sobre este rústico sepulcro un Altar, baxo del qual se pusieron á reposar los sagrados huesos de nuestro Santo Diácono Valenciano Vicente. (2) De cuyo

 mo-

(1) Por Constantino el Grande.

(2) Ni Zaragoza, ni otra de quántas Ciudades pretenden ser patria de S. Vicente Martir, puede alegar á su favor una tradicion tan universal, inmemorial, y pacífica, como la de Huesca en Aragon. Hallándose en el Concilio de Trento Pedro Agustin, Obispo de dicha Ciudad, noticioso de que se habia publicado cierto libro, en que se pretendia probar, que S. Vicente Martir era natural de Zaragoza: propuso á aquellos Padres venerables el agravio que se hacía á la de Huesca, usurpándole la gloria que le daba la tradicion pacífica en que estaba, y las sólidas razones en que se fundaba; y despues de haber precedido un diligentísimo exâmen de los Breviarios anti-

modo quiso Dios partir su Trono (1) con él sobre la tierra, como lo habia partido ya en el Cielo.

Gran Santo, en tus manos ponemos nuestros votos, para que los ofrezcais á nuestro Padre Celes-

tiguos, y de la librería Vaticana, acordaron poner en el Romano, que rige, las siguientes palabras: *Vincentius Oscæ in Hispania citeriore natus, sacras litteras à Valerio Cæsaraugustano Episcopo didicit*; que traducidas al Español dicen: Vicente nacido en Huesca, en la España citerior, aprendió las sagradas letras de Valero, Obispo de Zaragoza. Consiguiente á esta declaracion, el Papa Sixto V, á instancia del Obispo, y Clero de Lisboa, expidió una Bula en forma de Breve el año 1590, concediendo el rezado de la translacion, con la antífona de *Magnificat*, que dice: *Osca Vincentium genuit, Cæsaraugusta stola exornavit, Valentia martyrio coronavit, Olyssippo sepultura decoravit.* Huesca engendró á Vicente: Zaragoza le adornó con su estola: Valencia le dió la corona del Martirio; y Lisboa le honró dándole sepultura. El referido Sixto V declaró lo mismo en el rezado, que concedió á la Iglesia de Pamplona á ruegos de su Obispo, y Clero. Y aun antes de Pio V consta lo dicho de un Breviario impreso en Venecia año 1534: de otros antiquísimos de Tarragona, y Lérida: de un Manuscrito de Monte-Aragon; y de un Misal tambien manuscrito, y muy antiguo, que se halló el año 1604 en un Lugar llamado Tabierna, distante como una legua de Huesca. Finalmente, el Martirologio Romano confirma la verdad de la tradicion con las siguientes palabras: *Undecimo Kal. Februarii Valentiæ in Hispania imperante Diocletiano sub Daciano præside, Vincentii Levitæ ex Osca Civitate, &c.* A veinte y dos de Enero en Valencia en España, reynando Diocleciano debaxo del poder del Presidente Daciano, padeció Vicente Levita de la Ciudad de Huesca, &c. Se omiten las respuestas á los argumentos de los contrarios, fundados en el himno de Prudencio, por no alargar la Nota, y porque se pueden leer en la Historia de Huesca, que imprimió en esta Ciudad en un tomo en folio año 1619 su Autor Diego de Ainsa y de Iriarte, el qual parece satisface plenamente.

(1) *Altare sedes Dei.*

lestial: sed para con él nuestro intercesor zeloso, eficaz, y que nada pueda negar. Defendednos en el Tribunal del Soberano Juez: protegednos para con este gran Rey: obtenednos el perdon de nuestros pecados, y miserias: Suplicamooslo, gran Santo, por vuestra prision, por ese teatro de vuestra gloria: por vuestras cadenas, que jamás pudieron sujetar vuestra alma: por las llamas, que no os abrasaron sino para purificaros: por las uñas de hierro, que escribieron en vuestro cuerpo con letras de sangre vuestras victorias: por esos pedazos de cascotes, que fueron convertidos en flores: por esa dolorosa cama, que los Fieles besan hoy dia con un respetuoso temor. Pedid, instad, hacednos propicio á Jesu-Christo. Si celebramos este solemne dia de vuestro triunfo con un corazon puro, y sensible á vuestra gloria: si nuestras voces explican vuestras virtudes, y cantan vuestras alabanzas: si nos postramos con alegría ante vuestras santas reliquias: si todas estas señales de un culto religioso tienen algo que os agrade, dadnoslo á conocer, alcanzándonos las gracias del Salvador: solicitadlas para nosotros, no temais haceros importuno en nuestro favor; y volved á estos lugares, que fueron en otro tiempo testigos de vuestras victorias, y que lo son hoy dia de los honores que os damos: volved, digo, vos mismo cargado de bendiciones del Cielo, á distribuirlas á los que os invocan. Ojalá que así aparezca bien presto el dia del Señor, para que re-

unien-

uniéndose vuestra hermosa alma á vuestro cuerpo, este no sea por mas tiempo privado de la felicidad que mereció, sirviéndola de auxîlio en los combates que ha sostenido; y que habiendo padecido los mismos trabajos, reciba con ella la misma recompensa.

ACTAS DE S. SATURNINO, S. DATIVO, Y OTROS MUCHOS SANTOS MÁRTIRES DE AFRICA. (1)

Sacadas de las ediciones de M. Balucio, y de Bolando, cotejadas con cinco Manuscritos; á saber: de S. Cornelio de Compiegne: de S. Benito sobre el Loira: de la Abadía de los Prados: de los Celestinos de París; y de los de Fevillans de la misma Ciudad.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

AQuí comienzan las Actas de los Santos Mártires Saturnino, Presbytero, Felix, Dativo, Ampelio, y otros, que se nombrarán mas abaxo, los quales derramaron su sangre en diver-

(1) El dia 12 de Febrero.

versos tiempos, y en diferentes lugares, por haber confesado la Divinidad de Jesu-Christo, y por no haber querido entregar á los Infieles las santas Escrituras, siendo por entonces Anulino Proconsul del Africa.

En el Imperio de Diocleciano, y de Maxîmiano hizo el demonio la guerra á los Christianos de un modo enteramente nuevo. Sugirióles á los que gobernaban el pensamiento de destruir del todo el culto del verdadero Dios; y los medios que les inspiró, y que á él le parecian infalibles, fueron hacerse apoderar, y quemar todos los libros de uno, y otro Testamento, demoler las Iglesias, y prohibir las asambleas de los Fieles. El Exército del Señor se horrorizó de estos sacrílegos designios, y resolvió el no obedecer jamás á unos órdenes tan injustos, y tan llenos de impiedad. Armanse, pues, contra los Christianos: prepáranse á combatir, no contra hombres, sino contra los demonios. Y aunque hubo algunos que fueron tan infelices, ó tan cobardes, que pusieron los santos libros en manos tan profanas, hubo incomparablemente muchos mas, que por librarlos del furor de los Idólatras, se expusieron ellos mismos á él, y conservaron este sagrado depósito á costa de su vida. Hubo tambien un grandísimo número de estos, que animados de aquel fuego, que hace amar todo lo que pertenece á Dios, despreciaron al diablo, y sus ministros; y cargados de palmas teñidas en su sangre, firmaron con esta misma la condenacion

de

de los Traditores (1), y de sus cómplices, y subscribieron á la sentencia que los echaba de la Iglesia, la qual no puede encerrar en un mismo seno Mártires, y traidores.

Veíanse, pues, llegar de todas partes tropas de Confesores, que venian al campo de los Fieles para tener parte en la guerra. Fortificábanse en él contra el enemigo, y se preparaban muy bien para recibirle. Abitina, Ciudad de Africa, de la Provincia Proconsular, vino á ser uno de los principales teatros de ella; y la casa de Octavio Felix fue uno de los quarteles de la asamblea. Al primer sonido de la trompeta acudieron á él todos los Mártires: y como un Domingo se celebrasen los Divinos Misterios, habiendo tenido soplo los Magistrados, vinieron á él con mano fuerte; y hallando allí quarenta y nueve Christianos, los prendieron, y pusieron en manos de un Oficial de la guarnicion. Y estos son los nombres de todos ellos.

El Presbytero Saturnino con sus quatro hijos, á saber: Saturnino el joven, y Felix, ambos á dos Lectores: María, Religiosa, é Hilarion, que todavía era muy niño: el Senador Dativo, Felix, otro Felix, Emerito, Ampelio, Rogaciano, Quinto, Maximiano, Telica, otro Rogaciano, Rogato, Januario, Casiano, Victoriano, Vicente, Ceciliano, Restituta, Eva, Prima, otro tercer Rogaciano, Givalio, otro Rogato, Pomponia, Segun-

(1) Véanse las Notas sobre el martirio de S. Felix.

gunda, Januaria, Saturnina, Martin, Dante, otro tercer Felix, Margarita, Mayor, Honorata, Regiola, Victorino, Pelusio, Fausto, Daciano, Matrona, Cecilia, Victoria, Herectina, otra Segunda, otra Matrona, y otra Januaria.

Dativo, ornamento del Senado de Abitina, y á quien su dichoso nacimiento destinaba para ser algun dia uno de los principales Senadores del Cielo, marchaba al frente de este sagrado batallon. Iba á su lado Saturnino, Presbytero del Señor, rodeado de una ilustre familia, de la qual una parte debia ser asociada á la gloria de su martirio, y la otra reservada para perpetuar en la Iglesia su nombre, y su memoria. Seguíanlos todos los demas en silencio. Esta tropa escogida, y que el Señor miraba como á los mas selectos de los suyos, estaba cubierta de armas celestiales, del escudo de la Fe, de la coraza de la justicia, del morrion de la salvacion; y cada uno tenia en la mano la espada de dos filos, que es la palabra de Dios. Con armas tan buenas, tan relucientes, y tan fuertes, estaban como seguros. Condúxoseles al principio á la Audiencia, en donde confesaron á Jesu-Christo, y merecieron por este santo atrevimiento que sus Jueces mismos hiciesen su elogio. Verdad es, que hallaron los ánimos en alguna manera dispuestos á su favor, por un suceso, que tenia mas de milagro, que de acaso, y por el qual parecia haber querido el Cielo dar á entender que se declaraba altamente por los divinos libros. Porque

que como Fundano, en otro tiempo Obispo de esta Ciudad, los hubiese entregado al Magistrado para quemarlos, y estuviese ya pronto á echarlos al fuego, sucedió que estando el ayre muy sosegado, y sereno, se levantó una recia tempestad, que lo apagó con su lluvia, y á la que se siguió un granizo tan horrible, que asoló toda la campaña vecina, dexando por todas partes señales de la cólera de Dios contra estos incendiarios sacrílegos.

Con todo eso los Jueces de Abitina no dexaron de poner en una cadena á nuestros quarenta y nueve Confesores, y enviarlos á Cartago. Partieron, pues, llenos de alegría, y de consuelo al verse encadenados por Jesu-Christo, dándole gracias con Himnos, y Cánticos, que no cesaban de proferir en todo el camino. Luego que llegaron, fueron introducidos á la Audiencia de Anulino, Proconsul de la Provincia, y en ella tuvieron nuevos combates que sostener contra el comun enemigo; pero peleando la gracia del Señor por ellos, no pudo alcanzar ventaja alguna. Viendo, pues, que eran invencibles todos juntos, los separó para lograr victoria de cada uno de ellos. Yo referiré todas estas particulares contiendas, y no emplearé en mi relacion mas que las propias palabras de estos Santos, para que en la descripcion, que he de hacer de los tormentos, que el demonio inventó contra ellos, se pueda conocer hasta dónde pudo llegar su rabia contra los hombres; y al mismo tiempo se adore el poder, y

la bondad de nuestro Señor Jesu-Christo, que los sostiene, los fortifica, y los hace victoriosos del mismo enemigo, y los tormentos.

Despues que fueron presentados al Proconsul por el Oficial de la guarnicion de Abitina, y se le hizo saber que eran Christianos, acusados de haber celebrado el Domingo, y la Colecta (1) contra la expresa prohibicion de los Emperadores, y de los Césares; el Proconsul hizo primero el interrogatorio á Dativo: Preguntóle de qué condicion era, y si habia asistido á la Colecta de los Christianos; y como respondiese que era Christiano, y que se habia hallado en la Colecta, le dixo el Proconsul señalase al que presidía en ella, y en casa de quién se habia hecho; y sin aguardar respuesta, lo hizo estender sobre el potro, y desgarrarle con uñas de hierro. Pero como los verdugos comenzasen á executar la orden con aquella prontitud, y aquella alegría que su natural feroz les inspira, habiendo ya metido sus uñas de hierro en los costados del Martir, el intrépido Telica se hace paso por entre el tropel, avánzase, y presentándose á los verdugos, comienza á gritar: Todos nosotros somos Christianos, y todos hemos asistido á la Colecta. Esta accion atrevida, é imprevista turbó á el Proconsul: entra en furor, y diferenciando por diversion, abandona á Dativo por Te-

(1) Por el Domingo entendian ellos la celebracion de los santos Misterios; y por la Colecta, toda suerte de asambleas.

Telica. Mandóle dar muchos golpes, estendiéronle sobre el potro, desgarráronle los costados; pero el Santo Martir no decia mas que estas palabras: Por vos, Señor, sufro esto: por vos, ó Jesus, Hijo de Dios vivo; venid en socorro de vuestros siervos.

Quiero, le dixo el Proconsul, que me diga ahora mismo el nombre de aquel en cuya casa se ha tenido la Colecta. Respondióle con una voz clara, y distinta, aunque en aquel momento no dexasen de atormentarlo los verdugos: Saturnino, y todos estábamos allí. Díxole el Proconsul: Muéstramelé. Vele allí, le dixo, señalando á Saturnino. Y no por eso se ha de pensar que Telica hizo esto por entregarlo á la crueldad del Proconsul; sabía muy bien que este Santo Presbytero estaba impaciente por entrar en la batalla: obraba, pues, por otro motivo diferente. Quería por este medio dar á conocer al Gobernador, que esta Colecta habia tenido todo quanto la podia hacer completa, y solemne, y que se celebraron en ella los sagrados Misterios, puesto que el Sacerdote estaba presente. Entretanto corrian arroyos de sangre de sus costados sobre la tierra. Acordándose del precepto del Evangelio, levantó su voz, y pidió perdon al Cielo por los que le atormentaban. Despues, dirigiéndose á ellos, y al mismo Proconsul: Infelices, les dice, ¿qué es lo que haceis? A Dios es á quien atormentais. Altísimo Dios, detened su crueldad; yo bien sé, Señor, que vos no la consentís. Un momento

to despues los reprehendía, diciendo: Vosotros ofendeis á Dios, miserables: contra él es contra quien se vuelve vuestro furor: haceis perecer á unos inocentes; ¿y por qué? ¿Somos acaso nosotros algunos homicidas? ¿Nos acusan de haber hecho injusticia á alguno? Señor, tened compasion de ellos. Yo os doy gracias: fortificadme: dadme paciencia en los dolores que sufro. Libra, Señor, á vuestros siervos: rescátalos de la esclavitud del siglo. Gracias os doy, Dios mio, yo no puedo darte las debidas. Y redoblando en este momento los verdugos sus esfuerzos, como su sangre continuase corriendo con abundancia, le dixo el Proconsul: Parece que comienzas á conocer lo que te es preciso sufrir. A lo que al punto añadió Telica: Es verdad, pero es por la gloria. Gracias doy al Rey de los Reyes: ya alcanzo á ver el del Cielo: aquel Reyno eterno: aquel que jamás será destruido; le veo, y le toco ya. Señor, Jesus, siervos vuestros somos. Vos sois toda nuestra esperanza: Vos lo sois de todo el Christianismo: Altísimo Dios, Santísimo, Omnipotente. Interrumpióle el Proconsul, y le dixo: Tambien debes obedecer las órdenes de los Emperadores, y de los Césares. Pero Telica le respondió con un tono de voz constante, y firme, aunque su cuerpo, casi ya sin sangre, tenia ya perdida una gran parte de sus fuerzas: Yo no obedezco sino á las órdenes de mi Dios: yo no conozco otras leyes que la suya; aquella Ley adorable, por la qual me será

dulce el morir. Ley de mi Dios, yo te sacrifico voluntariamente mi vida. Estas palabras eran otros tantos dardos inflamados, que introducian el fuego, y el dolor en el alma de Anulino. Basta, dixo este, llévenlo á la prision.

Vuelve, pues, á entrar Dativo en el campo de batalla. Habia estado este siempre estendido sobre el potro durante el combate de Telica; y desde allí, como desde un teatro eminente, aplaudió muchas veces la generosa resistencia de este valiente Atleta; y todas las veces que decia que era Christiano, Dativo repetía: Yo tambien lo soy. Esto impacientó mucho á Fortunaciano, que por entonces estaba preocupado contra la Religion Christiana, aunque por otra parte fuese un hombre de gran probidad, y digno de el lugar que ocupaba en el Senado. Lo que mas le exâsperaba contra Dativo, era el creer que este Senador de Abitina habia inspirado á su hermana abrazase el Christianismo. Esta era la ilustre Victoria, á la que veía entre los quarenta y nueve Mártires. Dirigiéndose, pues, Fortunaciano al Proconsul: Señor, le dixo, este es aquel malvado, que en ausencia de mi padre, se introduxo, no sé cómo, en nuestra casa, engañó con sus bellos discursos á mi hermana Victoria; y habiéndola persuadido se hiciese Christiana, la llevó á Abitina con Segunda, y Restituta. No pudo sufrir Victoria, que un hombre de honor, y su compañero en el martirio, fuese por causa suya expuesto á la calumnia; y sin considerar que era su pro-

pio hermano el acusante, tomó la palabra, y dixo al Proconsul con esta libertad christiana: Es falso, Señor, es falso, que yo haya salido de Cartago á persuasion de ninguno, y aun lo es mucho mas que sea este el que me llevase á Abitina; yo me fuí allá de mi voluntad: no quiero mas testimonio que el de los mismos vecinos de una, y otra Ciudad: y si he asistido á la Colecta, es porque soy Christiana, y como tal he celebrado con los hermanos el santo dia del Domingo. Continuaba Fortunaciano recargando á Dativo: este se justificaba desde lo alto del potro; pero el Proconsul, sin quererle escuchar, le hace reprehender por los verdugos, y que lo vuelvan á tomar por su cuenta. Estos hombres, alimentados de sangre humana, vuelan al primer mandato que reciben: encarnízanse sus crueles manos en los costados del Martir: comienzan á cortárselos: quítanle el pellejo: empiezan á verse las entrañas; y todo lo interior que la naturaleza ha cubierto con el pecho, se vé luego expuesto á los ojos de los que se hallaban presentes. Mas no por eso desfallecia el valor del Martir Dativo. Desgárranle, traspásanle, hácenle mil pedazos, y permanece inalterable. No obstante, temiendo el hacer, ó decir alguna cosa que fuese indigna de la dignidad de Senador, y de Christiano, repetía muchas veces estas palabras: Señor, Jesus, no sea yo confundido. Obtuvo al instante el efecto de esta breve oracion. Porque el Proconsul se sintió turbado de no sé qué terror;

 y

y en este movimiento gritó á los verdugos: Parad, basta. En esto Pompeyano, un infame delator, produxo contra el Santo una nueva acusacion, tan poco fundada, como la primera. El Santo no mostró sino desprecio de este hombre, y solamente rebatió su calumnia con estas palabras: ¿Espíritu infernal, qué haces aquí tú? ¿Aún vienes á emplear tus detestables artificios contra los siervos de Dios? Sábete, que ni temo tu malicia, ni el injusto poder que te protege. Un Senador, un Christiano, siempre triunfará de lo uno, y de lo otro. Pero como le era provechoso el sufrir por Jesu-Christo, y en otro segundo interrogatorio persistiese siempre en decir que habia asistido á la Colecta, volvió á enfurecerse de nuevo el Proconsul, y los verdugos exercieron su primera ferocidad impía. Súrcanle otra vez los costados con las uñas de hierro; y acudiendo tambien el Santo á su único, y poderoso Protector, repetía las mismas palabras: Señor, no sea yo jamás confundido. ¿Qué hice yo? Saturnino es nuestro Presbytero.

En tanto que los verdugos forman sobre su carne profundos, y sangrientos surcos, se presenta á la pelea el Presbytero Saturnino. Estaba este como avergonzado de no haber hecho aún cosa alguna que diese á entender su zelo, especialmente quando pensaba que sus compañeros tenian dadas ya muestras tan ilustres de su amor por Jesu-Christo, y de la noble, y santa ambicion de conquistar el Reyno del Cielo con el mar-

martirio. Sintió, pues, una extrema alegría, quando le dixo el Proconsul: ¿Con que tú has tenido el atrevimiento de juntar todos estos en tu casa, contra la expresa prohibicion de los Emperadores, y de los Césares? Sí, señor, verdad es que lo he hecho, pero el espíritu de Dios me lo ha mandado; y baxo esta poderosa proteccion, hemos celebrado el santo dia del Domingo. P. ¿Y por qué no lo diferías? S. No nos es permitido el diferir esta solemnidad. Irritado el Proconsul de la constancia de esta respuesta, mandó que le pusiesen con Dativo. Este, pues, miraba su cuerpo desgarrado, y los pedazos de carne, que le colgaban por todas partes; pero contemplaba estas ruinas, y estos despojos de su cuerpo, como si no fuesen suyas. Aplicado su espíritu únicamente á Dios, no sentía dolor alguno. No obstante, oíasele de quando en quando hacer esta breve súplica: Venid, Señor, en mi socorro: conservad mi alma para vos: no sea yo jamás confundido: dadme, Dios mio, la fuerza de sufrir con paciencia, y con alegría. Y como le dixese el Proconsul: Siendo tú quien eres, debias dar á los demas exemplo de una perfecta sumision á las órdenes de los Césares; y no inspirarles, como lo has hecho, ese espíritu de rebelion, y de desobediencia: como el Proconsul le hiciese esta reprehension, gritaba él con un tono de voz todavía mas fuerte, y mas claro: Soy Christiano, soy Christiano. Estas palabras pronunciadas con aquel santo atrevimiento,

to, que es propio de los justos, fue como un rayo, que acabó de aterrar al demonio, y al Proconsul su Ministro. Este último se vió obligado á rendirse, y gritó á sus verdugos, diciéndoles: Basta por ahora: quítenlo de ahí; pero métanlo en una estrecha prision. De este modo le reservó para nuevos tormentos, que debian ser dignos de tal varon para consumar su martirio.

Entretanto, el Presbytero Saturnino estaba tendido sobre el potro. La sangre de Dativo mezclada con la de Telica, de las quales aún estaba humeando esta máquina, le advertía perseverase como ellos en la Fe, por la qual uno, y otro acababan de derramar las suyas. Preguntóle el Proconsul, si no era en su casa en donde se habia tenido la última asamblea de los Christianos. El que buscais, exclamó Emérito (1), rompiendo por entre la gente, y metiéndose entre el Proconsul, y Saturnino, aquí está, yo mismo soy: sí, mi casa es la que ha servido para celebrar la Colecta. El Proconsul, que habia sido ya vencido tantas veces, bramó de cólera á vista de Emérito. Hizo, pues, como que no le habia visto, ni oído lo que decia; sino ocultando su turbacion interior baxo de un exterior tranquilo, continuó preguntando á Saturnino: ¿Cómo, le dice, cómo has hecho esta asamblea en perjuicio del edicto de los Emperadores? Porque la solemnidad del Domingo, respondió Saturnino, no se

(1) Era Lector.

se puede escusar: el mandato del Señor es formal; y la Ley de Dios lo pide. Ninguna ley, replicó el Proconsul, puede autorizar una desobediencia tan criminal como la vuestra. Cumplid con vuestra obligacion, les dixo, volviéndose hácia los verdugos. Animados estos hombres á la carnicería, por la vista de la sangre que la rabia de los Tiranos les hacía derramar todos los dias, no aguardaron segunda orden: arrojáronse con toda la rapidez de las aves de rapiña sobre el cuerpo del Santo anciano; pero este apenas se puede ya sostener: con dificultad se mantienen los miembros unidos unos con otros: los nervios, que los juntaban, se rompen: los huesos descubiertos muestran desnudamente su blanca superficie, teñida de colorado. Causa horror esta vista. El Martir mismo se conmueve. Acude á Jesu-Christo: Oyeme, ó Jesus mio! le dice. Señor, yo os doy gracias: haced que me corten la cabeza: Jesus, tened misericordia de mí: Hijo de Dios, venid en mi socorro. Viéndole el Proconsul en este estado, le dice: ¿Por qué tú no has obedecido? Pero el Presbytero le respondió: La Ley lo prohibía; la Ley mandaba lo contrario. ¡O respuesta admirable! ¡ó Sacerdote no bastantemente alabado! ¡ó Santo Doctor de la mas santa de las Leyes! El anuncia, él publíca, él predica la Ley en medio de los tormentos. A esta palabra Ley, Anulino se pone pálido, se desconcierta, tiembla, y de repente detiene á los verdugos. Envia al Sacerdote á la

prision, resuelto á hacer con él despues un exemplar con otro mayor castigo.

Ponen en su lugar á Emérito. ¿Con que tu casa, le dice el Proconsul, ha servido á estos impíos para celebrar su Colecta? Así es, respondió Emérito: en ella hemos hecho la solemnidad del santo dia del Domingo. P. ¿Por qué les permitías tú la entrada? no sabías muy bien que esto era contra la intencion de los Emperadores? E. ¡Yo les había de prohibir la entrada en mi casa! Si son mis hermanos, ¿cómo no había de recibirlos? P. Pero tú lo debias hacer. Eso no se puede hacer, respondió Emérito: el Domingo entre nosotros es una obligacion indispensable. Al punto le tienden sobre el potro, y se presentaron para atormentarle otros nuevos verdugos. En lo mas fuerte de sus dolores exclamaba el Martir: ¡O Jesus! venid en mi socorro. Infelices, vosotros os haceis culpables de un gran pecado. Pero interrumpiéndole el Proconsul, le dixo: No te era lícito recibirlos en tu casa. El respondió: ¿Con que no habia de haber recibido en mi casa á mis hermanos? Pero la voluntad de los Emperadores, replicó el sacrílego Proconsul, debia prevalecer á todas esas consideraciones. Ah! qué es lo que decís? replicó el Martir: la de Dios es la que debe prevalecer. Jesus, oíd mi súplica: yo os alabo, Señor: Jesus, dadme paciencia. Entonces interrumpiéndole el Proconsul, le dixo: ¿No tienes tú en tu casa esos libros, que vosotros los Christianos llamais las

las Escrituras? Respondió Emérito: Sí los tengo, pero los conservo en mi corazon. Respóndeme con formalidad, replicó el Proconsul: ¿Esas Escrituras están en tu casa, ó no? Ya os he dicho, replicó el Santo, que las tengo en mi corazon. Yo os alabo, ó Jesus, oid mi súplica, escuchadme, libradme, en vuestro nombre sufro: mucho menos padezco de lo que quisiera padecer, pero padezco con alegría; Señor, no sea yo confundido. ¡O incomparable Martir! Os acordábais de lo que el Apostol decia de sí mismo, quando aseguraba que tenia la Ley del Señor grabada, no sobre tablas de piedra, sino sobre las de su corazon: no con una pluma mojada en tinta, sino con el dedo del Espíritu Santo en caractéres de fuego. ¡O fiel guarda de la Ley divina! El horror que teníais á los Traditores, y el temor de caer en semejante sacrilegio, os hacian conservar con cuidado esta Ley en el fondo de vuestro corazon. No pudiendo el Proconsul sacar otra cosa de él, dixo: Pues bien, que lo desaten, y que se escriban sus respuestas con las de los demas. Cada uno será exâminado, y se tendrá cuidado de que todos reciban por su desobediencia, y su impiedad su merecido.

Harto ya de sangre el furor, comenzaba como á entibiarse, quando Felix entró á la disputa, y volvió á sacar de esta especie de languidez á Anulino. Mostrábase el Tirano como rendido: su voz baxa, y ronca daba á entender su abatimiento; y su alma llena de la terrible

idea

idea de tantos tormentos, habia comunicado al cuerpo su cansancio, y su disgusto. Habló, pues, á los Confesores de un modo un poco mas suave que lo acostumbrado. Espero, les dice, que vosotros elegireis, por fin, el mejor partido; esto es, el de conservar vuestra vida obedeciendo voluntariamente. Pero fue interrumpido por un grito, que se levantó de en medio de estos generosos hombres, que todos á una exclamaron: Somos Christianos, somos Christianos: guardarémos los Mandamientos de Dios hasta dar la última gota de nuestra sangre; y defenderémos su santa Ley á costa de nuestras vidas. Estas palabras, pronunciadas con calor, y á una misma voz, excitarōn el furor en el alma del Tirano; y dirigiéndose particularmente á Felix, le dixo con un tono bien diferente del que acababa de hablar: No te pregunto si eres Christiano, ¿sino si has asistido á la Colecta, y celebrado el Domingo? ¿Y tambien si tienes en tu casa libros de tu Religion? ¡O necia, é impertinente pregunta! Poco me importa, dice este Juez, saber si eres Christiano; ¿dime solamente si has estado en la Colecta, y si has celebrado el Domingo? Como si un Christiano pudiese no celebrar el Domingo, ó el Domingo se pudiese celebrar sin el Christiano. Sábete, ó Satanás, que el Christiano hace el Domingo, así como el Domingo hace al Christiano; y que lo uno no puede subsistir sin lo otro. Quando oigas pronunciar esta palabra Christiano, piensa en la asamblea de

los

los Fieles, piensa en la Colecta; y quando oyeres el de Colecta, concibe á un Christiano. Esto es lo que el Santo Martir te vá á hacer comprehender por su respuesta. Sí, respondió él: nosotros hemos celebrado este santo dia del Domingo lo mas solemnemente que hemos podido, y no hemos dexado pasar ninguno sin juntarnos para oír la leccion de la santa Escritura. Anulino ya no se acordó mas de su cansancio: esta respuesta se lo hizo olvidar: mandó, pues, que con un palo nudoso le diesen por tanto tiempo, y tan cruelmente á este Santo Lector, que en el momento mismo lo envió al Cielo desde esta vida. Siguióse inmediatamente otro Felix á este primero: y habiendo confesado como él, fue del mismo modo molido á palos; y espiró tambien en medio de este horrible suplicio, y entró casi al mismo tiempo que él en posesion de la gloria merecida.

Ampelio, guarda de los libros santos, y fiel conservador de la Ley del Señor, apareció en el campo; y preguntóle el Proconsul si habia estado en la Colecta: y respondió sin dudar: Sí, he estado con mis hermanos en la Colecta, he celebrado el Domingo, y tengo los libros sagrados, que me pedís; pero es en el corazon donde los tengo. O Jesu-Christo, mi Señor, yo os alabo, yo os bendigo, oídme, ó Jesus. Esta respuesta le costó muchos golpes en la cabeza, que el Gobernador le mandó dar por un soldado armado de una manopla de hierro; y despues fue

con-

conducido á la prision, en donde entró como si fuese en una tienda real, ó un pavellon con alegría. Vino despues Rogaciano, confesó el nombre de Jesu-Christo, y sin que se le hiciese otra cosa, se le puso en la carcel con los demas. Igualmente confesó Quinto; y habiendo recibido muchos palos, siguió á sus compañeros en la prision. Despues de Quinto se presentó Maxîmiano; confesó este, combatió, y triunfó como los precedentes. El joven Felix no aguardó que se le preguntase; previno al Juez, y le dixo en alta voz: El santo dia del Domingo es la esperanza, la salvacion, y la dicha de los Christianos. Esta confesion le costó, como á los otros, muchos palos; y mientras que se los daban, no cesaba de decir: Yo he celebrado la Colecta con mis hermanos, porque soy Christiano. Yo he celebrado tambien el dia santo del Domingo, porque soy Christiano: he asistido á la Colecta lo mas devotamente que he podido, y quiero que se sepa. Esta generosa confesion le mereció ser puesto en cadenas con los demas Christianos que le habian precedido.

El joven Saturnino, digno del nombre, y de la qualidad de hijo del anciano Saturnino, aquel Santo Presbytero, y fiel Martir de Jesu-Christo, se apresuró por llenar el puesto de Felix: deseaba con ansia igualar por alguna accion heroica á la virtud de su padre. Preguntóle el Proconsul, como á los demas, si habia asistido á la Colecta. Saturnino no respondió otra cosa sino: Soy Chris-

Christiano. No te pregunto eso, dixo el Gobernador; sino si has celebrado el Domingo. Sí lo he celebrado, respondió Saturnino, por honrar á Jesu-Christo, que es el Salvador de los hombres. A esta palabra Salvador, se enfurece Anulino, y hace preparar para el hijo el mismo potro que habia servido de atormentar al padre. Luego que Saturnino fue tendido en él, le dixo el Gobernador: Mira donde te hallas, y piensa en responderme al caso. ¿Tienes algunos libros, á que vosotros los Christianos llamais la Escritura? Respondióle Saturnino: Yo soy Christiano. Insistió el Gobernador diciéndole: Yo solo te pregunto, ¿si has estado en la Colecta, y si tienes esos libros? Pero Saturnino respondió otra vez: Soy Christiano: despues del sagrado nombre de Jesu-Christo, el mas santo es el de Christiano. Puesto que no quieres dar otra respuesta, dixo el Gobernador, es necesario ver si los tormentos te hacen hablar de otro modo mas al caso. ¿Dime, pues, si tienes esas Escrituras? Y al mismo tiempo hizo señal á los verdugos hiciesen su oficio. Cansados ya estos hombres de haber atormentado al padre, no dexan de volver á tomar sus instrumentos, teñidos todos en su sangre, que presto mezclaron con la del hijo. Pero esta mezcla sirve de hacer al hijo mas fuerte, y mas animoso. Esta querida sangre, de un padre tan respetable, es como un saludable licor, como un bálsamo precioso, que cura las llagas del hijo, y las quita todo dolor. De suerte, que exclama con una

una voz firme, y perceptible: Tirano, yo tengo las Escrituras que me pides, pero es en el corazon; ven, y arráncamelas de allí, si puedes. Señor, Jesus, dadme la gracia de sufrir con paciencia; toda mi esperanza está en vos. Díxole Anulino: ¿Por qué has obrado contra las órdenes de los Emperadores? Respondióle Saturnino: Porque soy Christiano. Parad, dixo el Proconsul á los verdugos: que vaya á la prision á aguardar su destino.

Entretanto iba ya insensiblemente anocheciendo, y la crueldad de los verdugos iba desmayando por no tener nuevos tormentos que la excitasen. Al contrario el exército del Señor, al qual proveía Jesu-Christo sin cesar de armas celestiales, animado con la presencia invisible de su Cabeza, cada instante estaba mas dispuesto á combatir, y á vencer. Por lo qual, rendido ya tantas veces el mismo Proconsul, abandonado de la luz del dia, y sorprendido de la obscuridad de la noche, no pudiendo por otra parte contar mas con el vigor de sus ministros, que no estaban menos cansados que sus instrumentos, no atreviéndose á meterse mas en qüestiones particulares, que tan mal le habian salido; él mismo, teniendo tantos motivos para desear á lo menos una tregua, quiso mas entrar en una especie de negociacion con esta invencible tropa (1), que exponer aún su reputacion, y su honor; y habló

á

(1) Eran todavía mas de quarenta.

á todos los Confesores, que restaban, en estos términos: Vosotros habeis sido testigos, les dixo, de los tormentos que hemos hecho sufrir á los que han tenido la temeridad de resistirnos; y podeis poner los ojos sobre los nuevos suplicios que les preparamos, en caso que insistan en su impiedad, y desobediencia. Y así ahora teneis lugar de ver si quereis experimentar la misma fortuna, ó si gustais mas de tener recurso á nuestra clemencia; pero con tal que.... A cuyo tiempo, mas de quarenta voces, que solo componian una, interrumpieron al Proconsul al llegar á este lugar de su harenga. Llenos estos Santos de alegría, y de pensamientos de la eternidad, y aun mucho mas animados por el impulso del Espíritu Santo, que por las palabras del Proconsul, exclamaron: Nosotros somos Christianos. Fue este para Anulino un trueno, que lo aturdió, lo derribó, y lo enmudeció. Ya no pudo hablar mas, sino lleno de confusion, y de rabia los envió á la carcel, destinándolos á todos desde este momento á la muerte.

No se señaló menos en esta ocasion el sexô devoto, que el nacido para la guerra; y el ilustre coro de Vírgenes no le quiso ceder en valor á la valiente tropa de Confesores. Combatió Victoria; y la gloria que alcanzó, fue la de todas las mugeres. Victoria, pues, flor de las Vírgenes, de una sangre noble, de una piedad exemplar, y de una pureza de costumbres incomparable: Victoria, cuya frente siempre cubierta de un honesto pudor, parecía ser el trono de la cas-

castidad ; y cuya excelente belleza de cuerpo, no era sino un ligero diseño , y una tosca idea de la del alma, desde su mas tierna juventud mostró en sus acciones una casta severidad, que en cierto modo era un presagio del martirio que habia de padecer algun dia. En fin , como llegase á aquella edad , que la naturaleza tiene señalada para el matrimonio, queriéndola obligar sus padres á casarse , y el electo esposo la instase á dar su consentimiento , quiso mas entregarse á los brazos de la muerte , que á los de un joven amante ; porque se precipitó de una ventana abaxo ; pero los vientos , por orden de su Criador, la recibieron en sus alas , y la pusieron dulcemente en tierra. De este modo la que habia de morir por Jesu-Christo , Rey , y Esposo de las Vírgenes , hizo como una especie de ensayo , exponiéndose á una muerte casi cierta , por conservar su virginidad. Preparábase desde entonces á coger algun dia nuevos laureles regados con su sangre. Hallándose , pues , sin herida , y viéndose libre del molesto humo de la hacha nupcial , y de las importunas instancias de sus padres , y de un marido , corrió á la Iglesia, asilo de la pureza , refugio de las vírgenes , puerto donde el pudor está en seguridad , y allí por un voto de castidad perpetua , consagró á Dios la mas hermosa cabeza del mundo. (1) Apresurán-

(1) Las Vírgenes de Cartago , y de las Galias , quando se consagraban á Dios , no cortaban sus cabellos ; pero las de Egipto , y de Siria se los hacian rasurar.

rándose, pues, entonces por llegar á la muerte, que deseaba con pasion, llevaba en una mano la palma de la virginidad, y alargaba la otra para recibir la del martirio. Porque habiéndola preguntado el Proconsul, qué Religion era la suya: Soy Christiana, le dixo. Presentóse á el mismo tiempo el Senador Fortunaciano, su hermano, y se ofreció á dar prueba de que su hermana estaba loca; mas ella mostró tanta prudencia en sus respuestas, que no fue necesario mas para destruir esta vana, é injuriosa acusacion. Esto fue lo que obligó al Proconsul á preguntarla si se quería volver con su hermano: pero ella respondió que no; porque yo, dice, soy Christiana, y mis hermanos son solos aquellos que guardan los Mandamientos de Dios. En fin, despojándose el Proconsul por algun tiempo de la dignidad de Juez, descendió hasta hacerse suplicante. Emplea, pues, las palabras sumisas con Victoria; pero esta generosa doncella le respondió con una constancia, que le hizo en breve volver á tomar su ferocidad natural, y la seriedad del empleo. En vano os cansais, le dice, en querer alcanzar de mí una cosa que no tengo ánimo de concederos. Ya os lo he dicho: yo soy Christiana; he asistido á la Colecta, y he celebrado el santo dia del Domingo. Entonces Anulino, revistiéndose de su crueldad, que le sentaba mejor que aquella humanidad fingida, y forzada, envió á la carcel á la Santa Martir de Jesu-Christo, para aguardar allí con los demas

la sentencia de muerte, que pronunció contra todos pocos dias despues.

Ya no quedaba mas que el niño Hilarion, que en edad muy tierna mostraba una piedad, que nada tenia de los de su tiempo. Era este el último hijo del Presbytero Saturnino. Habia visto á su padre, y á sus hermanos salir victoriosos de las contiendas, y disputas del combate, y aspiraba á la misma gloria tambien. Mostró, pues, mucho menos temor, que desprecio, por las amenazas del Tirano. Y así quando se le preguntó, si habia acompañado á su padre, y á sus hermanos á la Colecta, se oyó una voz sutil, que publicaba la unidad de un Dios, y la verdad de su Religion, diciendo: Yo soy Christiano; es verdad que he estado en la Colecta, pero ha sido de mi voluntad, y sin ser forzado. Sin duda hubiérais creído oir la voz del padre salir de la boca del hijo, y la de los dos hermanos mayores comunicarse al órgano de su hermano menor, y reunirse todas quatro en una sola para confesar la Divinidad de Jesu-Christo. Pero el Proconsul, no comprehendiendo que es el mismo Dios el que lucha en los Mártires, y que eleva el alma de un niño sobre las débiles fuerzas de su edad, le amenazó con aquellos pequeños suplicios con que se suele castigar á los niños. Pero este no hizo mas que reirse. Yo te haré cortar las narices, y las orejas, le dixo el Proconsul, y te enviaré de este modo. A esto respondió frescamente el pe-

pequeño Martir: Eso bien lo podeis hacer, pero yo soy Christiano. Disimulando el Proconsul su rabia, lo envió á la carcel; y al entrar en ella dixo Hilarion, con un ayre alegre: Señor, os doy mil gracias.

ACTAS
DE SANTA AGAPE,
SANTA IRENE, SANTA QUIONIA,
SANTA FELIPA, SANTA CASIA,
Y SANTA EUTIQUIA, MARTIRES;
Y DE S. AGATON, MARTIR TAMBIEN. (1)

Sacadas de Surio, y de Baronio.

Año de Jesu-Christo 303, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

TEniendo Dulcecio su Audiencia en Tesalónica, dixo el Escribano Artemesio: Aquí hay una informacion enviada por el Estacionario, y hecha por él contra seis mugeres Christianas, que están aquí presentes, y un hombre que la trahe. Si vuestra Grandeza gusta la leeré. Díxole Dulcecio: Leed la informacion. El Pensio-

(1) El dia primero de Abril.

sionario (1) Casandro á Dulcecio, Gobernador de la Macedonia, salud. Remito á vuestra Grandeza seis mugeres Christianas con un hombre, las quales han rehusado comer de las viandas sacrificadas á los Dioses: Llámanse, Agape, Quionia, Irene, Casia, Felipa, y Eutiquia; y el hombre que vá con ellas, Agaton.... Interrumpiéndole el Gobernador, le dixo: Basta. Y volviéndose á ellas, las dixo: Infelices, ¿qué furor, y qué espíritu de rebelion os domina á vosotros los Christianos? ¿Por qué no obedeceis á los santos decretos de los Emperadores, y de los Césares? Habló despues á Agaton, diciéndole: ¿Qué motivo has tenido para no querer tocar al vino, y á las viandas que se ofrecen á los Dioses, como lo acostumbran á hacer todos aquellos que están iniciados en sus misterios? Respondióle Agaton: El motivo es, porque soy Christiano. Volvióse hácia las mugeres, dirigiendo á Agape la primera pregunta; y luego á las demas de esta suerte: ¿Y tú qué tienes que decir? Respondió esta: Yo, que creo en Dios vivo, y no he querido por una accion mala perder el fruto de todas las buenas que he hecho hasta aquí. Y tú, Quionia ¿qué me dirás á esto? Yo os diré tambien, que creo en Dios vivo, y que no he querido hacer lo que mandaba el edicto. Y tú, Ire-
ne

(1) Beneficiario, ó Estacionario: estos eran los empleos que se daban á los Oficiales por recompensa, y que tienen bastante conexîon con nuestros gobiernos, ó encomiendas, ó con los Timares de los Turcos.

ne ¿qué dices? ¿Cómo es que no has querido obedecer á las órdenes de los Emperadores? Porque temo á Dios. Y haciendo señas á Casia para que respondiese, esta dixo: Por lo que á mí toca, ha sido porque quiero salvar mi alma. Replicóle el Gobernador: ¿Con que no quieres participar de nuestros sacrificios? Seguramente que no. Pues Felipa nos responderá mejor. Y esta dixo: No haré tal, sino lo que las demas han dicho. Replicóla: ¿Y qué, qué dirás tú? Que quiero mejor morir, que tocar la mas mínima cosa de vuestros sacrificios. Encaróse en fin á Eutiquia, y la habló así: Tú serás mas cuerda que tus compañeras. Yo no soy de otro parecer, soy del de ellas mismas. Preguntóla el Gobernador: ¿Tienes marido? E. Mi marido ya ha muerto. G. ¿Há mucho tiempo? E. Siete meses há. G. ¿De quién, pues, estás embarazada? Del marido que Dios me habia dado, respondió modestamente Eutiquia, y como avergonzándose un poco. Créeme, añadió Dulcecio, despréndete de todas esas quimeras, y sigue con todas las personas de buen juicio una Religion mas conforme á la razon, y á la naturaleza. ¿En qué piensas? qué, no quieres obedecer al Edicto Imperial? No señor, yo soy Christiana, y sierva de Dios Todopoderoso, y no quiero obedecer sino á él. Entonces mandó que la llevasen á la prision, y que tuviesen cuidado de ella hasta que hubiese parido.

Volvióse despues el Gobernador á Agape, y la dixo: Y bien, ¿qué resolucion has tomado?

 ¿No

¿No es tu intencion hacer lo que todos nosotros hacemos, estando enteramente obedientes á los Emperadores, y á los Césares? A. Yo no estoy de parecer de ofrecerme al demonio. Quionia, dixo el Gobernador, será sin duda mas obediente; ¿no es verdad, hija mia? Ninguna cosa podrá jamás hacerme mudar de dictamen. G. Dime siquiera, ¿no teneis en vuestras casas esos malditos libros, que esos impíos Christianos llaman las Santas Escrituras, las quales están escritas en pergamino, y cuyas hojas están cosidas todas juntas, ó arrolladas á un palo torneado? Q. No señor, no las tenemos, que nos las han quitado todas por orden de los Emperadores. Pero insistiendo él, la dixo: ¿Quién os ha metido esa locura en la cabeza? A. El Dios Todopoderoso se ha dignado ilustrarnos con sus divinas luces. G. Lo que yo te pregunto es, ¿quiénes son esos que os han enseñado esas locuras? Tomó entonces la palabra Quionia, y dixo: Ya os ha respondido mi compañera, que era Dios Todopoderoso quien nos habia participado sus luces. Yo no tengo otra cosa que responderos. Entonces Dulcecio les habló así: Ninguna potestad hay sobre la tierra, ni en el cielo que pueda dispensaros de la obediencia que debeis á nuestros muy poderosos, y muy excelentes Príncipes, los Emperadores, y los Césares. Y así, puesto que despues de tantas advertencias, tantos edictos publicados, tantas amenazas, tantas dilaciones concedidas, perseverais siempre con una terquedad

cri-

criminal en el desprecio formal de sus órdenes; y que antes bien, por el contrario, os gloriais de ese odioso nombre de Christianos; y que en fin, despues de haber sido intimadas, y avisadas por los Estacionarios, y los principales Oficiales que profeseis la Religion del Imperio, jamás habeis querido consentir en ello; no puedo dexar de condenaros á las penas comprehendidas en los susodichos decretos. Entonces tomando unos libros, ó tabletas, leyó la siguiente sentencia: " Por quanto Agape, y Quionia, dexadas llevar » de un espíritu de orgullo, y de desobediencia, » se glorían de despreciar los Decretos divinos » de los invencibles Augustos, y Césares, nues- » tros muy religiosos dueños, y señores; y que » contra sus expresas prohibiciones, hacen pro- » fesion de la secta de los Christianos, proscri- » ta, y condenada por diversos edictos, como » vana, temeraria, impía, y como exêcrable á » todos los buenos: condenamos á las dichas » Agape, y Quionia á la pena de fuego. Y por » lo que toca á Agaton, á Casia, Felipa, é Ire- » ne, mandamos que permanezcan en prision has- » ta que sea nuestra voluntad el instruirnos de » sus causas nuevamente."

Despues que la sentencia dada contra estas dos Santas mugeres se puso en execucion, Dulcecio hizo llamar á Irene á su presencia, y la habló en estos términos: Tu conducta da compasion, y no hay en tí la menor sombra de juicio, y de prudencia. Porque despues de haber ne-

gado tener en depósito ese gran número de libros, de escritos, de hojas sueltas, de tablillas, de quadernos, y páginas pertenecientes á esos impíos Christianos, los mas malos hombres que hay sobre la tierra, y que se acaban de hallar en tu casa, te has visto obligada á confesarlo, quando te los han presentado. Y así, ya ves que estás convencida de mentira, de mala fe, y de desobediencia á los Decretos de los Príncipes; y por consiguiente has incurrido en la pena en ellos comprehendida. Pero lo mas de admirar es, que ni el castigo de tus hermanas, ni el temor de un fin semejante al suyo, aun no te han abierto los ojos, para hacerte conocer tu imprudencia, y que te expones á el mismo peligro. No obstante, quiero usar de benignidad contigo, Irene: yo olvidaré tu delito, con tal que (y esto es lo menos que te puedo pedir) quieras reconocer á los Dioses. Y así respóndeme ahora al instante: ¿Estás dispuesta á hacer lo que los Emperadores, y los Césares han mandado? ¿Estás pronta á comer de las viandas sacrificadas á los Dioses, y á ofrecerles tú misma sacrificios? I. No por cierto, respondió, á nada de eso estoy dispuesta; y si no me lo crees, lo juro por este Dios Todopoderoso, que crió el cielo, la tierra, la mar, y todo lo que estos contienen. Jamás me expondré yo por complacerte á sufrir toda una eternidad, el fuego que está preparado para los que hubieren renunciado á Jesus, Hijo de Dios. G. Confiésame la verdad, ¿quién

¿quién es el que te ha metido en guardar hasta aquí con tanto cuidado, y con tanto secreto esos malditos libros? I. El mismo Dios es quien nos manda amarle hasta dar el último suspiro de nuestra vida. Estábamos, pues, resueltas á dexarnos quemar vivas, antes que entregar sus Escrituras, y faltar de este modo á los intereses de nuestro verdadero Príncipe. G. ¿Y teníais algun otro cómplice? porque es preciso que me lo nombreis. I. Sino Dios solo, que lo vé, y sabe todo, ninguno otro lo sabía; y así cuidábamos de no confiar este secreto á otro alguno, temiendo no lo revelase, y nos descubriese. G. ¿Pero en dónde estuvísteis ocultas este último año, quando se comenzó á publicar el edicto de nuestros piadosísimos Emperadores? I. Donde Dios quiso; en los montes, expuestas, bien sabe Dios, á la inclemencia del tiempo, y á todas sus injurias. G. ¿Y adónde os retirábais, ó recogiais? I. Nosotras no teníamos mas amparo que las cuevas de los peñascos, unas veces en una parte, otras en otra. G. ¿Y quién os alimentaba? I. Dios cuidaba de nosotras, aquel que sustenta hasta los menores insectos del mundo. G. ¿Y tu padre sabía todo esto? I. Nada sabía, creedme. G. ¿A lo menos no lo ignorarían tus vecinos? I. Bien podeis preguntárselo, é informaros mas particularmente de todas las circunstancias que deseais saber. G. Pero quando volvísteis á la Ciudad, ¿leíais algunas veces esos libros, y habia alguna otra que asistiese á esa lectura?

I.

I. Como teníamos estos libros guardados con tanto cuidado en nuestras casas, y no nos atrevíamos á llevarlos á otra parte (1), era para nosotros un sentimiento muy grande el no podernos entregar mas dia, y noche á esta santa lectura, como lo solíamos hacer antes de la publicacion del edicto de que hablais. G. Tus hermanas ya fueron castigadas como merecían; pero á tí, aunque no eres menos delinqüente que ellas, y hayas incurrido en pena de muerte por haber tenido ocultos en tu casa esos libros impíos, pretendo castigarte de otro modo; yo te dexaré la vida, pero serás conducida del todo desnuda por unos soldados, y por Zózimo el verdugo, á un lupanar, ó lugar de prostitucion, en donde permanecerás hasta nueva orden, sustentándote cada dia con el pan que se te envie de Palacio. Y quiero que haya siempre allí algunos soldados para no dexarte salir. Despues volviéndose al verdugo, y á los soldados, les dixo: Os advierto, que si llego á saber que habeis dexado salir á esta doncella una hora siquiera del lugar adonde la envio, pagareis con vuestra cabeza. Tráiganme esos libros, que se han hallado en su cofre.

Llevaron, pues, los soldados á Irene á un lugar de prostitucion de los mas famosos de la Ciudad. Pero el Dios de pureza se declaró tan altamente por su protector, que ni siquiera uno

(1) Esto es, á la asamblea de los Fieles, ó á la Colecta.

uno hubo, aun de los mas estragados, que se atreviese á llegar á ella, ni á decir en su presencia la menor palabra impura. Esto obligó al Gobernador á citarla segunda vez en su Tribunal; y luego que llegó á él, la dixo: ¿Subsistes aún en esa audacia temeraria, que tan insolentemente te rebela contra las legítimas potestades? I. A lo que llamais rebelion, llamo yo piedad, y religion; y os declaro, que persisto en ella. G. Pues de ese modo, y supuesto que hallo siempre en tí ese mismo espíritu de desobediencia, voy á hacer mi oficio. Pidió papel, y escribió la sentencia así: "Habiendo rehusado Irene con » terquedad obedecer al edicto de los Emperadores, y sacrificar á los Dioses, y hecho su » declaracion, por la que insiste en querer vivir, » y morir Christiana: Mandamos, que sea quemada viva, como sus dos hermanas." Executóse la sentencia en el mismo instante, y en el propio lugar en que pocos dias antes habian padecido sus dos hermanas, el dia primero de Abril, en el nono Consulado de Diocleciano, y el octavo de Maxîmiano Augustos.

AC-

ACTAS DE S. DIDIMO, (1) Y DE SANTA TEODORA.

Sacadas de Bolando, revistas sobre el texto Griego, y cotejadas con las mismas referidas por Surio. (2)

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

SEntado en su Tribunal Eustratio, Prefecto Augustal de Alexandría, mandó que llevasen allí á la virgen Teodora. Y un Escribano respondió: Aquí está, Señor. Díxola el Prefecto: ¿De qué condicion eres? T. Christiana. P. ¿Esclava, ó libre? T. Ya os he dicho que soy Christiana. En quanto á lo demas, viniendo Jesu-Christo al mundo, me rescató; y por otra parte, he nacido de padres libres. P. Llamen al Procurador de la Ciudad. Luego que llegó este, le preguntó él si la conocia, y le mandó decir lo que sobre esto supiese. (3) Por vuestro ilustre nacimiento os digo, que la conozco por una de las mejores familias de Alexandría. ¿Pues de qué nace,

(1) En la Iglesia Latina el dia 28 de Abril; y el dia cinco del mismo mes en la Iglesia Griega. (2) S. Ambrosio en el lib. 2. de las Vírgenes cap. 4. hace el elogio de esta Santa Martir. (3) Llamábase Lucio.

ce, replicó el Prefecto, dirigiéndose á Teodora, que habiendo nacido de padres nobles, no se haya casado? T. Por agradar á Jesu-Christo, que haciéndose hombre, santificó nuestros cuerpos, y en quien espero, que con tal que yo le sea siempre fiel, me preservará de toda corrupcion. P. ¿Sabes que hay un Decreto de los Emperadores, que contiene, que las vírgenes que rehusaren sacrificar á los Dioses, sean expuestas en un lugar de prostitucion? T. Creo que tampoco ignorais, que Dios en cada accion mira á la voluntad: él sabe muy bien que la mia es de conservar enteramente mi pureza; y así, si con todo eso me hiciéreis violencia, no por eso dexaré de ser á sus ojos mas pura. P. ¿Es posible que tanta hermosura ha de llegar á ser presa de algun perdido? Yo os protesto que siento infinito la deplorable suerte que te preparas; pero tampoco puedo dexar de advertirte, que esta compasion te será inutil, si desprecias los consejos que te doy. Sí, yo te juro por los Dioses, que es preciso, ó sacrificarles, ó resolverte á ser el oprobio de tu familia, y la deshonra de los buenos. Ya te declaré antes la intencion de los Emperadores. T. Y yo os he dicho ya, que Dios no atiende sino á la voluntad; penetra en lo secreto de los corazones, y no ignora ninguno de nuestros pensamientos. No me tendré yo por deshonrada si se emplea la fuerza para deshonrarme. Porque si, por exemplo, me quisieses hacer cortar una mano, un brazo, ó la cabeza, ¿sería yo cul-

culpable de homicidio? Sin duda que no; solo sí lo sería el que cometiese esta violencia. Pues del mismo modo, en qualquiera estado que me halle, siempre seré de Dios, siempre seré virgen. El ha puesto en mí este precioso tesoro de la virginidad, sabrá muy bien conservarle. P. A lo menos libra á tu casa de una afrenta tan grande. Acuérdate de quién has nacido; porque segun lo que me ha dicho el Procurador de la Ciudad, tu padre tiene en ella uno de los primeros puestos; ¿es posible que has de manchar en un dia el honor de tu familia? T. El origen del verdadero honor es Jesu-Christo, y es quien ennobleció á las almas, y de quien la mia ha recibido el poco esplendor que tiene. El estorvará que su paloma caiga en las garras del alcotán. P. ¡Ay de mí! Hija mia querida, ¿en qué pones tú tu esperanza? ¿en un hombre muerto en una cruz? ¿Piensas que quando yo te haga llevar á un lugar infame, te vendrá á sacar de él? Tú misma harás que se burlen de tí por una confianza tan mal fundada. T. Dexo enteramente tan mal como pensais, y digo, que creo firmemente que este Jesus, que padeció baxo del poder de Poncio Pilato, me librará de las manos de los que han conjurado mi pérdida, y que me conservará pura, y sin mancha. Juzgad ahora si puedo yo renunciarle.

P. ¿Has dicho todo lo que tenías que decir? Es preciso confesar que he tenido una grande paciencia en dexarte proferir todas tus visiones: lo que

yo

yo debia hacer era .... pero en fin, si contiSnúas en esa obstinacion, no te distinguiré á tí mas que á la mas infeliz esclava; y haré executar en tí el edicto con todo rigor, como sobre qualquiera muger comun. T. Aquí estoy, yo os entrego mi cuerpo: vos sois tambien dueño de él; pero sobre mi alma sabed que solo Dios tiene poder. P. Dadle dos bofetadas; y decidla: Toma, esto es para curarte de tu locura; acércate al altar, y sacrifica á los Dioses. T. No permita el Señor que yo sacrifique jamás á los demonios, ni que yo los adore. P. ¿Es posible que me hayas obligado á tratarte de esta suerte, y á hacer una afrenta sensible á una doncella de honor? ¿Hay locura como esta? T. Esta santa locura, que nos hace confesar á Dios vivo, es la mas alta sabiduría; y lo que llamais afrenta, será en el cielo mi mayor gloria. P. Al fin tú me harás perder la paciencia, y yo haré executar el edicto. Pensé poderte apartar de tu desvarío, y he tenido paciencia; pero puesto que tu error puede mas para contigo, que tu propio honor, y que te complaces en ese espíritu de rebelion, yo mismo me haría reo de desobediencia, si dilatase por mas tiempo el castigar la tuya. T. Vos temeis desagradar á un hombre, y os reprehendeis vuestra poca solicitud en executar sus órdenes; pues yo tambien temo desagradar á Dios, y mi anhelo es por obedecer á lo que me manda: yo temo que el Rey del Cielo, y de la tierra no esté contento conmigo, y que me acuse de desprecio. P. Pero pa-

parece que tú no temes mostrar desprecio por los Decretos de los Emperadores; é interiormente parece que me tratas á mí de insensato. Mas no obstante, yo te doy tres dias de término para pensar seriamente en lo que te conviene. Pero acabado este plazo, si no te hallo sumisa, y pronta á hacer todo lo que te se pidiere, por los Dioses que te he de hacer llevar á un lugar en donde sirvas de exemplo; pero de un exemplo terrible, y que contenga á todas las demas mugeres que procedan como tú. T. No es necesario aguardar para eso á tres dias; porque ni toda esa dilacion me hará mudar de dictamen. Pronta estoy á ir donde quiera que me hiciéreis llevar; porque no hay sino un Dios en el mundo, y ese no me ha de abandonar. Bien podeis hacer desde hoy todo quanto gustáreis. Pero si no obstante, habeis resuelto dexar pasar tres dias, la única gracia que os pido es, que conserveis honestidad hasta que hayais dado vuestra sentencia. P. Eso es muy justo. Que la guarden con cuidado por tres dias, pero que no se la haga ninguna violencia; está muy bien, que se la respete la nobleza de su sangre, y la grandeza de su nacimiento.

Pasados los tres dias mandó el Prefecto que le llevasen á Teodora. Luego que llegó la dixo: Y bien, ¿has tomado otra mejor resolucion? Si es así, sacrifica, y vuélvete á casa de tu padre; pero si continúas en ser aquella hija encaprichada, y á quien nada la puede persuadir, te prometo que antes de una hora habrás perdido esa vir-

virginidad, que tanto procuras conservar. T. Ya os he dicho mas de una vez, y aun os lo vuelvo á repetir, que el voto de castidad, que tengo hecho, lo hice por inspiracion del mismo Jesu-Christo. Sabe muy bien el medio de estorvar que su esposa pierda la única cosa que le puede agradar en ella; sabrá tambien sacar á su oveja de en medio de los lobos. P. Por los Dioses te juro, que no me expondré yo por tí á la indignacion de los Emperadores. Voy á pronunciar la sentencia. Allá te las hayas, si no sacrificas á los Dioses. Ya verémos si tu Jesu-Christo tiene tan gran cuidado de su oveja, y de su paloma; él lo debe hacer por poco agradecido que sea. T. Eso no os dé cuidado. Este Dios, que ha sido hasta aquí guarda de mi pureza, se hará el protector contra la violencia de algunos hombres perdidos que quisieren corromperla.

Fue pues conducida la sierva de Dios á un lugar de prostitucion. Al entrar en él levantó los ojos al Cielo, y dixo: Omnipotente Dios, y Padre de mi Señor Jesu-Christo, socorredme, y sacadme de este infame lugar. Vos que librasteis á S. Pedro, y que le sacasteis de la prision antes que hubiese sufrido ninguna afrenta, haced que yo pueda salir de aquí sin mancha alguna, para que todo el mundo reconozca que tengo el honor de ser vuestra sierva, é hija. A este tiempo rodeaba ya todo aquel lugar un tropel de jóvenes perdidos, atrahídos de la esperanza de lo que ellos llaman fortuna: miraban ya á esta inocente be-

lleza como á una presa que no se les podia huir, y ya no se trataba mas que de saber quién sería el primero que entraría. Pero Jesu-Christo cuidaba de la conservacion de su esposa. Y así envióla inmediatamente á uno de sus siervos para que quedase libre. Habia, pues, entre los Christianos de Alexandría un joven que temia á Dios, y que andaba con mucho ardor en el camino de la virtud. El santo zelo que concibió por la pureza de la esposa de Jesu-Christo, le hizo recurrir á una inocente estratagema, para sacarla de aquel horrible peligro. Tomó, pues, un vestido de soldado, y afectando todo el ayre, y modales de un joven estragado, entra con desenfado en el aposento. Viéndole acercar la Santa, sintió que toda su sangre se le helaba en las venas. Huye de él, corre á todos los rincones de la sala, fáltala ya el aliento; pero este generoso, y desconocido joven se esfuerza á persuadirla, que él no ha venido allí con ánimo de hacerla ningun ultrage. En fin, habiendo llegado á ella, al punto que comenzaba ya á rendirse, y no poder huir mas: No temas, hermana mia, la dixo, no soy yo el que tú piensas: yo soy uno de los hermanos, que me he disfrazado así para sacarte de este lugar. Vengo á librar á la esposa de mi Señor, su oveja, y su paloma. Toma mis vestidos, y dame los tuyos, y á favor de este disfraz sal de aquí: haz que esta vestidura, que tanto horror te causó al principio, sirva de ponerte en seguridad; y el Señor

va-

vaya contigo. Reconoció entonces Teodora, que Dios habia enviado su Angel para cerrar la boca á los leones. Mudóse prontamente de vestidos, y no sin inquietud por su libertador, le dexó los suyos. Hácela que se cale su sombrero hasta los ojos, y particularmente la encarga, que al salir los baxe sin detenerse, ni hablar á nadie, sino afectando una continencia vergonzosa, y el apresurado embarazo de un hombre que sale de semejantes sitios. Luego que Teodora se vió libre de los ojos de los que la hubieran podido conocer, se paró un poco, y desplegando, digamoslo así, sus alas, toma su vuelo hácia el Cielo, que acababa de librarla de la garra del alcon. Quedóse entretanto el generoso incógnito sentado en la sala, acompañado de la caridad: tenía cubierta la cabeza con el velo de Teodora, y estaba vestido con su ropa; pero ademas de eso tenía una corona que la caridad le habia dado. Creyendo, pues, uno de los que estaban á la puerta haber visto salir al soldado, que era el primero que habia entrado, abrió con desenfado la sala, y se quedó sumamente sorprendido de hallar á un hombre en lugar de una persona tan hermosa como la que buscaba allí. Sale, pues, aturdido, y vá á decirles á sus compañeros: ¿Sabeis quien hay allá adentro, y la buena moza que he hallado? Yo había oído decir, que ese Jesus de los Christianos convirtió un dia la agua en vino, y lo tenía esto por una fábula; pero ahora ya no tengo dificultad en

creerlo, despues de lo que acabo de ver: y aun esta última mudanza es mucho mas dificultosa que la primera. Porque mudar una muger en hombre, es muy diferente de la agua en vino. Yo me marcho, no sea que le dé la gana de volverme en muger: ó decidme: ¿Estoy ya mudado? Pero oyendo lo que decia este hombre, el que habia librado á la Virgen, lexos de quererse ocultar baxo de un falso milagro, exclamó: No, no, aquí no hay cosa extraordinaria, y sobrenatural, ni el Señor ha mudado nada en mí, yo soy el mismo que era: la única novedad que ha sucedido es, que yo tengo una corona, que antes no tenía. Consolaos, que aunque es verdad que no teneis á la que antes estaba aquí, podeis vengaros del que ha quedado en su lugar. A mí se me deben dos palmas. Yo he entrado aquí Virgen, y saldré de aquí Virgen, y Martir, y siempre Soldado de Jesu-Christo.

Apoderáronse inmediatamente de este generoso joven, y lo llevaron al Prefecto. ¿Cómo te llamas? le dixo este Magistrado. Me llamo Dídimo, respondió el joven Christiano. P. ¿Quién te ha obligado á hacer lo que has hecho? D. El mismo Dios me lo ha mandado. P. Antes que te haga poner al tormento declara donde está Teodora. D. Os juro que no lo sé. Lo mas que os puedo decir de cierto es, que es una verdadera sierva de Dios; y que este la ha conservado pura, y casta por haber confesado á Jesu-Christo su Hijo. Por eso no pretendo yo atribuírme el méri-

ri-

rito de esta accion; pues toda la gloria se debe á solo Dios. Este gran Señor ha atendido á la grandeza de la Fe de esta admirable doncella, como vos mismo lo podríais testificar, si quisiéseis hablar ingenuamente. P. ¿De qué condicion eres? D. Soy Christiano, y liberto de Jesu-Christo. P. Dadle tormento dos veces mas fuerte que lo ordinario por esa accion. D. Yo os suplico, seais puntuales en obedecer las órdenes de vuestro amo, y no diferirlo un momento. P. Por los Dioses te juro, que puedes esperar el ser atormentado de buena manera á menos que no ofrezcas sacrificio á los Dioses: este es el único medio de enviarte absuelto de la accion temeraria que te has atrevido á executar. D. Esta misma accion, que tanto condenais, es la que os debe hacer conocer que yo soy un verdadero Soldado de Dios vivo, que combate por sus intereses, y por su gloria. Y si por eso redoblais mis tormentos, recompensais duplicadamente las dos buenas acciones executadas por mí: la una de haber librado á una virgen de la infamia; y la otra confesado públicamente al Dios que adoro. Por lo demas, no espereis que yo dé incienso á los demonios: aunque me hiciéseis quemar vivo, no lo haré. P. Una audacia tan grande no se debe quedar sin castigo. Ella te costará la cabeza. Y por quanto no has obedecido á los edictos de los Emperadores, tu cuerpo despues de tu muerte, será arrojado al fuego. D. O Dios infinitamente bueno, y

Padre de nuestro Señor Jesu-Christo ! seais bendito para siempre. Vos no habeis despreciado mis votos, ni mis deseos : libertásteis á vuestra sierva, y coronais á vuestro esclavo con dos coronas. Cortáronle, pues, la cabeza, y echaron su cuerpo á el fuego.

MARTIRIO
DE S. IRENEO,
OBISPO DE SIRMIO. (1)

Sacado de seis Manuscritos ; á saber : primero, de la Abadía de S. Remigio de Reims : segundo, de S. Cornelio de Compiegne : tercero, del Monte S. Miguel : quarto, de la Biblioteca de M. Colbert : quinto, de la de Orcamp ; y el sexto, de la de Fevillans de París, y de la edicion de Bolando.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

ARrestado S. Ireneo, Obispo de Sirmio (2), y conducido ante Probo, Gobernador de la Panonia, le dixo este : Las leyes divinas obligan á todos los hombres á sacrificar á los Dioses. I. Qualquiera que lo hiciere será arrebatado de la tierra, y echado al fuego del Infierno. P. El edic-

(1) El dia 25 de Marzo en la Iglesia Latina ; y el 23 de Agosto en la Griega. (2) Sirmik.

edicto de los clementísimos Emperadores contiene, que, ó se dé culto á los Dioses, ó que se sufra por los infractores la pena comprehendida en él. I. Y el precepto de mi Dios manda que sufra yo todas suertes de tormentos antes que dar incienso á los Dioses. P. O sacrifica, ó yo te haré atormentar. I. No podrás darme mayor gusto; pues de ese modo me harás participante de los sufrimientos de mi Señor. Visto esto, mandó el Gobernador que se le pusiese al tormento; y mientras que se lo daban, le decia: Y ahora ¿qué dices tú, Ireneo? ¿Con que no quieres sacrificar? I. Yo sacrifico á mi Dios, confesando, como lo hago hoy, su santo nombre; y de ese modo le he sacrificado siempre.

Entretanto toda su familia estaba como asustada: concurrieron allí su madre, su muger, y sus hijos, que le rodeaban. Abrazábanle estos los pies, gritándole: Padre mio, amado padre mio, tened compasion de nosotros, y de vos mismo. Su muger, deshecha en llanto, se le echaba al cuello, y abrazándole tiernamente, le suplicaba conservase su vida, así por ella, como por sus inocentes criaturas, dulces frutos de su amor inocente, y conyugal: y su madre con una voz trémula daba grandes, y lamentables gritos, acompañándola sus criados, y sus vecinos, y sus amigos con los suyos. De suerte, que no se oía al rededor del potro en donde atormentaban al Santo, sino sollozos, gemidos, llantos, y lamentos, que como otros tantos impetuosos

vientos, hacian todos sus esfuerzos para abatirle. Pero él firme, y constante, resistía á toda su violencia, oponiéndoles esta sentencia del Señor: Si alguno me renuncia delante de los hombres, le renunciaré yo en presencia de mi Padre, que está en el Cielo. Parecióle que no debia responder cosa alguna á tan urgentes súplicas; sino sobreponiéndose á todas aquellas ternuras, solamente miraba á la gloria que le esperaba, y que parecia decirle desde lo alto del Cielo: Ven, date prisa á poseerme. ¿Es posible que has de ser tan duro, é insensible á tantos testimonios de un afecto sincero? ¿Has de ver tantas lágrimas derramadas por tí, sin moverte á compasion? Mira que no es indigno de un gran valor el dexarse alguna vez enternecer. Ofrece sacrificios á los Dioses, y no te pierdas en una edad tan florida. I. Por no perderme es por lo que rehuso el sacrificar. Envióle el Gobernador á la carcel; y estuvo allí muchos dias, durante los quales le mandó atormentar repetidas veces.

Pasado algun tiempo, sentándose Probo en su tribunal, se le presentó segunda vez el bienaventurado Martir Ireneo. Ofrece sacrificios hoy, le dixo, y por este acto de religion líbrate de las penas que todavía te amenazan. I. Haz lo que te se ha mandado, y no esperes eso de mí.

Ofendido Probo de esta respuesta, mandó que le diesen muchos palos. Mientras tanto decia Ireneo: Yo tengo á mi Dios, á quien he aprendido á adorar desde que tengo uso de razon: jamás

más me ha negado su asistencia: á él es á quien yo sacrifico; pero á esos Dioses hechos por el escoplo, ó á cincel, jamás los adoraré. P. A lo menos salva tu vida: bastan los tormentos que has padecido para disculparte con tu Dios, y cumplir con lo que le debes. Asegura tu vida, te digo otra vez. I. Sigo tu consejo, y de ese modo aseguro la vida eterna: esta vida bienaventurada es la que yo recibiré de Dios en recompensa de las penas que juzgas hacerme padecer; y las quales no siento yo de ningun modo. P. ¿Eres casado? I. No. P. ¿Tienes hijos? I. Tampoco. P. ¿Y padres? I. No los tengo. P. ¿Pues quiénes eran esas gentes que tan afligidas estaban el dia de la audiencia? I. Yo no las conozco; pero sé muy bien, que nuestro Señor Jesu-Christo ha dicho: El que ama á su padre, ó á su madre, á su muger, ó á sus hijos, á sus hermanos, ó á sus parientes mas que á mí, no es digno de mí. Y así, quando volviendo los ojos al Cielo, contemplo en ellos la soberana belleza, que no es otra cosa que el Dios que adoro, y quando llego á repasar en mi memoria la grandeza de las promesas que este Dios ha hecho á los que le aman, y que le sirven fielmente; entonces desprecio todas las cosas de la tierra, y no me acuerdo mas de que soy padre, marido, hijo, señor, y amigo. P. Pero no por eso dexas de ser todo esto; y así sacrifica por amor de aquellos que tanto te tocan. I. Mis hijos no perderán mucho por mi muerte; yo

yo les dexaré por padre al mismo Dios, que adoran conmigo. Y así no te detengas en obedecer á las órdenes que tienes. P. No te abandones, ó joven! ni te dexes llevar de tí mismo; dá culto á los Dioses, y evita de este modo otros mayores tormentos. I. Haz lo que quisieres, tú verás como Jesu-Christo, mi Señor, me dá fuerzas para sufrir con tal valor que te pasmará. P. Yo no podré menos de condenarte. I. Ni tampoco me podrás dar mayor gusto que este. P. Pues vaya: "Mandamos que Ireneo, por » haberse hecho infractor de los decretos de los » Emperadores, sea arrojado al rio (1)." I. Despues de tantas amenazas, aún esperaba yo otra cosa mas extraordinaria, y te contentas con hacerme ahogar. ¿Cómo es que me tratas así? Tú me perjudicas, pues me quitas con eso el medio de dar á conocer al mundo, que los Christianos, quando tienen una fe viva, desprecian la muerte, por tormentos que la acompañen. Admirado Probo de semejante discurso, y creyéndose desafiado por el Martir, se encolerizó furiosamente. No obstante, no hizo sino añadir á su sentencia, que le cortasen la cabeza antes de echarlo al rio. Ireneo dió muchas gracias á Dios, de que le hiciese gozar de la gloria por un camino sangriento. Luego que se halló sobre el puente de Diana, desde

(1) El Boswete, que entra en el Savo, un poco mas abaxo de las ruinas de Sirmik.

de donde debía ser precipitado, se quitó su ropa, y dixo: Señor, Jesus, que os habeis dignado padecer la muerte por la salvacion de los hombres, mandad que se abra el Cielo, y que vengan los Angeles á recibir el alma de vuestro siervo Ireneo, que dá su vida por la gloria de vuestro nombre, y por vuestra Iglesia de Sirmio. Acabada esta oracion, recibió el fatal golpe, que le separó la cabeza de su cuerpo.

MARTIRIO DE S. POLION, (1) Y DE ALGUNOS OTROS.

Sacado de Bolando.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

HAbiendo resuelto los Emperadores Diocleciano, y Maxîmiano arruinar, y abolir la Religion Christiana, lo executaron á un tiempo con la fuerza, y con el artificio. La fuerza hacía Mártires, y el artificio Apóstatas; y disminuyendo lo uno, y lo otro el número de los Fieles, parecía que prometían prontamente la entera ruina del Christianismo. Probo, Gobernador de la Panonia, recibió en Sirmio, en donde ordina-

(1) El dia 28 de Abril.

nariamente residía, la orden de los Emperadores, que contenía, que se persiguiese á los Christianos abiertamente, y con todo rigor. Parecióle al Gobernador que convenía comenzar por el Clero. Hizo dar primero la muerte á Montano, Presbytero de la Iglesia de Singidon (1). Hizo tambien morir á Ireneo, Obispo de Sirmio, despues de haberle hecho padecer varios tormentos. Pero como esta Ciudad, Capital de la Panonia, no le pareciese teatro bastante dilatado para emplear toda su crueldad, se empeñó en recorrer las otras Ciudades de su gobierno, con la esperanza de hallar en ellas de qué saciarla mas á su satisfaccion. En virtud de esta providencia, el mismo dia que llegó á la Ciudad de los Cibalistas (2), patria del Emperador Valentiniano, y que acababa de dar al Cielo al Obispo Eusebio, muerto en la última persecucion, se habia arrestado á Polion, el primero de los Lectores de esta Iglesia, recomendable por una viva, y ardiente fe, de que ya habia dado señales. Presentáronle al Gobernador al apearse. No dexaron de ganarle luego contra este joven, y de advertirle, que era un Christiano de los mas impíos de toda la secta, de una fiereza insoportable, y que no tenía respeto, ni á los Dioses, ni á los Emperadores, hablando continuamente de unos, y otros, con términos injuriosos, y ofensivos.

Preguntóle Probo su nombre. Yo, le respondió

(1) Hoy dia Sigetinez. (2) O Cibales.

dió él, me llamo Polion. Pr. ¿Eres Christiano? Pol. Sí lo soy. Pr. ¿De qué profesion eres? Pol. Soy la cabeza, y el principal de los Lectores. Pr. ¿De qué Lectores? Pol. De los que leen al pueblo la Santa Escritura. Pr. ¿Qué, de esos fanáticos, que no buscan mas que engañar el espíritu debil, y ligero de alguna doncella, y persuadirle, si pueden, á guardar una castidad perpetua, só pretexto de mayor perfeccion? Pol. Ninguno mejor que tú experimentará hoy qué ligereza, y flaqueza es la nuestra. Pr. ¿Y cómo ha de ser eso? Pol. Sabiendo que los que entre nosotros son débiles, vanos, y ligeros, abandonan facilmente al Criador por los Idolos; pero los que tienen un gran fondo de religion en su corazon, y de firmeza en su alma, estos, digo, permanecen unidos fuertemente á la Fe del Rey eterno, y cumplen fielmente sus mandamientos, que son los mismos que leemos al pueblo, sin que los tormentos puedan doblar su constancia. Pr. ¿De qué mandamientos hablas, y de qué Rey? Pol. Yo hablo de los preceptos del Rey Jesu-Christo. Pr. ¿Qué dicen esos preceptos, y á qué obligan? Pol. Obligan á adorar á un solo Dios, que es el que hace tronar en el Cielo. Advierten, que de la madera, y de las piedras no se pueden hacer Dioses: corrigen las costumbres: dan medios para evitar el pecado: fortifican á los justos en la virtud: enseñan á las vírgenes en qué consiste la perfeccion de su estado; y á los casados á vivir castamente en el uso del matri-

mo-

monio. Exhortan á los amos que traten á sus esclavos con dulzura, poniéndoles delante de los ojos, que todos los hombres son iguales en su origen, y que todos tienen un mismo Padre; y obligan á los esclavos á servir á sus amos mas por amor, que por temor: mandan á los vasallos obedecer á las Potestades en las cosas justas, y razonables: en una palabra, incluyen todas estas grandes máxîmas, honrar á su padre, y á su madre: servir á sus amigos: perdonar á sus enemigos: amar á sus ciudadanos: exercer la hospitalidad para con los estrangeros: asistir á los pobres: tener caridad con todos los hombres: no hacer mal á nadie: sufrir con paciencia la injusticia: no tener apego alguno á los bienes que se poseen, ni desear tampoco los agenos: creer en fin, que una inmortalidad bienaventurada le espera á aquel que ha tenido bastante valor para despreciar la muerte que podeis dar. Ved aquí qué preceptos son los que querías saber; ahora que ya estás instruído en ellos, puedes, ó despreciarlos, ó seguirlos. Pr. ¿De qué felicidad puede gozar un hombre que está privado de la luz, y de todos los bienes de la vida? Pol. ¿De qué felicidad? No hay comparacion que se pueda hacer entre aquel dia eterno, que luce á los bienaventurados, y esta debil luz, que alumbra aquí abaxo á los hombres. Porque ¿son acaso bienes los de la vida presente? Unos bienes que pasan en un momento, ¿se pueden comparar con unos bienes eternos? ¿Es acaso ser sabio preferir una fra-

fragil felicidad á una felicidad permanente? Pr. ¿Y á qué viene todo eso? En fin, será preciso executar el edicto. Pol. ¿Y qué contiene el edicto? Pr. Que sacrifiques á los Dioses. Pol. Tú harás lo que te pareciere, pero yo no haré tal cosa. Porque está escrito, que el que sacrificare á los demonios, y no á Dios, será exterminado. Pr. Pues es preciso que te resuelvas á perder la vida. Pol. Ya estoy del todo resuelto, haz lo que se te ha mandado. Yo debo seguir en esto el exemplo de tantos Santos Obispos, Presbyteros, y otros Santos Ministros de la Iglesia, así como sigo su doctrina, y sus preceptos. Con esto le condenó Probo á ser quemado, y se executó al punto la sentencia á una milla de la Ciudad.

AC-

ACTAS
DE S. EUPLIO, (1)
DIACONO, Y MARTIR. (2)

Sacadas de las ediciones de Mombricio, de Surio, y de Baronio: cotejadas con la edicion Griega de M. Cotelier, y con un Manuscrito de la Biblioteca de M. Colbert, y otro de la del Oratorio de Roma.

Año de Jesu-Christo 303, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

PRIMER INTERROGATORIO.

EN el nono Consulado de Diocleciano, y en el octavo de Maxîmiano, su Coléga, teniendo Calvisiano, Gobernador de Sicilia, Varon Consular, una Audiencia particular en su Gabinete de Catana (3) el dia doce de Agosto, hallándose el Diácono Euplio en la antesala, exclamó: Yo soy Christiano, y deseo morir por Jesu-Christo. Oyendo esto aquel Magistrado, dixo: Que me entren á ese hombre. Puesto Euplio en su presencia, y llevando en la mano el libro de los Evangelios, un amigo de Calvisiano, le dixo: No

(1) El dia doce de Agosto en la Iglesia Latina; y el antecedente en la Griega. (2) S. Gregorio Papa hace mencion de las reliquias de este Santo Diácono en su carta á Felix, Obispo de Mesina, *lib.* 12. *cart.* 10. (3) Ciudad de Sicilia.

No ès decente comparecer de ese modo, especialmente en un lugar como este, trayendo unos libros, que son contra las expresas prohibiciones de los Emperadores; eso es no tener bastante respeto á sus decretos. Tomando la palabra Calvisiano, dixo: ¿Dónde has tomado ese libro? le tenías tú en tu casa? E. Yo no tengo casa. C. ¿Pues para qué andas cargado con él, y por qué le has trahído aquí? E. Porque estaba leyendo en él quando me prendieron, como te pueden informar. C. Léenos algo. Abrió Euplio el libro, y leyó en él estas palabras: Bienaventurados los que padecen persecucion por la Justicia, porque de ellos es el Reyno de los Cielos. Abriólo segunda vez, y leyó este lugar: El que quisiere venir detrás de mí, tome su cruz, y sígame. Interrumpióle Calvisiano, y le dixo: ¿Qué quiere decir eso? E. Esta es la Ley de mi Señor, y de mi Dios, que á mí se me ha dado. C. ¿Y por quién? E. Por el mismo Jesu-Christo, que es el Hijo de Dios vivo. Valiéndose de estas palabras Calvisiano, dixo: Constándonos, como nos consta, por confesion propia de Euplio, que es Christiano, mandamos que sea puesto á tormento, para que sufra en el segundo interrogatorio.

INTERROGATORIO SEGUNDO.

EN el nono Consulado de Diocleciano, y en el octavo de Maximiano, su Coléga, á doce de Agosto, mandó Calvisiano poner en el tor-

mento á Euplio, y le pregunta: ¿Persistes siempre en los mismos sentimientos? Haciendo entonces Euplio la señal de la cruz sobre su frente con la mano que tenía libre, dixo: Sí por cierto: lo que al principio confesé, confieso ahora: soy Christiano, y leo las divinas Escrituras. C. En primer lugar, ¿por qué las tienes? Y lo segundo, ¿por qué no las has entregado, puesto que sabías que los Emperadores tenían prohibido su lectura? E. Porque soy Christiano, y no le es permitido á este entregar las Escrituras; y así, mas quiero morir, que ser traditor (1). Agarrándose Calvisiano de estas respuestas, dixo: Euplio, por haber guardado las Escrituras contra la prohibicion de los Emperadores, y haberlas leído al pueblo, padecerá la pena contenida en el edicto. Redoblando, pues, el tormento, dixo Euplio: Señor, gracias os doy: Jesus mio, fortificadme, pues es por vos por quien padezco. C. Adora á los Dioses, y te vuelvo á poner en libertad. E. Yo adoro á Jesu-Christo, y aborrezco á vuestros demonios. Tú harás lo que te parezca: yo soy Christiano, y há mucho tiempo que deseo verme en donde estoy; haz lo que quisieres, añade tormentos sobre tormentos, que todo lo sufriré con alegría, porque sigo á Jesu-Christo. Duró la tortura mucho mas de lo acostumbrado; pero el Juez nada adelantaba, y dió orden á los verdugos para pararse. Valióse de es-

(1) Véanse las Notas sobre el martirio de S. Felix.

este momento para decir á el Martir: Miserable, adora á los Dioses: adora á Marte, á Apolo, y á Esculapio. E. Yo adoro al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo: adoro á la Santísima Trinidad, y no hay otro Dios que adorar; y perezcan los Dioses que no han hecho ni el Cielo, ni la tierra, y nada valen. C. Sacrifica, si quieres evitar la muerte. E. Esperate, sacrificaré, aunque sea por poco tiempo; pero sábete, que seré yo mismo quien me sacrifique, y el sacrificio se lo haré á Jesu-Christo; y si tuviera alguna cosa mas estimable, tambien se la sacrificára. Por lo demas, en vano te cansas; yo soy Christiano. C. Que redoblen los tormentos. E. Gracias os doy, ó Jesus mio: venid en mi socorro; por vos es por quien padezco. Estas mismas palabras las repetía muchas veces; y quando ya le llegaban á faltar las fuerzas, solo se le veía mover los labios.

Entonces, corriendo la cortina Calvisiano (1), dictó la sentencia; y volviendo despues á entrar con las tablas en la mano, leyó estas palabras: "Mandamos que á Euplio, Christiano, y re- » belde á las órdenes de los Emperadores, y » obstinado en su impiedad, y desobediencia, » se le corte la cabeza; y que se vaya á exe- » cutar al instante." Atáronle al cuello el libro de los Evangelios, que le habian hallado

S 2 quan-

(1) Detrás de los asientos de los Jueces habia una cortina, que formaba una especie de retrete, adonde se retiraban estos para tomar los votos, ó para escribir sus sentencias.

quando lo arrestaron; y yendo delante de él un pregonero, decia en alta voz: Este es Euplio, Christiano, enemigo de los Dioses, y de los Emperadores. Pero él daba gracias sin cesar á Jesu-Christo. Y llegado al lugar en donde se debia hacer la execucion, se puso de rodillas, oró mucho tiempo, y presentó su cabeza al verdugo, que se la derribó de una cuchillada. Retiraron su cuerpo los Christianos, al qual dieron sepultura, despues de haberlo embalsamado.

MARTIRIO DE S. FELIPE, OBISPO DE HERACLEA. (1)

Sacado de un Manuscrito de la Abadía de Corvia, y del tomo quarto de las Analectas del P. D. Juan de Mabillon.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

HAbiendo pasado Felipe en poco tiempo del Diaconato al Sacerdocio, llegó en fin á el último grado de este. Siendo Obispo con consentimiento universal de todo el pueblo, sin que nadie se admirase de su elevacion tan pronta, porque era digno del estado; y aun algunos estra-ña-

(1) El dia 22 de Octubre.

ñaban el que se hubiese tardado tanto. En efecto, desde los primeros años que fue promovido á las órdenes sagradas, mostró un mérito poco comun. Era tan desinteresado, que daba á los pobres todo lo que ganaba en el servicio del Altar; contento con las riquezas de su conciencia, y con la adquisicion que habia hecho de un gran fondo de virtud, y santidad. Luego que fue Obispo, formó de su mano á los dos ilustres Mártires Severo, y Hermes, el uno Presbytero, y el otro Diácono. Tenía con ellos freqüentes conferencias, en donde les descubría los secretos de la ciencia de los Santos: hacíalos entrar en el conocimiento de los divinos Misterios; y los confirmaba especialmente en la sana doctrina. De suerte, que les comunicó sus luces, su espíritu, y su valor; y despues de haberlos tenido por discípulos en la escuela, los tuvo por compañeros en la hoguera, en donde confesaron con él la Divinidad de Jesu-Christo. Meditando este Santo viejo sin cesar la Ley de Dios, y prendado de su belleza, tenía un ardiente amor por ella. Su vida la pasaba toda entera en las funciones de su empleo, y le exercía hasta el último momento, no pasándose dia en que no se ofreciese á Dios como una víctima, que en efecto debia serle en Andrinópoli sacrificada.

Semejante, pues, á un Piloto experimentado, que haciéndose unas veces á la vela, y retirándose otras al puerto; tan presto metiéndose en alta mar, tan presto costeando, conserva su na-

vío, y le preserva del naufragio: ó como un diestro cochero, que sabiendo dar á tiempo rienda á sus caballos, ó refrenarlos, avivarlos, ó contenerlos, conduce en fin su carro hasta llegar al término de la carrera, y alcanza el premio; gobernaba el Santo Obispo su pueblo con una ternura verdaderamente episcopal. Comenzaba la persecucion á experimentarse, y ya amenazaba su Ciudad; pero él la dexó venir sin alterarse: ni quiso ceder á los consejos de los que le querían persuadir á abandonar su rebaño, y ausentarse; antes bien les persuadía él á ellos mismos, que los males que temían, eran mucho mas de desear, que de temer; y que convenía que la voluntad del Cielo se cumpliese. Quedóse, pues, en su Iglesia, animando con su presencia, y con sus discursos á sus hermanos, asustados á vista de la tempestad que amenazaba. Decíales muchas veces: Hermanos mios, ved aquí en fin cómo han llegado aquellos tiempos predichos por Jesu-Christo: El fin de los siglos se acerca: el Príncipe de este mundo se hace formidable: su poder se aumenta; pero no temais, hermanos mios, que viene mucho menos para perder á los siervos de Jesu-Christo, que para probarlos: Haced que la fiesta de la Epifanía, que vamos á celebrar dentro de pocos dias, aliente nuestra esperanza: acordaos que en semejante dia fuimos llamados á la gloria. No os asusten las amenazas de los tiranos, no os espanten los suplicios: Jesu-Christo dá á sus soldados un va-

lor

lor invencible en el combate, y á sí mismo por precio, despues de haber conseguido la victoria en la batalla.

Un dia, pues, en que el bienaventurado Felipe hacía á su pueblo una de estas exhortaciones, entró en la Iglesia Aristémaco, Oficial de la guarnicion de Heraclea: hizo salir de ella á todos los Christianos; y despues de haber cerrado las puertas, las selló todas. Mirándole Felipe con compasion, le dixo: ¡Ah pobre hombre, que crees que el Dios Todopoderoso habita baxo de techo, y entre paredes! ¿Ignoras tú que su habitacion mas agradable es el corazon del hombre? Sin duda ninguna jamás has leído al Profeta Isaías, que si no, hubieras visto en él, como Dios dice en un lugar: El Cielo es mi trono, y la tierra mi tarima: ¿qué casa digna de mi Magestad podreis levantarme? Al dia siguiente volvió Aristémaco para hacer inventario de los vasos sagrados, y otros muebles de la Iglesia, á los quales puso el sello del Gobernador. Esto causó una desolacion general entre los Fieles; pero no obstante, Felipe, acompañado de Severo, y de Hermes, y de algunos otros Eclesiásticos, exâminaba lo que debia en aquella ocasion executar: y sentado á la puerta de la Iglesia, no podia resolverse á dexar la casa del Señor á discrecion de los tiranos, haciendo al mismo tiempo que los hermanos no se retirasen. Pensaba con dolor en lo venidero; pero no dexaba de temer lo presente: sabía que todos los que tenía á su cargo no eran

igualmente fuertes, y que entre ellos habia enfermos; y débiles, y así creyó, que debia separar á los unos de los otros. Trataba con autoridad á los imperfectos, para hacerlos mejores; y empleaba la dulce persuasion para contener á los fervorosos en el partido de la piedad. De este modo se servía de remedios un poco fuertes para curar los enfermos, y de un simple régimen para los sanos.

No obstante, al Domingo siguiente se juntaron los hermanos delante del pórtico de la Iglesia; y advertido de ello Baso, Gobernador de Tracia, vino luego con ánimo de formarles causa á todos los que allí se hallasen. Hizo tambien poner en el mismo sitio su tribunal; y despues mandó que le presentasen los Christianos: é inmediatamente les preguntó: ¿Dónde está el que vosotros llamais Maestro, y Doctor? Respondió entonces Felipe: Yo soy aquel por quien preguntas. B. ¿Y no sabes que hay un decreto del Emperador, que prohibe á los Christianos el juntarse en qualquiera lugar, y baxo de qualquier pretexto que sea, siendo su intencion abolir enteramente vuestra secta? Entrégame, pues, al punto los vasos de oro, de plata, ó de qualquier metal que sean, juntamente con los libros que contienen vuestra doctrina, y que tú lees al pueblo; para que quitándoos estas cosas, se os quite al mismo tiempo los medios, y la ocasion de volver á caer en vuestra supersticion, en caso de que los tormentos no sean capaces de sanaros.

F.

F. Si tanto placer os causa el vernos padecer, bien le podeis satisfacer : aquí nos teneis á todos prontos á daros este gusto : cortad , tajad, despedazad este cuerpo , que está en vuestro poder ; pero por lo que toca al alma , tened á bien que os diga , como no os es permitido el acabarla. En quanto á los vasos que tenemos, bien los podeis tomar ; porque no es con el oro, y con la plata con lo que Dios quiere ser honrado ; mucho mas le agrada á Jesu-Christo el ornamento del corazon , que el de las Iglesias. Tocante á las Escrituras , ni á vos os aprovecha el tenerlas , ni á nosotros nos es permitido el dároslas. A estas palabras hizo seña el Gobernador á los verdugos que se acercasen ; y se vió , no sin grande temor , entrar á uno llamado Mucapor , hombre sin humanidad , si es que tenía algo de hombre , porque aunque tenía la figura , mas se asemejaba á la de un leopardo. Entretanto aquel Magistrado buscaba por todas partes al Presbytero Severo , y no le encontraba: lo qual junto con la resistencia que Felipe hacía de entregarle los santos libros , le puso de mal humor , y lo descargó brutalmente sobre el Santo Prelado. El Diácono Hermes , que se hallaba presente , sensiblemente tocado del estado en que veía á su Obispo , dixo con arrogancia á Baso: Cruel Juez , ¿de qué os sirve tratar de este modo á este Santo anciano ? Aun quando fuéseis dueño de nuestros libros , y pudiéseis tambien acabar con todos los que se han esparcido en el mundo,

de

de suerte que no quedase ni uno sobre la tierra, no habríais adelantado nada; porque decidme: ¿Podríais acaso borrarlos del corazon de los Christianos? Sabed, que la Tradicion se conserva á pesar vuestro hasta el fin de los siglos, y que solo con venir nuestros hijos á consultar su memoria, ó la de sus padres, estarían en estado de restablecerlos, y de componer un número mucho mayor de los que hubiérais hecho perecer por medios tan inhumanos. Este discurso le atraxo al Diácono mil golpes, que le dieron por orden del Gobernador. Retiróse todo cubierto de contusiones á el lugar en que se conservaban los santos libros, y los vasos que servían á el Altar. Siguióle Publio, que era del Consejo del Gobernador. Este hombre metía con atrevimiento la mano en todo lo que le incitaba su codicia. Cayó bien presto en la tentacion de apoderarse de algunos vasos de aquellos que se habian inventariado: llevábaselos contra la voluntad de Hermes, que se opuso á ello, y á quien Publio hirió cruelmente hasta bañarle todo el rostro en sangre. Hizo esto mucho ruido, y llegó á noticia de Baso, que reprobó accion tan indigna, y se enojó fuertemente contra Publio, é hizo curar á Hermes de su llaga. Pero al mismo tiempo se apoderó de los vasos, y de los libros, y los hizo llevar á la plaza mayor, adonde conduxo con soldados á Felipe, y á los demas Fieles, queriendo gratificar al pueblo con un espectáculo, que le sería infinitamente agradable, é

in-

intimidar á los otros Christianos que resistieran entregar las Santas Escrituras.

Felipe, y los que con él fueron arrestados, iban entre dos filas de soldados, que llevaban los sagrados libros, y caminaban hácia la plaza mayor, mientras que Baso, resuelto enteramente en no tolerar ningun Christiano en toda la extension de su comando, pensaba en hacer demoler todas las Iglesias de la Ciudad. Inmediatamente envió gentes á la Catedral, con orden de quitar el techo, y no dexar mas que las paredes: acalorábase tanto en esta obra, que hacía dar á los peones grandes palos, quando veía que descansaban un rato. Por otra parte, llegada la tropa de soldados, que escoltaba á los Santos á la plaza mayor, era grande la confusion; de suerte, que se atropellaban, y gritaban, y parecia en un todo una guerra; acudiendo de todas partes los estrangeros, y los ciudadanos. Hízose en fin una hoguera de todos los libros sagrados; pero apenas se les puso fuego, quando al punto se levantó una llama con tanto estrépito, violencia, y rapidez, que introduxo un excesivo terror en el alma de todos los que allí estaban. Valióse S. Felipe de este crítico momento para hablar á los que se hallaron cerca de él, y les dixo: Ciudadanos de Heraclea, Judíos, y Paganos, ó de qualquiera otra religion, secta, ó sociedad que seais, estadme atentos. Temblad, Pueblos, temblad, porque ya comienza á sentirse la cólera de Dios: bien presto la experimentaréis: ella amenaza á

la

la impiedad, y busca á la injusticia: esta justa cólera amenaza á Sodoma (1). Pero si Sodoma teme el juicio, si renuncia su pecado, si dexando sus Dioses de piedra, busca sínceramente al Dios vivo, Sodoma no tiene mas que temer, ella será salva. Esta llama, que acaba de herir vuestros ojos con su repentino resplandor, y helar vuestros corazones con su prodigioso ímpetu, es una señal de aquel juicio que acaso vá á ser bien presto pronunciado contra vosotros: pero no solamente es en el Oriente, y en la ruina de Sodoma donde la cólera de Dios se dió á conocer por el fuego; sino que no há mucho tiempo que la misma señal anunció á la Sicilia, y en el Occidente la cercana venganza de este formidable Juez. Baxó una llama del Cielo sobre aquella Isla, y reduxo á cenizas á una de sus Ciudades con todos sus habitantes. Solas dos Vírgenes se salvaron de este horrible incendio. ¿Pero quereis saber quál fue la causa de su libertad? La piedad filial. Tenían un padre muy cascado de la vejéz: emprenden retirarle de en medio de las llamas: cárganle sus débiles, y delicadas manos sobre sus espaldas, que doblan á tan piadosa carga. Ríndense á peso tan precioso: entretanto avánzanse unos torbellinos de fuego, gánanlas, rodéanlas, ciérranlas el paso, y las quitan toda esperanza de poder ponerse en seguridad, y sacar á su padre. Ved aquí lo que les cues-

(1) Sodoma, figura de Heraclea.

cuesta la caridad : su piedad viene á ser para ellas mismas bien funesta , sin poder ser saludable á el que habiéndolas dado la vida , sería bien presto de su muerte la causa. ¿Pensais vosotros, ciudadanos de Heraclea , que esto sucedió así ? Pues no , no , estad seguros , que el mismo Jesu-Christo , aquel mismo á quien vosotros no mirais sino como un hombre , y que es Dios Todopoderoso , no pudo sufrir que una accion tan bella , y tan digna de recompensa , llegase á ser triste , y fatal á las que la executaban. Quiso tambien , para denotar la satisfaccion que recibía en ella , favorecerlas con su presencia adorable. Baxó , pues , del Cielo , y mandó á las llamas que se apartasen , y abriesen paso á las Vírgenes. Entonces , olvidando el fuego su violencia natural , giraba al rededor de ellas : suspendía su ardor , y retenía , si me es permitido hablar así , su inflamado aliento ; y poniéndose en orden las llamas á la derecha , y á la izquierda , las hacía como un camino (¡quién lo creyera !) cubierto de flores , y de verdor. En fin , el mérito de estas Vírgenes fue tan eficaz, y su caridad tan agradable á Dios , que en atencion á ella , todos los lugares por donde pasaban para retirarse , fueron respetados del fuego: no se atrevió á tocar á ellas ; y el lugar en donde se detuvieron , se nombró desde entonces , Lugar piadoso : queriendo en algun modo conservar un eterno reconocimiento de este beneficio, y dar á los hijos un exemplo público , y perpetuo

tuo de piedad. Tanta verdad es, qui si los habitantes de esta desgraciada Ciudad fueron consumidos por el fuego, no fue porque Dios les faltase en la necesidad; sino porque ellos mismos faltaron á Dios. Ademas de esto, aquel fuego de la cólera divina, dexó desde el principio del mundo, y en diversas partes de la tierra, muchos vestigios del justo castigo que Dios exerce sobre los pecadores: cayendo este fuego del cielo sobre la tierra, abrasa, destruye, y consume todo lo impuro que halla. Este fuego es el que abrasó á Hércules sobre el monte Oeta, quando fuertemente infatuado del pensamiento de que saldría un Dios de sus cenizas, encendió él mismo la hoguera que le consumió. Este es aquel mismo fuego, que habiendo reducido á polvo sobre otra montaña (1) al Médico Esculapio, dió ocasion á los pueblos crédulos de hacer de él tambien un Dios, que no tuvo otra consagracion, que un rayo, que sus delitos habian atrahído sobre él, y que jamás hubiera sido reconocido por Dios, si no hubiera sido castigado como malvado. Este es tambien aquel fuego vengador de delitos, que abrasó al Capitolio, habitacion del mayor de todos los Dioses de Roma; y que tampoco perdonó al templo de Serapis, el mas famoso de los de Egipto, y que tambien pereció por él. ¡Pobres Dioses! Que se queman como si fueran paja; ¿y qué socorro se puede espe-

(1) De Cinozura.

perar de semejantes divinidades, si ellas no se pueden librar á sí mismas? ¡Lindos Dioses! Pero acomodados, especialmente; porque si por la mañana llegan á quemarse, un diestro artífice puede hacer otro por la tarde. Y así, con tal que no falte piedra, ni madera, seguro está de que á lo menos no faltará cantidad de Dioses. El buen padre Baco dexó abrasar su templo en Atenas; y Minerva, aquella sabia Diosa, no pudo librar al suyo de semejante azar: ella misma pereció en él á pesar de su Egido (1). Esta pobre Diosa hubiera hecho mejor en no dexar su primer oficio de hilandera. ¿Pero qué dirémos del grande Apolo, que como adivino, no pudo preveer, ni como Dios impedir el incendio de su templo de Delfos? Confesemos, pues, que este fuego de la cólera divina no se encendió para los justos: la gracia de Dios los defiende de él; ó si alguna vez lo llegan á sentir, no es sino para purificarlos, en lugar de que á los impíos los toca para acabarlos; y así para los Santos, mas es luz, que fuego, ó brasa.

En tanto que Felipe persuadía de este modo al pueblo, se vió pasar al gran Sacerdote Catafronio, acompañado de los sacrificadores, cargados de platos, y de fuentes, en donde iban las ofrendas, y las viandas, que se debian presentar á los Dioses. Viendo esto Hermes, no pu-

(1) Escudo de Minerva, en donde estaba la cabeza de Medusa.

pudo contenerse de decir á los que estaban cerca de él: ¡Ah, hermanos mios, apartemos nuestra vista de estos abominables guisados! Ese festin diabólico no pasa por aquí delante de nosotros, sino para mancharnos. Volviéndose entonces S. Felipe á su Diácono, le dixo: Cúmplase la voluntad del Señor. Al decir esto, llegó Baso, acompañado de una numerosa multitud de todo sexô, y edad. Entonces se puso á hablar el pueblo confusamente, y como solía, sobre lo que pasaba, cada uno segun su genio, ó la pasion que le llevaba. Unos se compadecían de los Santos Mártires: otros se enfurecían fuertemente contra ellos; y acalorándose en sus razonamientos políticos, sostenían que se les debía obligar por toda suerte de medios á sacrificar á los Dioses. Particularmente los Judíos fueron los que mas se señalaron en esta ocasion, gritando con mayor esfuerzo que los mismos Paganos, que era necesario obligar á los Christianos á ofrecer sacrificios: dando á entender bastantemente por este medio su natural inclinacion á la idolatría; y verificando lo que el Espíritu Santo dixo por un Profeta: Ellos sacrificaron á los demonios, y no á Dios. En fin, dirigiéndose el mismo Gobernador á Felipe, le dixo: Sacrifica á los Dioses. F. ¿Cómo quieres que yo, siendo Christiano, pueda adorar á las piedras? B. Pues si no, sacrifica á los Emperadores. F. Mi Religion me enseña á obedecer á los Príncipes, y no á ofrecerles sacrificio. B. Sacrifica á lo menos á la Fortuna de la Ciudad: de

De esto no te podrás librar: ¿No ves qué hermosa es? ¿qué dulce magestad? Mira con qué ayre risueño te convida á rendirle homenage. F. Adórala tú enhorabuena, pues tanto te agrada: por lo que á mí toca, por mucha delicadeza que admire el arte en ella, para mí nunca será mas que una estatua. B. ¿Pues qué ese Hércules, que tiene el ceño tan fiero, y que por ese ayre terrible parece anunciarte tu pérdida? ¿si le niegas los honores divinos, no temes algun golpe de su maza? F. ¡Pobres ciegos! Quánto os compadezco, pues no sale el sol de la verdad para vosotros: caminando en tinieblas, tomais á la criatura por el Criador; y á un hombre por un Dios. Vosotros no tendríais Dioses, si no los hiciéseis: el oro, la plata, y el cobre, se echan en un molde, despues que se han sacado de las entrañas de la tierra: hácese de ellos una figura al principio bastante tosca, y grosera, y que muchas veces necesita ser fundida: tómala, pues, el artífice, la lima, la pule, y la acaba, y al punto se halla en ella la divinidad; y ved aquí un Dios hecho. Pero ¿quántos sacrilegios, y deicidios no cometeis al dia? ¿No sabeis, que quando poneis al fuego un pedazo de madera para hacer herbir vuestra olla, es un brazo, una pierna, y algunas veces el cuerpo entero de un Dios el que quemais? Puede ser que me digais, que ese pedazo de madera no es Dios; pero yo os respondo, que á lo menos lo podría llegar á ser. Y siendo así, ¡qué delito no sería impedir la

 pro-

produccion de su Dios! ¿Fuera de que no me confesareis, que un Neptuno hecho de marmol es mas apreciable que un Neptuno hecho de madera; y que el marfil, que es la materia de este Júpiter, es de otro precio diferente que la piedra comun de que está hecho este otro? Luego ved aquí, que es el valor de la materia, y no el poder, el que pone precio á vuestros Dioses. En efecto, un Platero venderá mucho mas cara una figura del Dios Pan, si os parece, ó de Priapo, los quales no son sino Dioses del segundo orden, especialmente si es de oro, que una figura del gran Júpiter, ó de la gran Diana, si es de plata. Creedme, la tierra nos dá los metales para servirnos de ellos, y no para adorarlos. Pero para vosotros la tierra parece que es una abundante semilla de Dioses.

No pudo Baso dexar de admirar el eloqüente, y atrevido discurso de aquel Prelado. Sintiéndose vencido de sus razones, pero disimulando, se volvió hácia Hermes, y le dixo con un tono animado de la cólera, y del despecho: ¿Y tú no quieres sacrificar? Respondió entonces Hermes con tanta frescura, como cólera habia mostrado Baso: No, yo no sacrifico á nadie, soy Christiano. B. ¿De qué condicion eres? H. Soy Decurion, y hago profesion de seguir en todo el camino de mi Maestro, que está presente. B. ¿Pero si ese tu Maestro sacrifica, tambien lo harás tú? H. Yo no digo eso; pero estoy seguro de que no executará tal cosa: Conozco muy bien su virtud, y

y su firmeza, y respondo de ella como de la mia. B. Pues te advierto, que te haré quemar vivo, si perseveras en tu locura. H. Tú me amenazas con un fuego, que tan presto está apagado como encendido; pero no sabes, qué ardor, y violencia es la del fuego eterno, que abrasará sin intermision á los discípulos del diablo. B. Sacrifica á los muy religiosos Emperadores, y dí solamente estas palabras: Este sacrificio ofrezco por la salud de nuestros Príncipes. H. Eso no se puede hacer: démonos prisa por llegar á la vida. B. Si quieres hallar esa vida, es necesario resolverte á obedecer; si no, tormentos, y muerte. H. ¡Ah Juez impío! no está en tu poder el hacernos consentir; ¿sabes lo que ganarás con tus amenazas? No servirán mas que de fortificar nuestra fé, sin aumentar en lo mas mínimo nuestro temor. Oído esto, envióles Baso á la prision; y al llevarlos, el insolente populacho hacía mil escarnios del Obispo, y Maestro Felipe, tirándole piedras, y le arrojaban en el lodo; como si Dios no gustára de que estuviese un momento sin sufrir, para que no pasára un momento sin merecer. Volvíase á levantar el Santo apaciblemente; y sin denotar el menor resentimiento de un tratamiento tan cruel, miraba riéndose á los que le trataban tan injuriosamente. Una moderacion tan grande, sorprendía, y admiraba á un mismo tiempo á estos brutos, y á todos quantos eran testigos de ella. Entretanto, cantando los Mártires himnos, y cánticos de acciones de gracias al

Señor, para agradecerle la fuerza, y el valor que les daba, entraron en la prision, y estando en ella algunos dias, quiso Dios conceder algun alivio á sus siervos, inspirando al Gobernador el que los mudára de prision. Púsoseles pues en la casa de Pancracio, que estaba contigua á las cárceles ordinarias; y allí tenian la libertad de recibir á los hermanos, que acudían en tropas para oír de la boca de su Pastor la palabra divina, é instruirse por él en los misterios, y en los preceptos de la Ley. Pero conociendo el diablo el daño que se le seguia de esto, supo enredarlo tan bien por los embustes que hizo sembrar, y llegar á oídos de Baso, que al punto se dió orden de volverlos á su antigua prision. No por eso dexaron de tratar los asuntos de religion. Estaba este lugar inmediato al teatro; y la sala donde ellos estaban, tenía una salida secreta á el mismo teatro, y por allí venían á él de noche, y recibían á los Fieles, que de todas partes acudian con una santa ansia. Pasábase toda ella en tratar de las cosas de Dios, y de la salvacion, y en darse testimonios mutuos de una caridad verdaderamente christiana. Estábanse tambien por mucho tiempo puestos á los pies de S. Felipe, al tomar su permiso, besándoselos con respeto, persuadidos de su grande santidad, y del crédito que le daba para con Dios.

En este intermedio se dió por succesor de Baso á Justino, hombre de mala intencion, y que no tenía mas religion que humanidad: mudanza muy per-

perjudicial á los Christianos ; porque Baso los trataba con bastante dulzura : rendíase á la razon quando se le hacía conocer ; ademas de que su muger, que servía á Dios en secreto, contribuía mucho á mantenerle en esta moderacion. Luego que Justino tomó posesion de su gobierno, mandó á Zoilo, Magistrado de la Ciudad de Heraclea, que tomase soldados, y le llevase á S. Felipe. Luego que el Santo se halló en el tribunal, le dixo el Gobernador : ¿Eres tú el Obispo de los Christianos ? F. Sí lo soy, y no pretendo negarlo. J. Los Emperadores, dueños, y Señores del mundo, nos han honrado con el encargo de obligar por todas suertes, y medios á los que hacen profesion del Christianismo á ofrecer sacrificios ; y tambien á precisarles por fuerza de tormentos, si de su voluntad no lo quisiesen hacer. Y así trata de obedecer, y procura evitar á tu edad suplicios, que la mas vigorosa juventud apenas podría sufrir. F. Si imaginas estar obligado á obedecer á las órdenes que recibes de tus Emperadores, que no son sino hombres como tú, y que la pena impuesta por la inobediencia, es temporal solamente : ¿con qué exâctitud, y con qué puntualidad religiosa no debemos nosotros obedecer á los mandatos de Dios, que en caso de desobediencia nos amenaza con una pena eterna ? Como quiera que sea, yo soy Christiano, y no puedo hacer lo que dices : fuera de que tú tendrás orden de castigar, pero no de obligar. J. Acaso no sabrás tú qué tormentos te esperan.

F. Hay mucha diferencia entre atormentar, y vencer: lo primero se os puede permitir; pero lo segundo jamás lo espereis. J. Voy á hacerte arrastrar de los pies por todas las calles; y si sales vivo, y vencedor de este tormento, te haré volver á llevar á la carcel para exponerte á nuevos suplicios. F. Quiera Dios que inmediatamente lo executes. Al punto le mandó atar una soga á los pies, y que dos hombres lo arrastrasen; y lo hicieron tan cruelmente, que las puntas, y las desigualdades del empedrado, le arrancaban los pedazos de la carne, quedando su cuerpo al instante lleno de llagas, contusiones, y sangrientos cardenales. En cuyo estado se le volvió á llevar á la prision.

Poco tiempo despues, habiendo buscado una infinidad de gentes á Severo, de orden del Gobernador, no pudiendo dar con él; este generoso Sacerdote, por un impulso del Espíritu Santo, se mostró de repente, y les ahorró el trabajo, que acaso harían inutilmente. ¿Pero cómo habia de permanecer oculto, quando conocía que era llamado á la gloria del martirio? Presentóse, pues, á Justino. Gozoso este de tenerle en su poder, le dixo: El exemplo de tu Maestro te debe hacer cuerdo; pues por su culpa está en el estado en que le verás. Toma tú otro mejor partido, y obedece á los Príncipes. ¿Por qué se ha de aborrecer la vida, siendo una cosa tan amable? ¿Y por qué se han de despreciar los bienes de este mundo, quando á mi parecer tie-

nen

nen tantos atractivos ? ¿Qué, no merecen bien que se deseen ? S. Las máxîmas que me han enseñado, son muy diferentes de las tuyas, yo no puedo apartarme de ellas. J. Doite tiempo para que peses allá dentro de tí unas, y otras. Exâmina bien las razones en pró, y en contra. Entretanto quedarás preso. Traxeron despues á Hermes, y el Juez le dixo: Dentro de poco serás testigo de lo que les cuesta á los que desprecian las órdenes de los Emperadores. Si me crees, tú sacarás regularmente buen partido: no te dexes llevar del ridículo honor de obrar como ellos; y aun mucho menos de sufrir lo que ellos han experimentado. Mírate bien, piensa en tu propia conservacion, y en la de tu familia: en una palabra, el que quiera ser infelíz, que lo sea; yo no te aconsejo que tú lo seas por complacencia, ó por emulacion: dá culto á los Dioses. H. Trabajo te costará el ganar eso de mí: yo he nacido en la Religion que profeso: la he mamado con la leche: me he criado con ella; y el Santo hombre de que acabas de hablar, me la ha impreso en mi alma. ¿Cómo podré yo ahora renunciarla ? ¿Qué motivo tan fuerte podré yo tener para abandonarla ? Y así, bien podeis tomar vuestras medidas sobre la declaracion que os he hecho. J. Ya veo muy bien lo que te dá esa seguridad: tú ignoras qué tormentos son los que te tengo destinados; pero luego que los hubieres experimentado un poco, bien presto mudarás de lenguage. H. Por terrible idea que quie-

ras que me finja, yo no los temo. Jesu-Christo, por cuyo amor estoy pronto á padecerlos, enviará sus Angeles para templar su rigor.

Viéndole Justino tan firme á todas sus reconvenciones, lo envió á la carcel con los demas. Apenas pasaron dos dias, quando templándose el Gobernador de repente, los hizo aliviar de prisiones, conduciéndolos á una sala decente. Pero no le duró por mucho tiempo este humor, y bien presto le hizo el diablo volver á tomar su primer natural cruel, mandando que se les volviese á la prision, en donde los tuvo siete meses enteros. Pasó despues á Andrinópoli; y los hizo llevar allí. Luego que salieron de Heraclea, todos los hermanos se mostraron inconsolables, viéndose á pique de perder para siempre á su querido Maestro, y Santo Pastor. Y así á la manera que los niños, á quienes arrancan del pecho de sus amas, lloran, y gritan, del mismo modo los Christianos de Heraclea, viendo que les quitaban al que les partía el pan celestial, y al que distribuía á cada uno el alimento saludable de la palabra de Dios, dan grandes gritos, y derraman muchas lágrimas. Llegados los Mártires á Andrinópoli, se los aloja en una casa del arrabal, de uno llamado Semporio, hasta nueva orden. Al dia siguiente de su arribo, hizo el Gobernador erigir su tribunal en los Baños públicos, y llevar á Felipe á su presencia; y le dixo: Y ahora, ¿qué ánimo es el tuyo? Porque sábete, que te he concedido esta larga dilacion, para

dar-

darte tiempo de mudar de parecer, y de tomar otro mas conforme á la razon, y á tus propios intereses: sacrifica, pues, si quieres obtener tu libertad. F. La prision no ha sido para nosotros mas que una triste habitacion, y un continuo suplicio, y ahora nos quieres vender como una gracia, el habernos hecho padecer en ella siete meses. Pues sábete, que siempre permanezco en el mismo dictamen, y siempre te diré una misma cosa, y es: que soy Christiano: que no ofreceré incienso á tus Idolos: que adoro al Dios eterno; y que á él solo ofrezco sacrificios. Irritado el Gobernador de esta respuesta, lo hizo azotar cruelmente. La constancia con que el Santo padeció este tormento, causó no menos terror á los que eran los executores, que admiracion á los que eran simples expectadores del suplicio. Pero unos, y otros se quedaron igualmente sorprendidos, y espantados de una cosa milagrosa que sucedió al tiempo de executar aquel castigo. Habíasele comenzado á despojar, y facilmente le quitaron su capa, y la túnica; pero quando se le quiso despojar de la camisa, el amor á la honestidad, que conoció Dios en su siervo, le obligó á hacer un milagro á favor de esta virtud: porque no se le pudo quitar de la camisa sino la parte que le cubría las espaldas, quedando lo restante como pegado sobre la carne, y unido. Quedóse admirado el mismo Justino, mas no por eso se convirtió. Volvió á remitir al Santo Obispo á la carcel, é hizo que le traxeran á Hermes. Halló este

Diá-

Diácono dispuestos los ánimos, respecto de él, de otra manera bien diferente. Porque el Gobernador le hacía grandes amenazas; pero no se le daba nada de ello. A el contrario, todos los demas Oficiales, que le querían librar, se valían de súplicas, exhortaciones, y persuasiones fuertes, por vencerle á obedecer á los Emperadores. Obligábales á tener por él estos respetos el reconocimiento; pues habia sido en otro tiempo Magistrado, y como era naturalmente bienhechor, tenía obligados con sus beneficios á todos aquellos que pudo en el exercicio de su empleo. Esto es lo que hacía interesar á tantos en su conservacion. Pero él no se movía mas de las amenazas del Gobernador, que de las persuasiones de sus amigos; y conservando una tibia indiferencia, volvió á entrar en la prision sin mudar de dictamen, semblante, ni pensamientos. Este lugar, en donde jamás se habia atrevido á entrar la alegría hasta entonces, estaba todo lleno de ella. Nuestros Santos Mártires celebraban su victoria, ó por mejor decir, la de Jesu-Christo; y le erigían gloriosos trofeos de los despojos de su enemigo vencido. A vista de este Señor, sentían renacer en sí nuevas fuerzas, tanto, que ni aun al bienaventurado Felipe, que siempre fue de una complexîon muy delicada, le quedó el menor dolor de tantos tormentos como habia padecido.

Pasados tres dias, sentándose Justino en su tribunal ordinario, mandó que le llevasen los presos.

sos. Luego que entraron, le dixo el Gobernador á Felipe: ¿Cómo has tenido la temeridad de rehusar, aun con peligro de tu vida, someterte á los órdenes de los Emperadores? F. Injustamente me acusas de temeridad; un movimiento mas noble es el que me hace obrar, el amor, y el temor de Dios, que ha hecho todas las cosas, y que debe juzgar un dia á todos los hombres. Entonces sí que se me podría llamar temerario, si intentase contravenir á las órdenes de este Rey Todopoderoso. Por lo que toca á vuestros Emperadores, no tienen ellos en todo su Imperio un vasallo mas obediente, ni mas sumiso que yo, quando manden cosas justas. Una de las máxîmas de la Religion que yo profeso es, que es necesario dar al Cesar lo que pertenece al Cesar, del mismo modo que conviene dar á Dios lo que es de Dios. Hasta aquí nada tengo que me reprenda tocante á este precepto, y lo he cumplido con una exâcta fidelidad; pero en fin, ya es tiempo de que elevándome sobre todo lo terrestre, dirija todos mis pensamientos hácia el Cielo: y así otra vez os repito lo que tantas veces os tengo dicho, que soy Christiano, y no puedo sacrificar á tus Dioses. Nada le respondió Justino, sino volviéndose á Hermes, le dixo: Si la vejéz le ha quitado á este el gusto de los bienes de este mundo, tú, que aún estás en la flor de tu juventud, no los desprecies: dá culto á los Dioses, para que todas las cosas te sucedan con prosperidad. Pero Hermes le respondió de esta ma-

manera: Permitidme, señor, que os exponga en pocas palabras, y haga comprehender á todos los que me escuchan, la vanidad, lo ridículo, y lo debil de vuestra religion. ¿De dónde proviene, que el error no busque sino el obscurecer la verdad, que la calumnia se dedique tan fuertemente á manchar la inocencia, y que el hombre emplee todo su espíritu en destruir á su semejante? ¿De dónde pensais vosotros, digo, que un desorden tan grande se haya esparcido en la naturaleza? ¿Cómo se ha introducido en el mundo, sino por la sugestion del demonio, por sus artificios, y por su malicia? Todo su cuidado le ha puesto en pervertir, y corromper la obra de Dios, y en mudar el orden que habia establecido. Ha substituído en lugar del verdadero Dios, los falsos Dioses, que vosotros adorais: todos ellos son de su invencion; pero sabed, que proponiéndoos este culto impío, no ha tenido otro fin, que haceros sus esclavos, y sujetaros á su imperio. Esos sacrificios que le ofreceis, son otros tantos empeños que contraheis con él, y otras tantas señales de una vergonzosa, y dura servidumbre. Tened á bien, que os compare en el deplorable desvarío en que os veo, á aquellos caballos fogosos, que habiendo sacudido el bocado, y el freno, y no obedeciendo mas á la voz, ni á la mano del cochero, ván á dar á un precipicio; del mismo modo, despreciando vosotros la palabra de Dios, que es el freno de las pasiones, no oyendo su voz, y no re-

reconociendo mas la mano de este sabio conductor, vais cayendo de delito en delito, y de miseria en miseria, hasta llegar al abismo. Una de las sentencias pronunciadas por la boca del mismo Dios es, que la infamia será la pena de los malos, y la gloria la recompensa de los buenos. Volvamos á vuestros Dioses. Ese á quien vais á llevar vuestras ofrendas, y ofrecer vuestros votos, quizá no es mas que un pedazo de madera, que se ha sacado del fuego, un tizon negro por un lado, que el escultor ha salvado de las llamas para haceros de él un Dios. El mismo demonio, ¿qué otra cosa es que un tizon que arde para siempre, sin poder jamás ser consumido? ¿Quál es, pues, el objeto de vuestras adoraciones? Un pedazo de madero sacado del fuego: un espíritu que arde continuamente en la llama, que jamás se apagará. Temed, pues, el tener una suerte semejante á la de vuestros Dioses. Quando os veo en algunas de vuestras ceremonias con vestidos sucios, y rotos, el cuerpo cubierto de grasa, y de inmundicia, los pelos sueltos, y enredados: quando os considero en este estado en vuestros templos, y cerca de los sepulcros, exclamo, que vosotros estais executando por anticipacion en vosotros mismos la sentencia que el Juez Soberano pronunciará en el último dia contra vuestra impiedad. ¿Honrais á vuestros Dioses, ó llorais su infortunio? Pero no sentís vosotros la pesadez de vuestras cadenas, y no haceis esfuerzos para recobrar vuestra libertad.

Es tan grande vuestra ceguedad, que no os dexa á lo menos alcanzar á ver vuestro Libertador. El perro guiado de su olfato, sigue las huellas de su amo, y le halla: el escudero, á quien su caballo habia arrojado de la silla, con un silvido le hace volver á sí desde el fin de la carrera adonde su fogosidad le habia precipitado: el buey vuelve á la pila del labrador que le sustenta; y el asno reconoce el establo de su señor: Y solo tú, ó Israel! ¿no has de conocer jamás á tu Señor, y á tu Dios? A esta exclamacion de Hermes, le interrumpió Justino, diciendo á gritos: No te parezca que me has de obligar con tus bellos discursos á hacerme Christiano. Pero Hermes le respondió: Pluguiera á Dios, señor, que lo fuéseis vos, y todos los que me oyen; pero en fin, no espereis que jamás á vuestros Dioses dé cultos. Confuso el Gobernador de verse vencido por la larga, y generosa resistencia de los Mártires, habiendo tomado los votos de su consejo, pronunció esta sentencia: "Condenamos á Felipe, y á Hermes á ser quemados » vivos, por haber rehusado obedecer al edicto » del Emperador. Y á este efecto los hemos degradado de la dignidad de Ciudadanos Romanos, declarándolos desposeídos de las prerrogativas anexas á esta qualidad. Y querémos que » cada uno sepa por este acto de severidad, de » qué delitos son culpables los que se atreven á » despreciar los sagrados órdenes de los Emperadores." Oyeron los Santos pronunciar con alegría

gría esta sentencia, y marcharon hácia la hoguera, dando gracias á Dios de que los habia elegido como á las primicias de su rebaño, para serle ofrecidos en sacrificio.

Entretanto, habiéndose quedado solo el bienaventurado Severo en la prision, se consideraba como un navío sin piloto, abandonado á la merced de los vientos, y de las olas; ó como una oveja sin pastor, expuesta en el desierto al furor de los lobos. Sin embargo de estas inquietudes, no dexó de sentir una alegría extraordinaria, quando supo, que sus dos amigos iban á recibir la corona del martirio, por la qual tenía él tan ardientes deseos; é hincándose de rodillas, se puso á orar, interrumpiendo su oracion con largos, y profundos gemidos. "Señor, decia, cu-
» ya bondad es un puerto siempre abierto á las
» almas sorprendidas por la tempestad: vos, que
» sois la única esperanza de los hombres: vos,
» de quien los enfermos aguardan la salud, y
» los desgraciados el alivio en sus trabajos: vos,
» que sois la luz de los ciegos, dulce refrige-
» rio de los que sufren; y en quien los que es-
» tán fatigados hallan un reposo tranquilo: Gran
» Dios, que habeis afirmado la tierra sobre sus
» fundamentos: que asignais á cada elemento el
» lugar que debe ocupar en el universo; y que
» con una sola palabra habeis acabado esas ma-
» ravillosas obras: esos inmensos cuerpos que gi-
» ran sobre nuestras cabezas: Vos, que preser-
» vasteis á Noé de las aguas del diluvio: que

» subs-

» substituisteis un carnero en lugar de Isaac: que
» os dignasteis de que Jacob probase sus fuerzas
» contra vos: que librasteis á Lot de los fuegos
» de Sodoma: que conversasteis familiarmente
» con Moysés: que hicisteis de Josué un caudi-
» llo igualmente sabio, y valeroso: que baxasteis
» con Josef á la prision: que sacasteis á vuestro
» Pueblo de Egipto, para ponerle en posesion de
» la tierra que le habeis prometido: que librasteis
» de las llamas del horno de Babilonia á los tres
» jóvenes Hebreos: que cerrasteis la boca á los
» leones, que estaban para devorar á Daniel: que
» hicisteis hallar á Jonás un asilo seguro en el
» vientre de una ballena: que tomasteis la defen-
» sa de la inocente Susana contra la calumnia, y la
» injusta violencia de dos malos Jueces: que fortifi-
» casteis el brazo de Judit: que recompensasteis
» la piedad de Ester con el primer trono del
» mundo: que precipitasteis al cruel Amán en un
» abismo de ignominia: vos, que nos habeis he-
» cho pasar de las tinieblas á la luz: Padre
» Santo, Padre misericordioso, Padre de nues-
» tro Señor Jesu-Christo, que me habeis dado la
» señal de la cruz como una prenda de mi sal-
» vacion: suplícoos, Señor, que no sea yo in-
» digno ante vuestra presencia de morir por vos:
» que no sea yo privado de la dicha que ván á
» gozar mis hermanos: haced que tenga yo parte
» con ellos en las recompensas que les preparais:
» que sea yo unido con ellos en la gloria, des-
» pues de haberlo estado en los tormentos; y que
» pue-

„ pueda yo alabar vuestro nombre con ellos en
„ el Cielo, despues de haberlo confesado con
„ ellos en la tierra."

Oyó Dios la oracion de su siervo. Pero como llevasen á Felipe al lugar en donde debia ser quemado, por no permitirle ir por su pie la hinchazon de sus piernas, Hermes le seguia de lexos, y con trabajo, por estar tambien como él sumamente con los pies hinchados, de los muchos, y diversos tormentos padecidos. No obstante, venciendo al dolor este generoso Diácono, decia agradablemente á Felipe: Amado Maestro mio, apresurémonos por ir al Señor, que una vez que hayamos llegado al Cielo, no necesitaremos mas de nuestros pies. Volviéndose despues hácia los que le seguian, les dixo: Hermanos mios, ya me ha dado Dios á entender por una revelacion particular, que yo habia de acabar así mi vida. Estando dormido, hace algunos dias, me pareció que veía volar al rededor de mí una paloma de una blancura que deslumbraba: vínose luego á reposar sobre mi cabeza; y tomando despues un dulce vuelo, se puso sobre mi mano: tenía en su pico no sé qué cosa de un gusto muy exquisito, que me dexó tomarla: gustéla, y desde entonces conocí que Dios me llamaba al honor del martirio. Acabada de hacer esta relacion, se llegó al lugar en donde habia de sufrirlo. Hízose un hoyo, en el qual entraron al bienaventurado Felipe, y se llenó despues de tierra hasta las rodillas del Santo. Atá-

 ron-

ronle las manos á las espaldas, y juntamente á una estaca. Hízose lo mismo con Hermes; y queriendo este baxar al hoyo dando muchos saltos, tropezaba á cada paso, no obstante de ir apoyado sobre un baston, lo que le obligó á decir: Ni aun siquiera hasta aquí tienes, ó pobre diablo! poder para sostenerme; y al instante le cubrieron los pies de tierra como á su Maestro Felipe. En tanto que le rodeaban de sarmientos, y leña seca, aún tuvo lugar este Santo Diácono para llamar á un Christiano, que alcanzó á ver entre el tropel, y le encargó mucho estuviese con Felipe, su hijo, para decirle pusiese con una exâcta fidelidad los depósitos que se le habian confiado, en manos de aquellos á quienes pertenecían; y añadió: Id, amigo mio Velogio, y decid á mi hijo: Estas son las últimas palabras de vuestro moribundo padre, las que os dexa como las mas preciosas señales de su afecto. Sois joven, y así evitad como un escollo, todo quanto puede afeminar vuestra alma; especialmente huid de la ociosidad: haced que un honesto trabajo os dé con qué subsistir, siguiendo en esto el exemplo del que os hizo: conservad como él, la paz con todo el mundo. El fuego que en aquel instante se cebó en él por todas partes, le impidió que continúase. No obstante, oyóseles por algun tiempo cantar cánticos, y alabanzas; pero consumiéndolos el fuego del todo, la última palabra que se les oyó clara, y distintamente, fue Amen.

De este modo dieron con su muerte estos bienaventurados Mártires un gran testimonio á la verdad. ¡Fieles Discípulos de Jesu-Christo, que habiendo combatido baxo sus auspicios, merecieron vencer, y ser coronados de su propia mano! Espiró Felipe en lo fuerte de su oracion, y se le halló con los brazos tendidos, su rostro tan fresco, y tan hermoso como el de un adulto; y el de Hermes parecía no haber pasado por el fuego sino para tomar un brillante, y vivo colorido.

Aun no estaba muy contento con todo esto el diablo: pues inspiró á Justino hiciese arrojar en el Hebro (1) las sagradas reliquias de los Santos Mártires. Pero animadas algunas personas de una generosa piedad, preparan redes, y entrando en un barco, van á el lugar donde las echaron; y pidiendo al Cielo su asistencia, y queriendo Dios recompensar su ardiente caridad, hace que saquen en sus redes los Santos cuerpos. Inmediatamente estos dichosos pescadores, mas satisfechos de su adquisicion, que si hubiesen hallado oro, y perlas, vuelven á la orilla, saltan á tierra, y van á ocultar su presa á doce millas de la Ciudad, en una cerca, ó granja, llamada Ogestitiron.

(1) Rio célebre de Tracia, que despues de haber regado los muros de Filopópolis, Trayanópolis, y Andrinópoli, se entra en el Archipiélago.

ACTAS DE S. TARACO, DE S. PROBO, Y ANDRONICO, MARTIRES.

Sacadas de diversas ediciones, cotejadas con muchos Manuscritos Latinos, y particularmente con uno Griego de la Biblioteca de M. Colbert, mucho mas extenso que los otros.

Año de Jesu-Christo 304, en el imperio de Diocleciano, y de sus Colégas.

PAnfilo, Mariano, Lisias, Agatocles, Felix, Gemelo, Atenion, Taraco, y Orosio: á nuestros amados hermanos Baso, Berulo, Timoteo, y Aquilo; y á todos los Fieles de Icona, que están santificados por la Fe, y unidos por la caridad de nuestro Señor Jesu-Christo.

Hemos tenido cuidado de recoger con toda la exâctitud posible, lo mas notable que ha pasado en Cilicia en la muerte de algunos Mártires, cuyas cadenas deseáramos poder llevar nosotros, y cuyas Actas os enviamos; asegurándoos al mismo tiempo, que no nos podreis dar mayor gusto que publicarlas. Sabed, que las hemos sacado de los registros de la Audiencia criminal de Tarso, por medio de Sabasto, uno de los Alguaciles de esta Ciudad, que nos las ha conseguido mediandian-

diante la suma de doscientos dineros. En ellas vereis el principio, y la serie del martirio de estos hombres admirables; su glorioso fin, y los prodigios que se ha dignado Dios obrar por ellos para gloria suya, y para nuestra edificacion. Os suplicamos que deis parte de ellas á los Fieles de la Pisidia, y de la Panfilia, á fin de que nuestro Señor Jesu-Christo sea glorificado; y que cada uno de vosotros halle en esta fiel relacion un nuevo motivo de animarse á combatir, con el auxîlio del Espíritu Santo, á los enemigos de la verdad.

INTERROGATORIO PRIMERO.

EN el nono Consulado de Diocleciano, y el octavo de Maxîmiano, á veinte y uno de Mayo, teniendo su audiencia pública en Tarso, Capital de Cilicia, Flavio Cayo Numeriano Máxîmo, Gobernador de la Provincia, dixo el Centurion Demetrio: Señor, el Esento Eutolmio Paladio ha trahído de Pompeyópolis tres hombres de la impía secta de los Christianos, los quales han rehusado obedecer á los edictos de los Emperadores; y son estos que están aquí presentes. Entonces el Gobernador Máxîmo le dixo á Taraco: ¿Cómo te llamas? porque siendo tú el mas viejo de los tres, debes tú ser preguntado el primero: responde pues. T. Yo soy Christiano. M. Quita allá esa impiedad, que no te hace mucho honor, y dime solamente tu nombre. T. Yo soy

Christiano. M. Rompedle las quixadas, y decidle: Otra vez no respondas una cosa por otra. T. Este es mi verdadero nombre: Si quereis saber el que he recibido de mi padre, me llamo Taraco; y en el Exército me llamaban Victor. M. ¿De qué profesion, y de qué pais eres? T. Yo soy soldado, y Romano, y Claudiópolis, Ciudad de Isauria, es el lugar de mi nacimiento; y porque soy Christiano he dexado el servicio. M. Bien hecho, porque tu impiedad te degrada, y te hace indigno de llevar las armas: no obstante, quiero yo saber cómo has obtenido tu licencia. T. La pedí á Publion mi Capitan, y me la concedió. M. Pues mira, compadézcome de tu vejez; pero es preciso que obedezcas á las órdenes de los Emperadores, y te prometo, que si lo haces de tu voluntad, tendrás motivo para estar contento conmigo. Vamos, ven, y sacrifica á los Dioses; nuestros Príncipes les ofrecen sus cultos. T. Vuestros Príncipes cometen un grande error. M. Deshacedle la boca por lo que ha dicho. T. Sí que lo he dicho, y lo vuelvo á decir otra vez, que lo cometen; ¿pues no son hombres para errar? M. Sacrifica á nuestros Dioses, y déxate de todos esos rodeos. T. Yo sirvo á mi Dios, y cada dia le sacrifico, no la sangre de las víctimas, sino un corazon puro; porque Dios no gusta de esa especie de sacrificios sangrientos. M. Ciertamente tengo compasion de tu vejez: renuncia, pues, toda esa vana supersticion, y sacrifica á nuestros Dioses; mira que te hablo como amigo. T. Yo

nò renuncio tan facilmente la Ley de Dios. M. Acércate, te digo, y sacrifica. T. No cometeré semejante impiedad: tengo mucho respeto á la Ley de Dios. M. ¿Y tenemos nosotros otra ley? Dí, cabeza de hierro. T. Sí por cierto; y es la que os manda adorar á la madera, á las piedras, obra toda de vuestras manos. M. Dadle de pescozones, y decidle: Dexa ese vano encaprichamiento en que estás. T. No dexaré yo un capricho, que salva mi alma. M. Yo te le haré dexar bien presto, y te haré cuerdo, á pesar tuyo, y aunque tú no quieras. T. Bien podeis hacer lo que gusteis, á vuestro arbitrio está mi cuerpo. M. Quitadle los vestidos, y azotadle muy bien con varas. T. Verdaderamente has hallado el secreto de hacerme cuerdo; yo mismo me hallo fortificado por las llagas que acaban de hacerme, y siento que crece en mí mas, y mas la confianza que tengo en mi Dios, y en Jesu-Christo. M. ¡Ah malvado! ¿cómo puedes decir que no hay sino un Dios, quando ahora mismo acabas de nombrar dos? T. Yo confieso á el que es el verdadero Dios. M. Pues si dices que sirves á Dios, y á Jesu-Christo. T. Está muy bien; pero es porque Jesu-Christo es Hijo de Dios, y un solo Dios con su Padre, esperanza de los Christianos, por el qual sufrimos, y por quien somos salvos. M. ¿Otra vez? Déxate de esos vanos discursos, acércate, y sacrifica. T. Estos no son vanos discursos, sino la verdad. Sesenta y seis años tengo, y siempre he vivido en el conoci-

miento, y amor de esta verdad; jamás me he apartado de ella. Entonces le dixo el Centurion Demetrio: Hombre miserable, ten compasion de tí mismo, y sacrifica; créeme. T. Retírate de ahí, apártate de mí, Ministro de Satanás. M. No perdamos el tiempo; que lo carguen de cadenas, y que lo lleven á la carcel. Haced que entre el que se sigue.

Entróle el Centurion Demetrio, y dixo: Señor, aquí está. M. ¿Cómo te llamas? Respondió: Yo tengo dos nombres; el mas noble es Christiano, y el que los hombres me dán, es Probo. M. Y bien, Probo, ¿de qué familia eres, y de qué pais? P. Mi padre era originario de Tracia, y yo he nacido en Sida, en la Panfilia. Mi familia no es muy ilustre; pero yo soy Christiano. M. No la ilustrarás tú mucho con ese nombre, ni es nada á propósito para hacer fortuna. Créeme, sacrifica á los Dioses, este sí que es un medio mucho mas seguro; porque en este caso yo te prometo mi amistad, y el favor de los Emperadores. P. Mi ambicion es muy poca; yo me pasaré muy bien sin el favor de los Emperadores, y os estimo vuestra amistad. Podia hacer en el mundo una figura bastante considerable; pero hago tan poco caso de los bienes de la tierra, que por servir á mi Dios lo he renunciado todo. M. Desnudadle, y dadle cien golpes con nervios de bueyes. Díxole el Centurion Demetrio: Mira por tí, amigo mio, y no te dexes así bañar todo en sangre. P. Yo os abandono mi cuerpo, vuestros tor-

tormentos son para mí un agradable refrigerio. M. Infelíz ! ¿es posible que has de querer permanecer siempre en tu obstinacion ; y tu locura ha de ser incurable ? P. No soy yo tan necio , ni tan loco como pensais ; por mas cuerdo me tengo yo que vosotros , y por eso no sacrifico á los Idolos. M. Volvedle del otro lado , y dadle sobre el vientre. P. Señor , Jesus , socorred á vuestro siervo. M. Decidle á cada golpe : ¿Dónde está ese Jesus á quien llamas en tu socorro ? P. Ya me ha oído , no lo dudeis , aquí está presente, yo conozco que me sostiene ; y una de las señales de su proteccion es , que todos vuestros tormentos no han podido aún con lo que quereis. M. Mira el estado en que te hallas , y como la tierra está toda cubierta de tu sangre. P. Sabed , que quanto mas sufre mi cuerpo , mas aliviada se siente mi alma ; y conforme se debilita el uno , la otra vá tomando nuevas fuerzas. M. Ponedle grillos en pies , y manos , y que no se permita á nadie el verle. ¿Dónde está el tercero ?

Aquí está , Señor , dixo el Centurion Demetrio. M. Dí tu nombre. A. Si quereis saber la verdad , os digo que soy Christiano. M. Tus antepasados no se llamaban así : responde , pues , al caso. A. Pues bien , por satisfaceros , os digo , que me llamo Andrónico. M. ¿Y tu familia ? A. Esta no es de las menores de Efeso ; y mi padre tiene allí uno de los primeros puestos. M. Si quieres creerme , dexa todos esos discursos inútiles , y no hagas como los que te han precedido , que se han

han hecho los locos, bien que su locura les cuesta caro. Pero tú, si quieres seguir mi consejo, y si te he de hablar como si fueras mi hijo, adora á nuestros Dioses, rinde á nuestros Príncipes el honor que les es debido, y esto lo harás obedeciendo prontamente á sus órdenes. Mira que son nuestros padres, y nuestros dueños, y señores. A. Vosotros los llamais vuestros padres, y teneis al demonio por padre: vosotros sois sus hijos, y haceis las acciones de tales. M. Mira, joven, no abuses de la contemplacion que tengo á tu edad. Ya ves ahí todos esos suplicios dispuestos. A. Verdad es que soy joven, si cuentas mis años; pero mi alma ya ha llegado á la edad viril, y ya tiene toda la fuerza, y toda la madurez debida. M. Ea, dexa esas bachillerías, y sacrifica, si quieres librarte de los tormentos, porque con qualquiera resistencia no lo conseguirás. A. ¿Os parece que yo tengo menos ánimo, ó mejor gusto que los otros? ¿y os imaginais que he de querer yo cederles en valor, ó en fidelidad para con mi Dios? Pues os declaro que estoy pronto á sufrir todo quanto me quisiéreis hacer padecer. M. Desnudadle enteramente, y tendedle sobre el potro. Entonces le dixo el Centurion Demetrio: Antes que os dexeis desgarrar tan miserablemente, escuchad sola una palabra. A. Mas quiero perder mi cuerpo que mi alma, haced lo que quisiéreis. M. Sacrifica, Andrónico, y no me obligues á hacer extremos contigo. A. Yo jamás he dado culto á los Idolos en mi vida, y no he de comenzar hoy á hacerlo:

lo: ¿quereis que yo sacrifique á los demonios? M. Vamos, ya no hay que esperar nada de él, executad vuestras órdenes. Díxole el Carcelero Atanasio: Ea, haz lo que el Gobernador te pide: yo tengo dos veces mas edad que tú, y esto es lo que hace tomarme la libertad de darte este consejo. A. Para ser un hombre, que se cree tan cuerdo, y que tiene dos veces mas edad que yo, es cierto que me das un consejo admirable, como es el sacrificar á unas piedras, y á unos leños; tomadle para vos mismo, si quereis. M. Tú no sabes todavía lo que es sufrir el hierro, y el fuego; puede ser que despues de haberlo experimentado, renuncies unas quimeras, que no te librarán de nuestras manos. A. ¡Dichosas quimeras! que nos hacen poner en Dios toda nuestra esperanza. La prudencia del siglo es la que dá la muerte. M. ¿Quién te ha enseñado todas esas extravagancias? A. La palabra que dá la vida, que la conserva, y que nos asegura que hemos de resucitar algun dia, segun la promesa que Dios nos ha hecho. M. Déxate de todas esas locas imaginaciones, ó si no, mira que te haré atormentar sin misericordia. A. En tus manos estoy, tú eres el dueño, haz lo que quisieres. M. Pues no le perdoneis en nada. A. Señor, que sois un Dios justo, ved lo que sufro injustamente: mirad como me castigan, como si fuese un homicida, no habiendo cometido crimen alguno. M. ¿Llamas tú no tener culpa el haber despreciado los decretos de los Emperadores, y desafiádome hasta en mi

tri-

tribunal? A. Yo creo en Dios, defiendo su verdad, espero en su bondad, ved aquí todo mi delito; por esto es por lo que se me hace sufrir. M. No nos vendas tanto tu piedad, y tu Religion; la tendrias en efecto, si venerases los Dioses que los Emperadores adoran. A. Impiedad es, y no religion el abandonar el culto del verdadero Dios por adorar el bronce, ó el marmol. M. Luego segun tu estimacion, infeliz, y detestable, ¿nuestros Príncipes son unos impíos? Que lo vuelvan, y que le metan puntas de hierro por los costados. A. En tu poder estoy, haz de mí lo que quisieres. M. Tomad pedazos de tejas, y frotadle con ellos sus llagas. A. Por cierto que acabais de dar á mi cuerpo un grande alivio. M. Yo quiero ir poco á poco acabando contigo. A. Vuestras amenazas no me dan miedo. El espíritu que me conduce, es mejor que el que os hace obrar. M. Ponedle al cuello una gruesa cadena, y otra á los pies, y que se le guarde con cuidado.

INTERROGATORIO SEGUNDO.

EN MESOPUESTE EN CILICIA.

FLavio Cayo Numeriano Máxîmo, Gobernador de Cilicia, estando en su Audiencia, dixo al Centurion Demetrio: Entren los Christianos, esos hombres impíos. Este respondió: Aquí están, Señor. Y Máxîmo habló de esta suerte: Bien sé que

que la vejéz se ha de respetar, pero es quandó la acompañan la cordura, y la prudencia; y así Taraco, si, como creo, que habiendo tenido lugar de hacer tus reflexîones, has mudado de parecer, y estás dispuesto á obedecer á nuestros Príncipes, y á sacrificar á los Dioses, quiero tambien asegurarte, que estoy pronto á dar á tu edad, y á tu mérito todo el honor que le es debido. T. Plugiese á Dios, á este Dios, que es el único, y verdadero Dios, que vuestros Príncipes, y todos los que por complacencia, ó por preocupacion siguen los mismos errores, pudiesen salir de la estraña ceguedad en que estan; y que ilustrados por la Fé, pudiesen andar á favor de sus luces por el único camino que lleva á la vida. M. Quebradle las quixadas con una piedra, y decidle: Dexa de ser loco. T. Esta locura, que me reprehendeis, no es sino una verdadera prudencia; y la vuestra no es sino una verdadera locura. M. Ya no tienes ningun diente, infeliz, y acaban de hacértelos polvos, salva á lo menos, lo restante del cuerpo. T. Aunque me hiciéseis mil pedazos, siempre sería mas fuerte, porque toda mi fuerza viene de Dios. M. No importa, créeme, que aún será para tí mejor partido el sacrificar. T. Si yo creyese que esto me habia de ser tan ventajoso como dices, no padecería tan grandes tormentos. M. Abofeteadle otra vez, y decidle: Responde bien. T. Me has hecho quebrar todos los dientes, y quieres que responda? M. Ah insensato! despues de todo esto

aún

aún no te rindes! Acércate, pues, al altar, y sacrifica. T. Si me has quitado el medio de hablar á lo menos con alguna facilidad; no me has podido quitar la habla interior, y mi alma cada vez está mas firme, y mas inalterable. M. Ah hombre maldito de los Dioses! yo hallaré el secreto de quitarte tu locura: traigan un brasero con carbon bien encendido, y metedle las manos dentro, hasta que se quemen. T. Si no es mas que eso, vuestro fuego poco vale: solo hay uno, que es el que yo mas temo; y este es el fuego eterno. M. Ya tienes tus manos del todo tostadas, ¿no es tiempo de que llegues á ser cuerdo? Ven pues á sacrificar. T. Parece que me hablais como si ya me hubiéseis hecho consentir en lo que pretendeis de mí; y como si vuestra crueldad me hubiese quitado la fuerza de poder resistiros mas: aun no estoy en ese estado, gracias á Dios, y así no teneis mas que continuar, que aún os he de hacer trabajar. M. Colgadle por los pies con la cabeza abaxo, y encended fuego, que haga mucho humo. T. ¿No me ha podido hacer temer tu fuego, y pretendes intimidarme por tu humo? M. ¿Y sacrificarás ahora? T. Bien podeis vos sacrificar, si quereis, que yo no lo haré. M. Traed vinagre, y sal, y echádselo en las narices. T. Tu vinagre nada tiene de fuerte, y no hay cosa mas sosa que tu sal. M. Mezcladle mostaza, y frotadle las narices. T. Sábete que tus verdugos te engañan, y que me han dado miel por mostaza. M. Basta por ahora: entretanto yo imaginaré algun

gun otro nuevo tormento, y no se ha de decir, que yo he salido vencido en este negocio; preciso será que dexes tu locura. T. Está muy bien, siempre me hallarás pronto á responderte. M. Quitadle de ahí, y volvedle á la carcel. Que entre otro.

Aquí está Probo, dixo el Centurion Demetrio. Y bien, ¿lo has pensado bien? ¿Has sanado ya de tu locura, y vienes ya con ánimo de sacrificar á los Díoses? Nuestros Príncipes ya sabes tú que todos los dias les ofrecen sacrificios por la salud de sus vasallos. P. Otra vez se renueva en mi corazon una nueva audacia: los tormentos que he sufrido, no han servido de otra cosa que de hacerme mas fuerte, y mas vigoroso, endureciendo mi cuerpo; y me siento con una firmeza capaz de sufrir todos quantos me podeis hacer padecer. Ni vosotros, ni vuestros Príncipes alcanzarán de mí, que sacrifique yo á unos Dioses que no conozco. Yo tengo á mi Dios en el Cielo: yo le sirvo, yo le adoro; pero ni sirvo, ni adoro á otro que á él. M. ¿Pues qué, infelíz, los Dioses que nosotros adoramos, no son Dioses vivos como el tuyo? P. ¿Cómo unas piedras, y unos leños, que son obra de un Escultor, han de ser Dioses vivos? Gobernador, no sabeis lo que os haceis, quando sacrificais á esta suerte de divinidades. M. Hombre malvado, ¿cómo tienes la insolencia de decir que no sé lo que me hago quando adoro á los Dioses inmortales? P. Perezcan para siempre esos Dioses inmortales, que no han hecho ni

 el

el cielo ni la tierra. M. Escucha, dexa todas esas astucias, que no te han de servir; si quieres que te salve la vida, dales incienso. P. Yo no puedo dárselo á muchos Dioses; un solo Dios, es el verdadero Dios; yo le adoro, y le adoraré. M. Pues bien, vén, y sacrifica á Júpiter el gran Dios, y de los demas te dispenso. P. Yo tengo un Dios en el Cielo, no temo nada, y á él solo adoro. Ya os lo he dicho tantas veces, que esos á quien vosotros llamais Dioses, nada son menos que Dioses. M. Y yo te digo otra vez, que dés culto, y adoraciones á Júpiter, Dios poderosísimo. P. ¿No teneis vergüenza de llamar Dios á aquel á quien los adulterios, los incestos, y otros delitos aun mas enormes importan de nada? M. Dadle en la boca con una piedra por haber blasfemado. P. ¿Por qué me han de dar por eso? ¿Adelanto yo alguna cosa nueva, ó falsa? ¿Los que sacrifican á Júpiter hablan de otro modo? ¿Vos mismo no lo habeis dicho siempre? M. Es preciso contener estas sátiras: que pongan al fuego una plancha de hierro, y en estando caldeada, que se la pongan baxo las plantas de los pies. P. Ese fuego no tiene ningun calor, á lo menos, yo no lo siento. M. Dexad la plancha por mas tiempo al fuego, y no la saqueis de él hasta que esté hecha toda asqua. P. Ahora comienza á sentirse un poco el calor. M. Atenle, pues, tiéndanlo sobre el potro, y azótenle con correas de cuero crudo, hasta que sus espaldas estén todas bañadas de sangre. P. Todo eso no me hace fuer-

uerza, si no inventais alguna cosa nueva, y haceis la prueba, que entonces reconocereis el poder de Dios, que está en mí, y que me fortifica. M. Raedle la cabeza, y echadle encima carbones encendidos. P. Ya me habeis hecho quemar la cabeza, y los pies, y esto no ha servido sino de ostentar el poder, y la bondad del Dios que adoro, y de convenceros de vuestra impotencia. Yo sirvo á mi Dios, que me salvará, y no á vuestros Dioses, que no pueden hacer mas que perder á los que los sirven. M. ¿Con que todos los que están aquí, y que sirven á los Dioses, están perdidos? Al contrario, son felices, honrados de los Emperadores, y amados de los Dioses mismos, quando tú por tu desobediencia eres el horror de todo el mundo. P. Todos quantos decís perecerán infaliblemente, si no hacen penitencia, puesto que contra el testimonio de su conciencia han abandonado al Dios vivo, por adorar á los Idolos. M. Acabadle de quebrantar todas las quixadas, para que no diga mas un Dios, sino los Dioses. P. Mal Juez! Juez iniquo! tú me haces quebrar los dientes, y desfigurar todo el rostro porque te digo la verdad. M. No solo te mandaré quitar toda la dentadura, sino tambien cortar esa lengua, que profiere tantas blasfemias. P. Tú me harás cortar la lengua; ¿pero me podrás tú por ventura quitar esta habla interior, é inmortal, que oirá Dios siempre á pesar tuyo? M. Volvedle á la carcel, y traed el tercero.

Dixo el Centurion Demetrio: Señor, aquí

está. M. Los que han sido exâminados antes que tú, ó Andrónico, parece que al principio han querido subsistir en su primera terquedad; ¿pero qué han ganado con eso? golpes, y confusion: y despues de haber padecido bastantes tormentos, les ha sido preciso el rendirse; y les hemos hecho, aunque con gran trabajo, resolver á convertirse. No obstante, no dexarán de recibir bastantes recompensas, que se procurará darles por ello. Y así ahora estás á tiempo de mirarlo bien, y elegir el mejor partido, puesto que tarde, ó temprano has de hacer lo mismo, y no has de poder dexar de obedecer á los Emperadores, y de sacrificar á los Dioses; hazlo voluntariamente, que con eso ganarás mas. Pues á poco que te resistas, te juro por los mismos Dioses, y por los invencibles Emperadores, que no saldrás de mis manos por esta vez sin dexar la vida. A. Impostor, ¿para qué pretendes engañarme? ¿Crées tú poderme persuadir facilmente que has recibido del cielo la facultad de volver las voluntades á tu antojo? Mientes descaradamente, quando me aseguras que estos, de quienes acabas de hablar, renunciaron al verdadero Dios; yo sé muy bien, que ni siquiera pensaron en consentir en tu impiedad. Mas aun quando esto fuese así, ¿piensas tú hallar en mí tal facilidad? No lo esperes: el Dios que adoro, me ha revestido de las armas de la Fe: y Jesu-Christo mi Salvador me ha hecho participante de su poder; esto es lo que hace que yo comparezca aquí

sin temer ni tu poder, ni el de tus amos, y señores, ni el de tus Dioses. Fuera de eso, expon á mis ojos, y prueba, si quieres, en mi cuerpo todos los tormentos que has podido inventar. M. Atadle á dos estacas, y azotadle con toda vuestra fuerza con nervios de bueyes. A. Eso nada tiene de nuevo, ni de extraordinario: ese suplicio es muy comun. Díxole entonces el carcelero Atanasio: ¿Tienes ya el cuerpo todo lleno de sangre, y dices que esto no vale nada? A. Al que cree en Dios, y al que le ama, poco se le dá de esto. M. Sembradle de sal menuda todas sus llagas. A. Manda que no la escaséen: esto te lo suplico, para que estando como confitado, y curado, con la sal, pueda sin corromperme resistir por mas tiempo á tu crueldad. M. Volvedle vientre arriba, y renovadle sus primeras llagas, que todavía no estarán cerradas: volved á descargar sobre él. A. Sí, sí, dad con fuerza, que el que me ha curado otra vez, me curará ahora. Volviéndose entonces Máxîmo á los carceleros, les dixo: Pícaros, ¿no os dixe que no le dexáseis ver de ninguno absolutamente, y que no permitiéseis que se tocase á sus llagas? Y con todo eso, ya veis que.... Interrumpióle entonces Pegaso, uno de los porteros, y le dixo: Protesto á V. que ninguno le ha puesto las manos, ni siquiera le ha hablado; para esto se le encerró en el calabozo mas hondo, y mas retirado; y quiero perder la cabeza si no digo la verdad. M. ¿Pues cómo se le han curado las llagas?

gas? P. Os juro por vuestro alto nacimiento, que no lo sé. A. El Médico que me ha puesto la mano, no es menos habil que caritativo. ¡Pobres ciegos, que aún no le conoceis! No es con yervas, ni polvos, con lo que él cura; sino con sola una palabra. El está en el Cielo, y se halla presente á todo. M. Todas esas vanas imaginaciones, que nos vendes, no te servirán de mucho. Sacrifica quanto antes á los Dioses, ó eres perdido sin remedio. A. Yo no soy hombre de dos palabras: lo que una vez he dicho, lo diré siempre: ¿soy yo acaso algun niño, á quien se alhaga, ó á quien se intimida como se quiere? M. No creas que yo quiera cederte la victoria. A. Ni pienses tú, que yo te permita la menor ventaja. M. No se quedará sin castigo el desprecio que haces de mi poder. A. No triunfarás tú de mí tan facilmente como imaginas. M. No se ha de decir que mi tribunal depende de tí. A. Ni tampoco se dirá que Jesu-Christo depende de tu tribunal. M. Que me tengan prontos para la primera sesion nuevos tormentos.

INTERROGATORIO TERCERO.

EN ANAZARBO DE CILICIA.

TEniendo su Audiencia Flavio Cayo Numeriano Máximo, Gobernador de Cilicia, dixo: Entren esos impíos Christianos. Y el Centurion Demetrio los puso presentes. M. Confiesa la verdad, Taraco: ¿No es cierto que las cadenas, los azótes, y los demas tormentos, no te parecen ya tan dignos de desprecio? Toma pues mi consejo, renuncia tu impiedad, de la qual no has sacado hasta aquí alguna utilidad, y sacrifica á los Dioses, que son dueños de la naturaleza, y de la fortuna. T. Jamás me persuadireis que el mundo sea gobernado por Dioses, que están condenados á unos tormentos eternos. ¿Habia yo de ofrecerles sacrificios para ser eternamente abrasado con ellos? M. No dexarás de blasfemar, ¡ó el mas malvado de los hombres! ¿ó te imaginas, que despues de haberme irritado con tus insolentes discursos, te he de dexar solo con hacerte perder la cabeza? T. Pluguiera á Dios: no desmayaría yo por mucho tiempo, que el combate se acabaría bien presto. No obstante, haced lo que gusteis, que quanto mas largo, y penoso sea, mas rica, y brillante será la corona de gloria que se ha de dar en premio. M. Eso es lo que segun todas las leyes, los facinerosos como tú deben aguardar. T. Lo que ahora decís es contra la justicia, y la razon: verdad es, que las le-

yes condenan á muerte á los que han cometido algun delito; pero los Christianos que son inocentes, y que únicamente sufren por la causa de Dios, tan lexos está de que las leyes los juzguen dignos de muerte, que al contrario, hacen que esperen recibir una recompensa infinitamente gloriosa. M. ¿Qué recompensa pueden aguardar unos impíos, que mueren en su impiedad, y en su malicia? T. No os toca á vosotros el informaros de qué manera recompensa Dios á sus siervos en el Cielo: estas cosas exceden vuestra inteligencia, y no sois dignos de ser instruidos en ellas; pero nosotros, que tenemos la dicha de serlo, sufrimos con alegría todos quantos esfuerzos emplea contra nosotros vuestra rabia cruel. M. No siendo tú mas que un miserable desertor, ¿cómo tienes aliento á hablarme como si fueses mi igual? T. Verdad es que no soy vuestro igual; pero soy de condicion libre, y así puedo hablar libremente en todo el mundo, nadie me lo puede impedir; porque el que me hace hablar es el mismo Dios verdadero. M. Yo mismo te lo impediré muy bien. T. Yo os desafio á vosotros, y al diablo vuestro padre, á que no. M. Ea, acabemos de una vez: elige, ó sacrificar á los Dioses, ó padecer los tormentos mas crueles. T. En el primero, y segundo interrogatorio confesé que era Christiano, ahora confieso, y protesto la misma cosa. Creedme, que si pudiese en conciencia sacrificar á los Dioses, lo haría. M. ¿Pero qué ventajas sacarás tú de tu obstinacion? Voy á

hacerte atormentar del modo mas terrible: entonces te arrepentirás de tu locura; pero será ya tarde. T. Si yo hubiera de arrepentirme, no aguardaría á ahora, ya lo hubiera hecho en el primer tormento que sufrí, ó á lo menos en el segundo; pero gracias á Dios, me siento bastante fuerte para resistir al tercero. Y así haced lo que gustaseis, que en vuestro poder me teneis. M. Ligadle, atadle, que es un loco, un furioso. T. Seríalo en efecto, si hiciese lo que me pedís. M. Ya estás tendido sobre el potro: obedece, y sacrifica antes que te entregue á los verdugos. T. Yo os podria alegar mi privilegio, y el rescrito de Diocleciano (1), que prohibe á todos los Jueces hacer sufrir á los soldados todas suertes de penas. Mas para que no sospecheis en mí alguna flaqueza, no usaré de mi derecho, ni reclamaré contra la violencia que haceis de las prerrogativas de la milicia. M. Todo soldado que rehusa sacrificar por la salud de los Emperadores, pierde su privilegio; ¿pues cómo te habias de atrever tú á valerte de él, cobarde, despues de haber desertado? T. Para qué os acalorais tanto? Ya os he dicho que hagais lo que gusteis. M. No creas que te voy á dexar en un momento. Voy á hacerte morir con una muerte lenta: despues haré arrojar tu cuerpo á los perros. T. ¿Pues por qué no lo haceis? quién os detiene? Parece que no teneis sino palabras. M. Ya veo yo lo que te adu-

(1) Fue dirigido al Prefecto Salustio.

adula: tú esperas que algunas devotas mugeres vengan despues de tu muerte á recoger tus reliquias, y á embalsamar tu cuerpo; pero yo lo dispondré muy bien. T. Haz lo que quisieres de mi cuerpo, yo te lo concedo muerto, ó vivo. M. Sacrifica á los Dioses. T. Ya te he dicho mas de veinte veces que no sacrificaré ni á Dioses, ni á Diosas. M. Rasgadle los labios, y hacedle pedazos todo el rostro. T. Todo mi rostro me lo has destrozado, y afeado; pero mi alma cada vez está mas hermosa. Pronto estoy á recibir todos los golpes que quisiéres: no los temo, porque estoy armado con las armas divinas. M. ¿Dónde están esas armas, hombre maldito? Tú estás desnudo, tú estás todo cubierto de llagas, y tú dices que estás armado. T. Sí que lo estoy; pero tú no vés nada, porque estás ciego. M. Yo te dexo decir todo lo que quieras, tú haces quanto puedes por enfadarme, para que te haga morir de una vez. T. ¿Que yo te quiero enfadar porque te he dicho que no puedes ver mis armas? Pues digo la verdad; porque para verlas es necesario tener el corazon puro, y el tuyo está manchado, así como lo están tus manos de la sangre de los siervos de Dios. M. Tú erès un loco. T. No soy tal; porque no adoro á los demonios, que son engañadores, sino al Dios de la verdad, que pone en mi boca todas las que te digo. M. ¿Qué verdades? ilusiones. Sacrifica, y líbrate por este medio de la terrible miseria á que tan imprudentemente te has expuesto. T. ¿Tan poco cuerdo me juz-

juzgas, que he de poner yo mi confianza en un Dios, que no tenga el poder de hacerme eternamente feliz? Tú pones toda tu dicha en conservar tu cuerpo; pero por tu alma parece que nada se te dá. M. Que se hagan calentar unas piedras puntiagudas, y que hechas asqua se le metan por debaxo de los sobacos. T. Todo eso no me hará mudar de parecer: Taraco, siervo de Dios, jamás adorará las abominaciones que adora Máxîmo. M. Que le corten las orejas. T. No por eso estará mi corazon menos atento á la palabra de Dios. M. Arrancadle todo el cutis de la cabeza, y despues cubrídsela toda de carbones encendidos. T. Manda que me desuellen vivo, y verás si soy menos afecto á mi Dios. M. Metedle otra vez piedras agudas, y ardiendo por debaxo de los sobacos. T. Dios del Cielo, volved los ojos hácia acá abaxo, y juzgad mi causa. M. ¿Qué Dios llamas tú en tu socorro? T. Un Dios que tú no conoces. M. Que lo vuelvan á la prision hasta el dia de los espectáculos. Entre otro.

Aquí está presente. M. Tratamos, Probo, de tu interés. No vayas á precipitarte inconsideradamente en tormentos, cuyo rigor has experimentado ya. Hágate cuerdo el exemplo de los que te han precedido; y no compres tan caro como ellos el arrepentimiento. Ven, y sacrifica á los Dioses, y dexa á mi cuidado lo demas: yo te empeño mi palabra, que tendrás motivo para alegrarte, y darme gracias, y á los Dioses. P. Sábete, que todos nosotros somos de un mismo sen-

sentir; porque todos adoramos á un mismo Dios, que es el verdadero: No esperes, pues, hacernos mudar de pensamiento: todos te dirémos siempre una misma cosa: creisteis que vuestras promesas podrian hacernos titubear, pero no han producido efecto alguno; y aunque habeis usado de violencia, vuestros suplicios nos han salido mejor. Y así, hoy me vereis mas firme, y mas inalterable que nunca en mi primera resolucion. M. Parece que todos estais de concierto; y ya voy viendo que todos tres estais acordes para tratar á nuestros Dioses de vanas divinidades. P. No os engañais, porque todos estamos de acuerdo en sostener firmemente la verdad. M. Antes que te haga sentir los efectos de mi justa cólera, quiero advertirte otra vez, que te mires bien, y lo pienses sériamente; créeme, prevenlos, mira que serán terribles. P. Creedme á mí tambien lo que voy á decir; y es, que ni vos, ni vuestros Dioses, ni los que os han dado todo el poder que teneis sobre nosotros, podreis jamás con todos vuestros esfuerzos, arrancar de nuestros corazones el respeto, y el amor que tenemos por Jesu-Christo nuestro Señor, y nuestro Dios, cuyo nombre confesamos altamente; ni hacernos faltar á la fidelidad que le hemos jurado, y le debemos. M. Atadle, y colgadle por los pies. P. No dexarás tú de ser cruel por agradar á tus demonios, y te honras de asemejarte á ellos. M. ¿Tanto gustas tú de sufrir? Pues mira los males que te preparas, y piensa en que no tienes mas que un cuerpo. P. Haz lo que quisieres: lo

que

que ya he padecido me ha dado demasiado placer, con que mira para que yo no desee el sufrir todavía mas. M. Calentad unas piedras que tengan corte, y con ellas hacedle grandes incisiones en los costados, esto puede ser que le haga parar su locura. P. Quanto mas insensato te parezco, mas cuerdo soy á los ojos de Dios. M. Volved á poner las piedras al fuego, y hacedle largas sajaduras en las espaldas. P. Mi cuerpo está á tu disposicion: quiera el Señor del Cielo, y tierra considerar la humildad de mi corazon, y mi paciencia. M. Ese Dios á quien clamas, es el que te ha entregado á mi poder. P. El Dios que yo invoco, ama á los hombres, y no quiere su muerte. M. Abridle la boca, y echadle dentro vino de las libaciones, ó sacrificios, y hacedle tragar carne de las víctimas. P. Mirad, Señor, la extrema violencia que padezco, y juzgad segun vuestra justicia. M. Ahora bien, tú ya has experimentado una infinidad de tormentos por no sacrificar; y con todo eso acabas de participar del sacrificio. P. No exâgeres tanto tu pretendida victoria: la hazaña no es muy ventajosa para tí por haberme hecho gustar, á pesar mio, de esas ofrendas abominables. M. Qué importa, tú ya has bebido, tú ya has comido de ellas, lo mas ya está hecho, acaba de hacerlo voluntariamente para ponerte en libertad. P. No quiera Dios que jamás puedas vencer mi resistencia, y manchar la pureza de mi fe. Pero sábete, que aun quando hicieses echar en mi boca todo el vino de las ofren-

ofrendas, no sería esto capaz de hacer titubear en la menor cosa á la integridad de mi alma. Dios vé la violencia que se me hace, y sabe que no doy consentimiento. M. Calentad otra vez piedras puntiagudas; y quando estén hechas todas asquas, cauterizarle las piernas. P. El infierno, y sus ministros ningun poder tienen sobre los siervos de Dios. M. No hay una parte en tu cuerpo que no sea una llaga; infelíz, á qué esperas? P. Este cuerpo lo he entregado á los tormentos por afianzar, y salvar mi alma. M. Haced caldear clavos gruesos, y traspasadle las manos. P. O Salvador mio! gracias os doy, de que me asocieis, y hagais compañero de vuestros sufrimientos. M. ¿Tantos tormentos como padeces te hacen vano? P. El demasiado poder te ciega. M. Insolente, ¿es este el respeto que se me debe á mí, y á los muy santos, y muy buenos Dioses, cuyo partido defiendo? P. Pluguiera á Dios que tu alma no fuese ciega, y que en medio de las tinieblas no te creyeses estar rodeado de luz. M. ¿Ola, porque te he dexado libres los ojos, te atreves á imputarme no sé qué ceguedad imaginaria? P. Bien puedes hacérmelos arrancar, que no por eso veré menos claro. M. Es necesario darte este gusto. P. Pues no se quede en solas amenazas, es preciso efectuarlo: no temas, que ni por eso estaré mas triste. M. Pincadle los ojos con agujas, y haced que sus puntas le vayan quitando poco á poco la vista. P. Ya me tienes ciego: tú me has hecho perder los

ojos

ojos del cuerpo; prueba á ver si puedes tambien quitarme los del alma. M. ¿Aún hablas así, y estás ya en eternas tinieblas? P. Si conocieses tú en las que está tu alma anegada, te tendrías por mas infeliz que yo. M. ¿No tienes ya mas que un soplo de vida, y no cesas de hablar? P. En quanto aníme un poco de calor á este cuerpo que me has dexado, no cesaré de hablar de mi Dios, de alabarle, y de darle gracias. M. ¿Qué, esperas tú vivir despues de estos tormentos? ¿ó te has imaginado que te he de dexar morir apaciblemente? T. Yo no aguardo nada de tí, sino una muerte cruel; y yo no pido nada á mi Dios, sino la gracia de perseverar hasta el fin en la confesion de su santo nombre. M. Pues yo te dexaré debilitar, y consumir de dolor, como lo merece un malvado como tú. P. En eso harás lo que suele hacer un tirano, quando tiene en su mano el poder, y halla hombres tan malos como él, que le obedezcan. M. Quitadlo de ahí, y volvedlo á la carcel; tened mucho cuidado, especialmente en que ninguno de sus compañeros le hable palabra, y de que no vengan á darle la enhorabuena de lo que ellos llaman su victoria. Yo lo reservo para los próxîmos espectáculos. Que entre Andrónico, que es el mas determinado de los tres.

Este es. M. Ya es tiempo de que pienses bien tus cosas, y mires por tu provecho; ¿lo has mirado bien, y has considerado que lo mas importante para tí es el vivir reconocido á los Dioses?

¿ó

¿ó serás todavía tan enemigo de tí mismo, lo que yo no puedo creer, que perseveres siempre en tu terquedad primera? Que si es así, no puede menos de serte muy funesta. Vamos, vamos, ríndete, haz lo que te se pide, sacrifica á los Dioses, que ellos te volverán con usura el honor que de tí recibieren. No aguardes mas que yo tenga para contigo la condescendencia mas mínima, por poca resistencia que hagas á una cosa tan justa, y tan razonable. Acércate, pues, al altar, sacrifica, y tienes la vida segura. A. Tirano, hombre adicto á la mentira, bien muestras tú tu natural feroz, é inhumano; y bien le percibo yo en medio de esas palabras artificiosas. No creas que me has de engañar: yo soy inalterable en la confesion que he hecho de un solo Dios. Solo opondré á tu crueldad una constancia invencible; y á la injusticia de tus pensamientos, la fuerza que Dios me ha de dar para resistirlos. Yo te enseñaré que la virtud es de todas edades, y que la prudencia se puede hallar algunas veces en la juventud. M. ¿Es algun acceso de locura, ó posesion del demonio la que te hace hablar así? A. Ni uno, ni otro: eso sería si yo consintiese en lo que me propones. Pero tú mismo, si se ha de juzgar por tus acciones, ¿qué otra cosa eres que un demonio detestable? M. Tus dos compañeros hacian como tú de valientes, antes del tormento: todo ello no era sino bravatas, palabras fieras, y altivas; pero no eran mas que un soplo, ni hay cosa mas sumisa que ellos des-

despues que los he puesto en razon por medio de los tormentos. Ya no han tenido dificultad de sacrificar á los Dioses, y á los mismos Emperadores. A. Eso sí que es propiamente hablar al ayre, y como un adorador del Dios de la mentira: ahora conozco, por lo que acabas de decir con tan gran falsedad, que los hombres son tales, quales son los Dioses á quienes sirven. Júzguete Dios, obrador de iniquidad. M. Quiero pasar por tal, si no abatiese yo tu insolente orgullo. A. Ni por eso me pones miedo. A pie firme te aguardo, y cubierto con el nombre del Señor, experimentaré sin inmutarme todo el fuego de tu cólera. M. Haced unos rollos de papel, pegadles fuego, y abrasadle el vientre con ellos. A. Aun quando tú me hagas echar en medio de las llamas, no por eso sería mas segura tu victoria, con tal que yo respirase aún; ¿no ves que mi Dios combate por mí? M. ¿Es posible que siempre te me has de resistir? A. Sí, mientras viviere. Y así hazme morir prontamente, si quieres vencer; este es el único medio que te queda. M. Pongan al fuego dos punzones, y hechos asqua, métanselos por entre los dedos. A. Enemigo declarado de Dios, tu alma, entregada al demonio, está toda poseída de él: tus pensamientos son los de este maligno espíritu: tú no haces sino lo que él te inspira; y sus sentimientos son los tuyos. ¿Acaso creerás que esto me ha de causar algun temor? Nada menos que eso: Sábete, que no le tengo; al contrario, tengo

go mucho desprecio, y el mismo Jesu-Christo es quien me lo inspira. M. ¿No hablas tú de ese hombre á quien Poncio Pilato hizo castigar? A. Calla, espíritu inmundo, y guárdese muy bien tu boca impura, y sacrílega de atreverse á pronunciar este adorable nombre. Puede ser que te lo hubiera permitido, si no te hubieras hecho indigno con tantas crueldades como exerces sobre sus siervos; pero no lo esperes mas, porque no te has contentado con perderte á tí solo por estos horribles excesos, á que cada dia te entregas; sino que tambien has querido perder á otros muchos, á quienes has hecho cómplices de tus delitos, aunque regularmente contra su voluntad. M. ¿Pero tú qué provecho sacas de creer, y de esperar en ese hombre á quien llamas Christo? A. ¿Qué provecho? Ah! muy grande, una recompensa infinita. El tendrá cuenta de todo quanto yo sufro ahora por él. M. No esperes á lo menos morir del primer golpe. Te quiero tambien reservar hasta el dia de los espectáculos, para que no estando debilitado por los tormentos, seas mas sensible á los bocados de las bestias: entonces te verás devorar los miembros uno despues de otro por aquellos crueles animales; y yo haré que tu alma sienta por largo tiempo, antes de separarse de tu cuerpo. A. ¿Qué exceso de furor, y de rabia esperas que el demonio sugiera á la tuya? Tú eres mas inhumano que los tigres, y mas sediento de sangre que los mas determinados homicidas. ¿No tienes horror de hacer

cer perecer á unos hombres, que son tus semejantes, que nadie los acusa, que son inocentes, y que jamás te han hecho mal alguno. M. Abridle la boca, y hacedle que beba del vino ofrecido á los Dioses. A. Mirad, Señor, la violencia que se me hace. M. ¿Y qué pretendes ahora? Tú no has querido sacrificar á los Dioses, y con todo eso, acabas de gustar las ofrendas; considérate ya iniciado en sus misterios. A. Tirano, sábete que el alma no se mancha, quando al cuerpo se le fuerza á hacer una cosa que ella condena. Dios, que conoce los mas secretos pensamientos del corazon, sabe que el mio no ha consentido en ello. M. ¿Hasta quándo te has de dexar infatuar de esas vanas imaginaciones? no te librarán ellas de mis manos. A. Quando Dios quiera, sabrá muy bien el medio de librarme. M. Otra extravagancia! Yo te haré cortar esa lengua, que profiere tantas necedades. Tú abusas de mi paciencia; y mi moderacion bien veo que no sirve sino de mantener tu vanidad. A. Pues bien, una gracia te pido, y es que me hagas cortar esta lengua, y estos labios, que segun tú crées, se han manchado con el vino ofrecido á los Idolos. M. Bien dices, que has gustado del sacrificio. A. Confúndete, tirano detestable, tú, y todos los que te han dado la potestad de hacer tanto daño: jamás se le podrá reprehender á Andrónico de haber consentido en tu impiedad: pero tú bien te puedes acordar de la violencia que has hecho á los siervos de Dios: júzguenos este á los dos. M.

Malvado, ¿te atreves á hacer imprecaciones contra nuestros muy piadosos, y muy clementes Emperadores, á quien debemos la paz, y la tranquilidad que gozamos? A. Sí, maldigo una, y mil veces á esos tiranos sedientos de sangre, que se embriagan de ella, y que han inundado á toda la tierra. Estienda Dios sobre ellos su brazo vengador, quebrántelos, cúbralos de las olas de su cólera, abísmelos, para que ellos, y sus semejantes aprendan, y sepan lo que es perseguir á los siervos de este Dios terrible. M. Arrancadle los dientes, cortadle la lengua á raiz, para que sepa él mismo lo que merece el que tiene la audacia de blasfemar contra los Soberanos. Sean esos dientes arrancados, y esa lengua cortada, arrojados al fuego; y despues que hayan sido reducidos á cenizas, échense al ayre, para que no quede nada que pueda ser cogido por los Christianos, y dé motivo á la superstición de algunas mugeres, que no dexarían de tomarlas, y de conservarlas como preciosas reliquias (1). Y á él, que lo vuelvan á la carcel hasta el dia de la fiesta, para que con los demas sirva de pasto á las fieras del anfiteatro.

Llegado el tiempo envió á llamar Máxîmo á Terenciano, Soberano Sacerdote (2) de la Cilicia, y

(1) Las reliquias de los Mártires se veneraban ya á principios del quarto siglo. (2) O el Ciliciarca; este era el Gefe de los Sacerdotes de los Idolos de toda la Cilicia, así como el Asiarca era la cabeza, ó Gefe de los Sacerdotes del Asia. Véanse las Actas de S. Policarpo.

y le mandó hiciese disponer los juegos para el dia siguiente. Obedeció este; y habiendo hecho saber la intencion del Gobernador al Intendente de los espectáculos, estuvo todo pronto para el dia señalado. Acudió desde por la mañana una infinidad de pueblo, hombres, y mugeres al anfiteatro, que distaba de la Ciudad cerca de una milla. Llegó á él el Gobernador á eso del medio dia. Echáronse luego á las bestias los cuerpos de muchos Gladiadores, que se habian muerto unos á otros. Nosotros estábamos retirados en un rincon, desde donde lo observábamos todo, aguardando con temor el fin de la funcion, quando mandó el Gobernador á algunos de sus guardas que fuesen á buscar los Christianos, que estaban condenados á las bestias. Corrieron á la carcel, de donde habiendo sacado á los Santos Mártires, los cargaron sobre los hombros de algunos, que los llevaron hasta el pie del tablado del Gobernador: los tormentos que les habian hecho sufrir, los tenian en un estado, no solamente de no poder caminar, pero ni aun moverse. Luego que los alcanzamos á ver, nos adelantamos hácia una pequeña eminencia, en donde nos sentamos, cubriéndonos hasta la mitad con algunas piedras que habia allí. El lastimoso estado en que vimos á nuestros hermanos, nos hizo derramar muchas lágrimas: y aun muchos de los que miraban, no pudieron contener las suyas; porque luego que los hombres que llevaban á los Mártires los descargaron en la plaza, se dexó sen-

tir un silencio casi general, á vista de un objeto tan lastimoso; y no pudiendo el pueblo contener mas su indignacion, comenzó á murmurar del Gobernador. Esta es, decian, una injusticia muy grande: esto no se puede sufrir: solo un mal Juez puede haber dado semejante sentencia; y sobre la marcha hubo muchos que se apartaron de los espectáculos, volviéndose á la Ciudad. Conociólo el Gobernador, y puso soldados á las entradas del anfiteatro, para impedir que nadie se retirase, y para notar los que salían, y delatarlos tambien. Mandó al mismo tiempo que soltasen un gran número de fieras; pero estos animales al salir de sus jaulas se detuvieron inmediatamente, y no hicieron ningun daño á los Santos Mártires. Enfurecido mas con esto Máxîmo, hizo llamar á los guardas de las bestias, y los hizo dar cien palos, queriéndolos hacer responsables, de que los leones, y los tigres fuesen menos crueles que él. Amenazólos que los haría poner á todos en cruz, si no le sacaban al punto la mas brava, y mas cruel de todas las fieras que hubiese. Entonces soltaron un oso grandísimo, que en aquel mismo dia habia muerto á tres hombres. Acercóse poco á poco á el lugar donde estaban los Mártires, y se puso á lamer las llagas de S. Andrónico. Este joven, que deseaba extremadamente el morir quanto antes, reclinó su cabeza sobre el oso, haciendo lo posible por irritarle; pero él no se movió. No pudiéndose contener Má-

Máxîmo, mandó que le matasen, y se dexó matar sin resistencia á los pies de S. Andrónico. Advertido Terenciano de la terrible cólera en que estaba el Gobernador, y temiéndose para sí la suerte del oso, le envió al instante una leona de las mas furiosas, que habia venido de los desiertos de la Libia, y cuyo regalo le habia hecho el Soberano Sacrificador de Antioquía. Luego que se dexó ver, se inmutaron todos los espectadores. Daba grandes rugidos, de suerte que infundía terror en las almas menos temerosas. Pero habiéndose acercado á los Santos, que estaban tendidos sobre la arena, se echó á los pies de S. Taraco en una postura de suplicante, y como si le hubiese adorado. Al contrario S. Taraco, hacía todo quanto podia por irritarla contra él, y para excitarla su ferocidad natural, que parecia haber perdido; pero la leona, como una inocente, y apacible oveja, se estaba á sus pies, los quales besaba, y lamía. Espumando Máxímo de rabia, mandó que picasen á la leona con un aguijon; pero tomando entonces está bestia su furor, que parecia haber olvidado para los Santos Mártires, y dando unos rugidos espantosos, despedazó á el guarda de la puerta del anfiteatro, é infundió un gran terror al pueblo, que gritaba: Perdidos somos todos, que abran la puerta á la leona.

Entonces mandó Máxîmo entrar á los Gladiadores para que degollasen á los tres Mártires; que executado consumaron su martirio. Y

retirándose el Gobernador del anfiteatro, dexó en él una escolta de soldados, para impedir que no levantasen los cuerpos; y al propio tiempo, para que no se les pudiese conocer, mandó que los mezclasen con los de los Gladiadores, que habian perecido durante los espectáculos. Mientras que los soldados estaban ocupados en esto, nos adelantamos nosotros un poco; é hincándonos de rodillas, suplicamos á Dios nos mostrase las reliquias. Acabada nuestra oracion, aún nos acercamos otro poco mas. Tenían encendido fuego los soldados, porque ya era de noche, y se habian puesto á cenar. Pusímonos segunda vez de rodillas, implorando con gran fervor el socorro del Cielo, y pidiendo á Dios quisiese favorecer nuestra empresa, y hacernos distinguir los cuerpos de los Mártires de los de los Gladiadores. Fue oída nuestra oracion; porque al momento se levantó una furiosa tempestad, mezclada de relámpagos, truenos, y lluvia, y acompañada de un temblor de tierra, que hizo retirar á los soldados de allí. Apaciguada esta, nos pusimos á orar, y habiéndonos acercado á los cuerpos, hallamos el fuego apagado, y los soldados dispersos. ¿Pero cómo habíamos de poder discernir en un monton tan grande de cuerpos, á los que nosotros buscábamos? Acudimos á Dios: levantamos las manos al Cielo, y al mismo tiempo cayó un pequeño globo luminoso en forma de estrella, que se puso sobre cada uno de los cuerpos de los Santos Mártires. Levantámos-

moslos con una alegría, que no podíamos explicar muy bien. Y á favor de esta estrella milagrosa salimos del anfiteatro; pero tan fatigados, que nos vimos obligados á descansar un poco, y entonces se paró la estrella tambien. Pusímonos á pensar dónde podríamos ocultar nuestro piadoso hurto; acudimos, como solíamos, á Dios, suplicándole acabase lo que tan felizmente habia comenzado. Recobradas nuestras fuerzas con esta pausa, volvimos á echar sobre nuestros hombros esta preciosa carga, y tomamos el camino de la montaña inmediata. Allí desapareció la estrella, y alcanzamos á ver una abertura en el peñasco, abierta en forma de sepulcro. Ocultamos al instante en ella los cuerpos de nuestros Mártires, y nos retiramos al punto, no dudando que el Gobernador haría una exâcta pesquisa: y á la vuelta á la Ciudad supimos que los soldados, que desampararon el puesto, fueron cruelmente castigados de su orden. Dimos gracias á Dios de que se hubiese querido servir de nuestro ministerio para dar á sus siervos estas últimas, y piadosas exêquias. Marcion, Felix, y Vero se retiraron al peñasco, que es el depositario de estas santas reliquias, con el ánimo de pasar en él lo restante de sus dias, á fin de que el mismo sepulcro, que encierra aquellos sagrados huesos, cubra tambien algun dia los suyos.

Sea nuestro Dios bendito para siempre. Os suplicamos, amados hermanos nuestros, que re-

cibais con vuestra acostumbrada caridad á los que os entregaren esta carta : merecen vuestra asistencia, y vuestra estimacion, porque tienen el honor de ser del número de los operarios que sirven á Jesu-Christo, á quien pertenecen la gloria, y poder, con el Padre, y el Espíritu Santo, antes, y despues, ahora, y siempre, y por todos los siglos. Amen.

FIN
DEL TOMO SEGUNDO.

NO-

NOTAS
SOBRE LAS ACTAS
DE LOS MARTIRES,
CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO.

SOBRE EL MARTIRIO DE S. MAURICIO.

EL Autor de estas Actas es S. Euquerio, Obispo de Leon, que gobernaba esta Iglesia al principio del quinto siglo. Habíanlas publicado Surio, y Mombricio; pero tan poco correctas, tan mezcladas de falsedades, y de circunstancias tan poco verosímiles, y tan poco juiciosas, que los doctos las desechaban con razon, como una pieza sospechosa, y apócrifa. Pero el P. Chiflet, Jesuíta, habiendo hallado felizmente en un Manuscrito del Monasterio de Monte-Jura, las verdaderas Actas, se participaron al público. De esta edicion es de quien nos hemos servido en esta coleccion, despues de haberla cotejado con otros diferentes Manuscritos, y particularmente con uno de la Abadía de S. Mauro de las Fosas, que tiene cerca de 900 años.

Ved aquí un bello fragmento de la antigüedad. Este es un Prefacio sacado de un Misal Ga-

Galo-Gótico (1), escrito mas de 900 años ha en caractéres quadrados. Este Prefacio tiene por título: *Immolacion de la Misa.* " Ciertamente es
» justo, y puesto en razon, que nosotros os de-
» mos nuestras humildísimas acciones de gracias,
» ó Señor Santísimo, Padre Todopoderoso, Eter-
» no Dios; porque Vos, Señor, sois quien por
» un dulce, y repentino movimiento de vuestra
» gracia, habeis detenido toda una legion de
» Tébanos, que estaba ya con orden de hacer
» una horrible carnicería de vuestro pueblo: de
» suerte, que estos valientes hombres quisieron
» mas dexar hacerse pedazos, que teñir sus ma-
» nos en la sangre inocente de los Christianos;
» y poniendo su cabeza baxo la espada de los
» verdugos, se cargaron ellos mismos con todo
» el peso de la persecucion, que querian poner por
» sus manos sobre los hombros de sus hermanos.
» Y así habiendo mandado el Tirano que la le-
» gion fuese diezmada, al que le cayó el nú-
» mero de diez, tuvo la ventaja de recibir pri-
» mero la corona. Entonces dexáronse oir mil vo-
» ces en el campo: ya no se piensa mas en com-
» batir: despréciase la gloria de vencer: ya no
» mueve ella mas: la única emulacion que hay
» entre los Oficiales, y los soldados, es sobre
» quién ha de dar el primero su vida por Jesu-
» Christo. Entretanto, este elegido pueblo es muer-
» to inhumanamente: corre la sangre por todas
» par-

(1) Lib. 3. de la Liturgia de las Gaulas por el P. Mabillon.

» partes; pero la fe se conserva pura en medio » de la carnicería, y del horror. Así es, Señor, » como Vos protegeis á los que combaten por » vuestra gloria: amable, y poderosa protec- » cion, que dá la paciencia en los tormentos, y » la firmeza en la confesion de vuestro santo nom- » bre."

En Francia hay dos Iglesias Metropolitanas consagradas baxo el título de S. Mauricio, Viena, y Tours; y dos Catedrales, Angers, y Mirepoix.

Los Autores antiguos, como S. Gregorio de Tours, Fortunato, y S. Avito, llamaron á esta legion la Legion bienaventurada.

El lugar en que tantos Santos perdieron la vida, fue mudado en un célebre Monasterio, que conserva aún el dia de hoy el nombre de S. Mauricio. Está situado en la Diócesis de Sion al pie del Monte S. Bernardo, y al presente le poseen los Canónigos Regulares de S. Agustin, despues de haberlo sido largo tiempo de los Benedictinos. Habia en otro tiempo un número tan grande de Religiosos, que se habia establecido en él la Salmodia, ó alabanza perpetua.

SOBRE EL MARTIRIO DE S. VICTOR.

EL célebre Monasterio de S. Victor de Marsella, y que reconoce por su fundador al piadoso Abad Juan Casiano, es uno de los mas antiguos Monasterios de Francia, contando mas de 1200 años desde su fundacion. Habia tambien en Constantinopla una Basílica erigida en honor del mismo Santo Martir por el Emperador Juan Comneno.

SOBRE LA HISTORIA DE LOS MARTIRES *DE LA PALESTINA.*

LAS Vírgenes consagradas á Dios solemnemente llevaban unas pequeñas mitras de color de púrpura, ó de tela de oro. Optato Milevitano (1) reprehende á los Donatistas, que obligan á las Vírgenes á dexar estas señales honoríficas de su santa profesion: que han despreciado sus mitras de oro; y que no llevan ya velo.... Llama á esta especie de tocado una señal, que advierte á los jóvenes, que allí no hay nada que pretendan.

(1) *Lib.* 6.

SOBRE EL MARTIRIO DE S. TEODOTO.

EL P. Papebroquio cree, que estos Apotactitas, ó Renunciantes eran Christianos, que aspirando á una alta perfeccion, renunciaban las riquezas, y se despojaban de sus bienes, los abandonaban, ó los distribuían á los pobres por vivir una vida del todo apostólica. Pero como en lo succesivo se hallasen ciertos falsos zelosos, que pretendian que esta desapropiacion, y esta renuncia era, no de simple consejo, sino de precepto evangélico (lo qual jamás habian pretendido los verdaderos Renunciantes), el gran Teodosio (1) les prohibió tener asamblea alguna, só pena de ser tratados como hereges, teniendo esta secta mucha conexion con la de los Encratitas, ó Abstinentes.

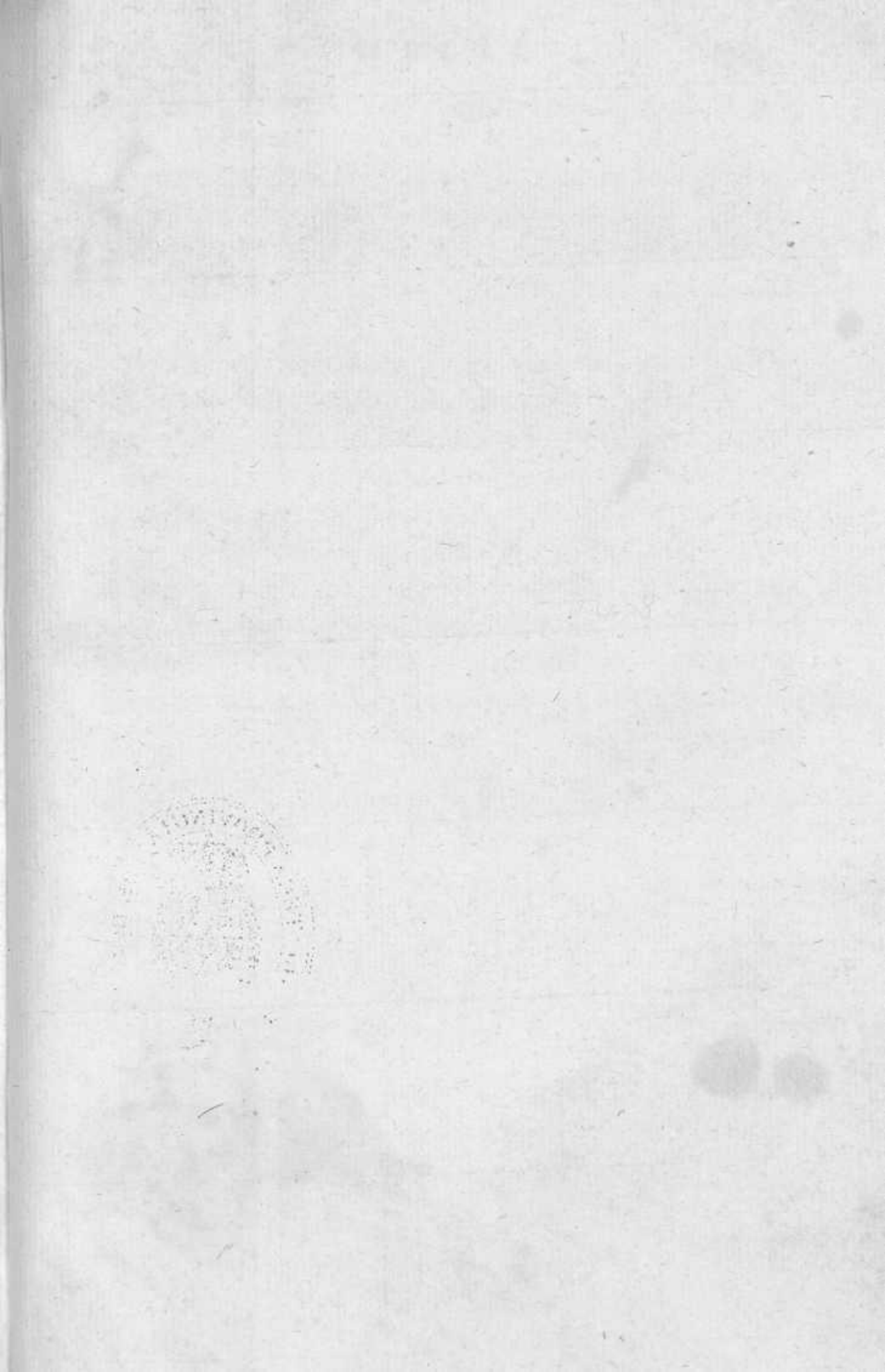
SOBRE EL MARTIRIO DE S. FELIX, OBISPO.

ADvirtiendo los enemigos del Christianismo que la lectura de la Santa Escritura contribuía tanto para confirmar los Christianos en la Fe, y para darles aquella intrepidez que se veía en

(1) *Leg. 7. de Hæreticis.*

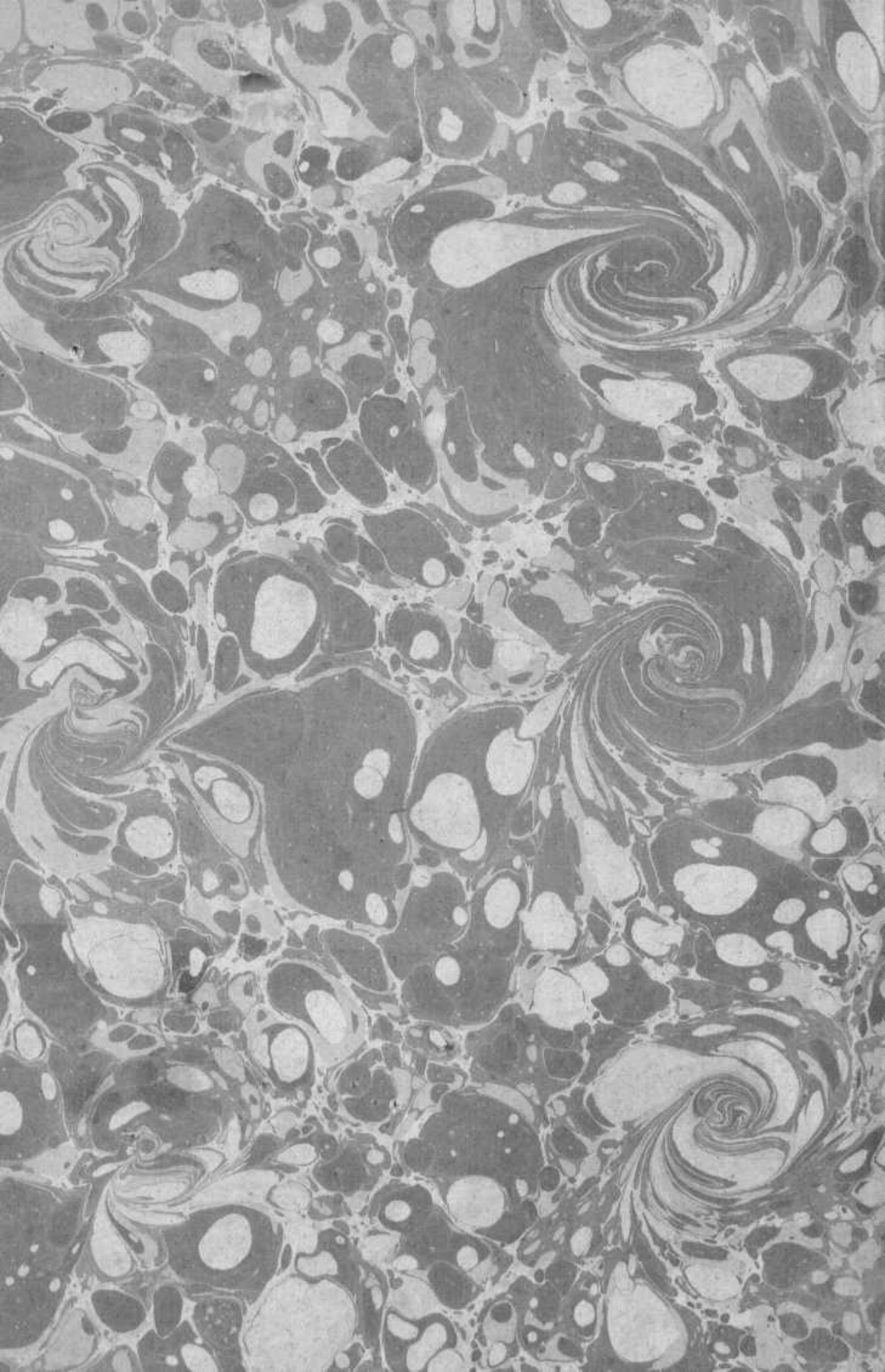
en muchos en medio de los tormentos, resolvieron suprimir todos los exemplares. Para este efecto publicaron un edicto, por el qual se mandaba á todos los Magistrados, hiciesen una exâcta pesquisa de ellos, y los echasen al fuego. Este edicto hizo infinitos Mártires en todas las Provincias, y particularmente en Africa; en donde un grandísimo número, especialmente de Eclesiásticos, padeció la muerte por este motivo. Y en quanto á aquellos que intimidados á vista de los suplicios entregaron cobardemente los libros santos, se les dió el famoso nombre de *Traditores*, que despues fue causa de las turbaciones que agitaron por algun tiempo el Africa, y su Iglesia; habiendo acusado los Donatistas falsamente, y con una insigne embustería, y malignidad á Ceciliano, Obispo de Cartago, y á otros Católicos.

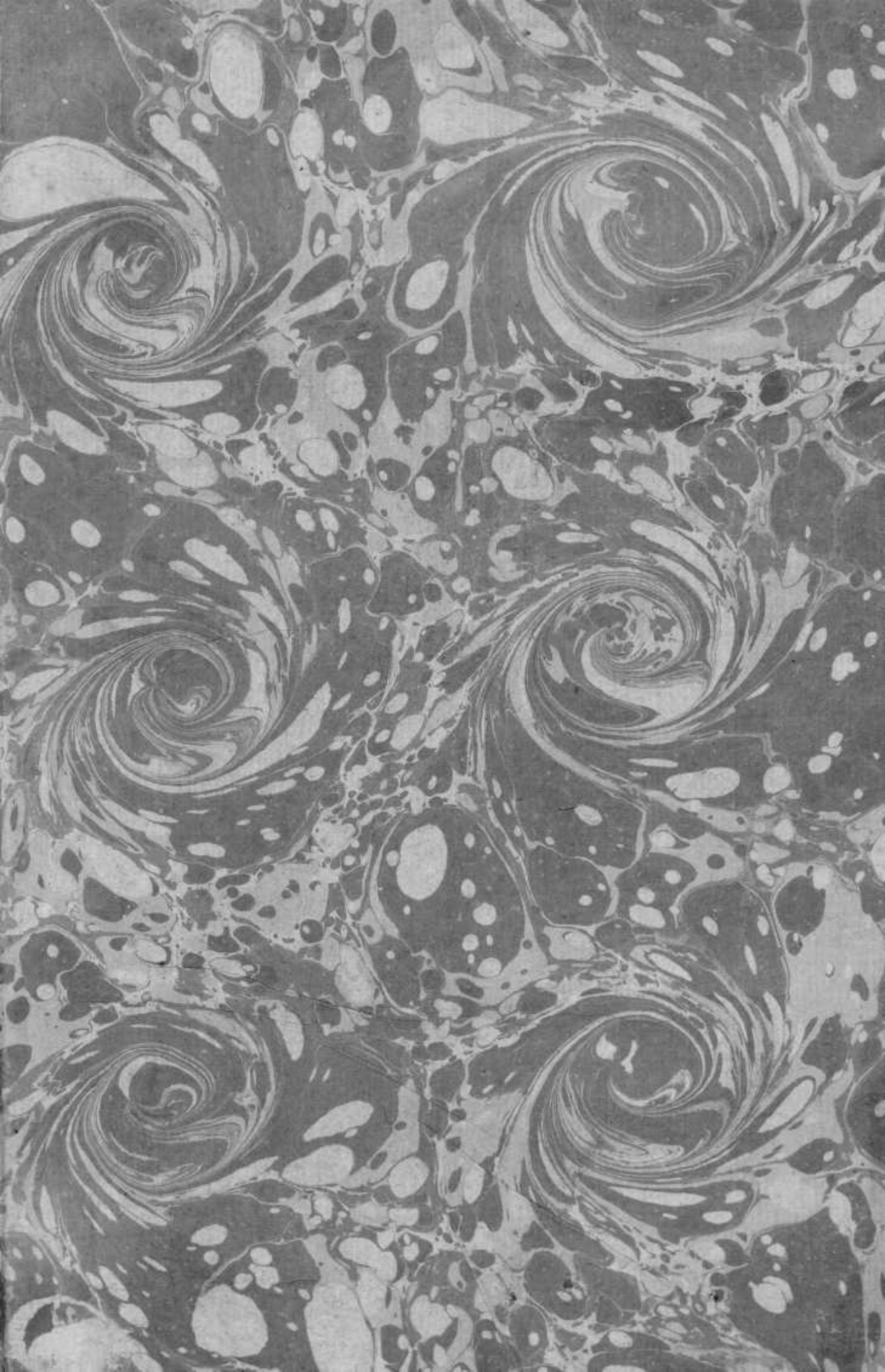
FIN.

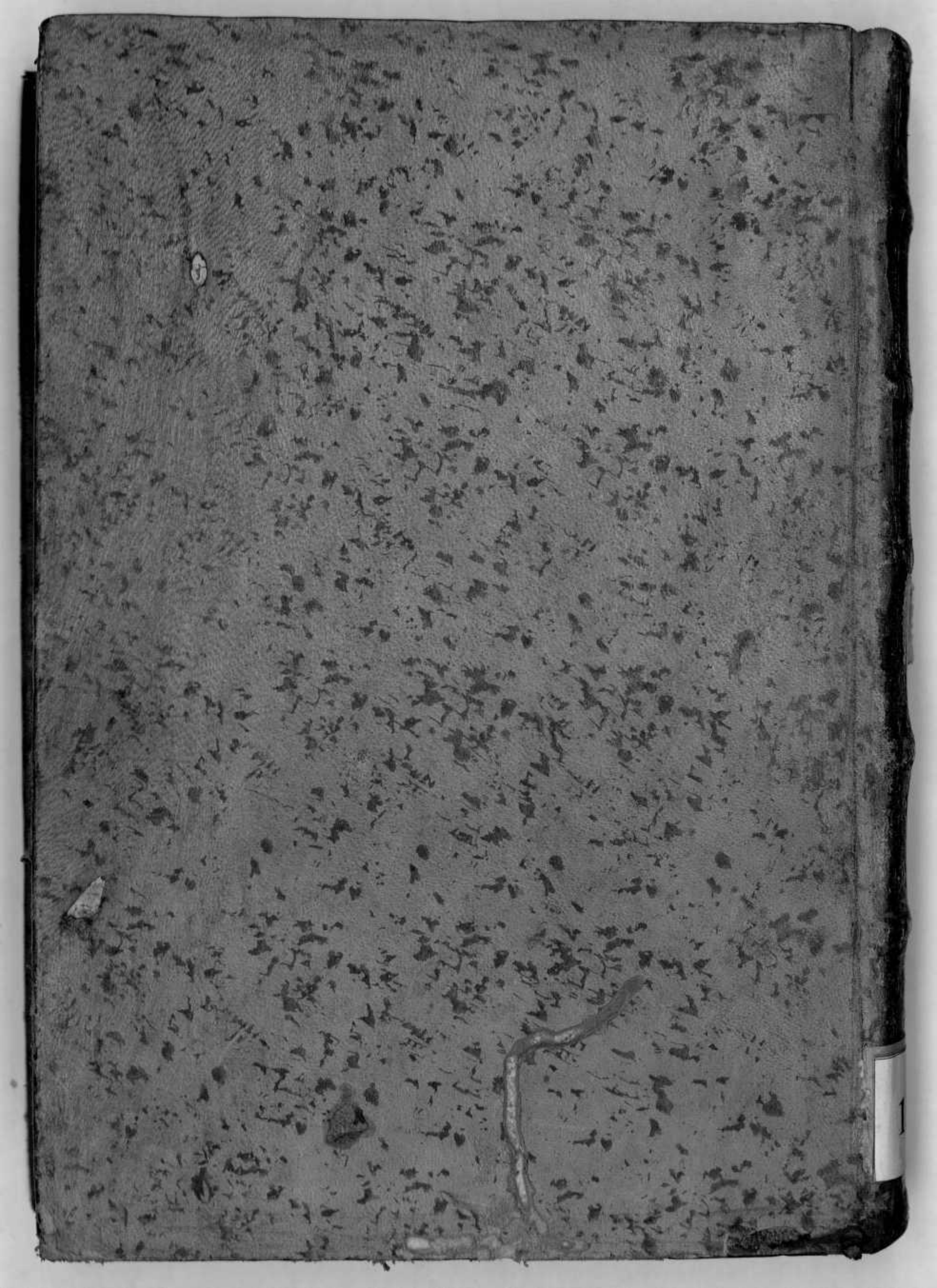


en muchos en medio de los tormentos, resolvieron consumir todos los exemplares. Para este efecto publicaron un edicto, por el qual se mandaba á todos los Magistrados, hiciesen una exacta pesquisa de ellos, y los echasen al fuego. Este edicto hizo infinitos Mártires en todas las Provincias, y particularmente en África; [illegible] de un grandísimo número, especialmente de Eclesiásticos, padeció la muerte por este motivo. Y en quanto á aquellos que intimidados á vista de los suplicios entregaron cobardemente los libros santos, se les dió el famoso nombre de *Traditores*, que despues fue causa de las turbaciones que agitaron por algun tiempo el África, y su Iglesia; habiendo acusado los Donatistas falsamente, y con una insigne embustería, y malignidad á Ceciliano, Obispo de Cartago, y á otros Católicos.

FIN.







ACTAS
DE LOS
MARTIR.

TOM. II